ANTTI TUOMAINEN

EN UN CONFÍN DEL MUNDO

SERIE NEGRA RBA

En un confín del mundo

Antti Tuomainen

(oct 2023)

En las afueras de un pueblo perdido de Finlandia, cae un meteorito del espacio exterior. El singular acontecimiento altera de inmediato a los habitantes de la localidad, ya que la roca podría valer más de un millón de euros, y no está claro a quién pertenece. Por unos días, el mineral extraterrestre permanecerá en el museo local, custodiado cada noche por Joel, un pastor luterano, veterano de guerra y casado con una mujer embarazada de un hijo que no es suyo. De forma inevitable, los intentos por hacerse con el preciado tesoro, sea como sea, no tardan en sucederse.

ANTTI TUOMAINEN

EN UN CONFÍN DEL MUNDO

SERIE NEGRA RBA

ANTTI TUOMAINEN

EN UN CONFÍN DEL MUNDO

SERIE NEGRA RBA

ANTTI TUOMAINEN
EN UN CONFÍN DEL MUNDO

Traducción de
Laura Pascual

RBA

Título original finlandés: Pikku Siperia.

La traducción de esta obra ha contado con el
soporte financiero de FILI - Finish Literature Exchange.
RBA Libros y Publicaciones agradece el apoyo
financiero recibido.

© del texto: Antti Tuomainen, 2018.
© de la traducción: Laura Pascual Antón, 2023.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: abril de 2023.

REF.: OBDO174
ISBN: 978-84-113-2373-4

EL TALLER DEL LLIBRE · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o

escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

DEDICADO
CON CALIDEZ Y AGRADECIMIENTO
A AINO JÄRVINEN,
MI PROFESORA DE LENGUA EN EL INSTITUTO.

GRACIAS TANTO POR LOS IMPROBATURI COMO POR LOS LAUDATURI

Y, EN ESPECIAL, POR HABERME DICHO HACE TREINTA AÑOS QUE LA ESCRITURA PODRÍA SER LO MÍO.

PROMETO HACERLO LO MEJOR POSIBLE.

En mitad del camino de la vida me hallé en medio de una selva oscura después de dar mi senda por perdida.

DANTE, Divina comedia

PRÓLOGO

El cálido Koskenkorva le desgarra la boca y hace que le arda la garganta. Sin embargo, consigue controlar el derrape y el coche sale de la curva casi a la misma velocidad a la que ha entrado.

Retira la mano derecha del volante, cambia de marcha y echa un vistazo al velocímetro: algo más de ciento treinta kilómetros por hora. Es una velocidad excelente en invierno, en especial con esas heladas y en esa carretera llena de curvas al este de Hurmevaara. Además, hay que tener en cuenta que la visibilidad se reduce por la noche, a pesar del brillo de las estrellas.

Con el pie izquierdo pisa de nuevo el embrague, mientras con el derecho presiona el acelerador a fondo. Vuelve a levantar la mano izquierda y echa un buen trago de la botella.

Así se bebe el vodka Koskenkorva. Primero, un gran trago que llena la boca, que quema como una bola de fuego y con el que parece que se vayan a desprender los dientes. Después, un ligero velo de licor que apenas humedece el paladar, apaga el fuego anterior y ayuda a digerir el auténtico trago, el primero.

Y así se conduce un coche.

Llega a una larga y suave pendiente descendente, que se curva hacia la derecha con tal lentitud que su aparente facilidad resulta engañosa. A primera vista, parece que es suficiente con mantener el coche recto y pisar el acelerador a fondo. Pero no. La carretera se inclina hacia el borde izquierdo y, cuanto más rápido conduce, más quiere la carretera sacudirse el coche de sus espaldas. El conductor aprieta el volante y sabe que lleva una velocidad de unos ciento sesenta y cinco kilómetros por hora. Es una velocidad propia de un campeón mundial. Eso también lo sabe, y saberlo le resulta doloroso.

A la derecha puede ver, por unos instantes, el hielo del lago Hurmejärvi, del que emergen las banderas de los pescadores que señalan los agujeros y las redes de pesca. A veces, cuando conduce por esa carretera, echa un vistazo a las banderas que, vistas de refilón, le recuerdan a las pancartas de los espectadores. Esta noche no los necesita.

Mantiene el volante un centímetro hacia la derecha para corregir la inclinación de la carretera. Cuando vislumbra a lo lejos una nueva curva, empieza a frenar con el motor. Eso implica una estrecha colaboración entre las extremidades, una perfecta coordinación entre el pie del embrague y la mano de la palanca de cambios. Se coloca la botella entre las piernas, pone la mano izquierda sobre el volante, la

derecha en la palanca de cambios, presiona el embrague y aumenta de forma moderada la velocidad. Controla el coche con su propia potencia. El pedal del freno es para aficionados, como el tipo a quien le ha cogido prestado el coche.

Tras una breve recta llana, el coche llega al pie de una colina doble. El conductor puede sentir cómo le arde el estómago.

Eso no es el Koskenkorva. Es el destino.

Le imprime toda la potencia al coche, lo cual requiere un perfecto dominio del Audi y de la situación. No puede limitarse a pisar el acelerador a fondo, porque supondría perder el control del vehículo.

En esa fase, a más de ciento ochenta kilómetros por hora, eso significaría que el coche saldría despedido hacia el terraplén de nieve, bien hacia la izquierda, bien hacia la derecha, antes de dar varias vueltas de campana. Con suerte. Si no hay suerte y el conductor titubea lo más mínimo, el coche se precipitaría directo sobre el espeso bosque de abetos, donde acabaría envolviendo un helado tronco de árbol de aproximadamente un metro de grosor como si fuera papel de regalo.

Él no cree en la suerte. Cree en una velocidad adecuada a la situación. Sobre todo ahora, cuando todo está a punto de concluir. Una conclusión que le resulta adecuada.

El Audi alcanza la cima de la colina a una velocidad de unos doscientos kilómetros por hora. Desde la cumbre, emprende el vuelo. Durante el despegue, el hombre se lleva la botella a los labios. El gesto requiere una precisión tan grande como la conducción. La mano izquierda maneja la botella de forma segura y despreocupada. El Koskenkorva fluye por su boca mientras el Audi planea en la noche helada. Una dulce llama arde en su boca mientras una tonelada y media de acero, aluminio, motor ardiente y neumáticos de clavos nuevos obedece sus órdenes.

El coche vuela durante mucho tiempo y muy lejos, hasta que aterriza en el mismo momento en el que la botella vuelve a posarse entre las piernas del conductor.

Este cambia a una marcha más baja, acelera y vuelve a cambiar de marcha. Una cuesta abajo, un breve tramo llano y una nueva subida. Y un nuevo vuelo. Logra mirar tanto el parpadeante cuadro rojo como la brillante botella de cristal. El indicador marca doscientos kilómetros; la botella, apenas cien mililitros. Cuando los clavos de acero de los neumáticos vuelven a repiquetear sobre la carretera como el tiroteo de una ametralladora, el conductor sonríe todo lo que le permite la boca acartonada por el vodka.

Está al límite. Todos los que lo han rechazado acabarán arrepintiéndose de ello. Ha sido denigrado, ha sido excluido. Puede que lo aguarde la muerte, pero será precisamente el hecho de morir en

sus propios términos lo que lo hará elevarse por encima de todo y de todos. Lo logrará y lo superará, y saludará a los más lentos al pasar. El pensamiento, potente y cálido, le arde en la cabeza tanto como el licor en la boca.

El conductor sorbe la botella hasta que queda vacía.

La última recta. El Audi brama.

Abre la ventana. El rostro se le congela y los ojos le lagrimean. Lanza la botella sobre la nieve.

Una recta en la carretera con una bifurcación al final en la que no tiene intención de girar. Se dirige directo al acantilado que tiene justo en frente.

La velocidad máxima depende del conductor. No suele hablarse de ello. La gente se limita a decir que la velocidad máxima de este coche y de este otro es esta y aquella. Tonterías.

Comprueba el indicador de velocidad: doscientos cuarenta, en un coche que debería ahogarse a los doscientos veinticinco.

Mira la carretera. El último kilómetro. De su vida.

«Así acaba todo», piensa mientras el coche explota.

Puede sentir la explosión en su cuerpo. En esa fracción de segundo, ve el mundo envuelto en un gran destello de luz, al que sigue una sombra igual de grande; tanto la luz como la sombra se mueven en sentido vertical, de arriba abajo. Su corazón se detiene y se vuelve a poner en marcha, empieza a palpitar con grandes latidos sordos, como una forja de metal. Siente cómo los cinco sentidos se le agudizan de un modo que nunca antes había experimentado. Puede oler el techo desgarrándose y saborear el extraño material elástico del interior del asiento; siente la onda expansiva en la mano. Primero, puede oírlo todo; después, cuando se le taponan los oídos, oye cómo la explosión continúa dentro de su cabeza.

Actúa por instinto. Cambia a una marcha más baja, pisa el embrague, el acelerador y el freno. Freno motor, freno de mano, giro controlado. El coche se desliza hacia el cruce y se detiene.

No sabe cuánto durará ese momento de inmovilidad. Puede que un minuto, puede que dos. No es capaz de moverse. Cuando se recobra y logra soltar las manos del volante y mirar en alguna dirección, no tiene ni idea de lo que está observando.

Por supuesto, comprende que hay un agujero en el techo del coche, encima del asiento del copiloto. Pero también hay un agujero en el asiento. El agujero del techo tiene un diámetro de unos cuarenta centímetros, mientras que el del asiento es un poco más pequeño. Se agradece a sí mismo haber bebido todo ese licor, pues de lo contrario no sería capaz de permanecer tan tranquilo en esa situación.

Se quita el cinturón de seguridad y vuelve a detenerse por un momento. Le parece necesario repasar una vez más las cuestiones

básicas: el agujero del techo, el agujero del asiento, él. Los agujeros están a su lado.

Sale del coche y gira sobre sí mismo varias veces. Una capa interminable de nieve, una noche helada iluminada por el brillo de la luna y las estrellas. La nieve cruje bajo las zapatillas de conducción cuando camina alrededor del coche. El agujero del techo simula unos labios carnosos vueltos del revés. Abre la puerta del copiloto: en efecto, los andrajosos labios besan el interior del coche. El agujero del asiento está hundido hacia dentro y tiene un aspecto obsceno. Echa un vistazo al agujero. Es negro. Puede deducir dos cosas. En el fondo del coche no puede haber un agujero pues, en ese caso, se vería la nieve a través de él. Lo que quiera que haya causado ese agujero, ha atravesado primero el techo, después el asiento y... se ha detenido.

Retrocede unos pasos. La nieve cruje. El corazón le palpita con fuerza.

Él se estaba preparando para la muerte. Entonces, sucedió algo, y ahora sigue vivo.

Justo en este momento, se está celebrando el rally de Montecarlo. Allí hay mucha gente. Licor de los Alpes. No aparecen agujeros en los coches, pues no cae nada...

Del cielo.

Se apresura a mirar hacia arriba: por supuesto, allí no se ve nada. Es raro que se vea algo en el cielo, a excepción de la luna y las estrellas y, dentro de algunos meses, también el sol. Nubes. Aviones. Pero no...

Él es un hombre con sentido común. Por supuesto, los ovnis no existen.

Entonces, recuerda aquel programa de televisión en el que afirmaban que solo era cuestión de tiempo que un cometa impactara contra la Tierra. Eso originará una nueva glaciación, pues el polvo producido por el impacto oscurecerá el sol. Todo el mundo morirá.

Excepto él, parece ser.

Sin embargo, resulta difícil creer que una persona situada a solo medio metro a la izquierda del cometa en el momento del impacto pueda quedar con vida y que el resto del mundo muera. Aunque no hay signos de vida a su alrededor, está seguro de que, en este momento, hay alguien en el pueblo de Hurmevaara comiéndose un bocata de salchichas.

Por tanto, no puede tratarse de un cometa.

Pero tiene que ser algo por el estilo, aunque no logra recordar la palabra. Además, empieza a sentir frío: el vodka y pensar en la muerte ya no consiguen hacerlo entrar en calor.

Su móvil debería estar en el bolsillo con cremallera del pecho del mono, pero no está ahí. Él se marchó hacia la muerte, no a hacer una llamada. De pronto, siente la borrachera en todo su esplendor.

¿Dónde está la casa más cercana?

Lo recuerda.

Está a tres kilómetros de allí, pero no piensa volver jamás a esa casa. La siguiente está un kilómetro más lejos.

Empieza a andar. Después de recorrer unos doscientos metros, se detiene, hunde las manos en la nieve y se lava la cara. Lo considera necesario. El lavado con nieve le hace daño, le congela los dedos, le paraliza la cara, pero también lo limpia, lo purifica de algún modo que le parece importante. Vuelve a caminar y se detiene de nuevo.

Se gira a mirar hacia el coche; después, al cielo.

¿Qué diantres era eso?

PRIMERA PARTE

EL CIELO SE DESPLOMA

1

—¿Sabes lo que va a pasar?

Durante el tiempo que llevo como pastor en la pequeña parroquia de Hurmevaara, hoy un año y siete meses, este mismo hombre ha reservado todas las horas de conversación que han ido quedando libres. En las reservas también indica que quiere hablar expresamente conmigo, con el pastor Joel Huhta. Hasta ahora no he conseguido aclarar el motivo.

El tema de la atención pastoral siempre es el mismo; solo varía la perspectiva.

El hombre se rasca la mejilla. Una barba incipiente se extiende por su rostro de forma irregular, en algunos lugares tan oscura y gruesa que sus dedos tienen que detenerse. Tiene los ojos azules y brillantes, pero no hay un ápice de alegría en ellos. Quizá no sea extraño, teniendo en cuenta la naturaleza de los temas que tratamos, que se repiten en cada encuentro.

—No soy muy buen adivino —digo.

El hombre asiente con la cabeza.

—Pero la ONU sí que lo es —afirma—. He consultado su último informe sobre el futuro de la población. La Tierra tiene en este momento siete mil seiscientos millones de personas. En el año 2030, que está a la vuelta de la esquina, serán ocho mil quinientos millones. A mediados de siglo, la población terrestre alcanzará los nueve mil setecientos millones de personas. Y, a finales de siglo, visto y no visto, nada menos que once mil doscientos millones. Esto es lo que se llama estimación media. Ahora me preguntarás qué pasará entonces.

No digo nada. El edificio parroquial emana silencio. Nos encontramos en la esquina noreste del edificio, en una habitación con dos grandes ventanas cubiertas por persianas. Incluso sin mirar, sé que tras ellas ya ha oscurecido y que, por fin, hay una buena capa de nieve. La llegada tardía del invierno y el río Hurmejärvi, aún en estado líquido, me hicieron dudar hace un momento de mi capacidad para interpretar el calendario. La habitación es ascética; está decorada con un estilo casi japonés, con mesas bajas y gruesas alfombras. Por supuesto, estamos sentados en sillas, pero solo hay dos en una habitación de unos veinte metros cuadrados.

—¿Y qué pasará —continúa el hombre, y su voz es clara y lóbrega, al igual que sus ojos— cuando en Finlandia puede que sigamos siendo los cinco millones y medio que somos ahora? O quizá ni eso. La población de África se habrá cuadriplicado a finales de siglo. Ahora

mismo hay en África algo más de mil millones de personas; a finales de siglo, serán cuatro mil quinientos millones. Es decir, cuatro veces la población actual. Al mismo tiempo, habrá menos agua y comida. ¿Van a quedarse esperando a que la sed y el hambre sean aún más terribles? Las mujeres africanas dan a luz a una media de casi cinco hijos. Supongamos que, para finales de siglo, una de cada cinco de esas mujeres diga que ya ha tenido suficiente. Que está harta de hambre, de pobreza, de guerras y de sequía. Una de cada cinco mujeres decidirá marcharse, o la enviarán a buscarse la vida a lugares mejores. Supongamos que se produce una reducción natural y solo una décima parte lo hace. Supongamos que una de cada veinte personas logra salir adelante. Puede que sea una estimación a la baja. Como quieras. Tomemos una línea de tiempo un poco más larga, digamos que hasta finales de siglo, para incluir a varias generaciones, y añadamos a los supervivientes de Europa. En esta fase, puede que de esos cuatro mil quinientos millones de personas haya un dos y medio por ciento de desplazados. ¿De qué cantidad de personas crees que estamos hablando? Ciento doce millones y medio. ¿Dónde los colocamos, dónde se establecen? ¿En qué condiciones? ¿Quién iba a aceptar algo así? Es la crisis de refugiados de 2015 multiplicada por ciento doce. Desde luego, la cifra tira por lo bajo, si tenemos en cuenta que seguirán naciendo y muriendo personas por millones o miles de millones durante el periodo de medición. Esos cuatro mil millones y medio son solo la lectura del momento. Durante el trayecto, se producen sucesos y acontecimientos, como cuenta la historia y como nos confirmará el futuro. Siempre ha habido nacimientos, muertes y migraciones. La gente siempre ha tenido hijos. Regalos de Dios.

El hombre me mira a los ojos. Pienso que él no puede saberlo, de ningún modo. No se lo he contado a nadie. A nadie.

—El Señor sabe que he puesto mi granito de arena —continúa el hombre—. Antes del divorcio, quiero decir. Pero eso es otra historia. Yo soy ingeniero y me gustan las matemáticas. No fantaseo. No imagino. No sé hacerlo: yo hago cálculos. Todos esos cálculos confirman que se avecina la llegada del fin del mundo.

«Casi todos los días, y siempre a estas horas», pienso.

—Por tanto —el hombre prosigue su discurso—, si vivimos en un mundo que, de forma fehaciente y a la luz de los hechos, va a llegar a su fin, y además bastante pronto, entonces... No hay ninguna esperanza.

No sé por qué este hombre viene a verme. Una posibilidad es que, sencillamente, quiera convencerme para que adopte su postura. Es algo humano y comprensible, pues resulta más agradable afrontar en compañía una destrucción que se avecina. Cuando estás solo, todo es más complicado y más gris; al parecer, también el fin del mundo. Y,

cuando nadie más quiere escucharte, el pastor de la parroquia tiene la obligación de hacerlo.
—La esperanza puede ejercitarse —afirmo.
—Pero ¿por qué?
—Una respuesta podría ser que, al amparo de la esperanza, podemos hacer todo lo posible por el bien de los demás y por el propio.
—¿Una respuesta?
—No tengo todas las respuestas.
—Ahora me dirás que Dios tiene todas las respuestas.
—Eso depende, en gran medida, de cuáles sean tus creencias. Empieza a agotarse el tiempo.
—Eso es lo que estaba tratando de decir.
—Me refiero al tiempo de la sesión: pronto darán las cuatro.
—Esto solo ha sido el principio.
—Todo el mundo tiene el mismo tiempo —digo, y añado por si acaso— en estas sesiones.
El minutero del reloj que está encima de la puerta avanza hacia el número doce con un temblor que parece sacudir su espalda recta; las agujas marcan las cuatro. El hombre no se mueve. Tiene una pregunta en los labios. Puedo verlo antes de que abra la boca.
—¿Qué opinas del meteorito? —pregunta.
Seis días. Seis días enteros de meteorito. Seis días y seis noches en las que ninguna persona del pueblo ha hablado de otra cosa. El meteorito esto, el meteorito lo otro.
—No pienso mucho en ello —respondo.
Es cierto. Es cierto a pesar de que pertenezco al comité vecinal que se encarga de la vigilancia del Museo Militar mientras el meteorito sigue allí durante unos días más. Después, viajará a Helsinki y, desde allí, a Londres, donde lo llevarán a un laboratorio espacial para investigarlo. Se ha decidido encargar a un grupo de voluntarios la vigilancia del museo porque el pueblo no se puede permitir contratar servicios de vigilancia y la policía más cercana se encuentra en Joensuu, a noventa kilómetros de aquí. Pasé toda una noche vigilando el museo, pero entonces nadie pensaba demasiado en el meteorito. Estuve leyendo la Biblia durante media hora y a James Ellroy el resto de la noche.
—Cayó del cielo —dice el hombre.
—De allí es de donde suelen caer.
—Del cielo.
—De allí.
—De la casa de Dios.
—Más bien diría que del espacio exterior.
—No logro entenderte.
«La evolución me ha hecho así», pienso, pero no lo digo. No quiero seguir prolongando la situación.

—Son las cuatro de la tarde.
—Tarvainen dice que el meteorito le pertenece.
La mitad del pueblo dice que el meteorito le pertenece. Tarvainen iba conduciendo el coche de Jokinen por las tierras de Koskiranta, con la gasolina de Eskola, y llamó desde la casa de Liesmaa a Ojanperä, que se personó en el lugar acompañado de Vihinen, de cuya empresa de transporte, Vihinen & Laitakari, Laitakari es el conductor, pero la mitad de la propiedad pertenece a Paavola. Y así sucesivamente.
—Lo cierto es que son las...
—Parece ser que vale un millón.
—Puede ser —digo—. Si resulta ser una rareza tan excepcional como dicen.
El hombre se levanta y camina hacia la puerta con pasos tan titubeantes que me hace contener la respiración. Llega a la puerta; aprieta el pomo.
—No me ha dado tiempo a hablar de la segunda fase del ébola.
—Buena suerte —me despido.

Cuando, por fin, me quedo solo, abro las persianas. Al otro lado de la ventana, la oscuridad parece agua, tan densa que se podría bucear en ella. Llevo todo el día escuchando a gente y todos han mencionado a sus hijos. Hasta ahora, había conseguido tomármelo con calma.
Mi gran secreto.
Creo que el término «conflicto interno» se queda pequeño.
Mi trabajo consiste en escuchar a la gente cuando me cuenta sus secretos y, en este momento, guardo el mayor secreto imaginable. Todavía no he sido capaz de contarle a Krista toda la verdad. Los dos sabemos que pisé una mina, una bomba de clavos de fabricación casera, durante mi misión en Afganistán. Pero lo que no le he contado a Krista es que en ese incidente perdí mi capacidad de tener hijos; que, aunque en apariencia todo funcione y tenga el aspecto adecuado, la reconstrucción quirúrgica dejó un punto ciego. Algo permanente, incurable, incorregible.
Krista.
Siete años juntos.
Krista, que me cuida y me ha cuidado desde el principio de muchas y diferentes maneras. El deseo más ardiente de Krista era formar una familia en cuanto yo regresara de mi misión como capellán castrense.
Al principio, evité decírselo porque presagiaba una nueva explosión. He sobrevivido a una, pero no estoy seguro de poder sobrevivir a una segunda. Además, ha pasado tanto tiempo que cada vez me resulta más difícil hacer estallar la nueva mina. La anterior solo dejó una huella superficial y está totalmente olvidada en nuestra vida cotidiana. Una nueva explosión nos devolvería a la casilla de salida, puede que

incluso más atrás, a la situación en la que estuve hace mucho tiempo. La vida sin Krista.

No puedo imaginarme una vida así.

Así que, por supuesto, guardo también mi secreto. Tengo dudas. Tengo dudas sobre qué tipo de Dios aprobaría algo así y permitiría todo el mal que he presenciado. Se lo he preguntado a Dios y he comprendido la naturaleza paradójica de mis acciones.

Dios ha guardado silencio.

Me cambio las deportivas por las botas de invierno, me pongo el abrigo de plumas, una gruesa bufanda roja, el gorro y los guantes, y me marcho. La nieve cruje a mi paso mientras atravieso el pueblo: el motel de Pipsa, el supermercado, la gasolinera, el Golden Moon Night Club, el otro supermercado, Moda Hurme, la Tasca de Lasse, el banco, el taller de Hirvonen y el salón de masaje tailandés Pleasure Island. Y, en el extremo de la siempre desierta calle principal, el ayuntamiento y el Museo Militar. En el aparcamiento del museo aún hay coches con el motor en marcha, las luces traseras rojas brillando como ojos soñolientos, aldeanos afectados por la locura del meteorito y, por supuesto, miembros del comité vecinal.

Estoy a punto de girar hacia la calle en la que vivimos y entonces me acuerdo de la confusión que hubo ayer durante el reparto de los turnos de vigilancia.

Me dirijo al museo. Un gran todoterreno en el que viajan dos hombres se aproxima de frente. El conductor es de baja estatura y lleva la cabeza descubierta. A su lado hay un hombre que solo podría describirse como un gigante: ocupa por completo la mitad del todoterreno. El coche tiene matrícula rusa. La nieve caída durante el día sale despedida y me moja la parte derecha de la cara.

Cuatro hombres mantienen una reunión en el aparcamiento; los reconozco a todos ya desde lejos. Jokinen, el tendero, cuyos procedimientos de suministro me resultan bastante inciertos. A veces me da la impresión de que los yogures vienen de algún otro lugar y no de los mayoristas, y que la carne que vende sabe mucho más fresca que ninguna otra que haya comprado antes en un supermercado. Turunmaa, un agricultor que cultiva patatas y colinabos, pesca corégonos y es propietario de un bosque tan extenso que podría fundar su propio país. Räystäinen, mecánico y asiduo al gimnasio del pueblo. Es un apasionado del culturismo y no para de insistirme en que yo también me apunte y empiece a entrenar en serio. Al parecer, tengo una buena constitución y carezco de grasa que quemar. Himanka, un jubilado que parece tan anciano y tan frágil que no sé si debería siquiera estar en la calle a veintidós grados bajo cero.

Me ven llegar; en ese momento, se para la conversación.

—Joel —dice Turunmaa a modo de saludo. Lleva un gorro de piel y una chaqueta de cuero. Los demás están enfundados en abrigos de plumas y gorros. Como de costumbre, Turunmaa parece dirigir la conversación—. Nos pillas en mitad de una pequeña reunión.
—¿Una reunión sobre qué?
—Sobre el turno de vigilancia de esta noche —responde Räystäinen.
Entonces, vuelven a quedarse en silencio. Miro primero a Jokinen.
—Tengo que skypear con mi hija, que está en América —dice.
—¿Qué? —pregunta Himanka, temblando de frío.
Miro a Turunmaa.
—La quiniela —dice Turunmaa—. Quiero ver el partido.
—Es esa época del mes —dice Räystäinen. Su mujer es sorprendentemente joven y hacen algo que a Krista le gustaría que hiciéramos nosotros: practicar vigorosos procedimientos de fundación de una familia. Lo sé porque Räystäinen me lo ha contado, con bastante lujo de detalles.
Ni siquiera considero que Himanka sea una opción.
—Yo puedo hacerme cargo esta noche —afirmo.

A lado y lado de la carretera hay casas bastante espaciadas, casi todas con las luces encendidas. En este pueblo, la gente vuelve pronto a casa. En Helsinki, las luces se encienden después de las seis; aquí, apenas pasadas las tres. Esta vez reconozco a la conductora del coche que se acerca de frente: es la mujer morena que canta en el Golden Moon. Me dirige la misma mirada de siempre; no es una mirada particularmente cálida. En realidad, lo que quiere transmitir es que estoy interponiéndome en su camino. La mujer está fumando mientras habla con el hombre que va sentado a su lado. Pasan de largo, en dirección al museo.
Giro en el cruce; ya puedo ver las luces. Camino durante otros cuatro minutos, hasta llegar al patio.
Me sacudo la nieve de las botas en los escalones de hormigón de nuestra casa unifamiliar de alquiler, abro la puerta y, al instante, me llega el olor a col rellena. Me quito las botas y la ropa de abrigo y entro en casa.
Krista está en la cocina, de espaldas a mí, haciendo la comida, como ha hecho otras tantas veces. «El amor de mi vida —pienso de forma automática—. ¿Qué sería de mí si no te tuviera?». El pensamiento resuena en mi cabeza con más fuerza que de costumbre; en los últimos tiempos, me asalta frecuentemente.
Abrazo a Krista, hundo la nariz en sus gruesos cabellos castaños y aspiro profundamente su aroma. Veo sus largos y delgados dedos sobre la tabla de cortar, un tomate rojo en la mano izquierda y un cuchillo limpio y reluciente en la derecha.

—Me ha tocado el turno de noche —digo.
—Estoy embarazada —revela Krista.

2

Puede que el Museo Militar de noche, sin gente, sea un buen lugar para mí. Armas antiguas, uniformes, fusiles sin retroceso, cascos, granadas, un cañón. Mapas antiguos y líneas del frente. Imágenes de batallas en la región.

No es un lugar demasiado espiritual. Estoy prácticamente en la mitad de mi turno de vigilancia.

Camino porque no puedo permanecer sentado, no soy capaz de concentrarme en la lectura. La Biblia parece estar culpándome de algo y, de algún modo inexplicable, siento que debería ser al contrario. La abrasadora ciudad de Los Ángeles de Ellroy también parece encontrarse muy lejos de mí. Estoy en el este de Finlandia, en el centro del remoto pueblo de Hurmevaara, a unos veinte kilómetros de distancia de la frontera con Rusia. La temperatura exterior es de veintitrés grados bajo cero y el reloj está a punto de marcar las tres de la madrugada. Pienso que, si Dios tiene espalda, yo me encuentro detrás de él en muchos sentidos.

Llego a la sala larga y me sitúo frente al meteorito. Es una piedra negra procedente del espacio, y eso es justo lo que parece.

Recuerdo los datos que facilitaba el artículo del periódico local. La investigación preliminar indica que se trata de un meteorito de hierro extremadamente raro, con un peso casi exacto de cuatro kilos. El meteorito contiene una gran cantidad de metal de platino. En todo el mundo solo se han hecho unos pocos hallazgos como este. Al menos uno de ellos, un pedrusco que atravesó el tejado de un polideportivo en la zona norte de Estados Unidos, fue puesto a la venta al público en fragmentos diminutos; su precio por gramo llegó a alcanzar los doscientos cincuenta euros. Según el cuadro informativo que había al final de la página, si el meteorito que impactó en Hurmevaara se vendiera por trozos a este precio, tendría un valor total de un millón de euros.

«Unas cuantas noches más en Hurmevaara», pienso mientras observo el bloque negro.

En lo que a mí respecta...

Salí de casa en cuanto pude. Recibí la noticia de Krista, la abracé, correspondí a sus besos. Oí por milésima vez lo muchísimo que me quiere, que por fin formaremos una familia. Cuando logré recomponerme lo suficiente, y como respuesta a su pregunta, le dije que era feliz, muy feliz.

Krista está embarazada. Está segura, ya que ha dicho que se ha hecho

tres pruebas de embarazo. Yo también estoy seguro. He pasado por decenas de pruebas de laboratorio diferentes y varias consultas de cirugía: no puedo tener hijos. Y, como me resulta difícil creer en la inmaculada concepción, considero que la única posibilidad es que otra persona haya dejado a Krista en estado de buena esperanza. Esa otra persona solo puede ser alguien con capacidad para producir espermatozoides.

Un hombre.

Es posible que eso me resulte aún más difícil de comprender que el embarazo en sí. ¿Cuándo no ha sido Krista buena conmigo? ¿Cuándo ha manifestado o dado algún tipo de muestra de insatisfacción? ¿Cuándo ha dejado de decirme y demostrarme, sin que pasara ni siquiera medio día, que me quiere, a mí, solo a mí? ¿Acaso ha habido una sola noche en la que no nos hayamos ido a dormir el uno en brazos del otro, ella acurrucada bajo mi brazo, con la pierna izquierda encima de las mías y el brazo izquierdo sobre mi pecho?

Un hombre.

Tengo un nudo en la garganta. Siento un desgarro en el estómago. Una luz negra recorre el interior de mi cabeza.

Por supuesto, no fui capaz de decirle a Krista que enhorabuena, pero que el papaíto tiene que ser alguien del pueblo. No fui capaz. Sencillamente... no pude. ¿Qué sucedería si lo hiciera? ¿Se iría Krista con ese hombre? ¿Criaría al niño sola? Tendría que admitir que llevo dos años y cuatro meses guardando un secreto que, en cualquier caso, ha tenido una influencia ineludible e irrevocable en nuestra relación.

En cualquier caso, perdería a Krista.

Y la vida sin Krista... sigo sin querer imaginarme algo así.

El meteorito descansa en una vitrina a la altura de mi cintura. Ha viajado durante miles de millones de años y miles de millones de kilómetros para acabar aquí.

Levanto la mirada. En medio de la larga sala rectangular hay una hilera de vitrinas, todas a la misma altura. La parca iluminación nocturna mantiene la estancia en la semioscuridad: ahorramos en vigilancia y también en electricidad. Recorro la hilera de vitrinas y paso la mirada por cada una de ellas, sin poder ver lo que contienen en realidad. Incluso sin mirarlos, conozco y reconozco cada uno de los objetos, gracias a mi instrucción militar. Me alivia estar en movimiento; quedarme quieto me resulta asfixiante. Me detengo al final de la hilera: he oído un ruido, aunque no estoy seguro de qué se trata.

Resulta difícil definirlo, ni siquiera estoy seguro de si lo estoy oyendo o no. Es un ruido débil, lejano e impreciso, acompañado de ecos de golpes y roturas. Espero un momento y trato de averiguar de qué se trata. Ya no oigo nada.

Voy hacia el vano de la puerta, apago las luces de la sala y vuelvo a quedarme escuchando. Me parece oír algo en el otro extremo del museo, tal vez dos o tres pasos rápidos. Es posible. El otro extremo del museo está a oscuras durante toda la noche. Camino en silencio, hasta llegar al vestíbulo de entrada. Esta zona está más elevada que el resto del museo y en mitad del techo se alza una pirámide de cristal que deja pasar el agua y no soporta el peso de la nieve. Mientras trato de escuchar con más precisión, me doy cuenta de que también puedo percibir un olor.

El aroma, reciente y fuerte, me rodea de forma tan inesperada, en este preciso momento y en este preciso lugar, que tardo un rato en comprender de qué se trata.

Perfume.

Colonia de mujer.

En mitad del vestíbulo, por la noche. Parece algo imposible.

Miro hacia la entrada. La mesa y la silla del vigilante están en su sitio; sobre la mesa reposan la Biblia y Ellroy. Al lado de los libros se encuentra mi móvil. La lámpara de pie que he colocado junto a la mesa ilumina la superficie blanca y forma un semicírculo dorado sobre el suelo laminado. Vuelvo a oír el ruido procedente de la otra punta del museo.

Esta vez, distingo los pasos con claridad. Entonces suspiro: la señora de la limpieza, por supuesto.

También hemos tenido problemas con la limpieza del museo, así que hemos contratado a una persona que compagina la limpieza con otro trabajo. Trabaja por turnos en una fábrica de papel cerca de Joensuu y limpia el museo cuando tiene tiempo. Parece ser que ahora ha venido a limpiar de madrugada. Aun así, hay algo en la colonia que me resulta sorprendente, al igual que el hecho de que trabaje en la oscuridad.

Vuelvo a oír los pasos y avanzo en esa dirección. Cuando llego a la puerta y estoy a punto de entrar en la habitación, algo pesado me golpea la cabeza, por encima de la oreja. Doy un traspié y estoy a punto de caer, pero no pierdo el conocimiento hasta el segundo golpe. Caigo desplomado.

Oigo cristales romperse, pasos corriendo. Más cristales rompiéndose. Solo permanezco inconsciente durante unos momentos. Alguien está rompiendo cristales. Entonces, una persona pasa corriendo junto a mí. No es la primera vez que me veo en una situación como esta; esto se parece mucho a estar en una emboscada, en medio de un ataque por sorpresa. Tampoco necesito pensar mucho qué están haciendo los intrusos: en el museo se guarda un meteorito de un millón de euros.

A juzgar por el sonido de los pasos, se dirigen al otro extremo del museo; me levanto y corro detrás de ellos. Veo el cono de luz de la

linterna delante de mí. Me duele la cabeza y siento sangre en la oreja.

Veo a alguien tratando de salir a la noche estrellada por una ventana rota. Me acerco a la ventana: dos figuras vestidas de negro avanzan con dificultad por la nieve bajo el brillo de las estrellas. Salto y caigo sobre el manto blanco. El golpe sigue resonando en mi cabeza mientras la pareja avanza. Vuelvo a percibir el olor a perfume.

Estoy corriendo por la nieve cuando reparo en dos cosas: en la ropa tan inadecuada que llevo y en la dirección que lleva la pareja. Se dirigen hacia el lindero del bosque. Por detrás de la franja de bosque, de unos quinientos metros de anchura, pasa una carretera. Con toda seguridad, la pareja no tiene intención de esconderse entre los árboles; como es lógico, han dejado el coche junto a la carretera. Me giro y corro hacia el aparcamiento mientras me saco las llaves del bolsillo.

No puedo evitar pensar que todo esto está sucediendo durante mi turno de vigilancia. Si doy media vuelta ahora, los ladrones escaparán, con absoluta certeza. Mi única alternativa es alcanzarlos, tratar de observar algún rasgo distintivo, puede que algo más. En peores plazas he toreado.

Su plan es excelente. Para llegar al tramo de carretera donde, con toda probabilidad, los está esperando el coche, tengo que dar un largo rodeo. Voy con exceso de velocidad y nuestro pequeño y económico Škoda no está acostumbrado a ello. Suelto un rugido cuando me doy cuenta de que mi teléfono se ha quedado en el museo, bajo la luz dorada que también baña mis libros.

Ahora es más importante alcanzar a la pareja de ladrones.

Giro hacia la carretera y piso el acelerador a fondo: apenas sucede nada. El Škoda tarda mucho en calentarse, y dudo que en frío vaya a alcanzar ningún récord. Llego a la altura de la carretera en la que imagino que los ladrones han dejado el coche. Es lo más probable, ya que desde aquí se llega de forma directa al museo a través del bosque. Veo hendiduras en el terraplén de nieve, huellas de zapatos. Sigo conduciendo. No me los he cruzado de frente, por lo que mi única alternativa es continuar recto hacia delante. No recuerdo cuántos kilómetros recorre la carretera antes de que aparezca la primera vía secundaria. Muchos, en cualquier caso.

Me limpio la sangre de la oreja con un pañuelo; veo las luces traseras rojas a lo lejos, delante de mí. Vuelvo a pisar el acelerador a fondo. Me voy acercando al coche, metro a metro; este desaparece de la vista en un recodo, pero vuelve a aparecer. También parece ir a buena velocidad. ¿Por qué no iba a hacerlo? Aquí no hay policía. El único peligro son los alces, y el impacto de un alce contra el parabrisas tiene más o menos las mismas consecuencias a ochenta kilómetros por hora que a ciento treinta.

Conduzco durante veinte minutos; y entonces las luces desaparecen.

Tras una curva, llego a una larga recta y me encuentro solo en la noche. La recta es tan larga que el coche no ha podido llegar hasta el final.

Solo hay una carretera secundaria: giro por ella y veo huellas de neumáticos. La estrecha carretera no tarda en convertirse en un camino por el que el Škoda avanza con dificultad. Presiento que me estoy acercando a mi destino, por lo que apago las luces y prosigo por un sendero aún más pequeño. A juzgar por la profundidad de la nieve, puede que lo hayan despejado hace una semana. Poco después, detengo el coche y lo apago. Entonces, bajo del coche y me paro a escuchar.

Oigo el sonido de un motor; veo luz entre los árboles.

3

El coche está delante de la cabaña con el motor todavía en marcha y los faros iluminan la parte delantera de la barraca como un proyector. Es una cabaña pequeña y vieja. Me recuerda a muchas casas de por aquí. Sus habitantes originales están muertos y, durante unos pocos años, sus descendientes o sus parientes lejanos pasan en ellas una semana o dos en verano. Entonces, ellos también dejan de ir y la casa va sucumbiendo a los años y a las condiciones meteorológicas, como una persona que no es capaz de seguir aferrándose a la vida.

Observo la cabaña, el coche y a las dos personas de lado, como si se tratase de una representación teatral.

La pareja se pelea sobre la nieve, entre la cabaña y el coche. No, en realidad, no se pelean: uno de ellos está golpeando al otro, que no puede defenderse. El ruido del motor del coche cubre los golpes y los posibles gritos. Avanzo un poco a hurtadillas por la nieve, entre los troncos de los árboles; luego sigo caminando por el surco que han dejado los neumáticos. He hecho entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo, por lo que mis nociones de defensa personal van más allá de los conceptos básicos; voy refrescando todo lo que he aprendido mientras me acerco a la pareja.

Al mismo tiempo, me recuerdo a mí mismo por qué estoy aquí. Ya he sufrido suficientes humillaciones por hoy.

El pantalón vaquero, la camiseta de algodón y la camisa de franela son una vestimenta demasiado ligera para este frío, pero voy a ser rápido. Me acerco al Nissan Micra azul claro y me llega el fuerte olor procedente del tubo de escape en esta tranquila noche estrellada. Los bajos del coche están comidos por el óxido. Miro la matrícula y la memorizo antes de rodear el coche por detrás para buscar la ruta adecuada. Uno de los ladrones yace bocabajo sobre la nieve. Ya me encargaré de él más tarde. El otro se dirige a la puerta de la cabaña, abre la cerradura y entra.

Espero un momento, salgo de detrás del coche y avanzo con dificultad hacia la cabaña. Paso por la derecha del tipo que yace en la nieve, manteniendo la distancia. Me detengo fuera del alcance de la luz por si al individuo que ha entrado se le ocurre mirar hacia fuera. Durante un segundo, me da la impresión de que el ladrón que yace en la nieve se está moviendo, pero no lo hace. Las luces del coche son tan brillantes que puedo distinguir un largo desgarrón en la manga derecha de su abrigo, en la que también se aprecia algo oscuro y húmedo. Puede que se haya herido el brazo con la ventana rota del

museo. Al lado de su mano izquierda hay una linterna, en posición casi vertical sobre la nieve. No puedo evitar pensar que el chichón de encima de mi oreja lo ha provocado esa linterna.

Las luces del coche son necesarias y están encendidas con un propósito: no creo que la cabaña tenga electricidad. En este lado de la casa hay dos ventanas; la sombra del hombre se escurre entre las viejas cortinas floreadas de la ventana de la izquierda. Me acerco a la puerta. Sé lo que he venido a buscar. Llego a la puerta y levanto la mano hacia el pomo.

Entonces, el mundo estalla.

La puerta sale despedida por encima de mi cabeza.

Cuando la nieve te resulta agradable y blanda bajo el cuerpo, suele ser ya demasiado tarde. Lo sé, pero no puedo evitar disfrutar de la sensación. Dios sabe que necesito un descanso. Lo sabe, ¿verdad? ¿Acaso existe Dios siquiera? Abro la boca y se me llena de nieve. Comprendo que no estoy tumbado en el sofá ni en la cama, ni hablando del sentido de la vida, como suele decirse. Estoy tendido sobre la nieve y tengo que levantarme. Tengo que ponerme en pie para no quedarme congelado. Tengo que entrar dentro. Entonces, recuerdo dónde estoy.

Estaba a punto de entrar.

En la cabaña...

De pronto, la cabaña ya no tiene ventanas y una humareda sale flotando de su interior. Las cortinas cuelgan de los montantes de la ventana, hechas jirones.

Observo todo esto a la luz de la luna y las estrellas. El Nissan Micra ha desaparecido, al igual que el ladrón que yacía sobre la nieve. Me levanto del todo y miro a mi alrededor; estoy temblando de frío. La puerta de la cabaña ha caído a mi lado, a varios metros del vano. No oigo nada. No veo a nadie. Hay surcos en la nieve, huellas de algo que ha sido arrastrado. Ahí está también la linterna, clavada de forma vertical en la nieve. La recojo y vuelvo a la puerta de la cabaña.

Entro con cuidado, enciendo la linterna y dejo que el halo de luz recorra el interior de la casa. He visto habitaciones, apartamentos y casas en este estado. Miro bien por dónde piso, caminando con cuidado entre los escombros. Es evidente que esta habitación un día fue una combinación de cocina y sala de estar.

La nevera se ha dado la vuelta sobre su eje. Las sillas y la mesa están esparcidas en fragmentos de distintas medidas y tamaños por toda la estancia. Las estanterías han caído en medio de la sala o se han desplomado en su sitio. La vajilla y otros objetos están hechos añicos: han salido volando y han caído de cualquier modo, creando una masa confusa. Y todo, absolutamente todo, parece haber acabado en el suelo.

Excepto...
Alzo el cono de luz de la linterna hacia las paredes, que están salpicadas de una sustancia oscura y húmeda: manchas grandes y otras más pequeñas, trozos y tiras de algo más sólido.
Cuando llego al centro de la habitación, me detengo y dirijo la linterna hacia el suelo.
Delante de la ventana, donde seguramente estuvo la mesa del comedor, hay unas botas de invierno de hombre. En realidad, están las botas y las piernas. Parecen las piernas de un maniquí. Las enormes botas parecen ir en distintas direcciones.
Vuelvo a mirar las paredes: el propietario de las piernas está esparcido de manera uniforme por los tabiques de la estancia. También por el techo, donde puedo apreciar una mancha más grande y peluda del tamaño de una placa de cocción. A juzgar por su color y por la longitud del cabello, se trata de una coronilla. Vuelvo a mirar las botas: no hace falta tener una gran experiencia militar para saber que el hombre no necesita una ambulancia. Ya no tiene que preocuparse de nada.

Me siento en deuda con el ingeniero alemán que, durante la reunión de planificación de la fábrica de automóviles, se mantuvo en sus trece y exigió que los calentadores de los asientos llegaran a una temperatura tal que, en condiciones normales, pudieran freírte el trasero. En este momento, el calentador del asiento es como una lumbre a la que acurrucarse. Salvo que, por supuesto, ahora no puedo acurrucarme, sino que vuelvo conduciendo a gran velocidad a Hurmevaara y al museo.
Me embargan pensamientos oscuros y desgarradores, no solo sobre los acontecimientos de la tarde y de la noche, sino sobre mi propia situación. Pronto seré un hombre sin familia; mi mujer ha tenido que recurrir a la inseminación popular. Trato de impedir el robo del meteorito, pero acabo siendo testigo de una incomprensible serie de acontecimientos que culmina con un infeliz haciéndose estallar contra el techo de paneles de una remota cabaña, y ni siquiera recupero el meteorito. Me preguntaría qué he hecho mal si tuviera fuerzas para creer en la utilidad de la pregunta en estos momentos.
Bajo del coche de un salto y, en cuestión de segundos, me planto delante de la puerta principal. La abro con mis llaves y me encuentro de nuevo dentro del Museo Militar.
Mi teléfono está entre la Biblia y la novela policíaca. Lo cojo y corro a la sala del meteorito, marco el número de la policía de Joensuu y me dispongo a informar del robo del...
Entonces, veo que no lo han robado.
El meteorito sigue estando en su vitrina.

Me detengo. Hay cristales rotos a ambos lados del meteorito. Entonces, veo lo que falta: la granada. No deberían estar activas, pero eso ya no puede servir de consuelo al gato con botas que se la llevó.

Respiro profundamente con el teléfono en la mano y oigo la voz del policía. Miro el meteorito. Emprendió su viaje en algún momento del principio de los tiempos. Ha atravesado el espacio a una velocidad inconmensurable para venir a parar justo a este lugar, en este momento. Me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —vuelve a preguntar el policía.

—Quisiera denunciar un robo —digo—. Alguien ha entrado por la fuerza en el Museo Militar de Hurmevaara. Me dejaron inconsciente de un golpe. El intruso parece haber robado una granada de la época de la guerra. Eso es todo lo que sé.

4

Hasta aquí hemos llegado.

Es una frase a la que recurre mucha gente, aunque creo que la mayoría lo dice en broma o cuando se trata de una situación que aún puede ir en muchas direcciones. Yo solo conozco una dirección posible, la dirección que me ha sido dada.

Todavía quedan un par de horas para que despunte el alba. Presto declaración en la policía: les cuento a los agentes lo que pasó en el museo y les enseño la ventana rota y las vitrinas hechas añicos. La policía transfiere el caso de forma casi inmediata a la brigada de Kainuu, para que lo tramite el ejército.

—A decir verdad, una antigua granada desaparecida es más bien responsabilidad del ejército —dice uno de los agentes—. En particular, porque todas deberían estar desactivadas.

Miro al policía y pienso que la realidad se escapa cada vez más a las suposiciones, pero no lo digo en voz alta. Llamo a la señora de la limpieza, que se encuentra en su otro trabajo, en la fábrica de celulosa, y promete venir a limpiar en cuanto acabe su turno de noche, dentro de tres horas.

A continuación, llamo a Turunmaa, le cuento las últimas noticias y le pregunto quién puede venir a reparar la ventana. Turunmaa afirma conocer a un cristalero que hace reparaciones a un precio económico y promete que lo llamará. Le cuento también el motivo real de mi llamada: me gustaría hacer todos los turnos de vigilancia nocturna que queden. Turunmaa ni se inmuta. Como es lógico, tanto a él como a los demás les parece bien la solución, pues así pueden dedicarse a sus propios asuntos y Himanka puede dormir en su propia cama.

Cuando acabo la llamada, uno de los policías recuerda que hace tres o cuatro años también entraron por la fuerza en el museo. En aquella ocasión, se llevaron un controvertido mapa de una ofensiva militar y cometieron pequeños actos de vandalismo en el retrete. Su tono de voz indica que no considera ninguno de los dos allanamientos el suceso más emocionante de su carrera.

Nadie dice nada del meteorito.

Vuelvo a quedarme solo con relativa rapidez, esperando a que lleguen los trabajadores de la mañana.

En el este, el cielo empieza a teñirse de rojo; el sol invernal está bajo y sus rayos brillantes cortan el frío mundo. Soy muy consciente de que los ladrones querían el meteorito. Nadie comete un allanamiento para robar mil euros si puede llevarse un millón. Algo ha tenido que salir

mal. La granada tenía aproximadamente el mismo tamaño y el mismo peso que el meteorito. Puede que al ladrón le entrara prisa o que se confundiera por algún otro motivo. La sala estaba a oscuras; lo sé porque yo mismo había apagado las luces con el temporizador. Puede que la persona que rompió las vitrinas no fuera la misma que me golpeó con la linterna. No lo sé.

Lo que sí sé es que uno de los ladrones sigue estando ahí fuera, en alguna parte. El meteorito seguirá aquí durante otros cuatro días. Nadie va a llevárselo durante mi turno de vigilancia.

Pueden intentarlo.

En alguna parte hay que poner el límite.

El límite está aquí; el límite soy yo.

Krista está durmiendo. Me tomo un ibuprofeno para aliviar el dolor de cabeza y me doy una ducha caliente. Sin embargo, no es en la piel donde siento el frío, sino en una capa más profunda, y no puedo parar de temblar. El temblor parece brotar de algún lugar muy profundo, del punto en el que los músculos se adhieren a los huesos y tratan de esquivarse los unos a los otros. No me cuesta reconocer que el meteorito no es para mí un mero meteorito. Esa estúpida piedra inerte podrá valer muchos millones, pero eso me da igual. Lo que me interesa es la integridad del meteorito, una integridad en la que todavía puedo influir.

Observo los champús, los productos de cuidado capilar y los geles de ducha de Krista. Los celos me sugieren cuándo los ha utilizado y con qué propósito. Siento como si tuviera cinco litros de leche rancia y grumosa en el estómago que no logro expulsar. Un veneno oscuro que me carcome el organismo con los dientes de una rata hambrienta. Una cárcel laberíntica cuyas paredes se desplazan de forma arbitraria, de modo que la huida, además de imposible, resultaría inútil, pues detrás de una pared siempre hay otra pared.

El agua me golpetea la parte posterior de la cabeza y la nuca. Cierro por un momento los ojos y los vuelvo a abrir. El agua a mis pies se arremolina en el sumidero, que se tiñe de rojo. Los ladrones estaban dispuestos a usar la violencia y, de hecho, lo hicieron.

No tengo intención de ofrecer la otra mejilla.

Ese es el principal motivo por el que no he mencionado ante la policía ni la cabaña, ni la explosión, ni al cómplice desaparecido. Ya he recibido por sorpresa un bofetón al que no he podido responder: así es como me sentó la noticia de Krista. No voy a quedarme parado mientras todo el mundo me pisotea. Voy a buscar al ladrón y, si es necesario, voy a detenerlo yo mismo, ya sea durante mi turno de vigilancia o fuera de él.

Puede que no sea del todo correcto, pero tengo que hacerlo. Además,

si la teología me ha enseñado algo es que la perfección no es asunto mío.

Me lavo los dientes; estoy fuera de mí. Es normal. Me esperan tiempos duros.

5

Krista me despierta. Está sentada encima de mí con su estrecha cintura contra la mía. Solo nos separa el pijama de algodón. La miro desde abajo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta.

Krista ha abierto las cortinas. A juzgar por la luz que se extiende por la habitación, calculo que habré dormido un par de horas. Tengo que irme a trabajar. Los gruesos cabellos castaños de Krista le caen a ambos lados de la cara. Sus ojos de un gris verdoso son extraordinarios; parecen reflejar la luz en la oscuridad. Mi esposa es una mujer hermosa. Sigue siendo muy hermosa.

—¿Decirte el qué? —pregunto.

—Minna me ha contado que anoche entraron en el museo.

Minna es la mujer del tendero Jokinen. Por supuesto, Turunmaa ha llamado a Jokinen y Jokinen se lo ha contado a su mujer. Minna y Krista son amigas. Sé que a Krista le gustaría que yo fuera amigo de Hannu Jokinen, pero, por algún motivo, no lo soy. Soy consciente de que Jokinen cae bien a la mayoría de la gente del pueblo. En la tienda, habla con todo el mundo, conoce los gustos de sus clientes, incluso se acuerda de los cumpleaños, y les lleva la compra a casa, si así lo han acordado.

—Solo fue... un allanamiento —digo, y me froto los ojos resecos por el sueño.

Cualquier cosa que pase en un pueblo pequeño se propaga por todas partes en cuestión de segundos. Es un fenómeno asombroso. A veces siento que, si me golpeara un dedo del pie contra la puerta, aunque me encontrara solo en mi propia casa y nadie más lo hubiera visto, al cabo de un cuarto de hora alguien llamaría para preguntarme qué tal el pie.

—¿Solo un allanamiento? —pregunta Krista—. Cariño mío. ¿No te ha pasado nada? ¿Pasaste miedo? ¿Estás bien? ¿Por qué no me despertaste al llegar a casa?

No sé a cuál de las preguntas debería responder en primer lugar. Le cuento que me sorprendieron y que los ladrones se llevaron una vieja granada. Le cuento que vino la policía y que transfirieron la investigación al ejército.

—Estoy bien —concluyo.

—Eso es lo más importante —dice Krista mientras me acaricia la cabeza. Su pequeña mano percibe mi chichón—. Ay, tesoro. Este asunto se solucionará. Todo se soluciona al final. Tú solo tienes que

tener cuidado. Pronto serás padre. No puedes...

—He aceptado todos los turnos de vigilancia que quedaban. Los cuatro.

La mano de Krista se detiene.

—¿Y qué pasa con nosotros?

«¿A quién te refieres con nosotros?», pienso casi sin darme cuenta. Miro a Krista y un sentimiento lúgubre me remueve las entrañas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque creo que sé lo que quiere decir.

—Tenemos mucho de qué hablar —aclara mientras se toca el vientre—. Sería bueno hablar de ello, planearlo todo juntos. El nombre, por ejemplo.

—¿El nombre?

—A los niños se les suele poner nombre.

—Por supuesto —aseguro, aunque nunca me había parado a pensar en ello, y ahora que lo hago ni siquiera se me ha ocurrido a mí. Un frío soplo de celos recorre mi interior—. Intentaré pensar en nombres.

Krista me mira durante un largo rato.

—Deberíamos hacerlo juntos —dice—. A eso me refería. Porque no es solo tu hijo...

El móvil suena con el tono de mensaje de texto. Krista mira el teléfono, que está sobre su mesilla, al otro lado de la cama. Le echa tan solo un vistazo rápido, pero eso llama mi atención. El móvil de Krista es como un timbre atascado, todo el día sonando. En cambio, yo puedo olvidar el mío en el bolsillo del abrigo y comprobar a la mañana siguiente que nadie ha intentado contactar conmigo. Si antes de los sucesos de ayer hubiera tenido que decir algo negativo sobre mi mujer, habría dicho que tal vez esté demasiado enganchada al móvil. Ahora podría decir otra cosa. Krista vuelve a girar la cabeza.

—¿Y el sábado por la tarde? —pregunta.

Son las fiestas de invierno del pueblo vecino. Las tenía presentes hasta ayer por la tarde; después, se borraron de mi mente, lo que tampoco es de extrañar.

—No quiero ir sola —dice Krista—. Y no creo que sea muy buena idea que tú, cariño, estés ahí solo sentado en el museo mientras los demás bailamos y lo pasamos bien.

Pienso que eso es, precisamente, lo que ha estado haciendo.

—Quiero que vengas conmigo —continúa Krista—. Y yo también quiero ir. Sabes que me gusta cantar en el karaoke. ¿Por qué no puede hacerse cargo otra persona del turno de vigilancia? ¿Por qué tienes que hacerlo tú?

«Porque ya he tenido suficiente con una humillación y un pequeño incidente. Porque tú, mi querida esposa...».

—Lo pasarás bien, no me necesitas para nada. Además, no se puede

poner a cualquiera a vigilar el museo y yo tengo la formación adecuada para ello. No serán más que unas noches.

Krista retira la mano de mi pelo y la coloca sobre mi espalda. La luz oblicua le ilumina la cara y puedo ver las arrugas pequeñas y graciosas que tiene en el contorno de los ojos.

—No me hace mucha gracia —dice—. Además, estoy un poco preocupada. No pareces feliz ni entusiasmado, a pesar de que nuestra vida está a punto de cambiar por completo.

—Por supuesto que lo estoy —le aseguro—. Es que ayer, con el robo y todo eso, la falta de sueño...

—Los otros tienen que comprender que a veces surgen asuntos familiares. Diles que te ha surgido un imprevisto, algo que no te esperabas.

Claro que podría hacerlo. Cuántas veces le habré dicho a la gente que no podemos saber cuáles son los planes de Dios. En este momento, tengo la impresión de que nadie los conoce. Y puede que entre la Divina Providencia y la caída libre no haya una diferencia tan grande como alguna vez pensé.

—Ya conoces al grupo —digo entonces—. Cada uno va a su aire. Cuando acordamos algo, lo mejor es mantenerlo para que no acabe siendo todo un caos.

Krista no parece muy satisfecha con mi respuesta. Parece que todavía quiere añadir algo más, pero no dice nada. Al final, suspira y se inclina sobre mí; me besa en la boca, entre los ojos y en la frente.

—Puede que te siente bien tomar algo para desayunar.

Se levanta, coge el teléfono de su mesilla y sale del dormitorio.

No quiero desayunar. En lugar de eso, decido buscar al propietario del Nissan Micra.

Teclear un número de matrícula en la aplicación de búsqueda instalada en el teléfono es un procedimiento sencillo; las respuestas llegan con la misma facilidad. El coche ha sido retirado del registro de vehículos. No ha tenido muchos propietarios y el último parece ser Finlandia Oriental Summer Camping Oy. Se trata de una furgoneta roja Ford Transit, un vehículo comercial destinado al uso profesional, modelo del año 2006. La descripción no se corresponde en absoluto con el turismo azul claro, el Nissan Micra que yo vi.

Si en algún momento he dudado que el robo fuera premeditado, esto despeja todas las dudas de forma definitiva.

6

Necesito más información. La nieve cruje bajo mis botas a cada paso. El centro de Hurmevaara parece esta mañana aún más pequeño que de costumbre. Por supuesto, eso se debe a que estoy observándolo todo a través de una doble suspicacia: alguien ha dejado embarazada a Krista y alguien quiere robar el meteorito. Hurmevaara tiene mil doscientos ochenta habitantes. Tanto el semental como el ladrón pueden estar más cerca de lo que me imagino, o de lo que sé.

Los celos me impiden comer. No siento hambre: mi estómago está constantemente lleno y en tensión. En realidad, mi pecho entero está en tensión. La incertidumbre es, en parte, la causa de mis celos, una serpiente con dos cabezas venenosas.

Tengo que averiguar quién es el padre del niño: es absolutamente imprescindible. Todavía no sé qué voy a hacer con esa información, pero algo voy a hacer. Esa información me dará alguna orientación. Y estoy seguro de que, en mi caso, eso no conllevará más dolor, sino que es posible que hasta me produzca alivio.

Por la calle principal circulan dos coches en direcciones opuestas. La temperatura es de veinte grados bajo cero, pero es un día seco y sin viento. Esta es otra de las cosas que me sorprendieron al principio. Estaba acostumbrado a tener distintas temperaturas bajo cero en la costa de Helsinki. Por ejemplo, aunque estuviéramos a solo cuatro grados bajo cero, si había suficiente viento y humedad, incluso con un grueso abrigo de plumas el frío parecía paralizar mis funciones vitales mientras esperaba al autobús. Sin embargo, aquí puedo esquiar sin problemas durante una hora y media con un fino traje de punto a quince grados bajo cero, desabrocharme el cuello y limpiarme el sudor.

Dependiendo del tiempo que haga, hasta la casa parroquial hay unos diez o quince minutos a pie. Paso por delante del bar y de la tienda de ropa; ninguno de los dos negocios está abierto todavía. El quiosco sí lo está, y en la ventanilla hay un anuncio relacionado con algo que ya me llamó la atención por la mañana.

El quiosquero es un hombre algo mayor que yo. Quizá todavía no haya encontrado su vocación. Aguarda tras el mostrador como si estuviera prisionero: mira continuamente hacia fuera, como intentando buscar una manera de escapar, y con la llegada de cada cliente se alegra, como si le trajeran una lima con la que serrar los barrotes. Me saluda como si yo fuera la primera persona en aparecer durante años por su isla desierta. Esta mañana le entiendo un poco

mejor. Yo también me siento como si hubiera perdido una conexión importante con algo y tuviera que reaccionar para conseguir que esa conexión funcionase de nuevo.

Pero ahora estamos hablando de una conexión muy diferente. El hombre, de majestuosa barba, se alegra de poder ayudarme. Siento una extraña fraternidad con este prisionero de su propia vida mientras me explica las características de las distintas tarjetas prepago. No es que necesite tanta información, ni que esté pensando en realidad qué tarjeta debería adquirir. Solo hay un número con el que tengo intención de contactar y no creo que vaya a necesitar mucho saldo. En realidad, hablar es lo último que pretendo al usar la tarjeta telefónica.

Sé muy bien que no estoy haciendo lo correcto, pero me justifico a mí mismo en una milésima de segundo: es una manera de obtener información y yo tengo derecho a saber. Finalmente, me inclino por una oferta que incluye mensajes de texto y saco la cartera del bolsillo.

En mitad de la operación, aparece otro cliente. Lo conozco, del modo en que conoces a una persona sobre la que has leído artículos y has visto entrevistas en televisión. Timo Tarvainen es expiloto de rally y vive a varios kilómetros de aquí, a orillas del río Hurmejärvi. Sé que su carrera se vio truncada por un accidente y por las irregularidades que lo siguieron, de las que no tengo una idea muy clara.

Tarvainen tiene el cabello de un color blanco tan deslumbrante que parece teñido y lleva una chaqueta de patrocinio en la que, de un vistazo, se pueden distinguir al menos una treintena de logotipos de empresas diferentes. La chaqueta no es nueva. También lleva puestas unas gafas de sol. Nos hace un gesto con la cabeza al quiosquero y a mí, o eso creo: las gafas de sol son tan oscuras que me resulta imposible saber hacia dónde dirige la mirada. Tarvainen pone un paquete de doce cervezas sobre el mostrador mientras yo me meto la tarjeta prepago en el bolsillo. Le deseo un buen día al quiosquero, aunque puedo ver en su expresión que todavía le queda una larga pena que cumplir.

Me detengo en la puerta, me pongo el gorro y los guantes, y salgo al mundo exterior, brillante y helado. Apenas he dado unos pasos, cuando oigo una voz detrás de mí.

—¿A qué cojones está jugando Dios?

Me giro: el piloto de rally está de pie a contraluz con el paquete de cervezas bajo el brazo. Miro a mi alrededor. Lo más probable es que se dirija a mí, puesto que no veo a nadie más por aquí cerca, ni tampoco a lo lejos. Supongo que su pregunta está motivada por una auténtica reflexión teológica.

—No lo sé —contesto con toda sinceridad.

El piloto rompe el envoltorio de plástico del paquete de cervezas y saca una lata; da unos pasos hacia mí y deja el resto del paquete sobre

el capó del coche. El coche es muy similar a la chaqueta: los dos están llenos de pegatinas y ninguno es el último modelo del mercado.

—No sé si te has enterado —comenta Tarvainen mientras abre la lata de cerveza—, pero ese meteorito cayó sobre mi coche.

Le digo que lo sabía. Tarvainen echa un trago largo, calculo que casi media lata.

—Mi viejo siempre decía que los caminos del Señor son inescrutables, pero nada sucede por casualidad —dice Tarvainen, y puedo percibir no solo el olor de la cerveza que está bebiendo, sino el de un consumo prolongado de alcohol—. He estado pensando en eso. Sale de la nada y llega hasta mí. Me encuentra a mí, y yo lo encuentro a él. Entonces, viene un tipo del museo y dice que le pertenece. ¿Qué significa eso? ¿El Señor me lo da y el Señor me lo quita, así al instante?

—La probabilidad del impacto de un meteorito...

—La probabilidad es tan pequeña que es inexistente. He leído algo de astronomía. También he visto un vídeo en YouTube, sobre el universo y toda esa mierda. Por supuesto, lo único que he conseguido ha sido ponerme de mala hostia.

No sé qué responder a la primera afirmación. La astronomía me produce sentimientos encontrados. Y también empiezo a comprender el odio, el resentimiento y la frustración, la angustia que puede llegar a producir el universo.

—Tú sabes lo que se trae Dios entre manos, ¿verdad? —pregunta Tarvainen dejando escapar un eructo—. Al principio, todo parecía ir bien. Contacté con un viejo conocido y le propuse fundar una nueva escudería, una de primer nivel. Yo conduzco, él lleva el negocio. Por un momento, teníamos un millón de euros a nuestro alcance. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, el puto pedrusco se convierte en un objeto de investigación de rareza inestimable. No me dio tiempo ni a pestañear. Llega aquí mi colega porque yo lo he llamado y me toca informarle de que, oye, el pedrolo está ahora en el museo guardado bajo llave.

Tarvainen apura la lata de cerveza. Pero sus últimas palabras despiertan mi interés.

—¿Un colega? —pregunto.

Tarvainen se limpia la boca con el dorso de la mano, que después sacude en el aire.

—Qué más da —responde—. Yo lo que quiero saber es qué opina Dios de todo este asunto.

No le digo que, desde hace miles de años, ese es el gran enigma. Quiero continuar la conversación.

—¿Ibais a fundar una escudería de rally, si he entendido bien? —inquiero.

Tarvainen me mira con detenimiento. Al menos, las gafas de sol se

dirigen de forma directa hacia mí. Se queda en silencio un instante.
—¿Significa algo ese meteorito o no? —pregunta entonces—. Es una pregunta sencilla.
Está claro que este hombre quiere el meteorito, pero no sé en absoluto si podría ser un ladrón, ni tampoco si podría tratarse de la persona que yacía sobre la nieve. En cambio, el colega al que acaba de mencionar... El compañero de negocios promete ser interesante.
—No estoy tan seguro de que sea una pregunta sencilla —digo—. Si vamos un poco más allá, se convierte en una pregunta trascendental, sobre si el universo es un sistema cerrado y orquestado de forma precisa, una especie de reloj suizo gigante, o si, por el contrario, no es más que un montón de desperdicios que se precipitan de forma aleatoria, un puro caos.
—He preguntado cuál es la opinión de Dios. Al fin y al cabo, a ti te pagan por saberlo.
Las personas que expresan esa idea suelen pensar que son las primeras en manifestarla en voz alta. Pero creo que habré oído unas mil quinientas versiones diferentes de lo mismo.
—Me pagan por el servicio —aclaro—. ¿Es un problema que el meteorito esté en el museo?
Las manos del piloto se detienen y su cabeza cambia de posición con mucha sutileza. Su reacción se parece a algún tipo de despertar. Entonces, parece reparar también en la lata de cerveza vacía que tiene en la mano. Regresa al coche y saca otra lata del envoltorio de plástico. La abre, y el sonido es como el de una rama rompiéndose en la mañana helada. Tarvainen echa un trago a la cerveza y abre la puerta del coche, pero se detiene de pronto y me mira de nuevo.
—Parece que Dios está de mi parte, al fin y al cabo —afirma.
Le observo dar marcha atrás, girar y salir del aparcamiento hacia la calle. Estoy seguro de que daría positivo. Podría volver a llamar a la policía de Joensuu. En una hora estarían aquí.

7

—Un metro de ceniza.

No parece que el hombre quiera establecer contacto visual. Sus atormentados ojos azules se clavan en el suelo como si en efecto le cubriera la mencionada capa de ceniza. Miro hacia fuera: el día es claro y luminoso. Un manto de nieve de un metro y medio de grosor avanza dibujando ondas hacia el lindero del bosque. No sé cómo ha podido volver a conseguir cita para hoy. Entonces, pienso en su manera de proceder y lo comprendo. Está al acecho de cualquier cancelación, no para de llamar a la secretaría de la parroquia. Fue la última persona en sentarse frente a mí ayer y es la primera en hacerlo hoy.

—Los sismólogos y los vulcanólogos están de acuerdo —continúa—. El supervolcán subterráneo, es decir, la Caldera de Yellowstone, entra en erupción de forma regular. Es solo cuestión de tiempo que vuelva a producirse una gran erupción. La última vez, la nube de ceniza produjo una oleada de extinciones, cambios climáticos. El tamaño del volcán es de cincuenta por setenta kilómetros. Una capa de un metro de ceniza cubrirá al instante la mitad de América del Norte. La nube de ceniza oscurecerá la luz del sol, lo que creará un invierno nuclear, un nuevo periodo glacial. En la erupción anterior, el invierno, con sus lluvias ácidas, duró mil años. Así, sin aviso previo. Las erupciones de los supervolcanes son impredecibles. Las luces de la Tierra se apagarían en una hora o dos. Y ahora seguramente me dirás que no llegaremos a ver esa erupción.

No voy a decir nada ahora mismo. Si en Yellowstone hay algunos rescoldos, mi interior está en llamas. Pienso en Krista, en la última noche, en la granada, en el meteorito, en la explosión, en los cómplices. En apenas veinticuatro horas, mi vida ha cambiado por completo.

—La superficie de la caldera se eleva —dice el hombre—. Se contabilizan miles de terremotos subterráneos cada año. Y la cuestión fundamental: ¿crees que nos informarían de que un supervolcán va a entrar en erupción en un plazo de tres, cuatro, cinco años? Desde luego que no. Si la gente supiera que el fin del mundo va a llegar dentro de tres años, se produciría una anarquía total. Todo dejaría de tener importancia.

No oigo la pregunta que formula a continuación, pero él me mira como si esperase de mí algún tipo de respuesta.

—La vida puede ser de lo más impredecible —respondo.

El hombre no para de hablar y va cambiando de postura en la silla con mucha agitación, haciendo crujir las patas; el sonido reverbera contra las paredes blancas de ladrillo.

—¿Sabes? —dice el hombre—. Conozco a todas las personas de este pueblo. A juzgar por mis conversaciones con ellos en los últimos dos años, tengo la impresión de que todos ellos, incluidos los viejos ateos comunistas más recalcitrantes, tienen más fe que tú.

Miro al hombre y lo veo más claro que nunca. Esa mirada llena de angustia, la barba incipiente como papel de lija. Tiene abrochado el botón superior de la camisa de franela; seguro que ese jersey le da mucho calor. Retrocedo ante sus últimas palabras.

—¿Así que conoces a todos en el pueblo? —pregunto entonces.

—Por supuesto. —Se encoge de hombros—. He vivido aquí toda la vida, cuarenta y nueve años. He ido aquí al colegio, he trabajado aquí. Mi exmujer es de aquí, y nuestras dos familias al completo también son de aquí. Participo en todo tipo de actividades: en el club deportivo, en el taller de coches, en la caza de alces. No hay nadie en el pueblo a quien yo no conozca.

Me quedo pensando un momento.

—Las noticias se propagan a toda velocidad en un lugar tan pequeño.

—En efecto. —El hombre asiente aliviado—. Lo que nos lleva a por qué la erupción es inminente. Últimamente no se ha comentado nada al respecto. ¿Qué sucedía antes? Los periódicos estaban llenos de artículos sobre el asunto y se habían iniciado sondeos de varios kilómetros de profundidad en los supervolcanes. Al principio, nos informaban de los resultados; después, nada más que silencio. ¿Qué crees que significa eso?

Espero varios segundos.

—Si alguien hiciera algo inadecuado, en el pueblo se sabría en seguida, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver eso con la Caldera de Yellowstone? —pregunta el hombre.

—Supondría una tremenda erupción —digo y veo por la expresión del hombre que tengo que ir al grano—. Tiene que ver con lo que comentaste antes: si alguien del pueblo tuviera escarceos, eso se sabría, ¿o no?

—¿Escarceos?

—Digamos que codiciase la propiedad de otro.

—¿Te refieres a robar?

—Algo por el estilo —respondo—. Algo que daría de qué hablar. O susurrar.

Sigo el movimiento del hombre mientras gira la cabeza. El profundo y brillante manto de nieve siempre parece más resistente de lo que es en realidad.

—Este es un lugar agradable —dice el hombre—. La gente del pueblo es honesta. Somos honrados en todos los sentidos. Respetamos la ley y el orden.

Espero a que siga hablando. Él vuelve a mirarme.

—Estás obligado al secreto profesional.

—Sí.

El hombre se inclina hacia delante en la silla.

—Algunos destilan aguardiente. Otros traen tabaco de contrabando. Hay quien saca los puños, puede que la navaja también. No es que vayan a matar a nadie, pero a veces dejan un recuerdo en la mano o en el muslo. O incluso en el pecho, si el asunto es más serio. Es raro que saquen el hacha, o la motosierra. Aunque hubo una ocasión... Rami Kärkönen había consumido demasiados esteroides, de esos que traen de Rusia. Levantó la sierra con demasiada ligereza y lo atravesó. Fue un accidente, en cierto modo. Ahora Rami trabaja en la floristería del pueblo. La gente conduce borracha. Si no, nunca llegarían a casa. Eso es todo.

No ha dicho nada que yo no supiera. Al contrario de lo que suele creer la gente, los párrocos no vivimos en una burbuja. No ignoramos que la gente hace todo tipo de cosas imaginables, y muchas más que nunca pensarías hasta que te las cuentan. A veces, resulta difícil comprender por qué alguien querría causar ese tipo de daños, a sí mismo o a los demás.

—Como he dicho, este pueblo es un lugar agradable —añade el hombre—. La gente es honesta y honrada.

Nos quedamos sentados en silencio. No he conseguido aclarar nada en relación con Krista. Sin embargo, veo un camino alternativo: el meteorito. El encuentro con el piloto de rally sigue fresco en mi mente, al igual que los sucesos de anoche. Estoy maquinando una idea poco ortodoxa, que incluso puede que contradiga la idea original del servicio de atención pastoral, pero me encuentro ante una situación extraordinaria en todos los sentidos.

—Estoy buscando algo —digo.

—Sí, yo también —asiente el hombre—. Hay muchas cosas que suponen una amenaza...

—He pensado que podrías ayudarme. De forma confidencial, igual que nuestras conversaciones.

El hombre entrecierra los ojos como si estuviera tratando de ver algo en la lejanía.

—¿Yo? ¿Ayudarte a ti?

—Sí —respondo—. ¿Qué te parece?

El hombre duda y mira hacia ambos lados.

—¿Qué? ¿O cómo? ¿Qué gano yo?

«Te ayudaré a encontrar alternativas al fin del mundo que nunca te

has parado a pensar». No es esa mi propuesta.

—¿Qué te parecería fijar una hora de conversación regular? —propongo—. Podrías venir sin hacer cola, sin tener que estar pendiente de las cancelaciones. Tendrías tu propio espacio en el calendario, como en un horario escolar.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Estoy buscando un perfume.

Es la primera vez que el hombre se queda sin palabras en mi consulta. Algo que habría sido bienvenido en cualquier otro momento, pero no precisamente ahora.

—Este es un pueblo pequeño —prosigo—. Seguro que has estado cara a cara muchas veces con todos sus habitantes mayores de edad. Has respirado el mismo aire que ellos sin darte cuenta. Has olido todo tipo de cosas, porque cada persona tiene su olor. Puede ser un aroma muy suave o discreto o un olor demasiado fuerte.

—Eso es cierto —dice el hombre, aunque sigue mostrándose muy dubitativo.

—El perfume que estoy buscando es fuerte, pero no muy cargante. No se trata de una de esas colonias nocturnas, oscuras y pesadas, sino de algo más ligero. La persona en cuestión lleva mucho perfume, de modo que queda como flotando en el aire por allí por donde pasa. Tiene un fondo cítrico, pero también hay algo más por encima. Creo que, en cuanto lo huelas, podrás reconocerlo con facilidad.

—¿Estás buscando a una persona?

—Ante todo, estoy buscando la colonia.

El hombre se queda pensando.

—¿Un horario regular?

—Podemos consultar el calendario ahora mismo.

8

Ojo por ojo. Los actos tienen consecuencias. Nadie da nada sin esperar algo a cambio.

Esto último no tiene tintes bíblicos. Recuerdo haberlo leído hace algunos años en la pegatina de un retrete, originalmente en inglés. Hay algo de cierto en ello, al contrario que en otras muchas cosas que ahora me vienen a la mente. No sé por qué tengo la cabeza llena de cosas que en este momento no necesito, y que me causan un desgaste adicional, mientras que las que necesito de verdad brillan por su ausencia. Se trata de uno de los problemas fundamentales de la humanidad. Por supuesto, no me afecta solo a mí; sin embargo, ahora mismo todo me parece un grave ultraje personal, lo que me resulta agotador.

La estancia está vacía, estoy solo; en la pared, el Salvador trae un mensaje: «Todo está perdonado de antemano». La idea parece muy complicada de poner en práctica en un remoto pueblo del este de Finlandia, en un día soleado como este, en el que apenas he dormido y la vida ya no tiene sentido para mí.

Me arrepiento y no me arrepiento.

He emprendido un viaje con un destino que me resulta desconocido.

Si hago lo que tengo planeado hacer, nada volverá a ser como antes. Aunque, por otra parte, nada es ya como antes.

Cojo mi viejo teléfono e introduzco la tarjeta prepago. La nueva tarjeta SIM funciona perfectamente. Todavía no me sé el número de memoria, así que lo consulto en el papel. Me doy cuenta de que, mientras tecleo el número con el pulgar de la mano derecha, el papel que tengo en la izquierda tiembla un poco. Es un temblor apenas perceptible, pero es evidente que tiene un origen muy profundo, de eso no me cabe duda. Recuerdo bien la primera vez que tecleé el mismo número para guardarlo en mi teléfono de entonces. Sentí indulgencia, victoria y promesa, como la vida misma.

El campo del mensaje es de un blanco reluciente como la nieve, o como una sábana. O como un ataúd: la idea me pasa de forma fugaz por la mente.

No me encuentro bien. Decido que, en cuanto haya acabado con esto, me tomaré algún tipo de descanso. No he comido nada. Los celos ya no parecen celos, sino que se han apoderado de mí por completo. Yo soy los celos. Negrura y dolor.

Reviso una vez más los riesgos de la primera fase de mi plan, los que soy capaz de ver y enumerar sin sentirme demasiado mal.

Es decir:
Si Krista y el preñador desconocido son de ese tipo de amantes que están en contacto de forma continua, mi plan será un absoluto fracaso. Sin embargo, hay muchos motivos para no creer que se trate de una relación secreta a largo plazo. Estoy seguro de que me habría dado cuenta. El tamaño y el número de habitantes del pueblo no permitirían guardar un secreto así durante mucho tiempo. Es bastante más probable que haya sucedido algo y que estas sean las consecuencias. Quién sabe, puede que Krista se haya visto en una situación de la que, de un modo u otro, no ha tenido escapatoria.
Un juego de azar, eso es lo que es. Pero hay determinados hechos que respaldan la teoría de que los caminos de Krista y del hombre misterioso se han separado, por el motivo que sea.
Mi creencia está basada en hechos reales: hace tan solo dos horas, Krista me dijo que me quería. Ha sido cariñosa conmigo, en sus palabras, en sus gestos, en sus caricias. Ha sido ella misma, cálida y divertida. Me propuso que desayunara un plato de granola que ella había hecho (lo rechacé alegando que el robo me había dejado sin apetito, lo que, en cierto modo, es verdad; nunca he mentido a Krista, al menos no de forma literal). Más hechos reales: Krista quiere ir conmigo a las fiestas del pueblo, quiere ducharse conmigo, quiere que pensemos juntos nombres para el niño. ¿Quién hace eso mientras sigue revolcándose en la cama del vecino?
Me repito a mí mismo que la información mitigará mi dolor.
Al deslizar los dedos por la pantalla del móvil, me duelen a causa del frío, aunque en la estancia hace calor. Me recuerdo a mí mismo que lo inevitable no siempre resulta agradable y me obligo a teclear.

Hola. He tenido que conseguir otro número.
Ya sabes quién soy.

Miro el mensaje. Comprendo al instante que esto va a resultar bastante más difícil de lo que había pensado. Tengo que ponerme en la piel del amante; tengo que mostrarme como un cazador impetuoso y desesperado. Mis mensajes tienen que reflejar fervor y pasión contenida. Comprendo al instante que también debo tener en cuenta la dificultad textual: no tengo la menor idea de cuál es la capacidad de lectura y escritura del hombre misterioso. ¿Y si resulta ser una de esas personas que escribe sin tildes ni signos de puntuación? También me pregunto si Krista, traductora literaria, sería capaz de sucumbir ante un analfabeto. La pasión nos empuja a hacer cosas. Ciertamente, el hombre es carne. El deseo no respeta la ortografía.
No sé exactamente por qué, pero la idea de Krista en íntima relación con un hombre que escribe EN MAIUSCULAS y de forma deficiente me

resulta aún más demoledora. Decido que Krista ha encontrado en el pueblo una pareja sexual que sabe escribir. Sigue siendo una sensación horrible, pero me facilita la redacción del mensaje.

Krista, he tenido que cancelar mi número y conseguir uno nuevo. Yo también me siento como si me encontrara ante algo completamente nuevo. No sé explicar por qué. ¿Tú también sientes lo mismo? Te echo de menos y no paro de pensar en ti. Pensar en ti me vuelve loco, tanto que ya no sé ni quién soy. A veces me imagino que estás aquí conmigo, pero me temo que eso es imposible. Espero tener noticias tuyas pronto. ¿Quizá sigo en tu corazón?

Al final, no sé qué me resulta más horrible, si escribir el mensaje o enviarlo. Solo tengo que apretar un botón. Llegará el fin del mundo o no llegará. Contengo la respiración mientras se envía el mensaje.

Me levanto de la silla, que ya está caliente y camino hacia la ventana hasta casi chocar con ella. ¡Menudo día! «"¿Qué tal el trabajo?" "Nada del otro mundo. He fingido que era el amante de mi mujer. También he participado en un rally de granadas y ha habido un adulterio. Mañana nos vemos"».

El sol invernal emite una luz fría entre los pinos que no basta para despertar a la madera y dorarla con una calidez suave y vigorizante. Todo está cubierto por un grueso manto de nieve que, en esta época del año, parece tan definitivo como si fuera la era glacial. Siento el frío en el cristal de la ventana: hay algo magnético y fascinante en él. Dan ganas de tocarlo. Como si me revelara que la diferencia entre los dos mundos, entre la vida y la muerte, está realmente ahí fuera, tan cerca.

Suena el móvil.

El camino hacia la mesa se me hace eterno. Quiero leer el mensaje y tengo miedo de hacerlo. El teléfono está sobre la mesa; me siento y lo cojo entre las manos. El mensaje brilla en la pantalla.

Tenemos que vernos. K.

9

Tengo que moverme. Necesito aire fresco y, sobre todo, oxígeno.

También necesito comer. Siento hambre por primera vez desde el mediodía de ayer. La vorágine que siento en mi interior me ha quitado el hambre, de tal modo que podría recomendarla como el mejor método natural para adelgazar. «¿Quiere perder peso? Búsquese una pareja infiel».

En la Cafetería Liisa se sirve abundante comida casera, de esa que Krista consideraría poco saludable. Raras veces como en la Cafetería Liisa, no porque la comida sea poco saludable, sino porque prefiero comer solo en el trabajo. Me gusta comer tranquilamente mientras pienso en el trabajo del día, para poder seguir centrado en mis tareas después de la comida, sin necesidad de pensar dónde lo había dejado ni qué estaba haciendo.

En este momento, la concentración es una utopía lejana. Además (y esto soy capaz de expresarlo con claridad porque el frío ha reanimado mi cuerpo y el aire fresco me ha ayudado a recuperar el aliento), solo podré avanzar en mi investigación si hablo con la gente del pueblo. La peor parte del asunto es que tanto el semental como el ladrón podrían estar observándome mientras me llevo a la boca las cucharadas de una cremosa sopa de salmón o los pedazos del famoso asado careliano de Liisa.

La idea me hace sentir mal por un momento, hasta que me doy cuenta de las posibilidades que entraña. El hecho de mostrarme en público puede que impulse a uno de los dos, o incluso a los dos, a actuar, a hacer algo.

La Cafetería Liisa está prácticamente llena, como casi siempre a esta hora. Se encuentra en el antiguo local de la caja de ahorros. Tiene ocho mesas de cuatro personas y tres de dos personas. En caso necesario, la cocina puede cerrarse con una puerta de barrotes de acero; la antigua cámara de seguridad es ahora la despensa. Voy al mostrador a pedir el menú del día y me dispongo a escoger mesa. Casi todos los clientes son hombres y reconozco a la mayoría. Ninguno tiene pinta de haberse follado a mi mujer últimamente; ninguno tiene demasiada pinta de ladrón.

Entonces, oigo que alguien grita mi nombre y veo el moreno y fibroso brazo de Räystäinen haciéndome gestos desde el fondo de la sala. Camino hacia su mesa y Räystäinen me señala la silla que tiene enfrente. Ha llegado unos minutos antes que yo. La mesa para dos personas es pequeña e inestable. Räystäinen tiene muchas preguntas.

Sabe todo lo que hay que saber sobre el robo, pero quiere detalles.
Empiezo a hablar mientras unto mantequilla en una rebanada de pan de centeno. Tengo cuidado con lo que digo y me ciño escrupulosamente a la versión oficial. Räystäinen, que lleva una camiseta de manga corta, me escucha con atención, pero, cuando termino, su cara morena de solárium manifiesta que no está demasiado satisfecho. Cruza los brazos desnudos sobre el pecho; los nervios y las venas se estiran y se hinchan. No me resulta difícil comprender que estaba esperando algo más. Retira la mirada por un instante y, entonces, vuelve a mirarme como un animal hambriento ante su comida. Al final, me encojo de hombros y le doy un mordisco al pan.
—Todo sucedió con mucha rapidez.
Räystäinen se recuesta hacia atrás.
—¿Ni siquiera eres capaz de decir qué aspecto tenían?
Sacudo la cabeza.
—¿Tampoco los oíste hablar?
Como un trozo de pan y vuelvo a sacudir la cabeza. Räystäinen parece estar urdiendo algo. No lo conozco demasiado bien, aparte de lo que sabe todo el mundo, claro, y de lo que hace con su joven esposa y con cuánta frecuencia.
—Pero ¿serías capaz de reconocerlos?
Miro a Räystäinen. Pienso en el perfume, en su intensidad. Sé que lo reconocería.
—Es posible —admito.
—¿Cómo?
La pregunta es tan rápida que corta lo que estaba a punto de añadir. En ese momento, llegan nuestros platos: macarrones para mí y pechuga de pollo para él.
—¿Cómo? —repite Räystäinen cuando se va la camarera.
Titubeo. Rápida e instintivamente, decido que el perfume es de mi propiedad, aunque con ciertas condiciones. En cualquier caso, forma parte de la tarea que tengo que desempeñar, de aquello que tengo que defender. Räystäinen sostiene el tenedor y el cuchillo en el aire.
—No sé —digo entonces—. Supongo que, al tratarse de un suceso tan horrible, algo se me habrá quedado grabado. O puede que esté del todo equivocado.
—Es decir, ¿que no los reconocerías?
Esto es muy típico de Räystäinen: no para de preguntar hasta dejarte sin respuestas. Pero ¿por qué está tan empecinado con el asunto?
—No he dormido más que un par de horas —le informo—. Ahora mismo no soy capaz de explicar lo que pasó. Creo que necesito dormir y descansar para poder ver las cosas con más claridad.
Räystäinen baja la mirada y empieza a comer; yo también me

dispongo a atacar mi copiosa ración. Comemos en silencio durante un rato. Intercambiamos un par de comentarios sobre la próxima reunión del comité vecinal. Entonces, Räystäinen vuelve a decirme que debería ir a su gimnasio alguna vez. Me ofrece un programa de entrenamiento personal gratuito. Tiene un hueco libre esta tarde.

Aunque es un tema de conversación habitual, esta vez el tono es nuevo, más exigente. Räystäinen deja el tenedor y el cuchillo sobre la mesa. En este momento, lo último que se me pasa por la cabeza es empezar a practicar halterofilia. Estoy a punto de decírselo, pero antes le pido que me pase el bote de kétchup que hay en la mesa de atrás.

Räystäinen se gira, extiende la mano derecha, estira el brazo y coge el bote de kétchup. Cuando su codo empieza a doblarse, deja a la vista la parte posterior del brazo. Puedo ver un corte reciente que empieza en el codo y continúa debajo de la manga de la camiseta. Parece el tipo de herida que podría haber provocado una ventana rota.

Retiro la mirada del brazo justo antes de que Räystäinen se vuelva a girar y me mire. Le quito el bote de kétchup de la mano.

—Pensándolo bien, puede que eso me ayude a dormir mejor —digo—. Un poco de ejercicio vespertino.

SEGUNDA PARTE

EL CIELO ES EL LÍMITE

1

Voy vadeando la nieve hacia la parte trasera del granero. Siento la copiosa comida en el estómago, tan pesada y difícil de digerir que sospecho que me está haciendo hundir aún más en la nieve. Las paredes de troncos del granero, de color gris oscuro, parecen desnudas y frías; el sol invernal de mediodía alumbra el mundo como un viejo farol consumido en el horizonte. El olor a edificio viejo se mezcla con el aroma invernal del bosque de abetos.

Me encuentro en la zona del museo de Teerilä, según lo planeado y acordado.

Es un plan sencillo, además de horrible en todos los sentidos. Y aunque me esté arrepintiendo, sé que es absolutamente necesario.

Tengo una cita con mi mujer.

Hasta ahí, el plan suena del todo rutinario, pero después vienen las partes que resultan más difíciles de aceptar. Le he pedido a mi mujer, en nombre de su amante, una cita a la que no pienso acudir, ni como yo mismo ni como ninguna otra persona. La guinda del pastel, el núcleo del plan, es lo que sucederá cuando mi mujer llegue y comprenda que nadie va a acudir a la cita: entonces, voy a seguirla.

No sé cuántas leyes humanas y divinas ni cuántas buenas costumbres estoy quebrantando, incumpliendo o pasando por alto; las mentiras y los agravios parecen acumularse de forma exponencial con cada nuevo giro de los acontecimientos. Pero la necesidad y la pureza no siempre son buenos compañeros.

¿Y por qué creo que mi plan va a funcionar?

Krista es una persona que no deja las cosas a medias. Tiene una voluntad de hierro y prefiere aclarar las cosas lo antes posible; o mejor dicho, de inmediato. La conozco, al menos en ese aspecto. Estoy seguro de que, si no aparece nadie ni consigue contactar con el receptor secreto de los mensajes de texto, tratará de aclarar el asunto personalmente. Así es como ha actuado en numerosas ocasiones. Cuando a Krista se le mete algo en la cabeza, es difícil detenerla.

Por eso he escogido el museo de Teerilä: el edificio principal, los dos graneros y el establo forman un cuadrado que se encuentra fuera del centro de Hurmevaara, a cierta distancia del pueblo, en la cresta de una pequeña colina. Aquí hay un cruce de cuatro caminos: el ramal que elija para marcharse puede revelarme muchas cosas. El número de carreteras que pasan por Hurmevaara es bastante limitado; y cada una de ellas lleva a una zona donde hay un número limitado de hombres en edad de procrear.

El edificio principal del museo de Teerilä no es ninguna mansión, ni siquiera un edificio demasiado grande. Se trata de una construcción de troncos que lleva en pie sus ciento cincuenta años y que en verano funciona también como museo regional. Tiene las paredes rojas y los marcos de las ventanas blancos. Durante el invierno, su patio está limpio de nieve, ya que el edificio se alquila para eventos privados. Y el comité vecinal también se ha reunido aquí varias veces.

Ya casi es la hora. Estoy en posición: puedo ver el patio, pero a mí no pueden verme desde allí. El silencioso bosque de abetos se encuentra a treinta metros de distancia. Solo tengo que prepararme un poco...

Suena el teléfono.

Me saco el móvil del bolsillo y contesto: es Pirkko, de la secretaría de la parroquia. Trato de ir al grano.

—Estoy comiendo —digo—. Vuelvo en una hora.

—Hay que hacer hoy el pedido de libros de salmos —me informa ella.

—Esta tarde lo hacemos.

—Hay muchísimas opciones para la portada y todas son geniales. Creo que la oscura es bastante estremecedora. «Aunque ande en valle de sombra de muerte...».

—«No temeré mal alguno». Es evocadora, sí.

—Luego está esta, en la que un riachuelo corre por una grieta entre las rocas. «En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará».

—«Confortará mi alma» —continúo—. En efecto, pero ahora mismo...

—De cuero —dice entonces Pirkko—. Cuero negro.

Me asomo entre los troncos para poder ver el patio. ¿He percibido un movimiento? Espero un poco más. Ahora sí.

Krista.

Se está acercando.

—El cuero negro es muy elegante —susurro al teléfono tras una pausa —. Pero ahora tengo que...

—Suave a la vez que firme —susurra Pirkko a su vez.

No sé qué estará pasando en la secretaría de la parroquia, pero ese susurro me suena a malentendido. Entonces, comprendo muchas cosas al mismo tiempo: Pirkko ha empezado a sentarse más cerca de mí en las reuniones, trae bollos caseros a la sala de personal cada vez con más frecuencia y viene a mi despacho, aunque el asunto se pueda solucionar por correo electrónico.

—Tengo que irme... —vuelvo a susurrar.

—¿Dónde tienes que ir? —susurra Pirkko.

Krista se acerca con rapidez; tengo que colgar el teléfono. Se detiene en mitad del patio y mira a su alrededor.

Estoy desconcertado. ¡Lo que me faltaba! ¿Qué tipo de señales le he estado mandando a Pirkko? Me doy cuenta de que he participado en

las bromas, en los dobles sentidos, y de que cada uno acabamos las frases del otro. Esas cosas pueden malinterpretarse, puesto que cada uno las ve a su manera. A veces, los dos factores se juntan y causan situaciones como esta. Suelto un suspiro.

Han pasado varios minutos desde la hora de la cita. Krista da unos pasos hacia el edificio principal y se mete las manos en los bolsillos del plumas; su aliento echa humo. Me siento fatal, horrible. No se puede caer más bajo; el día no puede ir peor.

Krista se lleva la mano a la oreja. Es sorprendente lo poco que pienso en ello hasta que suena el teléfono en mi bolsillo. Como es lógico, tengo los dos teléfonos conmigo y el que suena es el del amante de los mensajes de texto. Tenía que haberlo silenciado, pero entonces llamó Pirkko y se me pasó. Me llevo la mano al bolsillo y echo un vistazo entre los troncos.

Krista ha oído el teléfono.

Miro al cielo azul y lanzo una blasfemia.

Echo a correr.

El bosque de abetos se acerca a cada paso. La capa de nieve es bastante profunda.

—¡Oye! —oigo a lo lejos en el patio, al otro lado del granero. Krista está gritando—. ¡Oye!

Sigo corriendo. Levanto las piernas y avanzo con ímpetu.

—¡Oye! —vuelve a decir. Cada grito suena más inquisitivo que el anterior.

Sé que el granero me protegerá durante un rato, pero ¿me dará tiempo a llegar a los árboles antes de que Krista aparezca por el otro lado?

El denso mar de abetos parece estar esperándome para acogerme en su seno. Me sumerjo en ellos como si me lanzara al agua. Las ramas me arañan el abrigo a medida que avanzo hacia las profundidades del bosque. Sostengo los guantes delante de la cara a modo de protección.

—¡Oye! —Los gritos suenan cada vez más cerca.

Krista ha rodeado el granero y se está acercando: avanza más rápido que yo porque puede seguir mis huellas. Por algún motivo, supuse que no me seguiría hacia el abetal, pero eso es lo que está haciendo. Además, me pregunta por qué no me detengo, por qué no quiero hablar con ella.

El bosque continúa cuesta abajo y la colina se vuelve más empinada. Sé dónde termina la cuesta: al final hay una carretera, una carretera recta, que se extiende durante un largo tramo en ambas direcciones.

Me dejo caer hacia abajo, tratando de mantenerme lo más cerca posible de los troncos de los árboles. Por encima de mi cabeza, oigo preguntas muy comprensibles. ¿Por qué no me enfrento a Krista? ¿De qué tengo miedo? ¿Tiene algún sentido quedar con una persona para

después salir huyendo? La determinación de Krista juega ahora en mi contra. La entiendo. No es necesario ser ningún genio de la empatía para comprender qué se siente al llegar a una cita y ver cómo la otra persona sale corriendo.

Todo esto es horrible y grotesco. Éramos felices hace solo un momento; ahora huimos el uno del otro y nos perseguimos por el bosque.

Cuando llego a la carretera, tengo los muslos rígidos por el ácido láctico. Por suerte, no hay nadie en la vía. Si me encontrase con alguien del pueblo, no sé qué le diría; sobre todo con mi mujer gritando detrás de mí entre los abetos. La carretera acaba en un cruce transversal que por el oeste lleva al pueblo; y hacia el este posiblemente a Siberia. Al otro lado del camino hay una nueva cuesta empinada; a sus pies, un arroyo y, detrás, un campo de cultivo. Si voy hacia el oeste podré ocultarme con más rapidez. Estoy a punto de echar a correr cuando oigo gritar a Krista.

Después del grito, se hace el silencio.

2

Nuestra relación se basa en la confianza, en el respeto mutuo, en un equilibrio natural y espontáneo entre dar y recibir. Vamos en la misma dirección; tenemos objetivos comunes. Somos cónyuges, amantes, mejores amigos. Nos apoyamos mutuamente, nos consolamos, nos alegramos el uno por el otro. Somos, en una palabra, aliados.

Pero...

Puede que, al final, todo esto se decida en un frío y luminoso día en un remoto pueblo del este de Finlandia, en un bosquecillo cercano al que, mediante un engaño, he hecho venir a mi mujer, que está embarazada de otro hombre. Es evidente que le ha pasado algo, pero ¿qué puedo hacer yo? No puedo volver al abetal y descubrirme. Pienso durante un momento y creo encontrar una solución. Vuelvo a correr. Cuando me encuentro a una distancia suficiente, saco mi propio teléfono del bolsillo. Al final, Krista responde.

—Hola.

—Hola, cariño —empiezo—. Te llamo para preguntarte si quieres que pase por la tienda de camino a casa. No recuerdo si hay que comprar algo más, pero al menos necesitamos pan, yogures y huevos.

Silencio.

—Pescado —responde entonces—. Salmón, quizá.

—Es verdad. Podríamos hacer sopa de pescado. Entonces, compro también patatas. ¿Algo más?

—Lechuga —dice Krista, y percibo en su voz que no está demasiado entregada a la confección de la lista de la compra—. Compra tomates.

Permanezco en silencio durante el tiempo que necesitaría para escribir las cosas en la lista. Mi plan funciona.

—Joel, creo... Creo que me he torcido el tobillo.

Hago todo lo posible por parecer sorprendido.

—¿Dónde? Quiero decir, ¿cómo?

Puede que mi voz suene más a interrogatorio que a sorpresa.

—No sé si está roto o solo torcido —dice Krista y puedo percibir que le duele de verdad—. No soy capaz de apoyarme en él, no puedo caminar.

—¿Estás en casa?

Hay un breve silencio.

—No.

—¿Dónde estás?

—En el bosque.

—¿En el bosque?

—Sí. Detrás del museo de Teerilä hay un bosque de abetos: estoy en la ladera. En ese lugar por el que corre un arroyo al fondo, ¿te acuerdas? En otoño estuvimos observando lo fuerte que era la corriente.

—Como un pequeño río. Sí, lo recuerdo.

Por supuesto que lo recuerdo. Era un hermoso día. Caminábamos los dos juntos, agarrados de la mano. Los árboles resplandecían, puede que por última vez antes de la llegada del invierno, pues ya se percibía la fina capa de escarcha en el aire fresco. Sé que tengo que hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué estás haciendo ahí en el bosque?

Krista tiene preparada la respuesta; sabía que se lo iba a preguntar.

—Estaba de paseo.

—¿De paseo?

—Necesitaba un poco de aire fresco.

—¿En la nieve profunda, en el bosque de abetos?

¿Lo estoy haciendo a propósito? Le estoy haciendo preguntas a pesar de conocer la respuesta. Sus respuestas tampoco tienen importancia: las preguntas son suficientes, pues con ellas puedo mostrar mi superioridad. Esta situación me recuerda a las escasas discusiones que hemos tenido. Krista se queda en silencio durante un rato antes de contestar.

—Aquí hace bastante frío.

Krista va sentada en el asiento del copiloto mirando fijamente hacia delante mientras yo conduzco. Nos estamos mintiendo mutuamente. Es algo horrible, aunque sucede con gran facilidad. No es una sensación buena ni agradable, pero mis labios se mueven como si fueran los de otra persona. Hay cuarenta minutos de trayecto hasta el centro de salud.

Lo peor de todo ni siquiera son las mentiras. Cada vez que Krista suelta un grito o un gemido, me siento como si alguien me agarrase el estómago con el puño y apretase. Todo esto es culpa mía, es inútil negarlo o buscar excusas. No sé si nos hemos mirado a los ojos en algún momento.

Al mismo tiempo, tengo la impresión de que Krista puede percibir que no estoy tan consternado ni preocupado como quizá debería. Por supuesto, en cierto modo estoy preocupado y consternado; en gran medida, además, pero eso no tiene nada que ver con el accidente.

Sé lo que debería preguntarme en este momento, a mí mismo y a todos los que me rodean. Krista está embarazada: ¿y si hubiera caído desplomada en la nieve? ¿Habría acabado muriendo congelada en el bosque? Tengo que seguir haciéndole preguntas, así que trato de encontrar la forma adecuada de hacerlo, un ángulo desde el que las

respuestas puede que me sorprendan. Al final, logro dar con él.
—En la nieve había huellas de otra persona —digo—. No pude evitar darme cuenta. Ahí, en la colina.
No vuelvo la mirada en absoluto, sino que me concentro en aquello que puedo ver por el rabillo del ojo. Parece que Krista ha girado la cara hacia la ventana.
—Me dolía tanto el pie que no miré a mi alrededor.
—¿Y antes de la caída? ¿Viste a alguien en el bosque?
—¿Que si vi a alguien?
—Solo pensaba que quizá habría alguien a quien hubieras podido pedir ayuda. ¿Había alguien por allí? Las huellas eran muy recientes.
—No vi a nadie —dice Krista y percibo en su voz que ya ha pensado en ello—. No vi a nadie durante todo el paseo. Es decir, mientras estaba en el bosque. Fue todo un acto impulsivo, una decisión instantánea. Pensé que podría atajar a través del bosque para volver al camino y, desde allí, podría regresar al pueblo. Algo así estaba pensando, pero entonces se me atascó el pie y me caí.
—Ya veo. Estabas bajando hacia el camino.
Percibo movimiento por el rabillo del ojo. Krista gira la cabeza hacia mí.
—Hacia el arroyo. Bajaba hacia nuestro arroyo.
«Hacia nuestro arroyo», pienso. El pensamiento viene a mí ya mancillado. Agua negra corre por el arroyo. Krista se queda en silencio, como esperando a que yo diga algo.
—Lo importante es que ahora estás aquí. Y que no ha pasado nada peor.
Krista pone su mano sobre la mía.
—Contigo solo pasan cosas buenas.

Krista tiene un esguince grave en el tobillo. En cualquier caso, no es necesario operarlo. Le colocan un fuerte vendaje y una tobillera de plástico y le dan unas muletas para que camine con ellas.
Volvemos a casa en coche.
Seguimos mintiéndonos el uno al otro.
Está anocheciendo: en el cielo se alternan el marrón dorado, el violeta y el rojo sangre. Entonces, el día llega a su fin. Se apaga detrás de los árboles, al borde de la carretera, y me abandona igual que lo ha hecho ya unas trece mil veces; en su lugar, la oscuridad no tarda en invadirlo todo.
Sin previo aviso, estoy viviendo la peor época de mi vida. Pero así es como suele suceder. Supongo que nadie planifica que dentro de un mes, justo el miércoles, se irá todo a tomar por culo. Es algo que sucede sin más, y ese es el punto en el que me encuentro, independientemente de lo que creyera antes.

Recuerdo aquella tarde alegre de primavera en la que cargamos la furgoneta y nos marchamos de Helsinki en dirección a Hurmevaara. Nos dijimos el uno al otro que ese era el inicio de una nueva aventura en común. No nos dijimos: «Venga, vamos a meter el sofá, la lámpara, los libros y la mesa en el coche y a conducir directos al infierno».

Aunque eso es justo lo que hicimos.

Los neumáticos de clavos repiquetean en la carretera y la mujer a la que amo me rompe el corazón con su mera presencia.

3

Krista se acomoda en el sofá del cuarto de estar. Le llevo una manta y comida y pongo a hervir agua para el té. Me aseguro de que tenga a su alcance todo lo que quiera y necesite. Presiento que Krista desea estar sola; que, por un motivo u otro, no tiene fuerzas para hablar con nadie. No es una sensación especialmente agradable ni tierna, pero, en este preciso momento, me viene muy bien. Preparo la bolsa, me pongo la ropa de calle y me marcho. El frío se ha hecho un poco más intenso. El centro del pueblo está desierto; conduzco hacia el norte por una calle principal vacía y siento una soledad que no había experimentado en años.

Eso me hace recordar cómo empezó todo.

Fue en Afganistán.

Pisé una mina en un día caluroso.

Mi convoy había dejado la antigua base al amanecer: necesitábamos todas las horas de luz para el viaje. El sol ardía en lo alto y el viaje transcurría con lentitud. La red de carreteras de Afganistán se encontraba en un estado deplorable e hicimos parte del trayecto por carreteras sin pavimentar. Nos encontrábamos en una ruta de montaña entre dos pueblos deshabitados cuando el vehículo para el transporte de personal sufrió una avería. El volante empezó a desviarse hacia la derecha; la situación iba de mal en peor, así que tuvimos que detenernos y bajarnos del vehículo.

Era el mediodía de un día caluroso y muy tranquilo. Intentamos guarecernos a la sombra del vehículo, pero era imposible. El sol era más grande de lo que yo había visto nunca; estaba justo encima de nosotros, como una bola de fuego redonda y amarilla. En cuestión de minutos, sus rayos sobre el cuerpo nos empezaron a producir un picor insoportable; nos tensaba y abrasaba la piel, hasta que empezamos a sentir como si nos la quisiera arrancar por completo.

Detener el vehículo era muy arriesgado. Las bombas de carretera, las minas, los francotiradores y las emboscadas también suponían un peligro mientras avanzábamos a buena velocidad, pero, si decidíamos detenernos, o nos veíamos obligados a hacerlo, a estos peligros había que sumarles los ataques espontáneos. Son combinaciones de distintos métodos de ataque que llevan a cabo una o más personas en cuestión de segundos, y que son bastante complicadas de prevenir mediante inteligencia militar o planificando minuciosamente la ruta. Situaciones de aquellas en que la ocasión hace al ladrón.

Al bajarnos del vehículo, nos situamos de manera que pudiéramos

vigilar a nuestro alrededor cubriendo la mayor superficie posible. No tardamos en darnos cuenta de que estábamos totalmente desprotegidos. Aunque nos rodeaban montañas y rocas, estas no nos proporcionaban ninguna cobertura.

El comandante tomó una rápida decisión: el resto del convoy continuaría su camino, mientras que el vehículo averiado se quedaría allí con su tropa. Por supuesto, todos nos mostramos de acuerdo, aunque eso suponía quedarnos solos. Era demasiado peligroso tener ahí parado a todo el convoy.

La reparación del vehículo duró lo suyo. Los mecánicos trabajaban bajo presión. Traté de fijar la vista en los ángulos en sombra que había entre las rocas.

La primera bala le atravesó la cabeza al jefe de mecánicos. El disparo llegó casi de frente, en la dirección a la que nos dirigíamos. Venía de arriba, de la ladera de una montaña.

Respondimos con disparos. A la montaña no le importaban lo más mínimo nuestras balas, pero el tiroteo tenía otro tipo de objetivo: proteger al mecánico que nos quedaba. Esa era nuestra única esperanza. Yo también confiaba en que el tirador estuviera solo. Los disparos llegaban a intervalos casi regulares, desde el mismo lugar, y eran precisos.

Uno de los soldados fue alcanzado en el brazo. La herida no era mortal, pero tuvo consecuencias fatídicas para otro soldado.

Este salió de detrás del vehículo y echó a correr hacia las rocas. Tal vez quisiera alcanzar una hendidura estrecha que ascendía por la pared; quizá viera en ella una ruta de escape.

El tirador aceleró el ritmo. Las balas impactaban en el suelo alrededor del soldado que corría. Salí detrás de él. Fue una reacción instintiva. O, como pensé más tarde, quizá lo hiciera también por motivos de convicción. Había ido a Afganistán para ofrecer toda la ayuda, consuelo y seguridad que pudiera.

Corrí a toda velocidad hasta alcanzar al soldado, que no avanzaba en línea recta ni de forma demasiado efectiva. Lo tiré al suelo y le dije que iba a ponerlo a salvo. El soldado se opuso e intentó golpearme. Sus golpes no eran más que zarpazos, furiosos, pero imprecisos. Mis golpes sí fueron precisos: le di con toda la fuerza que me confería la adrenalina.

Cargué al soldado inconsciente para llevarlo de vuelta al vehículo. Era como un largo talego sobre mis hombros. Todos los demás disparaban hacia la montaña como si quisieran hacerla añicos. El tiroteo iba refrenando al tirador, que ya no era tan preciso como antes; aun así, las balas golpeaban el suelo delante y detrás de mí.

El arcén de la carretera era muy abrupto, así que empujé al soldado hacia arriba. Otro soldado salió de detrás del vehículo, vino a nuestro

encuentro, cogió al hombre inconsciente por las manos y empezó a tirar de él para ponerlo a salvo. Yo avanzaba a gatas por el suelo. Una bala impactó a mi derecha, a tan solo unos centímetros de mí. Hice un esfuerzo por ponerme en pie.

No recuerdo nada de la explosión.

El siguiente recuerdo que tengo es en el interior del vehículo. No oigo nada y veo borroso. Estoy completamente empapado en sangre. Alguien me envuelve la pierna izquierda con algo. Entonces, vuelvo a perder el conocimiento.

Recibí reconocimiento por haberle salvado la vida al soldado; él mismo vino al hospital militar a darme las gracias. Me comporté de manera neutral; todo aquello parecía temporal, algo de lo que uno se recupera y, además, con bastante rapidez.

El soldado era notablemente más joven que yo; iba a volver a casa. Observé que le costaba mirarme a los ojos y apenas podía permanecer sentado. Me imaginé que se debía a lo sucedido: había entrado en pánico, había actuado de forma estúpida y alguien más tuvo que pagar por ello. Le dije que me había limitado a hacer lo mismo que él habría hecho en el caso contrario. Miró al lado de la cama y me preguntó si todos los medicamentos que había en la mesa eran para mí.

Había salvado la vida a un pastillero.

Llego al aparcamiento de Hurme Gym, bajo del coche y me olvido al instante de Afganistán. Es una tarde fría. Hurme Gym se encuentra en el polígono industrial de Hurmevaara; a pesar de ser una región pequeña, hay mucha actividad. Aquí hay de todo, desde piezas de tractor hasta ramitas de abedul para la sauna: estas las traen desde Helsinki, por supuesto, al igual que muchos otros productos estrechamente relacionados con la incapacidad de algunos adultos jóvenes para enfrentarse a las tareas del hogar y demás responsabilidades de la vida cotidiana. El gimnasio está situado en el antiguo matadero.

Cuando entro, la oscuridad exterior da paso a la claridad de los fluorescentes.

Räystäinen me está esperando. Aparte de él, no hay nadie más en el gimnasio.

Se trata de una gran sala diáfana; hay bastante espacio entre las máquinas y las zonas para levantar peso libre. Räystäinen lleva puestas unas zapatillas de deporte blancas, una sudadera negra y pantalones de deporte grises. En el pecho lleva bordada la imagen de una haltera, tan cargada en sus extremos que se curva como si la levantara una fuerza invisible.

Se nota claramente que Räystäinen está tenso, y tampoco es que yo esté en mi momento más relajado. Recuerdo la larga cicatriz en el

brazo de Räystäinen, recuerdo el dolor en la sien, al ladrón en la nieve.

—Qué silencio —digo, mirando a mi alrededor.

La sala está muy bien equipada. Hay muchas máquinas y los pesos libres están pulcramente colocados en sus soportes. Las barras vacías y las máquinas inmóviles tienen algo que acentúa la desolación del lugar. No hay música, pero oigo a Räystäinen chasquear los nudillos, así como el sonido del teléfono que lleva en el bolsillo, indicando que ha recibido un mensaje. Räystäinen recorre la sala de techo alto con la mirada mientras se mete la mano en el bolsillo.

—Hoy toca cardio —aclara Räystäinen—. Así es como la gente organiza sus entrenamientos.

Echa un vistazo al teléfono: el mensaje no parece causarle mucha alegría. La afirmación de Räystäinen tampoco es necesariamente cierta. Es difícil imaginar que ayer el gimnasio estuviera lleno y hoy estén todos esquiando o corriendo.

—Eso nos viene bien. Podemos hacer tu planificación con toda tranquilidad. Vamos a ver cuán en forma estás y qué objetivos queremos lograr.

—Muy bien —respondo. Mientras, Räystäinen ya me ha dado la espalda y me pide que lo siga.

Empezamos por el peso muerto. En su día, cuando todavía entrenaba con peso, era mi ejercicio preferido. Ya hace algunos años de aquello, pero todavía conservo la técnica. Räystäinen está impresionado. Por supuesto, me da consejos, pero puedo notar en su voz que esperaba poder tener más control sobre el entrenamiento. Parece que el ambiente se vuelve algo más ligero al compartir experiencias sobre el entrenamiento con pesas. Räystäinen aún tiene la sudadera puesta, y su teléfono sigue anunciando la llegada de nuevos mensajes. Finalmente, le quita el sonido al móvil.

—No imaginaba que esto te resultase tan familiar —dice cuando pasamos al press de banca—. Te tenía por un hombre más espiritual. Ya sabes, pensaba que te habrías olvidado del cuerpo para dedicarte al alma y esas cosas.

Räystäinen dice esto como si hablara de Jesús. Al mismo tiempo, parece algo decepcionado por el hecho de que yo haya asistido al gimnasio como una persona normal, en mi propio coche, en lugar de caminar por la nieve y cambiar los batidos de proteína por el vino. No tengo intención de contarle lo pecador que soy.

Calentamos un poco mientras hablamos de la técnica del press de banca.

Me tumbo en el banco y agarro la barra. Räystäinen se coloca detrás de mi cabeza por si el levantamiento se queda en el pecho o a medio

camino. El objetivo es probar hasta qué peso puedo llegar. Agarro la barra con las manos y la levanto del soporte. El peso está sobre mis brazos. Justo en ese momento, Räystäinen empieza a hablar.

—Ese meteorito vale un millón de euros.

Le veo por encima de mí, del revés. El ambiente ha cambiado en cuestión de segundos.

—Así que no es extraño que alguien intentase entrar en el museo. Para mí, ese millón de euros es motivo más que suficiente.

Räystäinen acerca las manos a la barra y las coloca de tal modo que me impide volver a poner la barra en el soporte.

—Aunque se dividiera en varias partes, seguiría valiendo mucho dinero —afirma—. Dijiste que había dos ladrones, pero, aunque fueran tres o cuatro, seguiríamos hablando de cantidades considerables.

Bajo la barra hasta el pecho e inicio el levantamiento. Me doy cuenta al instante de que es demasiado peso para mí.

—Eso me hace pensar en la familia... Bueno, formar una familia no es algo sencillo ni barato. No se puede confiar solo en el Espíritu Santo.

—¿Qué dices? —pregunto con un resoplido.

La barra no se mueve.

—Tengo entendido que vosotros también estáis en ello.

Pongo todas mis fuerzas en el levantamiento.

—No puedo —grito.

—Nosotros tampoco.

—El peso —mascullo entre dientes.

—Si nos unimos...

—No —insisto.

—Si...

—No —digo en voz alta—. No. No a todo. No. Súbela.

Räystäinen pone las manos debajo de la barra, pero no la levanta. Se me empiezan a agarrotar los músculos. ¿Por qué no levanta la barra? Es como si se lo estuviera pensando. Entonces, la barra empieza a subir.

Consigo empujarla hasta arriba, aunque la ayuda de Räystäinen es mínima. Me levanto del banco y me giro para mirarlo, mientras trato de regular la respiración. La expresión de Räystäinen ha cambiado, pero no sé interpretarla. Se limita a mirarme. Tengo un sabor metálico en la boca, como si hubiera mordido la barra.

¿Cuánta información le puedo desvelar?

Si digo que sé cómo se ha hecho la herida, él sabrá que estuve en la cabaña y que no le conté a la policía lo sucedido; eso, suponiendo que Räystäinen se hiciera la herida con la ventana del museo. Y ¿qué es lo que acaba de proponerme? Lo cierto es que no ha propuesto nada en concreto. Se ha limitado a hablar, puede que a pensar en voz alta,

aunque casi ha dejado que la barra me aplastara el pecho. Eso es lo que me ha parecido, pero es imposible demostrarlo.

Entonces, Räystäinen da un paso rápido hacia delante, hacia mí. Rápidamente, cojo un disco de cinco kilos que está a mi lado, en su soporte. No sé lo que espero que suceda, pero, desde luego, lo que no me espero es oír detrás de mí la voz de Pirkko.

—¡Joel! —me saluda con un grito de alegría—. No sabía que vinieras por aquí.

Me giro con rapidez, con el disco de cinco kilos en la mano. Pirkko mira el disco y después a mí.

—Estás entrenando —dice, francamente sorprendida—. Y encima con pesos libres.

Durante la siguiente media hora, todos nos ceñimos a nuestro papel: Räystäinen finge ser un entrenador personal entusiasta, yo pretendo ser un alumno que ha retomado el interés por el ejercicio físico, y Pirkko actúa como si solo estuviera interesada en sus propios asuntos y no nos estuviera escuchando ni mirando.

Como profesor, Räystäinen es extremadamente estricto, a la vez que está completamente ausente. Tal vez querría continuar con la conversación sobre el meteorito que hemos dejado a medias, o quizá preferiría estar en otro sitio. Mientras estoy centrado en los jalones al pecho, veo cómo mira el montón de planchas de peso que suben y bajan. Después me mira a mí, y se me ocurre que quizá esté pensando en cómo volver a ponerme cien kilos en el cuello. Tal vez me equivoque. Estoy cansado, agotado. Las últimas veinticuatro horas me han dejado exhausto y, por si fuera poco, ahora me pongo a levantar pesos.

Pirkko también fracasa estrepitosamente en la interpretación de su papel. En la enorme sala, su cercanía se enfatiza aún más, y no puedo dejar de observar que está acostumbrada a entrenar. Es un poco mayor que yo y lleva ya mucho tiempo como empleada en la oficina de la parroquia. Está divorciada y tiene un hijo mayor de edad que estudia en Helsinki. Es competente y agradable, y sé que debería pedirle perdón. No he sabido comunicarme con ella; he sido egoísta y desconsiderado. La verdad es que no estoy en mi mejor momento.

Llegamos al final de la sesión de entrenamiento.

Räystäinen ha ido tomando notas en su cuaderno y me dice en voz alta que confeccionará un programa de entrenamiento personalizado y detallado para mí. Para que el programa sea eficaz, debo hacerme socio del gimnasio y empezar a entrenar tres veces por semana. Le doy las gracias, pero no le prometo hacerme socio. Puedo ver reflejada en su rostro la frustración. Él también está, de algún modo, agitado, lo noto en su modo de golpetear el ordenador, al lado de la caja. Pero

soy yo quien debería estar agitado. Estoy completamente agotado. Me giro hacia Pirkko: está cerca, haciendo un ejercicio de abdominales, pero no mira hacia mí.

—Mañana nos vemos, Pirkko —le digo en voz audible.

Pirkko interrumpe el ejercicio, se queda tumbada en el suelo y me mira desde abajo.

—Genial —responde—. Mañana me toca piernas.

Al principio, no entiendo lo que quiere decir; entonces, sacudo la cabeza.

—No. No me refiero a aquí.

—¿En algún otro sitio?

—¿Qué? —pregunto primero, pero entonces caigo en la cuenta—. En el trabajo, quiero decir.

—Por supuesto. Podemos mirar esos libros de salmos.

Pirkko me guiña un ojo. El guiño impresiona, ya que está del revés y me mira con sus grandes ojos pardos. De forma instintiva, desvío la mirada hacia Räystäinen, que se encuentra de pie a mi lado. Él me entrega el papel que acaba de imprimir, supongo que es mi programa de entrenamiento. Estoy seguro de que ha visto el guiño y puedo sentir que él también está esperando mi respuesta. Pero yo no la tengo.

Doblo el papel, me lo meto en el bolsillo y vuelvo a darle las gracias por todo. Antes de marcharme, vuelvo a mirar la barra, que sigue en el soporte del banco.

4

Dentro del coche hace un frío agradable. El asiento está fresco y eso tiene el mismo efecto que abrir las cortinas en una mañana resplandeciente: me hace despertar y a la vez me tranquiliza. Doy marcha atrás y giro, meto primera y miro en dirección al gimnasio. Junto a la puerta hay una ventana grande; Räystäinen está de pie al otro lado y la luz que tiene detrás le hace parecer más grande y difumina los rasgos de su cara. Levanta la mano y hace un gesto como de despedida. Yo también levanto la mano y me marcho de allí.

Pienso en lo sucedido, en las palabras de Räystäinen. Desde luego, nunca había participado en una sesión de culturismo tan surrealista. No podría decir si ahora sé algo más o, por el contrario, algo menos que antes. Puede que Räystäinen sea un ladrón, o tal vez solo sea el irritado dueño de un gimnasio. En cualquier caso, no sospecho que sea el amante de Krista. ¿O acaso sí lo hago?

Entonces me acuerdo de los mensajes de texto que no paraban de sonar en su móvil. La sincronización de los hechos era demasiado oportuna: salí de casa y fui directo hacia el gimnasio. Krista se quedó sola por primera vez desde la caída y ella siempre quiere aclararlo todo de inmediato. El teléfono no paraba de sonar como un loco.

¿Estaba Krista tratando de contactar con el «antiguo» número de su amante? Es decir, no con el que yo le había dado, sino con el anterior. ¿Es que Räystäinen ha llevado sus planes de fundar una familia más allá de las fronteras de su casa? Es un hombre musculoso y, a su manera, perseverante, incansablemente obstinado. Quizá...

Un veneno negro emponzoña todo lo que está relacionado con Krista. Aprieto el volante.

El pueblo se prepara para la noche invernal. Sale humo de las chimeneas y la calle principal está casi desierta. La capa de nieve de varios milímetros que ha caído durante el día lo tiñe todo de blanco. Le doy un sorbo al batido de proteína que he comprado en el gimnasio; la esencia de mango impregna el coche con su olor y mi boca se llena de su sabor. Saco el teléfono del bolsillo del abrigo.

He recibido una llamada de un número que no tengo guardado; devuelvo la llamada y reconozco la voz al instante. El hombre quiere hablar del tema que mejor conoce: el fin del mundo. Le digo que no tenemos hora. Él responde que, para ser precisos, tampoco la necesitamos, pues el fin del mundo supondrá también el fin de las horas. No tengo fuerzas para discutir. Tal vez percibe en mi voz que quiero que me cuente lo antes posible el motivo real de su llamada. Y

tengo que admitir que me sorprende cuando lo hace.

Puede que haya encontrado el perfume.

Detengo el coche en el patio de la gasolinera. En cualquier caso, tengo que echar gasolina, pero también estoy más despierto que hace cinco segundos.

—No estoy del todo seguro. —El hombre empieza a dudar.

—¿No estás seguro de si se trata del perfume? —pregunto.

—De eso estoy seguro, pero no sé a quién pertenece.

Pues tenemos los dos el mismo problema.

—¿Puedes decirme dónde? —pregunto.

—Por eso mismo te llamo —dice—. Estaba tomando una cerveza. Puede que también tengamos que hablar de eso. Intento encontrar consuelo en el Señor, pero la cerveza parece ser una ayuda más rápida.

—Somos humanos.

La gasolinera está muy tranquila. Me paro en el punto de repostaje. A estas horas, no molesto a nadie; en Helsinki ya habría alguien tocando el claxon y con la llave inglesa en la mano. Bajo el tejadillo, la luz amarilla hace que la nieve parezca fibra de vidrio.

—Después de beber cinco jarras, el mundo parece más sencillo —dice el hombre—. Sé que está mal, que estoy huyendo...

—No sé si está mal —interrumpo su reflexión—. Al fin y al cabo, la existencia humana es un asunto bastante complejo. Jesús creía que Dios lo había abandonado. San Juan de la Cruz hablaba de la noche oscura del alma. Lutero sucumbió a la desesperación y el antisemitismo.

El hombre guarda silencio.

—No te entiendo —declara por segunda vez el mismo día.

—Puede que solo haya que confiar en la misericordia; puede que esté en todas partes al mismo tiempo. Has dicho que has olido el perfume.

—Sí —recuerda el hombre—, cuando estaba en el Golden Moon.

—¿Cuándo?

El hombre se queda callado un momento antes de responder.

—Me marché de allí hace una hora, más o menos. Es posible que siga un poco perjudicado, aunque ahora creo que me está bajando. Es la sensación más miserable del mundo. El bajón de la borrachera lo carga el Diablo.

—Eso es cierto —admito.

Colgamos. Me bajo del coche, quito la tapa del depósito, cojo la fría pistola de repostaje y lo lleno. Parece tardar una eternidad y el frío ya no me resulta revitalizante. Vuelvo a dejar la pistola en su sitio y entro en la gasolinera para pagar. Hay algunas personas en la cafetería. El encargado de la gasolinera está leyendo una revista medio rota en cuya portada un cantante confiesa que ha derrochado todo su dinero.

El empleado apenas levanta la vista mientras saco la tarjeta y aprovecho para comprar líquido limpiaparabrisas. No me importa, mi cabeza está ahora en los bares y en las discotecas. Es normal que las personas se pongan perfume cuando se preparan para la vida nocturna, pero aun así... Puede que ahora tenga algo a lo que aferrarme: el Golden Moon Night Club.

Voy a casa y me doy una ducha.

Me lleva un buen rato explicarle a Krista por qué tenía que empezar el entrenamiento de fuerza precisamente hoy. No le miento: le digo que me harté de las insinuaciones de Räystäinen, lo que, en cierto modo, es verdad. O por lo menos de la manera que ahora somos sinceros el uno con el otro: de forma selectiva, escogiendo y omitiendo de forma cuidadosa las cosas que decimos.

Los celos me corroen; se apoderan de mi cuerpo como la herrumbre, me pinchan y me atraviesan. Cuando el dolor llega a su punto más álgido, siento que el único modo de sobrevivir es representar un papel, dejar de lado lo que sucede dentro de mí. De lo contrario, estoy seguro de que acabaré rompiéndome en pedazos o derrumbándome.

Después de la ducha, me siento un poquito mejor. Pero solo dura un momento. Entonces, mi mirada se posa en el estante del armario del baño en el que Krista guarda sus perfumes. Los miro. Soy consciente de que se trata de una idea absurda, pero tengo que asegurarme. Cojo los botes uno a uno y los voy olfateando: ninguno de ellos me recuerda al olor que estoy buscando.

Cierro la puerta del armario y veo mi cara en el espejo. Suspiro y, rápidamente, pienso en lo que voy a hacer a continuación. Me pongo una camisa limpia y mis mejores pantalones vaqueros, me aplico gomina en el pelo: trato de parecer yo mismo. Eso requiere su trabajo.

Krista está descansando en el largo sofá del cuarto de estar, con la pierna derecha en alto. Cada vez que veo su tobillo herido, envuelto en la venda, se me encoge el estómago. Sé que actué mal. Pero, de forma inmediata, oigo una vocecita vengativa diciendo que Krista tampoco es del todo inocente: al fin y al cabo, ella empezó todo esto y, si no lo hubiera hecho, nadie se habría torcido el tobillo. La voz es odiosa. Es una voz que trata de justificar el mal. Sé que es muy humano; de hecho, es uno de los rasgos que nos caracterizan, pero eso no lo hace correcto ni bueno. Transforma el modo en el que veo a Krista, el mundo, todo.

—¡Guau! —exclama—. Pensaba que había aparecido un modelo en el salón, pero se trata de mi marido, ni más ni menos.

Está tapada con una colcha grande y roja, e irradia calidez y dulzura. Bueno, eso es lo que hubiera pensado antes. Sé que se trata de mi querida esposa, pero ahora no soy capaz de sentirlo.

La televisión está encendida. Han llevado a un grupo de voluntarios a una isla paradisíaca para que se pongan verdes unos a otros. Y parece que está funcionando muy bien.

—Vas a vigilar el meteorito —dice, y reconozco por el tono de voz que todavía tiene algo que añadir.

Pienso en Räystäinen y en el piloto de rally y sus amigos. También pienso en el perfume.

—Sí.

—Estarás solo en el museo, ¿verdad?

—Eso espero —contesto. Trato de aligerar el ambiente, pero Krista no es tonta. Tiene una expresión muy inquisitiva.

—¿Para eso te has vestido de punta en blanco y te has puesto gomina en el pelo? ¿Para estar solo por la noche en el museo de una región remota?

Me he vestido así porque voy a ir al karaoke, pero no puedo decirlo. La situación es ambigua en muchos sentidos y es posible que pudiera encontrar una explicación a mis acciones, pero decido considerar las cosas desde su punto de vista. Sin embargo, Krista sigue preguntando sin darme tiempo a responder.

—¿Debería estar preocupada?

—¿Por qué? —pregunto con candidez.

Tarda un poco en contestar.

—En general.

—¿De qué tendrías que preocuparte? —pregunto—. Es un museo de una región remota, como tú misma has dicho.

Krista me mira.

—Ten cuidado allí.

Fijo la atención en su última palabra.

—¿Allí, en el museo?

—Sí —responde Krista—. Anoche entraron a robar, por si no lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo, pero ¿por qué crees que debería tener cuidado?

De nuevo una pregunta cándida.

Estoy de pie en medio del cuarto de estar. Una gruesa alfombra me separa del suelo; a pesar de eso, siento que el frío me atraviesa los zapatos y trepa por mis nervios y mis músculos. La respuesta de Krista tarda demasiado en llegar.

—Puede que haya otras personas interesadas en el meteorito —razona, intentando que su tono de voz suene natural. Lo cierto es que no lo consigue—. Aparte de quien entró anoche en el museo.

Krista endereza la colcha, que a mí me parece que está bastante recta. Espero un momento.

—Fueron dos personas. Te lo dije esta mañana.

—A eso me refería —insiste Krista—. Ten cuidado.
—Prometo tenerlo —le aseguro—. Tienes razón. Un millón de euros puede resultar tentador para otras personas. Es mucho dinero.
Krista vuelve la mirada hacia el televisor y en sus ojos se reflejan los destellos de la pantalla: el azul del mar y el cielo, el verde de la selva.
—Con ese dinero podríamos pagar la hipoteca muchas veces —dice. Sigue intentando que su tono de voz suene despreocupado, pero fracasa de nuevo—. Y también podríamos comprar una casita en la Provenza, como hemos comentado alguna vez.
Trato de rechazar un pensamiento que intenta meterse en mi cabeza a la fuerza. Es algo horrible.
Este es el pensamiento: el embarazo por sorpresa de Krista y el intento de robo del meteorito están relacionados. Krista está involucrada en el lío del meteorito. Nadie trata de meterme la idea en la cabeza, nadie me la ha sugerido, ni siquiera yo mismo. Pero, de pronto, me suena como una hipótesis lógica. Puede que haya sucedido algo así: Krista conoce a su amante y entre ellos surge una relación de confianza. Entonces, el amante le sugiere la posibilidad de enriquecerse de forma inmediata. Krista se entusiasma, bien porque está enamorada, bien porque, simplemente, ha encontrado una faceta desconocida en su interior.
No.
«No», me digo a mí mismo. Son los celos. Y los celos son locura, viven de ella: la locura es la gasolina que prende su negra llama. Preferiría pensar que Krista está esperando cuatrillizos, cada uno de un padre diferente. Que se ha producido un milagro biológico y fisiológico y este es el resultado: cuatro hijos de cuatro hombres del pueblo. Incluso eso tendría más sentido que sospechar que mi mujer es una ladrona.

5

El Golden Moon Night Club está situado en un edificio alargado y de escasa altura en la calle principal de Hurmevaara. En el edificio hay otros tres negocios: una tienda de accesorios para automóviles, un centro de fisioterapia y una empresa micológica. El Golden Moon Night Club, como su propio nombre indica, es una discoteca, pero abre sus puertas por la mañana. Su happy hour dura seis horas, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Algunas veces, en verano, he pasado por delante de la terraza a esas horas y la «felicidad» que he visto ha sido pasajera y también bastante confusa. Aunque quién soy yo para decir nada. Últimamente he podido observar, con gran dolor, que no soy ningún experto en la materia.

A partir de las siete, empieza la programación nocturna. Los espectáculos son variados: karaoke, artistas invitados esporádicos y eventos organizados por la gente del pueblo, tales como música, actos festivos y concursos de cultura general.

En el aparcamiento hay varios coches: reconozco dos de ellos. El Golden Moon Night Club no es un local de moda, no es minimalista ni espacioso. Por su estrechez y su iluminación, recuerda más bien a una sauna. El interior es de madera oscura, con una luz amarilla y macilenta, y tiene reservados con paredes altas. La barra está frente a la puerta; detrás hay una pequeña pista de baile y un escenario. Los reservados están situados a lo largo de las paredes, como compartimentos de tren.

Las máquinas tragaperras y de póquer quedan a mis espaldas cuando entro en el bar.

El barman también es el barbero del pueblo. Una vez le pregunté si resultaba difícil compaginar el trabajo nocturno con los cortes de pelo matutinos. «No —respondió el hombre flaco—. Cuando pasas la noche aguantando borrachos, por la mañana es un placer ponerles algo afilado en la yugular». Le pido una jarra de cerveza local, la pago y observo a mi alrededor. Huele a cigarrillo electrónico, a sudor, a alcohol y puede que a un perrito caliente recién ingerido. Pero no a colonia fuerte.

Por los altavoces suena la voz de Lea Laven. El escenario está vacío.

Turunmaa y Jokinen están sentados en el penúltimo reservado del lado de la sala. Fueron sus coches los que reconocí en el aparcamiento. Me dirijo hacia su mesa y me sorprendo al ver que en el reservado hay nada menos que cuatro hombres. Son todos conocidos, miembros del grupo de vigilancia del comité vecinal: Turunmaa,

Jokinen, Himanka y Räystäinen. Me saludan sin entusiasmo; me doy cuenta de que he interrumpido algo.

—Joel —dice entonces Turunmaa—. Tráete una silla.

Dejo la jarra sobre la mesa y los miro uno a uno. Cojo una aparatosa silla de metal que está junto a la pista y me siento en el extremo de la mesa. Calculo rápidamente que en estos momentos la mitad de los clientes de la discoteca nos sentamos alrededor de esta misma mesa.

—¿No deberías estar en el museo? —pregunta Turunmaa. Todos me miran.

—Estoy de camino —digo—. Acabo de hacer un entrenamiento tan duro con Räystäinen que necesitaba una cerveza antes del turno de noche.

Eso es cierto.

Räystäinen ni confirma ni desmiente el asunto. Jokinen bebe un trago de su jarra; su corpulencia hace tensar todas sus prendas, desde los pantalones vaqueros hasta el botón superior de la camisa azul. Turunmaa lleva puesta una chupa de cuero y su rostro tallado a cuchillo es inescrutable; siempre tiene la misma expresión. Himanka está liando un pitillo con una destreza sorprendente; es un hombre avanzado en años, aunque no en todos los aspectos. Ninguno de ellos parece tener muchas ganas de hablar.

—¿Estáis aquí pasando la noche? —pregunto—. ¿O es que sucede algo?

—Estamos bebiendo cerveza —responde Turunmaa y mira a los demás.

—Claro —digo.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿No deberías estar en el museo? —pregunta Himanka.

No sé lo que oyó Himanka cuando expliqué hace un momento por qué estoy en el bar. Elevo la voz.

—Estoy de camino.

Himanka asiente con la cabeza. El cigarro está listo; se lo lleva a los labios.

—¿Por qué cogiste todos los turnos de vigilancia? —pregunta Jokinen por sorpresa.

Turunmaa y Räystäinen miran a Jokinen. Intuyo que es esto de lo que estaban hablando.

—Vosotros tenéis cosas que hacer. Llamadas de Skype, partidos de fútbol y otras aficiones.

No menciono que también es esa época del mes.

—Eso fue ayer —dice Räystäinen. Tengo la sensación de que está sufriendo algún tipo de lucha interna, pues tiene la cara tensa y la mirada nerviosa.

—Y hoy estáis bebiendo cerveza —aclaro—. A mí no me importa estar

en el museo. Además, no creo que pudiera dormir muy bien.
—¿Qué es lo que te quita el sueño? —pregunta Turunmaa—. ¿El robo?
Lo miro. El gran propietario de bosques es inescrutable.
—Puede que sea el estrés —respondo. Quiero desviar la conversación del tema.
—¿Qué es lo que te estresa? —pregunta Himanka. Parece que ahora sí me está escuchando.
—Tal vez sea algo personal —dice Jokinen, y aunque dirige sus palabras a Himanka, es obvio que también me está hablando a mí.
El comentario de Jokinen es tan inesperado que me pilla desprevenido. Reacciono con rapidez y despego la mano de la jarra de cerveza.
—No, no lo es, en absoluto —rebato y me doy cuenta de que mi tono de voz es sospechosamente áspero.
Jokinen se encoge de hombros. A través de su camisa ajustada se ve el movimiento de todo su tronco superior.
—La mujer y la suegra —repone Turunmaa—. Esas son las peores.
—No según mi experiencia —afirmo.
—Según la mía, tampoco —responde Turunmaa—. Ya no. Mi mujer se marchó y mi suegra se murió: salimos todos ganando.
—No me refería a eso, precisamente —respondo.
—Estar solo en el turno de vigilancia —comenta Turunmaa, volviendo al tema de la conversación—: eso también produce estrés. Supongo que tienes alguna táctica para pasar la noche.
—¿Alguna táctica? —pregunto.
—Es posible dormir durante el turno de vigilancia, si sabes lo que haces y cómo hacerlo —afirma Himanka. Parece que este hombre siempre oye lo que quiere. Sostiene el cigarro sin encender entre los dedos y lo usa como puntero—. Durante la guerra de trincheras, había escasez de hombres en un par de localizaciones, así que no nos quedaba más remedio que vigilar y dormir al mismo tiempo. Los rusos podían atacar en cualquier momento. En una situación así, aprendes a dormir con los ojos abiertos. O con los ojos cerrados, pero completamente despierto. Aunque, cuando llevas varios meses haciéndolo, la cabeza se acaba resintiendo. Yo olvidé mi propio nombre. Tampoco me supuso ningún problema, pues el nombre de poco te sirve en la guerra.
Miro a Himanka con más detenimiento. La piel de su cara es fina como el papel, casi translúcida; tiene profundas arrugas y una especie de gasa le cubre las mejillas. Habrán pasado unos setenta y cinco años desde la fase final de la guerra de trincheras. Si Himanka estuvo en el frente con veinte años, ahora debe tener noventa y muchos, incluso puede que esté cerca de los cien. Eso explicaría sus problemas de oído,

pero no encajaría con la agilidad de sus dedos ni con su tabaquismo.
—Yo no lo compararía con la guerra de trincheras —digo—. O eso espero.
—Vas a necesitar comida —indica Jokinen.
—Comida no teníamos, precisamente —repone Himanka.
—Yo te puedo llevar provisiones —se ofrece Jokinen.
—La sopa no era más que agua —continúa Himanka—. Unas pocas patatas para toda la compañía.
—Oye, si necesitas compañía —interrumpe Turunmaa—, yo no he hecho apuestas esta noche. El Barça juega mañana; tengo varios de los grandes puestos en Messi.
—Yo os puedo llevar unos bocatas —dice Jokinen—. Acaba de llegarme un envío de carne salada.
—Deberías descansar después del entrenamiento de hoy —sugiere Räystäinen. Es la primera vez que abre la boca. Los demás se callan. No sé si les ha hablado de nuestra sesión de entrenamiento, de la naturaleza de la sesión, de cómo cogí un disco de cinco kilos dispuesto a golpearlo con él—. Los músculos necesitan reposo para aumentar de tamaño.
—¿Qué? —pregunta Himanka.
—Proteína —añade Jokinen—. Tengo yogures frescos que compro directamente a la granja. Puedo llevarte algunos también. Y hacen su propio requesón...
—No —digo. Me sale de un modo tan grosero que la conversación se interrumpe y todos me miran—. Gracias... por todo. No necesito nada. Lo hago con mucho gusto.
Himanka se vuelve a llevar el cigarro a la boca. Turunmaa tiene el mismo aspecto de siempre. Räystäinen desliza la jarra por la superficie de la mesa. Jokinen vuelve a encogerse de hombros y echa un trago a su cerveza.
—Así que ahí estaréis tú y un millón de euros —interviene Turunmaa—. Solos en el museo durante toda la noche. Tú estarás vigilando, estresado y agotado después de la sesión de entrenamiento.
La voz de Turunmaa no denota simpatía sino, más bien, mal augurio. Me doy cuenta de que aún no le he dado un solo sorbo a mi cerveza. Cojo la jarra. Me tiembla la mano, no lo puedo evitar. El temblor parece deberse a una combinación de todo: el levantamiento de peso, esta conversación, mi estado de ánimo en general.
—¿Tienes pensado quedarte ahí sentado tras la mesa del vestíbulo? —pregunta Räystäinen, y me pilla por sorpresa.
—¿Por qué lo dices? —le replico después de haber logrado darle un trago a la fría cerveza.
Räystäinen me mira por debajo de las cejas.
—Después del entrenamiento de espalda, quedarse sentado es una

mala idea.
—Daré paseos —digo.
—¿Rondas regulares? —pregunta Turunmaa—. ¿Digamos que un paseo cada hora?
—Lo mejor sería —me sugiere Räystäinen— que estirases los músculos, por ejemplo, a intervalos de cincuenta minutos.
—Hay que despistarlos: tiene que ser regularmente irregular —dice Himanka. Aparentemente puede oír de nuevo, y ahora comprendo que se trata de una táctica.
La conversación ha tomado un curso que me causa una tremenda inquietud y despierta en mí sospechas que no tenía hace diez minutos. Dejo la jarra sobre la mesa, esperando haber encontrado las palabras correctas, cuando oigo pasos rápidos detrás de mí.
Alguien ha salido del cuarto trasero y atraviesa la pista de baile con zapatos de tacón, justo a mis espaldas; puedo sentir la corriente de aire. Me dispongo a abrir la boca para hablar, cojo aire a través de la nariz y no digo nada.
El perfume. Podría reconocerlo en cualquier parte.
Los hombres me miran; es obvio que están esperando a que diga algo. Tengo que irme. Si los zapatos de tacón y el perfume salen a la calle, tendré que seguirlos.
—Creo que me he dejado la tarjeta en la barra —musito.
Me levanto y echo un vistazo hacia la puerta, pero nadie sale por ella. Vuelvo a mirar a los hombres y pienso en sus preguntas, en sus consejos, en sus insinuaciones.
—Esta noche no van a entrar en el museo —digo. Mis palabras suenan tal como pretendía: a promesa.
Ninguno de ellos responde. Me doy la vuelta y me dirijo a la barra.
Me cruzo con el barbero del pueblo, que al parecer ya ha terminado su turno como barman. Cuando llego a la barra, veo a una mujer morena leyendo el periódico vespertino.
Me instalo en un extremo, de tal forma que no se me vea desde la sala. Sé que estoy asumiendo un riesgo. Si los cuatro hombres me ven en compañía de una mujer desconocida, surgirán muchas preguntas y, con toda probabilidad, también sugerencias. Siento el olor de la colonia. Tengo la jarra casi llena y no voy a pedir más bebida. Miro a la mujer.
¿Fue ella quien me golpeó con la linterna?
¿Era ella quien estaba boca abajo en la nieve, delante de la cabaña?
Está sentada en un taburete alto con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda. Parece esbelta y musculosa; en cierto modo, me recuerda a una exdeportista de élite. Lleva una camisa roja muy ceñida de manga larga. Su cabello largo y oscuro, más bien negro, le ensombrece el rostro, por lo que no puedo distinguir si tiene algún moratón a

causa de los golpes de los que fui testigo. Tiene las piernas enfundadas en unos pantalones brillantes de cuero sintético y lleva botines negros de tacón alto. Sobre la barra, al alcance de la mano, hay una cajetilla abierta de Marlboro blanco y una taza de café. La mujer tiene más o menos mi edad. Si no me equivoco, quiere el meteorito y yo soy un obstáculo en su camino.

La mujer levanta la vista del periódico, mira hacia las ventanas y, entonces, se da cuenta de que hay alguien en la barra. Me observa, y yo trato de interpretar en su rostro cómo reacciona al verme.

Su reacción es bastante inequívoca.

—¿Quieres beber algo? —pregunta.

Sacudo la cabeza y levanto la jarra, que aún está medio llena.

—No, gracias.

Y eso es todo. Ella vuelve a concentrarse en el periódico.

Es muy posible que no sepa que es a mí a quien golpeó, aunque también puede ser que no fuera ella quien lo hiciera. Tal vez ella se limitó a romper las vitrinas y llevarse la granada, que luego le quitó el hombre que estalló en pedazos. Puede que la mujer ni siquiera sepa que yo estaba vigilando en el museo.

En cualquier caso, el olor es inconfundible: tiene el mismo matiz, flota de la misma manera, es igual de envolvente.

Pido un whisky.

La mujer se levanta del taburete con movimientos desenvueltos; tiene el cuerpo esbelto y los muslos bien torneados. Sirve el whisky dentro de un vaso ancho, me lo acerca y me indica el precio. Yo le tiendo la tarjeta y observo su cara: bajo una gruesa capa de maquillaje, alrededor del ojo izquierdo, me parece intuir un moratón. Es posible que tenga los labios hinchados, pero eso ya pertenece al campo de la interpretación. Son rojos y brillan intensamente. La mujer deja la tarjeta y el recibo sobre la barra.

—¿Hay algo interesante en el periódico? —pregunto.

Ahora me está mirando. El intenso maquillaje negro acentúa el brillo de sus ojos verdes.

—¿En qué periódico? —replica ella.

Su voz suena sincera.

—Ese periódico que estabas leyendo —digo y señalo el periódico vespertino plegado sobre la barra.

Ella no mira al periódico, sino a mí.

—No —responde y tarda varios segundos en volver a hablar—. No sabía que los pastores salieran de bares.

Eso significa que me ha reconocido. Está a tan solo un metro de mí; su voz es suave, ligeramente de fumadora. Puede que esté sonriendo levemente. Antes de que la sonrisa en ciernes desaparezca por completo, extiendo la mano por encima de la barra.

—Soy Joel —me presento.
—Karoliina.
Nos estrechamos la mano. Trato de comprobar si tiene algún arañazo, pero ella se apresura a retirar la mano.
—Nos mudamos a Hurmevaara hace poco más de dos años —explico—. He estado aquí un par de veces, coincidiendo con algún evento del pueblo. Esta noche se me ocurrió venir a tomar una cerveza. Y también un whisky, según parece.
—¿Acaso es una noche especial? —pregunta.
«Lo es. Por fin nos conocemos: tú me golpeaste en la cabeza y yo sé lo que quieres».
—Como mínimo, sé que me espera una noche en blanco.
Puedo notar que Karoliina me está escuchando.
—Estuve vigilando el meteorito en el museo —explico.
Su expresión no cambia en absoluto.
—Un pedrusco de un millón de euros —añado.
—Suena emocionante —responde ella—. ¿No entraron a robar ayer en el museo?
—Sí —afirmo—. Pero los muy zoquetes se llevaron una granada. Tenían ahí al lado un millón de euros, pero decidieron llevarse una vieja granada.
Karoliina se queda en silencio.
—¿Te lo puedes creer? Tienes en bandeja tal cantidad de dinero y te inclinas por una vieja y hedionda...
—Era un auténtico idiota —dice Karoliina. Su voz suena segura, sin un ápice de especulación. Entonces, echa un vistazo a la sala. En la pared hay una abertura; estoy seguro de que puede ver a los cuatro amigos desde su posición—. En este pueblo no hay otra cosa —afirma, y vuelve a mirarme—. Es un pueblo de idiotas.
—¿Siempre has...?
—¿Si siempre he vivido aquí? Sí. Sé de lo que hablo. Esto es el paraíso de los zopencos, con la mayor concentración de imbéciles de toda Finlandia Oriental. Bienvenido.
—Gracias. Me he adaptado bien.
Karoliina sonríe; es obvio que está pensando en algo.
—¿Tú por qué estás aquí?
—Soy pastor. Voy allí donde me necesitan.
—¿Y aquí te necesitan?
—Intento creer en el designio divino. Es decir, que hay un motivo por el que estoy donde estoy.
—¿Lo hay?
—A veces solo lo comprendes después, es decir, que tenía que suceder algo de cierta manera para que pasara alguna otra cosa.
—Has dicho que intentas creer. ¿No debería ser algo inherente en

vosotros creer en todo tipo de cosas?
—No creo en todo tipo de cosas.
—Me refiero a Dios y a esas movidas.
—No sé a qué te refieres con «esas movidas», así que no creo que crea en ello.
—Me refiero a Jesús y a sus colegas. ¿No deberías creer en ellos?
—No tengo más deber que tú de creer en nada: todo se basa en la libre voluntad.
—No suenas como un pastor.
—¿Cómo debería sonar un pastor?
—El antiguo pastor del pueblo siempre desviaba todas las conversaciones hacia Dios y hacia Jesús —explica Karoliina—. Una vez me encontré con él en la tienda, le di los buenos días y le dije que el guiso de hígado estaba de oferta. Él me respondió que nadie más que Dios nos había concedido ese buen día y que, gracias a él, teníamos el guiso de hígado a un precio irrisorio.
—Supongo que ahí se acabó la conversación.
—En realidad no fue una conversación, gracias a Dios. ¿Es verdad que Jesús caminó por encima del agua?
La mirada y la expresión de Karoliina han adquirido una chispa de interés.
—Eso es lo que dicen —respondo.
—¿Pero es verdad?
—Yo no estaba allí.
—Cierto —dice—. Eres demasiado joven.
Doy un sorbo al whisky. Trago de forma lenta y deliberada, dejando que el alcohol me haga arder la boca de un modo placentero. Karoliina sigue con la mirada el recorrido del vaso, desde mis labios a la barra.
—Así que ahora te dedicas a vigilar el meteorito en el museo.
Me limpio con la lengua una gota de whisky del labio superior.
—Yo solito —digo entonces—. Hasta que se lo lleven a Londres.
Nos miramos a los ojos.
—Puede que ese sea el motivo, al fin y al cabo —comenta Karoliina.
—Puede ser.
—¿Otro whisky? —pregunta.
El vaso está vacío.
—No creo que sea una buena idea. Me espera una larga noche.
Karoliina abre la boca y mira hacia las ventanas. Es la primera vez que algo se mueve en su interior, que percibo un cambio en su rostro. Un gran todoterreno entra en el aparcamiento. Lo he visto antes; es un modelo nuevo, de marca alemana. El todoterreno estaciona con la parte trasera hacia las ventanas. Las puertas se abren y puedo ver a su pasajero. Es la persona más grande que he visto nunca.

Karoliina coge mi vaso vacío de whisky y lo deja en el fregadero. Me sorprendo al pensar que me gustaría continuar con la conversación, incluso en su parte teológica, con ella. Al instante, me digo a mí mismo que ese pensamiento se debe única y exclusivamente a que estoy tratando de resolver un intento de robo. Pero no sé si me creo a mí mismo. Karoliina mira hacia fuera y después se gira hacia mí.

—Deberías venir más por aquí —dice—. ¿O es que, cuando remuevan la piedra, ya no hallarán a nadie?

—Por suerte, todavía no me han amortajado —respondo—. Y, al contrario que Él, puedo asegurarte que volveré.

Karoliina está de pie a unos cinco metros de mí. Sonríe. Tiene el cabello negro y los ojos verdes. Hay sombras en su rostro; puede que se deban a la distancia y al abundante maquillaje.

—¿Cuándo? —pregunta.

No me da tiempo a responder.

Se abre la puerta de la calle.

Los recién llegados hablan en ruso y en voz baja. Pasan por detrás de mí y se instalan en la barra, delante de Karoliina.

El hombre gigante se inclina sobre la barra, besa a Karoliina en la mejilla y, justo cuando parece que va a retirar la cara, le planta la boca en los labios. Es un beso prolongado, tanto a escala rusa como europea.

No puedo ver la cara de Karoliina, pero sí la del hombre gigante: refleja alegría y una lascivia innegable, como solo suele verse en los jóvenes. Trata de tocar el cuerpo de Karoliina, pero esta ya se ha separado de él y ha dado un paso hacia atrás, de forma sutil pero eficaz.

El hombre tiene el pelo castaño y muy ensortijado y la piel de la cara bastante pálida. Lleva puesto un abrigo de plumas negro que lo hace parecer aún más grande. A juzgar por su altura y su anchura, supongo que es exjugador de baloncesto. Digo exjugador porque es de mi edad, si no unos años mayor.

Su colega le saca bastantes años. Tiene el pelo plateado, bolsas en los ojos debido al trabajo de oficina y la piel fláccida y estriada. Lleva traje y corbata y hace un alarde exagerado de su porte. A primera vista, diría que es director ejecutivo, entrenador de hockey sobre hielo o locutor de telediario. Si tuviera que analizar la dinámica interna del dúo mediante meras conjeturas, diría que él es quien toma las decisiones, mientras que el gigante es quien se encarga de cumplirlas. Aunque, por supuesto, no son más que conjeturas.

Karoliina les sirve el mismo whisky que a mí. El gigante habla con ella en inglés; logro distinguir una palabra aquí y otra allá: «guapa», «tú», «nosotros». No oigo las respuestas de Karoliina. Su lenguaje corporal indica que está tratando de mantener cierta distancia con el

gigante, a pesar de haberle donado la mitad de su pintalabios.

Me llama la atención que el viejo no diga una sola palabra. Finge no prestar atención a lo que sucede a su alrededor, pero es un mal actor; su mirada se desplaza de forma premeditada de un punto a otro, lo que también me incluye a mí.

Miro hacia la calle: ha empezado a nevar otra vez. Me termino la cerveza y dejo la jarra sobre la barra. Estoy a punto de marcharme cuando Turunmaa aparece en el bar; al parecer, viene a pedir más bebida. Se sorprende al verme.

—Joel —dice por segunda vez en la misma noche—. Creí que te habías ido al museo.

Su voz suena fuerte y audible. No es que hable alto, y tampoco parece estar dirigiéndose a un gran público; aun así, el sonido atraviesa el murmullo de voces del bar y su última frase interrumpe las conversaciones de toda la barra.

Los rusos miran primero a Turunmaa, después a mí. Karoliina me dirige la mirada, después a los rusos, y otra vez a mí. Turunmaa me mira a mí, después a Karoliina, luego a los rusos y, por último, a mí. Al final, todos me están mirando a mí, en completo silencio.

Si tuviera tendencia a la manía persecutoria, por leve que fuera, vería aquí cien indicios diferentes, cien intenciones distintas, cien secretos. No tengo manías persecutorias, pero las veo de todos modos.

6

La nieve cae de forma completamente vertical. No sopla nada de viento. Aún puedo sentir el sabor a whisky en el paladar. Voy por el camino que discurre paralelo a la calle principal, el aire es seco, a veinte grados bajo cero; la nieve recién caída parece un fino colchón blandito sobre la vieja capa de nieve, ya endurecida. Trato de recordarme a mí mismo que estoy felizmente casado, pero la imagen de Karoliina no quiere irse de mi cabeza. Me pregunto si de verdad lo estoy. ¿De verdad estoy felizmente casado? ¿Se puede llamar felicidad a estar casado con una mujer que, de pronto, se ha convertido en una desconocida y que está embarazada de otro?

Me vienen a la cabeza imágenes fragmentarias de mi visita al Golden Moon. A veces, tengo la impresión de que todas las conversaciones, todo lo que se ha dicho en voz alta, está relacionado. En algunas ocasiones, es más importante lo que queda entre líneas que lo que se ha dicho, mientras que en otras, todo es puro caos, un engaño detrás de otro.

No es fácil separar rotundamente lo que sé con seguridad de lo que sospecho que sé. Lo que está claro es que todos mis pensamientos giran alrededor de dos ejes: Krista y el meteorito. Si los pensamientos se encadenan de determinada manera, estos dos ejes incluso se unen.

Mientras cruzo el pueblo a buen paso, miro de refilón el escaparate de un local comercial vacío. Veo la nieve cayendo, la blanca superficie luminosa y a mí mismo. La imagen hace que me detenga. No soy más que un reflejo en el cristal, una imagen parcial que se dibuja aquí y allá.

Por algún motivo, pienso en mi padre. Mi padre era pastor y por eso yo también lo soy. Esa es la verdad, pero no toda la verdad.

Mi padre siempre estaba seguro de todo. En lo que a su profesión se refería, se mostraba rotundo y firme. El más allá existía del mismo modo que existe Tampere. La Biblia era verídica, literal. Exceptuando, quizá, las lapidaciones más brutales, las quemas y las mutilaciones. Claro que también contenían su propia verdad fragmentaria. Fragmentaria para nosotros, para los demás, pero no para él. Para él, todo era obvio. Mostraba la misma actitud hacia el resto de las cosas en la vida. Lo sabía todo sobre la conducción de vehículos y el hockey sobre hielo, sobre la construcción de viviendas y las relaciones personales. Nunca se equivocaba; siempre tenía razón. Le resultaba sencillo, pues sabía que lo sabía todo, incluso el hecho mismo de que tenía razón. No recuerdo en qué momento toda esa certeza se volvió

insoportable a mis oídos.
También me acuerdo de mi padre por otro motivo. Su seguridad estaba directamente relacionada con un hecho: todo lo bueno que sucedía era gracias a él y gracias a Dios, que estaba de su parte, mientras que todo lo malo era siempre culpa de otra persona. El resto de la gente suponía para él una larga cadena de decepciones. Su vida era un reguero de quejas, agonía y acusaciones directas de maldad y errores.
Volvía a casa del trabajo y se quejaba de lo que hacían los demás. Miraba la televisión y maldecía la estupidez de la gente. Cuando trataba con los miembros de su familia, corregía sus palabras y sus actos. Sufría. Era un sufrimiento nacido de la perfecta seguridad. A mí me resultaba repulsivo. Llegaba a desesperarme.
Yo, en cambio, dudo de todo: por eso me hice pastor.
Al final, mi padre murió a causa de sus propias certezas. Estaba seguro de cuánto tiempo permanecería la capa de hielo en estado sólido. Una mañana de primavera, se fue a pescar al mar helado; apareció en la orilla en verano.
Miro mi reflejo en el cristal: esa imagen borrosa e imprecisa se parece un poco a él. Pienso que hay algo de él en mí, pero ¿qué?
Oigo a un coche acercarse y, poco después, veo reflejado en el cristal del escaparate un todoterreno que aminora la marcha y se detiene detrás de mí. Reconozco el vehículo. Me doy la vuelta.
No puedo ver el interior. Es el único vehículo en la carretera que atraviesa el pueblo y se ha detenido en un ángulo muerto entre dos farolas. Ninguno de los dos conos de luz alcanza a iluminarlo.
Y allí nos quedamos durante un momento: yo exhalando vapor al respirar y el coche echando humo por el tubo de escape.
El conductor baja la ventanilla; al parecer, está solo en el coche. Se trata del ruso de más edad que vi en el bar, y ahora me hace señas para que me acerque. Miro en ambas direcciones: no veo a nadie. No oigo un solo vehículo, ni coches, ni motos, ni motonieves, lo que tampoco resulta insólito en Hurmevaara. En algunas ocasiones, hay un silencio tan sepulcral que dudas de tus propios sentidos. Me acerco al coche mientras trato de mantener mi centro de gravedad a baja altura; estoy preparado para actuar con rapidez. El conductor está sentado al volante con los brazos cruzados y lleva puesto un abrigo encima del traje.
—Buenas tardes —dice, en un inglés impecable.
—Buenas tardes —respondo yo.
—Qué hermosa tarde de invierno. ¿Quieres que te lleve? El museo está a tan solo medio kilómetro.
—Gracias, pero prefiero caminar. Ya casi he llegado.
Iluminado por el panel de mandos y la débil y amarillenta luz de la

farola, el rostro del hombre parece más lleno de arrugas, más formal que antes. No puedo evitar pensar en un presentador de telediario extenuado. Del coche sale un fuerte olor a loción para el afeitado y a tabaco, aunque ahora mismo no fuma.

—Eres pastor, ¿verdad?

Tan solo veo un destello en los ojos del hombre, pero no puedo distinguir su color.

—Sí.

—¿Te dedicas a escuchar a las personas? ¿Sus preocupaciones?

—Algunas veces.

—Yo tengo una preocupación —dice.

Me dan ganas de decirle que todos las tenemos, que eso es lo que nos hace humanos. Una persona sin preocupaciones es una persona sin conciencia.

—Tengo horas de consulta en la iglesia...

—Ahora.

Sacudo la cabeza.

—Las horas de consulta empiezan mañana por la mañana a las...

Esta vez es él quien sacude la cabeza.

—Quiero decir que necesito hablar ahora.

Echo un vistazo a derecha e izquierda: no se ve un alma. Entonces, recuerdo lo que estaba pensando hace un momento. Pensaba en mi padre y en mí mismo, en lo que soy y por qué. Tengo que ayudar a las personas: esa es mi tarea. Además, es solo medio kilómetro. Puedo aguantar medio kilómetro hasta sentado sobre la estufa de la sauna. Agarro la manija, me subo al todoterreno y cierro la puerta. El coche se pone en movimiento de inmediato.

—Voy al museo —indico.

—Lo sé —responde el hombre.

El coche acelera en un momento; con un claro exceso de velocidad. El hombre me tiende la mano derecha.

—Grigori —se presenta.

—Joel.

El coche tiene cambio de marchas automático, así que nos damos la mano sin problema. Grigori no necesita la mano derecha; puede que ese sea el motivo por el que prolonga tanto el saludo.

—¿Te parece bien que hablemos en un lugar más tranquilo?

Sin darme tiempo a responder, Grigori abandona la carretera principal.

—Bueno, ¿qué es lo que te inquieta? —pregunto.

Grigori se muestra pensativo.

—No es más que una pequeña preocupación —afirma—. Y podría ser una preocupación compartida.

No digo nada. Cada vez hay menos casas a los lados de la carretera.

Adelantamos a un corredor solitario. Grigori conduce a gran velocidad: puede que sepa que la comisaría más cercana está en Joensuu, a decenas de kilómetros de aquí. Llegamos a un cruce y gira hacia la izquierda sin reducir la velocidad. Vamos en una dirección que me resulta conocida. El coche sube una colina empinada hasta que, al fin, gira hacia los terrenos del museo de Teerilä.

En efecto, este es un lugar tranquilo. Se encuentra cerca del pueblo y, a la vez, lejos de él. Solo se tarda unos minutos en llegar, pero nadie vive en los alrededores.

Grigori detiene el coche, apaga el motor, vuelve a cruzarse de brazos y se vuelve hacia mí. Sus movimientos son muy lentos: quiere enfatizar lo tranquilo que está.

—Pastor —dice—. Eso es magnífico.

No sé cuál es su profesión, por lo que no puedo corresponder a su cortesía. Por otra parte, tampoco creo que necesite mi aprobación.

—Es un trabajo necesario —continúa—, en muchos sentidos. Hay demasiado dolor. Hoy en día, las almas de la gente parecen estar perdidas.

—No solo hoy en día —respondo—. Las almas empezaron a perderse cuando...

—Cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso.

No digo nada.

—En efecto —asiente Grigori; debe haber reparado en mi ligera sorpresa—. Y eso va que ni pintado en esta situación. Dios se lo dio todo y ellos solo tenían que aceptar el regalo, saberlo ver y cuidarlo. No se les pedía nada más. Se lo pusieron en bandeja; ellos solo tenían que tomar la parte que les tocaba. Pero no. La moraleja de la historia (una de ellas, porque tiene muchas, como ya sabes) es que a veces es más sensato no hacer nada que lanzarse precipitadamente sobre el manzano.

El contraste entre su aspecto y sus palabras es inmenso: un entrenador de hockey que reflexiona sobre la Biblia. Cuando estoy seguro de que ha terminado, tomo la palabra.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunto—. ¿El pecado original?

Se revuelve un poco en el asiento y me mira.

—En cierto modo —responde—. Amigo mío, te estoy ofreciendo el paraíso.

—¿Ah, sí?

—Sí —asegura—. Un paraíso terrenal, por supuesto. Y tú no tienes que hacer nada. De hecho, la condición para que accedas al paraíso es que no hagas nada. Lo que tienes que hacer es no hacer nada.

Nos quedamos sentados en silencio. El aire dentro del coche se ha vuelto más denso. Grigori me mira a los ojos; los suyos son azules y están húmedos.

—Esta noche, en el museo —dice con voz suave y agradable—. Lo único que tienes que hacer es dejar la puerta abierta cuando salgas a fumar.

Ahora le miro yo a los ojos.

—Yo no fumo —respondo, tratando de mantener un tono de voz amistoso y neutral.

—Diez mil euros —sigue Grigori—. Un cigarro. Cualquiera puede fumar un cigarro. ¿Cuánta gente recibe diez mil euros solo por fumar un cigarro?

—¿Diez mil euros?

Grigori sonríe. La sonrisa no le sienta bien, pues deja al descubierto unos grandes dientes amarillos, y tampoco combina bien con su cara.

—Sí —responde—. Al contado. Tengo aquí...

Se lleva la mano al bolsillo interior, pero interrumpo su movimiento con mi pregunta.

—¿Y si me engancho?

—¿Disculpa?

—Me fumo un cigarro —explico— y me doy cuenta de que me gusta. Me fumo otro, y otro más. Acabo enganchándome y, en poco tiempo, estoy fumando una cajetilla al día. Una cajetilla cuesta diez euros. En menos de tres años, me habré fumado todos mis honorarios. En el peor de los casos, sufriré un fallo pulmonar y acabaré endeudado.

Grigori mueve la mandíbula y arruga la boca: se ve claramente que está pensando.

—¿Quieres más dinero? ¿No era la pobreza una de las virtudes? Pregúntate a ti mismo qué haría nuestro salvador en tu lugar.

—Me cuesta imaginármelo en el patio del Museo Militar con un cigarro en la boca —replico—. Él hace milagros, pero, siendo realistas, este es bastante improbable.

Grigori detiene el movimiento de la mano dentro del abrigo; ha dejado de sonreír.

—Si no te importa —replico entonces—, tengo que ir al museo. Puedo caminar, si no te pilla bien. También puedes dejarme donde me recogiste, como prefieras.

Grigori se queda en silencio.

—No quieres más dinero —dice entonces. No es una pregunta, es una afirmación.

—No quiero dinero en absoluto.

En realidad, no parece decepcionado, pero algo en su expresión muestra que no le he acabado de entender.

—Es decir, que tampoco quieres el paraíso —dice. De nuevo, se trata de una afirmación, no de una pregunta.

—Puede que no quiera creer en la serpiente.

Grigori se apoya contra el respaldo del asiento. No solo cambia su

postura, sino también su forma de mirarme.
—Eres el pastor de un pueblo remoto —dice, y su voz ya no suena tan agradable como antes.
—Eso es cierto —respondo.
—No tienes ningún tipo de poder.
—No necesito poder.
—No tengo por qué pagarte nada —espeta Grigori—. Podría limitarme a coger lo que quiero, sin más. Si quiero el meteorito, voy y lo cojo.
—No lo creo.
Grigori me mira.
—¿Quién me lo va a impedir?
—El pastor de un pueblo remoto —afirmo.
Grigori mira hacia delante. Ha dejado de nevar; sobre el capó del coche se ven grandes copos aislados.
La rapidez de Grigori me pilla desprevenido.
Es una pistola de acero brillante, probablemente, una Smith & Wesson 375. Grigori la saca del abrigo, del mismo lugar del que antes iba a sacar la cartera, lo que me hace preguntarme si realmente existía dicha cartera. No me da tiempo a pensar más, porque Grigori me pone el cañón de la pistola en la sien y me aprieta con ella. Siento la presión del metal y también que Grigori está cargado de fuerza e intención.
—Sal del coche —ordena—. Despacio.
Dirijo la mano derecha hacia la manija de la puerta. Efectúo todos mis movimientos con lentitud: abro el pestillo, empujo la puerta y, con la mano izquierda, presiono el botón del cinturón de seguridad, que se suelta y se enrolla en su sitio. La puerta está abierta. El aire en el interior del coche se vuelve más ligero, y baja la temperatura. Grigori presiona la pistola contra mi cabeza; siento como si el cañón me atravesara la piel.
—Baja del coche lentamente —ordena— y da un paso hacia atrás.
Hago lo que me dice: bajo del coche lentamente y doy un paso hacia el edificio principal del museo de Teerilä. Una farola solitaria ilumina el patio desde lo alto.
Ahora entiendo lo que pretende. Sin dejar de observarme con atención, se desliza al asiento del copiloto y sale del coche detrás de mí. Así puede seguir apuntándome con el arma. No es la primera vez que lo hace.
Estoy de pie en medio de la noche helada, con un arma apuntándome a la espalda.
—Avanza —me dice.
Me alejo del coche varios pasos y Grigori me ordena que me detenga. Sigue estando muy cerca, aunque ya no está pegado a mí.

—Gírate.

Empiezo a girarme hacia la derecha. Cuando he dado un cuarto de vuelta, finjo estar a punto de tropezar, como si me fuera a caer de lado; me vuelvo hacia la izquierda, me dejo caer un poco y choco contra Grigori.

El truco funciona.

Grigori dispara hacia al lugar en el que yo debería estar. Casi consigo pegarme a él; sin embargo, él ha logrado retirarse de forma intuitiva hacia atrás. Le agarro la mano en la que lleva el arma en el mismo momento en que empieza a girarse. Damos media vuelta... y el arma dispara de nuevo.

Si no hubiera saltado ni le hubiera agarrado la mano, la bala me habría acertado en el pecho. Continúo el movimiento anterior y, cuando otra bala vuelve a salir del arma, el cañón apunta al pecho de Grigori.

Un gran charco rojo oscuro empieza a extenderse bajo su cuerpo, sobre la nieve fresca.

Grigori muere al instante. Cae al suelo sin hacer ruido y el arma se desliza medio metro sobre la nieve. Grigori yace de espaldas, mirando directamente al cielo, con los ojos azules más abiertos de lo que estuvieron nunca en vida. El fuerte olor de los disparos destaca en el limpio aire invernal.

Le busco el pulso a Grigori: no tiene. Le cubro el pecho con el abrigo, pues la bala le ha agujereado la chaqueta del traje. No hay demasiada sangre. La bala le ha atravesado el corazón, que ha dejado de latir de inmediato. Me pongo en pie.

Una oleada de pensamientos me invade. El más intenso, y en realidad el más inesperado, tiene que ver con Krista; pienso en lo mucho que la quiero, en lo importante que es para mí. Ella es lo único que importa.

Respiro hondo.

Aparto la vista de Grigori y miro las estrellas, tan brillantes que parecen unidas por hilos. Pestañeo varias veces y los rayos desaparecen. El universo se expande a una velocidad vertiginosa. Me siento consternado. Bajo la mirada. Me envuelve el bosque nocturno, un paisaje ondulante...

Y, a lo lejos, veo la figura de una persona que camina por uno de los senderos que llevan al museo.

7

Pienso en el asunto durante un segundo, un segundo y medio.

Veo el rostro de Krista en mi mente. Ella lo es todo para mí: el pensamiento es tan claro como el brillo de las estrellas en el cielo.

Agarro a Grigori por debajo de los hombros, lo levanto hasta dejarlo casi en pie y lo llevo hacia el coche. La puerta sigue abierta, así que consigo meterlo a empujones. Una vez logro sentarlo en el asiento, le cierro la cremallera del abrigo y le abrocho el cinturón de seguridad. Grigori está mirando hacia delante con los ojos abiertos. Enrollo rápidamente la bufanda oscura alrededor del reposacabezas. Grigori está sentado en el asiento del copiloto como un pasajero; no parece que acabe de dispararse a sí mismo en el corazón. Cojo el arma del suelo con los guantes puestos y cubro las huellas de sangre dando patadas a la nieve. Meto el arma en el bolsillo de Grigori: estaba en su mano y ahora está cubierta por sus huellas, le pertenece.

Algo emite un destello en la consola central. Es un teléfono móvil al que ha llegado un mensaje. En el borde superior de la gran pantalla brilla una barra azul: el teléfono está compartiendo su ubicación.

Vuelvo a echar un vistazo hacia abajo, hacia el camino transversal. En efecto, la persona que se acerca ha elegido el sendero que lleva al museo. Por suerte, el camino aún desciende un poco antes de subir por la colina y los montículos de nieve tapan la visión. Pienso que todavía dispongo de unos segundos, durante los cuales me dará tiempo a subirme al asiento del conductor, poner el coche en marcha y salir de la zona del museo, aunque sea con Grigori en el asiento del pasajero; ya tendré tiempo de pensar después.

Pero no tengo tiempo, ni siquiera unos segundos. El gorro ya se asoma detrás de los montículos; la persona en cuestión camina a buen paso. Me meto en el todoterreno y cierro la puerta, pero antes de ponerme detrás del volante, vuelvo a echar un vistazo hacia el camino. Veo la cabeza y, después, la cara del individuo que se acerca. La última vez que le vi fue hoy por la mañana. No puedo cruzarme con él sin que me reconozca, así que me lanzo hacia el asiento trasero y me dejo caer en el espacio reservado a las piernas.

Justo a tiempo. Oigo sus pasos, firmes y decididos. El hombre golpea el cristal del copiloto. Naturalmente, Grigori no contesta. Oigo cómo rodea el todoterreno. Pasa un rato, durante el cual no puedo ver lo que sucede fuera del coche. Entonces, se abre la puerta del conductor y oigo una voz conocida.

—Grigori —dice Tarvainen—. Amigo mío. Vi que tu coche se dirigía

hacia aquí. Es una suerte haberte encontrado.

La voz de Tarvainen y el ritmo de sus palabras en inglés revelan que se encuentra en un profundo estado de embriaguez, adquirido después de muchas horas bebiendo. Sube al vehículo. Veo su cabeza por detrás. Tarvainen está sentado en el asiento del conductor.

—He estado pensando —sigue—. Mucho. Yo te invito a venir aquí y te ofrezco un millón de euros. Vamos a fundar una escudería de rally entre los dos. Yo volveré a la cima. Después, decides echarte para atrás y yo me quedo pensando qué habrá salido mal. Entonces, lo comprendo: no confías en mí y yo trato de pensar en cómo puedo lograr que confíes en mí. Se me ha ocurrido algo: te lo voy a demostrar. Te voy a demostrar cómo conduzco.

Oigo cómo Tarvainen desenrosca un tapón. Bebe dando grandes tragos, sopla y resopla. Puedo oler el alcohol. Tarvainen desprende un olor entre gasolina y un cubo de ajos.

—¿Koskenkorva? —pregunta.

Comprendo que le está ofreciendo la botella a Grigori.

Grigori tiene que responder.

Introduzco la mano derecha entre el asiento y la puerta, asegurándome de que permanezca oculta. Mis dedos encuentran uno de los extremos de la bufanda de Grigori. Lo agarro; por suerte, el material es elástico. Tiro con cuidado de la bufanda hacia un lado, una vez, dos, intentando que el movimiento sea lo más parecido posible a una sacudida de cabeza.

—No hablas. Ya lo sé. Leonid habla por los dos. Tú tomas las decisiones.

Tarvainen vuelve a enroscar el tapón de la botella, que golpea la consola central; el coche se pone en marcha y la coronilla de Tarvainen desaparece de mi vista.

—Te lo voy a demostrar. —Habla tan fuerte que es como si estuviera gritándome al oído—. Te voy a demostrar cómo se conduce un coche. Después, tú decides. Eso es lo que tenemos que hacer. ¿Te parece justo?

Vuelvo a estirar la mano mientras trato de pensar en las opciones. ¿Qué pasará si me niego? Es decir, si Grigori se niega. No creo que Tarvainen vaya a echarse atrás. En todo caso, una negativa alargaría la conversación, más preguntas complicadas y respuestas aún más complicadas. Después de todo, puede que Tarvainen conduciendo sea el mal menor. Es un paso hacia delante, tiene que serlo. Lo hago por Krista: tiro de la bufanda de Grigori a lo largo, lo que hace que la cabeza vuelva a su posición inicial. Grigori asiente con firmeza. Dos veces.

—Muy bien —ruge Tarvainen, como hacen los hombres cuando su equipo preferido mete gol—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno.

El motor del todoterreno aumenta las revoluciones, Tarvainen hace algo con los pies, oigo un golpe y el coche sale disparado hacia delante.

Puede que Tarvainen esté tan borracho como para no distinguir a los vivos de los muertos, pero sabe conducir un coche. Eso queda claro ya durante el primer minuto; incluso para mí, que voy tumbado en el suelo.

Puedo sentir y oír cómo la nieve y el hielo repiquetean contra los bajos del coche. Deduzco que vamos a bastante más velocidad de la permitida. A veces siento que nos deslizamos hacia un lado, pero la velocidad apenas varía. Y, de pronto, alzamos el vuelo: los neumáticos del coche se despegan de la carretera y el motor brama. Puedo sentir la ingravidez.

Toda la carrocería traquetea y cruje cuando el coche vuelve a chocar contra la carretera; Tarvainen pisa el acelerador a fondo. Lo oigo acelerar y frenar, como si estuviera golpeando un saco de boxeo. Presiono los pies contra la puerta, me agarro con las manos a las guías de deslizamiento que hay bajo el asiento y aprieto con fuerza.

Tarvainen grita.

—Agárrate, Grigori. Esto solo ha sido el precalentamiento. El motor tiene que entrar en calor. El piloto tiene que entrar en calor.

El motor se queja, ruge.

Aumenta la velocidad.

El coche empieza a temblar como no había visto nunca. Tiene que estar al límite de sus posibilidades. Doy por hecho que un todoterreno alemán tiene una capacidad bastante razonable de por sí y que, cuando lo aprietas hasta el último caballo en las estrechas carreteras de Hurmevaara, la velocidad tiene que acercarse a niveles suicidas.

—Estamos a medio camino —grita Tarvainen—. Entonces, podrás decidir.

De las palabras de Tarvainen deduzco que aún tiene la intención de preguntarle algo a Grigori. Lo principal es que no salgamos despedidos hacia las rocas o hacia el bosque. Desde el suelo del coche, el ruido es ensordecedor. Cuando estoy a punto de pedir clemencia, el coche vuelve a transformarse en un avión. Esta vez se trata de un vuelo largo, durante el cual Tarvainen grita por encima del estruendo del motor.

—Grigori, el meteorito es mi millón. El otro millón lo pones tú, según nuestro plan original. ¡Una escudería internacional!

El aterrizaje es como una explosión. Tarvainen pisa el acelerador. Pienso que ya llevamos más de la mitad del trayecto, así que puedo aguantar hasta el final, si es que el coche resiste. Si es que Tarvainen aguanta la cogorza y no tiene de pronto una de esas ideas de bombero de los borrachos. El coche vuela de nuevo.

—No digas nada, amigo mío. Pronto nos estrecharemos la mano. Solo un pequeño...

El vuelo es tan largo como el anterior; el aterrizaje hace que me duelan hasta los riñones.

—¡Sorpresa! —grita Tarvainen.

Resulta que sí era posible: el coche aumenta la velocidad. El chasis tiembla y la nieve y el hielo impactan con tal fuerza contra los bajos que puedo sentir los golpes en mi cuerpo. Me agarro con fuerza. No soy capaz de hablar, aunque tampoco se me oiría, porque no puedo incorporarme. El coche va a toda velocidad, como si flotara entre la tierra y el cielo. Durante un rato, no sucede nada más.

Entonces, Tarvainen pisa el acelerador y el freno y hace algo con las manos; oigo los golpes en la consola central. El coche empieza a girar de forma salvaje. Presiono los pies en una dirección y las manos en la otra.

El todoterreno es como una batidora. El coche gira, el mundo gira. Tarvainen hace gemir al motor, sube al máximo de revoluciones, las vuelve a bajar, y luego a subir. El coche continúa girando, pero seguimos en la carretera.

Al fin, disminuye la velocidad. Lo hace de manera uniforme, hasta que nos deslizamos lánguidamente, como un patinador a punto de cruzar la línea de meta. Y, por fin, nos detenemos. Me duelen los brazos. A pesar de estar tumbado, me da vueltas la cabeza, pero sigo vivo, después de todo. En el coche reina el silencio. Pasado un momento, oigo cómo Tarvainen desenrosca el tapón de la botella. El piloto echa la cabeza hacia atrás, echa un largo trago y suelta un resoplido.

—Campeón del mundo —dice.

No sé si se refiere a lo que acaba de pasar o a lo que va a suceder en el futuro; en ese futuro que, al parecer, estaba construyendo con Grigori. Por un motivo u otro, ese futuro ha sufrido un contratiempo. Estoy tan consternado que no comprendo lo que sucede. Tarvainen dice algo y, pasados unos instantes, vuelve a repetir lo mismo. Por supuesto, le está ofreciendo la botella a Grigori. Estiro la mano y, en el último momento, la vuelvo a retirar.

La bufanda de Grigori ha desaparecido.

Al parecer, se ha soltado con todo el meneo del viaje. Como es lógico, la cabeza de Grigori ha caído hacia su pecho. El grito de Tarvainen confirma mi teoría. Grita horrorizado y pide perdón a gritos. Unas pocas palabras de borracho me aclaran el asunto: Tarvainen teme haber causado la muerte de su amigo con su conducción salvaje. Un ataque al corazón, un infarto. Es evidente que, en la mente de Tarvainen, esto supone un nuevo error mortal, como aquel que los llevó a él y a su copiloto hasta un río de montaña. El destino quiso que

el copiloto se ahogara y Tarvainen salvara la vida.

Tarvainen abre la puerta y salé arrastrándose del coche. Oigo cómo sus piernas golpean contra el suelo, y echa a correr al instante. Los pasos se alejan.

Trato de salir por la puerta trasera, pero tiene puesto el seguro infantil. Tengo que incorporarme, introducirme entre los asientos delanteros y salir arrastrándome por la puerta del conductor. Evito mirar a Grigori y, al final, consigo salir del coche.

En cuanto mis pies tocan el suelo, vomito. Vomito todo lo que llevo dentro. No recuerdo la última vez que me encontré tan mal, tanto física como mentalmente, ni la última vez que sentí un malestar tan intenso y prolongado. Puede que fuera en el hospital militar de Afganistán.

Me incorporo sobre las rodillas durante un momento; entonces, doy un par de pasos, me alejo del coche y miro a mi alrededor. Por un momento, no sé dónde estoy, hasta que identifico el cruce y veo una señal conocida.

Estamos a un par de kilómetros del centro de Hurmevaara. No se ve a Tarvainen por ninguna parte; ha desaparecido en el frío de la noche.

El coche está en medio de un cruce desierto. Detrás de mí se yergue una empinada pared rocosa. Las profundas huellas de los neumáticos indican la dirección desde la que hemos llegado hasta aquí. Tarvainen ha hecho girar el vehículo hasta detenerse a tan solo un metro o metro y medio de las rocas. Sin lugar a dudas, se trata de una prueba de habilidad considerable, pero ahora mismo no soy capaz de darle más valor que ese. Vuelvo a vomitar.

No sé qué hacer. No tengo ningún plan. A decir verdad, tampoco lo tenía antes, y ahora comprendo que, en realidad, no lo necesitaba. Hasta ahora, me había limitado a confiar en la vida y en el designio divino, sea lo que sea lo que eso signifique para mí. Pero, en mi situación actual, aquí y ahora, necesito un plan de acción concreto. Pero no lo tengo, pues no hay nada que te prepare para algo así. Por no hablar de...

Krista.

Es ella en lo que pienso. Ella es lo que más temo perder. Todo lo demás parece estar en continuo movimiento, bajo sospecha, pero ella no. Amo a Krista. Quiero pasar mi vida con ella.

El pensamiento es, cuanto menos, conflictivo, pues ella sigue estando embarazada de otro hombre y yo me encuentro en un cruce con un hombre muerto en el coche.

8

El lugar se eleva un poco sobre el resto del terreno; las rocas solo protegen de los vientos de levante. Un viento gélido ha empezado a soplar desde el norte y, en esta zona de Finlandia, y por la noche, es como si te aguijoneara. He perdido el gorro y los guantes, así que me quito la gruesa bufanda roja que llevo al cuello y me envuelvo con ella la cabeza y la cara, dejando una pequeña ranura para los ojos.

Así es Hurmevaara en una noche helada de enero. La policía tardará al menos tres cuartos de hora en llegar desde Joensuu y no me parece sensato quedarme sentado en el coche en compañía de Grigori.

Me saco el teléfono del bolsillo. No sé qué decir ni por dónde empezar. Podría limitarme a informar del resultado final, de lo que tengo ante los ojos: un todoterreno, un hombre muerto. Entonces, al llegar la policía, podría empezar a desenmarañar por partes todo lo que ha sucedido, incluyendo los acontecimientos previos: el autodisparo, el rally, Tarvainen. Mi experiencia militar me dice que, a primera vista, esto parece la típica situación en la que ha surgido un desacuerdo entre dos personas y una de ellas ha acabado muerta de un disparo.

En casos así, lo primero que uno piensa no es precisamente que la persona en cuestión se haya disparado a sí misma.

Aun así, tengo que hacerlo.

Hace un frío gélido. Mientras tecleo el número, doy una vuelta al coche. Al llegar al asiento del copiloto, me llevo el móvil a la oreja, lo introduzco entre las capas de la bufanda y abro la puerta. El sonido de un coche me hace girarme al momento. Se acerca a tal velocidad que retiro el teléfono de la oreja.

En medio segundo, suceden muchas cosas.

No reconozco el vehículo ni puedo ver su matrícula. Tiene puestas las luces largas y los faros brillan con gran intensidad. Logro distinguir que dentro del coche solo está el conductor: es el gigante. A mi lado, Grigori ha resbalado en el asiento y se ha escurrido por el hueco del cinturón. La mitad de su cuerpo cuelga fuera del coche, en una postura antinatural, con la cabeza hacia abajo. Sus cabellos grises rozan la nieve sobre el asfalto. Las luces del coche se reflejan en sus ojos abiertos y me producen una extraña sensación, como si estuviera entre la vida y la muerte.

El medio segundo pasa muy rápido.

El gigante sale del coche, puede que sin ni siquiera detenerlo. Empieza a llamar a gritos a su colega. Miro a Grigori, que cada vez

resbala más hacia abajo.
Afganistán me quitó muchas cosas, pero también me enseñó a mantener la mente fría en condiciones extremas. Cuando el gigante se saca la navaja de la bota, pongo en práctica todo lo que he aprendido. Sé lo que tengo que hacer.
Echo a correr.

Las dos carreteras están separadas por un sembrado, y la otra conduce directamente hacia el pueblo. Espero poder correr más rápido que el hombre de tamaño descomunal, que parece un poco más torpe que yo.
A pesar de que voy siguiendo los surcos que ha dejado una motonieve, la capa blanca es muy profunda en algunos puntos. El gigante me sigue, sin parar de gritar, amenazando con matarme y despellejarme con su navaja.
Y no es torpe en absoluto.
Aumento la velocidad, pero la distancia entre nosotros se mantiene, incluso puede que se esté reduciendo. Por encima de nuestras cabezas, las estrellas son tan luminosas y alumbran la nieve de una forma tan sutil que me siento como si estuviera corriendo por una radiografía.
El campo de cultivo es más ancho de lo que había imaginado. En cualquier caso, mi afición a correr me da cierta ventaja: sé respirar como es debido y, cuando mis piernas están llenas de ácido láctico, soy capaz de continuar.
Lo que empuja al hombre grandote es rabia en estado puro, a juzgar por las voces que da. Corre a gran velocidad, pero es capaz de chillar. En cierto modo, eso es bueno, así queda todo muy claro. El hombre grita que he matado a su amigo y que, por cada herida que haya en su cuerpo, yo voy a pagar con cien.
Llego a la carretera, que desciende en dirección al pueblo. Sin parar de correr, agradezco la brillante idea de haberme atado la bufanda a la cabeza: así podré escapar sin ser reconocido. No me llega suficiente oxígeno a los pulmones, por lo que me resulta difícil respirar. Me duele la garganta. Además de las piernas, las manos también se me empiezan a entumecer. La cuesta abajo se vuelve más empinada. Las casas apenas están ya a varios cientos de metros. Miro hacia atrás para ver lo lejos que está el hombre.
Pero es un error.
Me resbalo.
Mis pulmones exhalan el poco aire que les queda mientras caigo hacia atrás. Me duele toda la espalda, pero consigo levantarme. Echo a correr de nuevo, aunque ya no me queda oxígeno, me duele muchísimo la rabadilla y mis piernas se mueven como si fueran vigas de hormigón. Oigo correr al gigante; sus pasos resuenan, largos y pesados.

Solo tengo que llegar a...

Veo las luces del taller mecánico entre los árboles. Recuerdo el patio trasero del taller y eso me da una idea, en la que pongo todas mis esperanzas. Paso por delante de la primera casa, cuyas ventanas están a oscuras; hay más casas después de esa.

Giro en la siguiente curva. La nieve ha levantado murallas sobre los setos; sin embargo, no tengo ventaja suficiente como para poder esconderme detrás de ellos y, en cualquier caso, mis huellas serían visibles sobre la nieve. El hombre me pisa los talones, y ha dejado de gritar. Puede que también se esté quedando sin aire.

Volvemos a girar; espero que por última vez.

La carretera sube con suavidad y las casas quedan atrás. El letrero luminoso del taller mecánico es la ansiada meta que trato de alcanzar. Parecemos dos corredores que mantienen la misma distancia entre ellos hasta el esprint final, con la diferencia de que el hombre grande no sabe cuándo llegará el esprint final, ni cómo será.

Detrás del taller hay un vertedero de chatarra, una zona de autorreparación y una colección de viejos autobuses, motonieves, tractores, excavadoras y otros vehículos de trabajo. Es posible que logre despistar al hombre, conseguir cierta ventaja y huir rodeando el taller hacia la carretera principal que atraviesa el pueblo para, desde ahí, poner rumbo a casa.

Salto desde la carretera a una capa de nieve aún más profunda. El cartel del taller se encuentra sobre el edificio y su palpitante luz amarilla ilumina la parte trasera. Voy directo hacia uno de los autobuses, lo rodeo por delante y avanzo por un lado en dirección al taller; cuando llego al siguiente autobús, hago una vuelta similar. Encuentro una ruta que ya ha sido transitada, de modo que mis huellas se mezclan con las demás. Avanzo a medio correr por el camino pisoteado, con el cartel luminoso como referencia, y no tardo en llegar a la parte trasera del taller. Una bombilla enganchada a la pared resplandece como el sol. He llegado tan rápido que ni siquiera he pensado en qué voy a hacer a continuación.

En la parte trasera hay dos puertas levadizas y una puerta normal. Las dos puertas levadizas están cerradas, pero la otra se abre al girar el picaporte y empujar. Echo un rápido vistazo al interior: la sala de reparaciones está vacía de personas y de vehículos. También está a oscuras. La luz se filtra tanto por las ventanas de las puertas levadizas como por la rendija que hay en la puerta trasera. Desde allí, probablemente se pueda acceder al resto de las instalaciones del taller y, por supuesto, a la tienda. Me duele la espalda; no puedo seguir corriendo. Tengo que entrar ahí.

La fosa de engrase, un espacio de trabajo de dos metros de profundidad y más de un metro de ancho que hay entre los rieles, es

como un cañón en la semioscuridad de la sala. A su izquierda hay un pasillo de aproximadamente un metro de anchura; a la derecha hay un par de metros más de espacio. Detrás hay un nuevo cañón, otra fosa de engrase.

En la sala de reparaciones reina un silencio sepulcral. Avanzo por la izquierda de la fosa de engrase hacia la puerta del fondo, que da a un espacio que es a la vez almacén y área de descanso. Al otro lado de esta sala hay una puerta que está completamente abierta y por la que puedo ver la espalda del dueño del taller. También veo en parte sus anchas nalgas blancas, pues está sentado en un taburete frente al mostrador, de espaldas a mí, y los pantalones vaqueros se le han bajado. Me alejo de la puerta; no necesito considerar mis opciones.

Tengo que volver a la puerta trasera.

Cuando me dispongo a hacerlo, la puerta se abre; el hombre grande entra en el taller y se detiene mientras hace girar la navaja en su mano. No negaré que es un movimiento elegante. También es del todo innecesario, pues ya estaba impresionado de antes.

Aún tengo la bufanda enrollada en la cabeza y llevo puesto el grueso abrigo negro de invierno: no puede reconocerme. Cuando salí del Golden Moon, no me puse el abrigo hasta que llegué a la puerta exterior, al igual que la bufanda, que estaba en una manga del abrigo.

El hombre parece estar evaluando la situación. Me parece percibir un bufido de desprecio, o quizá sean solo las sombras, que han cambiado de lugar en su cara. La navaja tiene una hoja fina de acero que emite destellos cuando le da la luz del exterior. Me acerco un poco más al riel que hay entre las fosas. El hombre se pone en movimiento.

Entonces, tengo una visión.

Una revelación.

La sala parece cambiar de forma y aumentar en altura y anchura. Siento como si todos mis pensamientos recientes en relación con Krista llenasen el espacio con su luz. Como si este taller, que huele a aceite y gasolina, fuera en realidad la más bella de las catedrales, llenándose en el ocaso con los suaves y dorados rayos del sol. La catedral irradia luz y calor. Sus paredes de un metro de grosor me protegen de los vientos y de los enemigos: en ella estoy completamente a salvo.

La catedral está dentro de mí.

He dejado de huir.

Aquí estoy.

Empiezo a recobrar la respiración, mis músculos se relajan y me lleno de fuerzas renovadas.

No tengo nada que temer. Sé muy bien que la antítesis del miedo no es el valor: la antítesis del miedo es la confianza, y la confianza es fe. No deja de ser un extraño momento para recuperar la fe perdida.

El hombre se acerca. Está tan cerca que puedo ver su cara: parece desconcertado. Nos encontramos cada uno a un lado de la fosa, y entre nosotros hay un negro vacío de un metro de profundidad. Puedo imaginarme la situación desde su punto de vista: su perseguido ha dejado de correr y se ha dado la vuelta para mirarlo, mientras deja caer los brazos de forma despreocupada.

El hombre ataca. Cruza el cañón de un salto y trata de clavarme el cuchillo en el torso, pero el impulso es demasiado fuerte y no aterriza del todo bien. Su centro de gravedad se traslada hacia delante, momento que aprovecho para agarrarle y retorcerle la mano en la que lleva el cuchillo.

El hombre suelta un alarido y deja caer la navaja. No logra recuperar el equilibrio. Sus zapatos buscan un punto de apoyo en el suelo, pero no lo encuentran. Sigo retorciéndole la mano, aprovechándome de su energía cinética. El hombre parece un corredor que ha acelerado tanto cuesta abajo que ya no es capaz de detenerse más que cayendo de frente.

Se precipita hacia delante y levanta la mano que tiene libre, para protegerse de la caída en el suelo del taller. Pero aquí no hay suelo. El gigante cae en la fosa de engrase como si se zambullera en un lago, con un movimiento rápido y violento. Se oye un golpe suave contra el fondo, y luego otro. Después, ya no se oye nada. Tras esperar unos segundos, me acerco al borde de la fosa y miro hacia abajo.

El hombre yace de espaldas en el fondo. Me agacho y oigo sonidos que indican que sigue con vida: respiraciones, gemidos y gorgoteos desde los límites de la inconsciencia.

Regreso a la puerta trasera y salgo de allí.

Mi aliento exhala humo. Hay un silencio absoluto. Las estrellas brillan en el cielo.

Echo a andar en dirección al museo.

9

¿Por qué voy al museo? Porque es lo más lógico. Porque esa es mi tarea. Porque contribuye al avance de mis dos investigaciones.

Lo que he vivido en la sala de reparaciones del taller parece afectar a todo lo demás. Físicamente, estoy hecho polvo; mentalmente, estoy consternado y a punto de derrumbarme. A pesar de todo, soy capaz de pensar con más claridad que antes.

Así es como veo ahora las cosas: Grigori quería el meteorito. Tanto él como el gigante vinieron a Hurmevaara invitados por Tarvainen, el piloto de rally. Yo ya me imaginaba que Tarvainen quería el meteorito, y lo que le dijo a Grigori en el coche lo confirma. De sus palabras también deduzco que, en algún momento, surgió un desacuerdo entre ellos y que cada uno siguió avanzando por su cuenta. Por lo menos en el caso de los rusos, cosa que me queda clara tras el encuentro con Grigori. Con toda probabilidad, ahora el hombre grande tratará de conseguir el meteorito por su cuenta.

No creo que se quede mucho tiempo tumbado en la fosa de engrase. Y, con la misma probabilidad, querrá vengar la muerte de su amigo. Vendrá detrás de mí, pero no sabe quién soy. ¿O sí lo sabe? ¿Le dijo Grigori en el Golden Moon que iba a buscarme? Es posible.

Por otra parte...

Tarvainen dijo que Grigori era un hombre de pocas palabras. Es posible que solo dijera que salía y que tardaría un rato en volver. Esto suena lógico si tenemos en cuenta que para Grigori yo era un asunto sencillo: si el soborno no funcionaba, podría deshacerse de mí, así, sin más. Otro hecho que apoya el silencio de Grigori es su enfoque profesional: es obvio que no era la primera vez que tenía un arma en las manos. Era un profesional, y los profesionales no dicen lo que van a hacer, lo hacen. Es bastante probable que el hombre grande sea el mismo tipo de persona.

Pero no me van a seguir pisoteando.

Tanto si quiere el meteorito como si no, no lo va a conseguir.

Tampoco van a conseguirlo Turunmaa, Räystäinen, Jokinen ni Himanka.

No sé muy bien qué pensar de ellos. En el gimnasio, Räystäinen estaba intentando o bien hacerme daño, o bien hacerme llegar algún tipo de mensaje. No sé qué opción es la correcta. Räystäinen tiene una larga cicatriz en la parte superior del brazo, al igual que el ladrón que yacía sobre la nieve. Las preguntas e insinuaciones de los cuatro indican que a todos les molesta que yo esté vigilando el meteorito.

¿Por qué es un problema para ellos? ¿Porque me estoy interponiendo en su camino? ¿Porque no acepto sus planes? ¿O porque se los estoy echando abajo?

¿Y por qué todos han hecho referencias a mi vida conyugal? De un modo u otro, todos han hecho algún comentario sobre Krista, de tal manera que intuyo que han estado hablando de ello. Pero ¿por qué iban a hablar de Krista? ¿Acaso saben algo que yo no sé? ¿Algo sobre su estado actual o sobre lo que ha sucedido en general?

Pero la pregunta fundamental es: ¿alguno de ellos es el hombre al que estoy buscando?

Turunmaa tiene un cierto atractivo: habla con voz grave y rota y sus terrenos forestales valen, al menos, un millón y medio de euros. Jokinen sabe lo que le gusta a Krista, las frutas, los tipos de queso y golosinas, y además se los lleva a casa. Räystäinen podría romper una pared de ladrillo con los abdominales y tiene una tenacidad digna de un esquiador de fondo, nunca se rinde. Himanka es el comodín de la baraja: no es lo que parece, sorprende por su comportamiento juvenil y, cuando quiere, por su razonamiento lógico. Por lo que se refiere a Krista, seguramente Himanka sea la opción más improbable, pero ¿qué pasa con el meteorito? Ha pasado muchas penurias, así que es posible que piense que merece tener prosperidad el resto de sus días.

Después de pasar revista a los cuatro, uno por uno, no tengo más remedio que enfrentarme a un pensamiento casi insoportable: ¿y si todos saben lo de Krista? Y aún peor: ¿y si otras personas, aparte de estos cuatro, están al tanto de los asuntos privados del pastor y su mujer embarazada? ¿Y si lo sabe todo el pueblo?

Son los celos. Los celos hacen descarrilar el tren de los pensamientos. Nada se muestra en su correcta proporción. En realidad, y pensándolo con sensatez, no creo que mucha gente esté interesada en mi matrimonio ni en nuestra situación. Confío en que el secreto siga siendo secreto.

Me encuentro en la pequeña cocina de la sala de personal del Museo Militar, ingiriendo la comida que he comprado en La Parrilla de Maiju. Por si acaso, pedí dos raciones: patatas con salchichas y una hamburguesa doble. Me zampo las dos y bebo un litro de leche fría semidesnatada para bajar la comida. Las manecillas de plástico marrón del reloj de la pared se mueven cada vez con más lentitud. Preparo café y me bebo dos tazas grandes, lo que, en cierto modo, me ayuda a despejarme. Sin embargo, a las manecillas cada vez les cuesta más desplazarse; hasta que, al fin, se detienen.

Krista y yo recorremos la calle principal del pueblo el uno junto al otro; vamos del brazo. Hace un calor angustioso; el sol nos abrasa desde lo alto y no hay ninguna sombra en la que cobijarnos. Es uno de

esos días de calor extremo, tan infrecuentes en estos parajes. Hay algo raro en el asfalto: los pasos son pegajosos, avanzar resulta lento y fatigoso. Por algún motivo, a Krista le resulta más fácil y lo hace sin problemas, con paso ligero y despreocupado. Yo avanzo con grandes dificultades; entonces, miro hacia un lado y me llevo un sobresalto.

Comprendo que estamos en una maratón. La cuneta está llena de espectadores: son todos gente del pueblo. A algunos los he visto esta misma noche, a otros simplemente los conozco; también hay caras que he visto antes, aunque no soy capaz de ponerles nombre. Vuelvo a girarme hacia Krista, que ya me lleva mucha ventaja. Camina con rapidez. Primero, me saca un par de metros; después, diez, y, finalmente, quince. Y eso no es lo peor. Vuelvo a llevarme un sobresalto, más horrible aún que el primero.

Krista está desnuda. Trato de gritar, pero ella no me oye y mis piernas ya no son capaces de moverse en absoluto. Es como si estuviera en una olla llena de pegamento de la que no puedo salir. Entonces, miro mis piernas y me doy cuenta de que yo también estoy desnudo. Ya no veo a Krista; ha desaparecido y no entiendo a dónde puede haber ido.

La carretera es recta y el día brilla como el cristal. La gente del pueblo no deja de gritar dándome consejos.

—¡Levanta el pie izquierdo!

—¡Déjate caer hacia delante!

—¡Camina con las manos!

Justo cuando estoy a punto de quedarme sin fuerzas, empieza a llover a cántaros, de forma torrencial, con tanta fuerza que el agua me impacta en los hombros como si fuera sólida. La lluvia endurece el asfalto, que deja de ceder bajo mis pies. Ahora es firme, inflexible, y andar vuelve a ser una tarea sencilla.

Sencilla solo en ese aspecto.

La carretera ya no me resulta conocida y he dejado de oír los consejos de los espectadores. Miro a la derecha y después a la izquierda: la gente del pueblo ha desaparecido. Todo el pueblo ha desaparecido. Me encuentro solo en una carretera desierta.

La lluvia se vuelve fría, me azota y me fustiga. De pronto, me encuentro ante un edificio de piedra. No se trata de una casa, sino de algún tipo de almacén o fábrica cuyas paredes relucen bajo la lluvia. La carretera termina en la pared de piedra. Entonces, oigo la voz de Krista y comprendo que está hablando con alguien. Su interlocutor habla con voz tan baja que no distingo sus palabras; solo sé que se trata de una voz masculina y que sus palabras están dirigidas a Krista. No veo a Krista. Intento llamarla, pero mi garganta no emite sonido alguno.

Hay una puerta en la pared; no sé por qué no había reparado en ella hace un momento. Estoy muy agitado. Abro la puerta e irrumpo en el

edificio. Dentro hace frío, supongo que debido a las paredes de piedra, a la lluvia, a la oscuridad. El suelo del edificio es de hormigón y está cubierto por una fina capa de agua de varios milímetros. Voy salpicando a cada paso que doy mientras me dirijo hacia el lugar de donde sale la voz de Krista. El edificio es más largo de lo que parecía y me da la impresión de que no avanzo en absoluto. La pared trasera empieza a desvanecerse y, con ella, las voces de Krista y del hombre desconocido también se alejan. Parece como si el hombre se la llevara cada vez más lejos. No consigo entender de qué están hablando.

Hay algo delante de mí. Estiro la mano; toco una cadena y, después, un gancho. Es un gancho de carnicería, lo cual me resulta muy extraño. ¿Qué estará haciendo Krista en un matadero?

Entonces, oigo su voz; está muy cerca. En efecto, ahí está, mi mujer, de espaldas a mí. Sigo andando y salpicando a mi paso. Krista está hablando con el hombre. Comprendo que se trata del padre del niño; sin embargo, no puedo verlo, pues permanece detrás de Krista y se mueve al mismo ritmo que ella, con lo que permanece invisible para mí. Cuando estoy a punto de alcanzarla, el hombre acelera el paso y desaparece. Estoy justo detrás de Krista y no hay ni rastro del hombre; no comprendo cómo ha podido marcharse con tanta rapidez.

Levanto la mano y, cuando voy a posarla sobre el hombro de Krista, algo me pasa zumbando al lado de la oreja. El gancho de carnicería agarra a Krista y se la lleva. Krista ha desaparecido. Abro la boca y me detengo.

Delante de mí hay una fosa, un agujero negro en el suelo de hormigón. Al fondo de la fosa hay un hombre grande que parece estar muerto. Le miro a la cara y él abre los ojos con brusquedad. Me asusto y me doy la vuelta.

Me llevo otro sobresalto.

Delante de mí está Karoliina, la camarera del Golden Moon. Su rostro es inescrutable; su expresión no ofrece ningún indicio de lo que está pensando. Lleva puesta la misma ropa que antes. Es un atuendo poco adecuado para un matadero, para un entorno de piedra, húmedo y frío, en el que los ganchos de carnicería pasan silbando y se llevan a la gente.

¿Es un moratón eso que veo en su cara? ¿Tiene el ojo hinchado o se trata de otra cosa? ¿Acaso estoy viendo un esbozo de sonrisa?

Sus labios dibujan una curva y eleva las comisuras de la boca. Yo también empiezo a sonreír. Cuando, al fin, estoy a punto de hablar, ella se mueve más rápido de lo que haya visto nunca.

Su mano se mueve. El puño se dirige hacia mí, veo su brazo estirado detrás del puño, puedo ver su rostro. Dice algo, pero no lo oigo porque el puño me golpea en mitad de la cara y hace que me tambalee y me desplome.

Me caigo de la silla y eso me hace despertar. Consigo apoyar la pierna derecha, trato de mantener el equilibrio y me pongo en pie mientras comprendo que estoy despierto y que me encuentro en la pequeña cocina de personal del Museo Militar. Sobre la mesa hay una taza de café; siento en la boca el sabor de la parrilla de Maiju. Es de madrugada. Entre el sueño y la vigilia no transcurre más que un segundo.

10

Barro la nieve de la escalera antes de entrar en casa. La mañana es oscura y silenciosa y hay luz en la cocina del vecino. La mujer está sentada a la mesa, leyendo el periódico mientras desayuna; sobre su cabeza brilla una bombilla roja que parece estar flotando en el aire. Al sacudir la escoba, la nieve sale despedida formando pequeños remolinos en el aire.

Apoyo el cepillo contra la pared, abro la puerta y entro en casa. Dejo el abrigo y los zapatos junto al perchero, atravieso la puerta interior y la cierro detrás de mí. Al pasar por el vestíbulo, me detengo.

Estoy en casa.

Es como si hubiera estado ausente durante años, como si hubiera recorrido miles de kilómetros. Tras pasar por todo tipo de dificultades, estoy en casa, en el lugar en el que también está Krista. Este era mi destino; el sitio al que quería llegar, más que a ningún otro. Durante un rato, me limito a quedarme de pie en el vestíbulo. El cuarto de estar se abre a mi izquierda; a la derecha, las escaleras de madera llevan caracoleando al piso de arriba. Justo delante de mí está la cocina. Aspiro el olor del hogar; el aroma que le es propio. Hogar, dulce hogar. Hay un silencio sepulcral. Lo más probable es que Krista esté durmiendo en nuestro dormitorio, en el piso de arriba.

Imágenes de los acontecimientos recientes hormiguean en mi mente. He sobrevivido. He logrado llegar a casa.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Vuelvo a hacerlo. Me aferro al agradecimiento, a la calidez, a la luz y la seguridad que sentí en la sala de reparaciones del taller mecánico.

Recuerdo que decidí abrazar a Krista en cuanto llegara a casa, pero puedo esperar. Puedo, sencillamente, estar en casa. Tengo tiempo de sobra para decirle a Krista lo mucho que la quiero, que todo está perdonado. Puedo esperar. He llegado con mucha antelación, un par de horas antes de lo previsto.

Me entretengo en la cocina. Vuelvo a tener hambre, un hambre canina, así que frío seis huevos y tuesto un poco de pan. Apilo los huevos sobre las dos rebanadas de pan de centeno y les echo sal y pimienta negra por encima. Después de comer, hago café; me sabe mejor que el de anoche y me resulta más estimulante. Por supuesto, el café y el pan con huevos no logran camuflar el dolor que siento en cada uno de mis músculos ni el hecho de que tantas cosas, por así decirlo, hayan quedado a medias. No soy capaz de seguir pensando, así que me concentro en existir. Logro hacerlo durante unos treinta

segundos.

Se oyen golpes en la puerta de la calle. Alguien está golpeando en el cristal, a pesar de que en el marco de la puerta hay un timbre, con un letrero que pone «timbre». Hasta ahora, nadie había golpeado la puerta: todos los visitantes habían sabido pulsar el timbre. Pero este visitante está golpeteando el cristal con las puntas de los dedos. Hay algo familiar en ello, algo habitual. Que va más allá del sonido del timbre o de los meros golpes rítmicos con los nudillos.

Echo un vistazo al reloj de la pared: las siete y media.

¿Por qué el visitante no utiliza el timbre? Desde donde estoy, solo veo una pequeña parte del porche, pero no alcanzo a ver la puerta exterior, que se encuentra en el lado derecho. Me levanto de la mesa con movimientos cuidadosos. Voy hacia el cuarto de estar dando un rodeo por la otra puerta de la cocina, me agacho, me acerco a la ventana y dirijo la mirada hacia la izquierda.

Desde la calle, nuestra puerta de entrada se encuentra detrás de la casa, por encima de unos pocos escalones. En el escalón superior veo la espalda de un hombre. Lo reconozco y toda la calidez que sentía hace un momento desaparece.

Enderezo la espalda y echo un vistazo rápido por la ventana del cuarto de estar que da a la calle. No veo nada fuera de lo normal; no veo personas ni movimiento alguno, solo la calle desierta y las casas rodeadas de nieve. Entonces, me dirijo hacia la puerta mientras mis pasos hacen crujir el suelo de madera. No dejo que el tendero Jokinen tenga tiempo de reaccionar: abro la puerta con rapidez y me concentro en su cara. Puede que el intervalo no dure más que unas décimas de segundo. Ahora está sonriendo o, al menos, está intentando sonreír.

—Buenos días —dice, y levanta una bolsa de papel que lleva en la mano—. Entrega a domicilio.

Jokinen lleva puesta una cazadora deportiva encima de la camisa azul. No es la misma camisa que llevaba por la noche: esta tiene rayas rojas en los bordes interiores del cuello. Por supuesto, esta camisa le queda tan ajustada como todas las demás. Emite un fuerte olor a loción para el afeitado. Los cortos cabellos rubios están recién engominados y le brilla el pelo; puede que aún esté húmedo.

—Pasa, hombre —le digo.

—¿Qué? —balbucea. Entonces, corrige tanto la postura como la expresión—. No, no. Solo venía a traer...

—Acabo de hacer café —aseguro.

Nos miramos. Es obvio que Jokinen quiere irse lo antes posible, y eso es justo lo que hace su visita interesante. Además, la bolsa que lleva en la mano no es una bolsa de comida de verdad, sino una bolsa de papel poco cargada, y el vehículo que hay en el camino de entrada es

su propio coche y no la furgoneta de la tienda con la que hace los repartos a domicilio. Se ve a la legua que esta no es una entrega a domicilio convencional, pero él tampoco puede dar marcha atrás sin una explicación justificada.
—Bueno, una taza si eso —dice entonces.

La bolsa de papel cruje en el silencio matutino de la casa cuando hago sentar a Jokinen a la mesa y saco una taza de café y un plato del aparador. Me encuentro detrás de él. La bolsa de papel acaba a sus pies. Le cuento a Jokinen por qué estoy en casa, a pesar de que mi turno de vigilancia no acaba, oficialmente, hasta las nueve, como él bien sabe. Le aseguro que no he dejado el museo desatendido: el conserje llegó temprano a trabajar, al igual que el encargado de mantenimiento.
—Entiendo —declara Jokinen. Es evidente que el museo no es uno de sus mayores motivos de preocupación.
—¿Qué hay en la bolsa?
—¿Dónde?
—En la bolsa de entrega a domicilio.
Jokinen se mira los pies, como si acabara de recordar que ha traído algo consigo.
—Ah, sí, la bolsa. Un poco de chocolate belga y galletas italianas.
—Suena delicioso. Aunque pensaba que las entregas a domicilio eran un poco más grandes, y puede que con algo más de comida.
Jokinen no dice nada. El café aún está caliente. Cojo la cafetera, me siento a la mesa y sirvo café en las dos tazas. La mirada de Jokinen oscila entre la ventana que tiene a la izquierda y el periódico que está plegado sobre la mesa.
—Te has puesto en marcha temprano —observo.
—El servicio es muy importante hoy en día. —Jokinen asiente mientras se echa leche en el café con mano casi firme; apenas percibo un leve temblor en la fase final de sus movimientos—. Hay que cuidar al cliente. Si quieres que el negocio salga adelante, tienes que ofrecer un buen servicio. Sea como sea, vas a pasar apuros; estamos todo el tiempo pendiendo de un hilo. Hay que acercarse al cliente. La montaña va hacia Moisés... La montaña de Moisés, Moisés va... No recuerdo cómo era...
A Jokinen le desconcierta su propia verborrea. Algo pasa en su interior, en su corazón. Lo he visto y oído miles de veces.
—En efecto: según la historia, Moisés fue a la montaña —digo—. ¿Qué tal te va, por lo demás? ¿Sigues yendo a pescar en el hielo?
Jokinen me mira. Me da la impresión de que le sorprenden mis preguntas.
—Sí —responde—. En esta época del año, el lago Hurmejärvi está

plagado de luciopercas. Hemos hecho varios agujeros en el hielo para poner las redes. Redes un poco más grandes.

—Podría ir con vosotros alguna vez.

—¿A pescar?

—A pescar, a poner las redes, lo que sea.

Jokinen no parece estar entusiasmado con la idea, pero no dice nada; se limita a llevarse la taza a los labios.

—Había pensado que os facilitaría la vida que yo cogiese los turnos de vigilancia nocturnos.

De nuevo, mis palabras parecen sorprender a Jokinen. Me mira por encima de su taza antes de dejarla en el plato. No hay nada más silencioso que una casa de madera en una mañana de invierno. El tintineo de la taza parece una orquesta.

—Pero ayer por la noche me dio la sensación de que por algún motivo a vosotros no os gusta la idea. ¿Puedes decirme a qué se debe?

—No me había dado cuenta.

Jokinen cambia de postura y se coloca mejor en la silla.

—Espero que no dudéis de mis capacidades para vigilar el meteorito —digo.

—No. —Jokinen sacude la cabeza. Entonces, asiente—. Quiero decir, sí. Por supuesto que confiamos en ti. Seguro que contigo el meteorito está... a salvo.

—Me alegra oír eso —afirmo.

Apoyo los codos sobre la mesa y me inclino hacia Jokinen. No necesito seguir hablando del meteorito. Al mismo tiempo, una sensación fría y escurridiza, ya conocida empieza a cobrar fuerza dentro de mí. ¿Qué tipo de persona le llevaría a otra chocolate y galletas antes del amanecer? Y, lo más importante, ¿por qué?

—Antes de marcharme, me aseguré de que había gente en el museo. Y así pude irme un poco antes de lo que habíamos acordado. Dos horas antes, para ser exactos. Ni siquiera he despertado a Krista todavía.

Dejo la última frase en el aire. No sé si Jokinen está pensando la respuesta o se limita a añadir leche al café. Permanece en silencio mientras observa los remolinos en la taza.

—¿Quieres que la despierte? —pregunto.

Jokinen levanta la mirada.

—No es necesario —se apresura a responder.

—Pero le has traído chocolate belga y galletas italianas. —No me enorgullece el frío tono de voz con el que enfatizo cada una de mis palabras. No es algo típico en mí.

—Puedo dejarlas aquí —dice Jokinen, señalando la bolsa de papel con la cabeza—. Tampoco es nada del otro mundo, solo un detalle. Pensé que le gustaría. No quiero molestar.

«¿No quieres molestar? ¿Por eso vienes con tus golosinas a golpear la

puerta a las siete y media de la mañana?». Tengo que controlarme a mí mismo.

—¿Qué quieres que le diga? —pregunto.

Jokinen traga la última gota de café. Hace un gesto intencionado: pretende levantarse de la silla, aunque todavía no lo hace.

—Dale saludos —responde—. Saludos del tendero.

Tras su gesto intencionado, Jokinen se levanta de verdad.

—¿De qué tipo? —pregunto.

Jokinen casi se ha incorporado por completo.

—¿Qué?

—¿Qué tipo de saludos le doy? Así sabrá que son saludos del tendero.

No estoy de buen humor, ni mucho menos, y Jokinen se ha dado cuenta. Parece dudar.

—¿Deliciosos?

Nos miramos a los ojos.

—Le daré a Krista saludos deliciosos del tendero —digo.

Jokinen es el primero en retirar la mirada. Se gira y se dirige hacia la puerta de la calle; el suelo cruje a medida que se aleja sin mirar atrás. Oigo sus pasos en los escalones de la entrada, oigo cómo arranca el coche y se aleja de aquí.

11

En la antigua Roma ataban a los cristianos a cuatro caballos por sus cuatro extremidades. Entonces, fustigaban a los animales y, cuando estos emprendían el galope, las cuerdas se tensaban. A mí me está pasando algo por el estilo, aunque, en lugar de caballos, se trata de mis propios pensamientos.

Me sale vapor de la boca mientras camino hacia el Golden Moon. La capa de nieve brilla a esta hora de la mañana. Vuelvo a agarrar el teléfono, ese teléfono que solo envía un determinado tipo de mensajes y a una sola persona.

No me resulta nada fácil reconocerlo.

Los celos, además de hacerte perder la razón, son una enfermedad progresiva. Eso puedo verlo. A juzgar por todo lo sucedido, me encuentro en esa fase en la que pienso (en secreto, en el rincón más oscuro y profundo de mi ser) que tengo derecho a mirar un poco a mi alrededor. Y, cuando una persona atormentada por los celos dice que solo está mirando a su alrededor, o está planeando un asesinato, o tiene claras intenciones de poner los cuernos. Esta cadena de razonamiento también incluye una autojustificación: si Krista ha conocido a ciertas personas del pueblo en profundidad, literalmente hablando, por qué no iba yo a tener derecho a hacer lo mismo. Sé que esto es necedad pura y dura. He visto a cientos de personas arruinar su vida de diferentes formas al tratar de vengar las injusticias sufridas. Y no sería extraño que, en la mayoría de los casos, dichas injusticias no fueran más que imaginaciones. No se puede curar la necedad con locura.

Paso por delante de mi lugar de trabajo.

Parece como si alguien hubiera arrojado la iglesia en mitad de la nieve, a un lugar inaccesible. La rodean altos pinos, detrás de los cuales hay tupidos abetos. El edificio parroquial, situado en la parte occidental de la iglesia, todavía está a la sombra. Los rayos del sol ascendente inciden en la cruz metálica de la iglesia, alta y estrecha. Me he preguntado muchas veces cuánto va a durar esa cruz. Esta mañana parece más endeble que nunca, mientras trata de estirarse hacia el nuevo día, solitaria, devota.

El murete de piedra del cementerio está cubierto de nieve. Puedo ver el aparcamiento comunitario de la iglesia, el cementerio y la secretaría de la parroquia. Un vehículo está aparcado en la plaza más alejada; reconozco el coche y el modelo, un Volkswagen Jetta, pero no sé a quién pertenece. El sol se refleja en las ventanas del vehículo, de

manera que no veo si hay alguien en su interior.
Estoy intentando redactar un mensaje. Voy a probarlo una vez más. Sé que estoy acumulando cada vez más motivos para pedir perdón, pero este no es mi único conflicto interno. Siento que toda mi vida es un gran conflicto. Los rayos del sol ascendente caen entre los árboles cubiertos de nieve; sus destellos cortan la oscuridad, que se desgarra y se doblega. No puedo decir lo mismo de mi estado de ánimo.
Poco antes de llegar al aparcamiento del Golden Moon, me detengo y compruebo lo que he escrito.

Amor mío, te pido perdón por haber huido. Cuando te vi, entré en pánico. Causas un gran efecto en mí y una cita era demasiado en ese momento. Te pido otra oportunidad. ¿Podrás perdonarme?

Envío el mensaje, dejo caer el móvil dentro del bolsillo y echo un vistazo a las ventanas ahumadas del club nocturno. Por supuesto, no veo el interior. Sin embargo, sé que el barman de la mañana no es el barbero del pueblo, pues las mañanas son la mejor hora para los cortes de pelo.
¿Y por qué vuelvo al Golden Moon?
Porque es un movimiento contradictorio, el tipo de acción que mi oponente (porque tengo uno o más oponentes) no se espera. La sorpresa es la clave de la victoria en todas las campañas y batallas. Y porque tengo que volver sobre mis pasos y sobre los de mis investigaciones. Y, por supuesto, porque...
La versión oficial, la que no paro de repetirme a mí mismo mientras empujo la rígida puerta del Golden Moon Night Club, es que el encuentro con ella está estrechamente relacionado con mis investigaciones y con las sospechas que han despertado. Cuando la veo detrás de la barra, mi corazón empieza a latir con más fuerza y en mi interior siento una descarga que no solo me hace entrar en calor, sino que también me hace sentir vivo. Trato de convencerme de que se debe a la situación, al estrés y, sobre todo, a la posibilidad de que ella sea la persona que me dejó inconsciente de un golpe.
Karoliina está sirviendo cerveza a un hombre de mediana edad que tiene ambas manos apoyadas en la barra. Su cabello es marrón oscuro y está revuelto en todas direcciones, como si dentro de su cabeza hubiera estallado una pequeña bomba. El traje que lleva puesto indica que ha dormido y puede que hasta luchado con él. Parece estar en el límite de sus capacidades. La corbata está sorprendentemente bien arreglada y anudada, como si hubiera querido adecentarse y, tras arreglar la corbata, hubiera desistido de todo lo demás. Karoliina le pone delante la jarra de cerveza. El hombre la coge entre sus manos, se la lleva a sus labios protuberantes y bebe media jarra de un trago.

Karoliina gira un poco la cabeza hacia mí, pero mantiene la mirada en la caja registradora.
—¿Qué te pongo?
—Pues no lo sé, la verdad —respondo.
Karoliina levanta la mirada y se gira del todo.
—Pastor —dice, mientras estira la espalda y se retira el pelo de la cara—. ¿O debería decir reverendo?
—Joel está bien.
Karoliina se acerca a mí. Me he instalado en el mismo lugar de la barra que ayer. El Golden Moon no es un lugar luminoso, ni siquiera durante el día. Aquí se vive en una eterna penumbra y se bebe cerveza para desayunar con el pelo enmarañado. Aquí trabaja una mujer que lleva pantalones vaqueros hechos jirones y llenos de agujeros, un jersey de lana negro de cuello alto y mucho maquillaje, incluyendo un pintalabios de color rojo oscuro. Su largo cabello, más oscuro que la noche, le ensombrece la cara; sus labios centellean como linternas entre las sombras. Al tenerla delante de mí, no observo en ella ningún cambio sustancial. Si ha participado de algún modo en los acontecimientos de la noche anterior, no muestra signos de ello.
—No creí que hablaras en serio.
—¿Sobre qué?
—Cuando dijiste que volverías.
—Yo mantengo mis promesas —digo, mirando sus ojos verdes.
De la sala llega una conversación en voz alta, una discusión sobre las sedes de los Juegos Olímpicos en las décadas de los cincuenta y los sesenta. Parece ser que, en este pueblo, muchos empiezan el día con algo más que gachas de avena y yogur.
—No has dormido nada; has pasado toda la noche en el museo —dice Karoliina. No es una pregunta—. Y ahora estás aquí —continúa.
—Tú también estás aquí.
No dice nada; puede que esté pensando.
—¿Te pongo algo de beber?
¿Qué es más sospechoso, que el pastor del pueblo venga al bar por la mañana a tomar una cerveza o que el pastor del pueblo venga al bar por la mañana y no pida nada de beber? No necesito pensar mucho la respuesta. Cuando Karoliina me trae la cerveza, cojo la jarra, pero no bebo.
—¿Qué tal la noche en el museo? —pregunta.
—Bastante tranquila —respondo—. Casi me sentí solo.
—¿Casi?
—Sobre todo, en comparación con la noche anterior. Ese día no faltaron la compañía ni la acción.
—Lo dices como si las echaras de menos.
—Depende del tipo de acción —digo con sinceridad—. Y, por

supuesto, del tipo de compañía.
Karoliina coge el paquete de tabaco que tiene detrás de la barra.
—¿Qué se siente al estar ahí, con un millón de euros al lado? —pregunta.
—No pienso en ello.
—Entonces, ¿por qué estás ahí?
Es una buena pregunta y está justificada.
—Por motivos personales.
—¿Y esos motivos son...?
Me encojo de hombros.
—Personales.
Karoliina saca un cigarro y lo sostiene sin encenderlo entre el índice y el corazón, como si estuviera fumando.
—Vamos, que no es que Dios te haya hablado y te haya encomendado que vayas al museo a vigilar.
—Vi un arbusto en llamas delante del museo y, en ese momento, supe lo que tenía que hacer.
Creo ver que sonríe un poco. Si se trataba de una sonrisa, ha desaparecido en seguida. Me mira fijamente.
—¿Te puedo hacer una pregunta?
—Por supuesto.
—¿Es esto lo que esperas de la vida?
—¿A qué te refieres, exactamente? —pregunto.
Karoliina señala con el cigarro mi jarra llena.
—Estás en Hurmevaara bebiendo cerveza a las nueve de la mañana.
Enfatiza cada una de sus palabras y percibo que no le gusta ninguna de ellas.
—No —respondo—. No lo es.
—Nadie bebe cerveza a las nueve de la mañana si puede hacer otra cosa.
—Seguro que no.
—Nadie pasa un solo día de más en Hurmevaara si puede estar en cualquier otro lugar.
No digo nada. Karoliina ha puesto el dedo en la llaga, en una de ellas. Una llaga en la que ni siquiera había reparado en el fragor de los últimos días. En efecto, ya no siento el mismo entusiasmo que antes por esta pintoresca aldea ni por la naturaleza que la rodea. Hay muchos motivos, por supuesto, pero no cabe duda de que el ambiente pintoresco y el frescor del aire se han corrompido.
Karoliina se inclina hacia mí.
—¿Has pensado en lo fácil que sería cambiar las cosas?
—No creo que fuera tan fácil.
—Pero ¿quieres cambiar las cosas?
—Sí.

—Entonces, es sencillo.
—¿Por qué crees que es tan sencillo?
—Porque veo el deseo en ti —responde—. Y porque yo puedo ayudarte. La cuestión...
El hombre de mediana edad pide a gritos más cerveza mientras agita la jarra vacía; parece haber vuelto en sí de un modo milagroso. Karoliina se dirige al otro extremo de la barra y echa un vistazo hacia atrás. Nos miramos a los ojos. Le sirve otra cerveza al hombre, se la cobra y vuelve a situarse frente a mí.
—Tú puedes ayudarme —digo, para recordarle dónde nos habíamos quedado.
Ella tarda un poco en responder. Apoya la cintura contra la encimera y baja las manos hacia la barra, delante de mí. Está más cerca que nunca y, en efecto, su perfume me resulta familiar. Me resulta familiar y tiene un olor agradable.
—Iba a decir que la cuestión es en qué medida podemos ayudarnos el uno al otro. Pero no sé si puedo confiar en ti: eres pastor.
—¿Eso me hace no ser digno de confianza?
Hablamos en voz baja, suavemente; si hablásemos un poco más bajo, estaríamos susurrando.
—No robarás —dice Karoliina—. ¿No es ese uno de los mandamientos?
—El séptimo —respondo.
—¿Cómo de estrictos sois en el cumplimiento de esas cláusulas?
—No me atrevo a hablar por los demás.
—¿Y tú?
No soy capaz de identificar si lo que veo en los ojos verdes de Karoliina es ironía o sinceridad.
—¿Qué me estás proponiendo? —pregunto.
—¿Qué respondes a mi pregunta?
Karoliina se inclina, acercándose aún más que antes. Está tan cerca que me duele mirarla a los ojos.
—Trato de respetar ciertos principios de eficacia comprobada —digo—. Pero, para darte una respuesta precisa, necesitaría saber qué es lo que vamos a hacer.
—Me gusta que pienses que vamos a hacer algo.
Estamos tan cerca el uno del otro que puedo sentir su calor, puedo sentir su rostro cerca del mío. Es un momento significativo. Entonces, el hombre de mediana edad vuelve a gritar. Su voz ha adquirido un nuevo tono: la cerveza se ha apiadado de él y ha empezado a apaciguarlo. Es muy posible que su corbata tampoco tarde en aflojarse. Karoliina no despega la mirada de mí. Después, se vuelve y le grita al hombre que espere un momento.
Cuando Karoliina gira la cabeza y su cabello se mueve, lo veo: tiene

un moratón.

Está más arriba y más atrás de lo que pensaba, pero ahí está: en la sien, por debajo del maquillaje; todavía tiene la piel un poco hinchada. Vuelve a mirarme a los ojos. Se abre la puerta exterior detrás de mí, y siento una fría corriente de aire en la parte inferior de la espalda; oigo una áspera risa masculina; y cómo alguien se sacude la nieve de las botas.

—Ya sabes dónde encontrarme —dice Karoliina en un susurro, sin dejar de mirarme a los ojos.

Junta los labios y me lanza un beso. Entonces, se gira y se dirige al otro extremo de la barra, sin mirar atrás. No es necesario; sabe que estoy observando uno a uno sus movimientos.

Forma parte importante de la representación.

12

El cielo resplandece, la nieve brilla, el sol ilumina el mundo. Al pasar por el cementerio, veo por el rabillo del ojo destellos en las lápidas. Llego al aparcamiento y observo que el coche que estaba en la plaza más alejada ha desaparecido.

No le daría más importancia si no fuera porque hay un sobre pegado con cinta adhesiva en la ventana de cristal de la puerta principal de la secretaría de la parroquia. Es un sobre marrón de tamaño A5, la mitad de un folio. La esquina superior derecha está un poco rasgada y no tiene sello; en su lugar, hay un nombre:

¡JOEL HUHTA, PASTOR!

El texto está escrito en mayúsculas con rotulador negro grueso. No hay más texto en el sobre, ni dirección exacta, ni remitente; solo mi nombre y mi profesión.

Me giro y miro a mi alrededor: no se ve a nadie en este día invernal. En algún lugar, a lo lejos, se oye un coche, y eso me recuerda a algo que vi hace un momento al pasar: un coche solitario y desconocido aparcado en el borde del aparcamiento. Creo que se trataba de un Volkswagen azul claro, un Passat o un Jetta. Es lo más probable.

Despego los trozos de cinta adhesiva de la puerta y los pego en el sobre. Echo un último vistazo a mis espaldas antes de entrar. La secretaría está vacía y silenciosa, por lo que me apresuro a abrir el sobre. Está pegado con tanto esmero que tengo que romperlo. El papel es frágil; el sobre es antiguo. En su interior hay un folio doblado en dos; lo saco y lo despliego. El texto parece haber sido impreso en una letra usual: Times New Roman. Se trata de un mensaje corto, escrito en mayúsculas.

NO TE ACERQUES AL MUSEO.
ESTA ES LA ÚLTIMA ADVERTENCIA.
ESTÁS AVISADO.

Le doy la vuelta al papel, pero no pone nada más. Tampoco es necesario, el mensaje es explícito e inequívoco. Doblo el folio y lo introduzco de nuevo en el sobre. Vuelvo a echar un vistazo al patio, pero en vano. La nieve resplandece y ahí fuera no hay nadie con

aspecto de haber dejado una carta amenazante en la puerta del edificio parroquial.

Pirkko está en la oficina de la secretaría. Ha oído mis pasos, pero, aun así, parece estar sorprendida y haberse quedado sin aliento. Frente a ella, la pantalla del ordenador muestra la vista básica del escritorio. Nadie mira la vista básica del escritorio. Es obvio que acaba de cerrar alguna ventana.

—¿Ha venido alguien por aquí? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

Una vez más, Pirkko parece alarmada. Tiene las mejillas algo sonrojadas.

—La secretaría de la parroquia está abierta —informo—. Estamos en horario de oficina.

—Sí, claro —dice—. Bueno, no.

—¿No has visto a nadie ni has oído nada?

Pirkko sacude la cabeza.

—No he visto a nadie —afirma y parece estar haciendo memoria de verdad—. Ni ha pasado nada. Como te han cancelado la siguiente cita, supongo que la próxima hora también será bastante tranquila.

—Muy bien —digo, sin saber qué más preguntar. Excepto una cosa—. Pirkko, ¿va todo bien? —le pregunto.

Ella dirige hacia mí sus ojos marrones.

—Todo va de maravilla.

El café sale a borbotones. Vuelvo a leer la carta, pero no me aporta nada que no me quedara claro la primera vez. Lo cierto es que no sé cómo reaccionar, aunque, en comparación con el resto de acontecimientos recientes, no parece más que una pequeña preocupación. Dejo el sobre encima de la mesa y voy al baño. Hago mis necesidades y me enjuago la cara; el agua caliente me despeja y me sienta bien. Cierro el grifo y me seco la cara y el cuello con las rugosas toallitas de papel. Mientras me miro en el espejo, oigo una voz al otro lado de la puerta.

—¿Joel?

—¿Sí?

—Ya ha pasado la hora cancelada. La siguiente persona te está esperando.

—Ahora mismo voy.

Vuelvo a lavarme la cara. Parezco la misma persona que hace dos o tres días, pero no lo soy. Hay conmociones que dejan huellas físicas y hay conmociones que resultan invisibles para el resto de la gente.

—Está esperando en el pasillo, en la puerta de tu despacho —dice Pirkko desde fuera.

—Gracias.

—Es...

Me inclino para beber agua fría directamente del grifo y no oigo lo que dice Pirkko; me incorporo y tomo aliento. Aún llevo puestos el abrigo, la bufanda y el gorro. Meto el gorro en el bolsillo, me quito el abrigo, introduzco la bufanda en una de las mangas, me cuelgo del brazo el abrigo doblado y abro la puerta.

Pirkko ha desaparecido. Aparte de los quejidos y gorgoteos de la cafetera, la sala de espera está vacía y silenciosa. Mientras me dirijo hacia el pasillo, casi me siento como una persona normal; pero enseguida me doy cuenta de que me he metido, literalmente, en un callejón sin salida.

Detrás de mí, el pasillo acaba en una ventana que ocupa toda la pared; por delante, continúa hacia el vestíbulo. Pero eso no me sirve de mucho, como tampoco me sirven las numerosas puertas que hay a ambos lados del corredor. Todas están demasiado lejos. La única puerta que puedo cruzar es la de mi propio despacho, la más cercana. A la derecha, sentado en línea diagonal frente a mi puerta, está el hombre más grande que yo haya visto. Por un breve instante, pienso en saltar a través de la ventana panorámica y huir por la nieve. Sin embargo, no es un plan digno de consideración: de algo así solo se sale con vida en las películas.

El hombre lleva el brazo izquierdo en cabestrillo y está leyendo una revista. Observo su perfil. Dejo resbalar el abrigo de mi brazo a mi mano y lo escondo detrás de mi cintura. El hombre gira la cabeza casi al ritmo de mis pasos. Repaso mentalmente los hechos: no pudo verme la cara. Ahora me mira fijamente a los ojos.

—¿Eres el pastor? —pregunta en inglés.

—Sí —respondo y le señalo mi despacho con la mano—. Bienvenido.

El hombre se levanta y se dirige hacia el despacho. Entro detrás de él, cierro la puerta y voy hacia el armario, meto dentro el abrigo y cierro la puerta con cuidado, sin hacer ruido. El hombre no necesita indicaciones: va directo a la zona de consulta.

Entonces, los dos nos sentamos.

Nunca me había fijado en estos asientos con reposabrazos, una mezcla entre sillas y sillones. El hombre llena por completo el espacio entre los reposabrazos. No es, en modo alguno, rechoncho, ni mucho menos gordo, pero su cintura es un poco más ancha que el asiento, por lo que da la impresión de estar rebosando. También acomoda con cuidado el brazo herido. Cuando parece estar en el ángulo adecuado en relación con el resto del cuerpo y el asiento, suspira como si hubiera cumplido su tarea y me mira.

Fuera, el cielo azul y la blanca nieve se reflejan el uno en la otra y llenan la estancia de luz. El Salvador casi resplandece en la pared, justo detrás del hombre.

—Seguramente te estarás preguntando por qué estoy aquí —dice el hombre. Sus grandes ojos grises miran al frente. Tiene el rostro aún más pálido que ayer. Habla un inglés excelente; tiene un acento marcado, pero habla con fluidez.

—Cada persona tiene sus motivos para venir...

—Me refiero a que soy ortodoxo.

—Ah, en ese sentido...

—No soy muy buen ortodoxo.

—Pocos lo son.

—Tú tampoco lo eres —afirma—. Pero la Biblia es la misma, ¿o no?

Pienso un poco qué responder. Estoy seguro de que el hombre me va a interrumpir, diga lo que diga.

—Sí. Es la misma.

—No tengo tiempo para ir a mi iglesia. Está al otro lado de la frontera.

—Comprendo.

—Estás obligado al secreto profesional, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Todo lo que digas quedará entre nosotros.

El hombre guarda silencio durante un momento antes de continuar.

—Mi amigo está muerto.

Me mira a los ojos, una mirada directa y solemne. Trato de observar si esa mirada esconde algo entre líneas, pero no detecto nada.

—Lo siento.

—Lo han asesinado.

—No... No puede ser cierto.

El hombre asiente con la cabeza, balanceándola muchas veces con suavidad.

—Claro que es cierto —dice—. Ha sido aquí. En este pueblo. Alguien lo ha asesinado brutalmente. Puede que recuerdes a mi amigo, ¿no? —Continúa hablando sin darme tiempo a decir nada—: Estaba ayer en el bar, igual que tú. Salió un momento, o eso pensaba yo. Yo tenía cosas que hacer allí, así que no pude ir con él. Además, sabía dónde estaba. Estábamos... en contacto siempre que... trabajábamos. Pero no volvía. Le envié mensajes, pero no me respondía. Eso no era propio de él, así que salí a comprobar que todo iba bien. Entonces, lo encontré.

La estancia se llena de una pálida claridad invernal. Respiro de forma superficial; después, dejo de respirar.

—Alguien le disparó —continúa el hombre—. Directo al corazón. Un disparo. Un disparo es suficiente cuando uno sabe lo que hace: te atraviesa el corazón. Un profesional lo sabe.

—¿Un profesional?

—Alguien que ya había usado antes un arma—responde el hombre, gira la cabeza y entorna los ojos al mirar hacia fuera; entonces, vuelve

a dirigir la mirada hacia mí—. No un pastor de pueblo.
No logro distinguir insinuación alguna en su tono de voz. Espero a que continúe mientras aspiro aire lentamente.
—Es de aquí. El tirador es de aquí.
—¿De Hurmevaara?
—De este endemoniado y frío pueblo —asiente el hombre y entonces baja la voz—. De aquí. Esto es como Siberia: nada funciona como debería, todo es confusión. Esto es como... una Kamchatka en miniatura; muerte y aislamiento... Una pequeña Siberia, eso es lo que es.
No digo nada. Hoy sería capaz de identificarme con la opinión de este hombre sobre Hurmevaara.
—No dudes de que voy a encontrarlo.
—¿Al tirador?
—Sí. Lo reconoceré en cuanto lo vea. Iba... Él creía que iba camuflado. Se había cubierto la cara, pero yo lo reconoceré. Cuando lo encuentre.
Su voz no suena amenazante ni ávida de venganza: simplemente está seguro de sí mismo.
—¿Y dónde está tu amigo ahora?
El hombre sacude la cabeza.
—Lo enterré en la nieve —dice—. De forma provisional. Lo llevaré a casa cuando haya aclarado las cosas aquí.
—Comprendo —asiento. No puedo preguntarle directamente en qué tipo de cosas está metido, pues no es una pregunta propia de la atención pastoral—. Y este suceso ha despertado tu deseo de hablar con un pastor.
El hombre vuelve a mirarme fijamente con sus ojos grises.
—Este suceso ha despertado mi deseo de venganza.
—Quieres hablar de ello.
—Quiero vengarme.
—Entonces, ¿por qué...?
—Grigori era para mí el padre que nunca tuve. Claro que existe un hombre que me engendró, pero eso no significa ser padre. Ser padre es otra cosa. Un padre te protege, te enseña. Grigori me lo enseñó todo. Todo. Grigori era mi padre, aunque no lo fuera.
No digo nada.
—Vinimos aquí por cuestiones de trabajo —continúa el hombre—. Solo teníamos que hacernos cargo de un asunto y volver a casa. Entonces, yo me enamoré y Grigori fue asesinado.
—¿Te enamoraste?
—Se llama Karoliina y es la mujer más hermosa que he conocido nunca.
—¿Tiene algo que ver con vuestros asuntos de trabajo?

La pregunta me ha salido con demasiada rapidez. Es una pregunta completamente inadecuada.
—Es posible —responde el hombre, al fin.
Me resulta imposible leer su rostro. Nos quedamos un momento en silencio.
—¿Tú qué harías si alguien asesinara a tu padre?
—Mi padre se ahogó —respondo, eludiendo la pregunta de forma intencionada. Quiero llevar la conversación a un terreno neutral—. Hace ya años de eso.
—¿Era marinero?
—Era pastor.
El hombre se queda pensando.
—Los curas de la iglesia ortodoxa no se pueden casar —dice—. Ni tener hijos.
—Lo sé. Nuestras prácticas son un poco diferentes.
—Me resulta un poco extraño —comenta el hombre—. Pero veo que tienes un anillo en el dedo. ¿Los pastores podéis casaros y tener hijos?
—Sí.
—¿Todos los que queráis?
—No hay un límite de hijos.
—Así que tienes mujer. ¿También tienes hijos?
—No... Bueno, todavía es...
—Ahhh —el hombre lanza un suspiro, como si acabara de probar algo delicioso—. Estáis trabajando en ello. Eso es lo mejor. El resultado final, no tanto, a menos que te gusten los niños. Si te gustan los niños, no quieres que les pase nunca nada malo. Ni a ellos ni a ti. Ni a la madre de los niños.
Del asesinato hemos pasado a la falta de hijos y, de ahí, a la amenaza encubierta. Mis intentos por encauzar la conversación no están dando los frutos que yo esperaba. Además, estoy sentado frente a un hombre que quiere vengarse de mí por la muerte de su amigo.
—Quiero confesar algo —dice el hombre—: he matado a tres hombres.
Su mirada es fría y gris como el acero. No tengo intención de decirle que el secreto de confesión no cubre los asesinatos.
—Antes de esto —continúa.
El Salvador resplandece en la pared; su lado derecho refleja la luz procedente del exterior y dirige su claridad hacia mí. No oigo ruido alguno en todo el edificio.
—Seguro que entiendes a qué me refiero —dice el hombre—. Cuando atrape al asesino de Grigori... Ya sabes.
—Creo que lo entiendo.
—Quiero pedir perdón —añade.
—¿Por qué, en concreto?

—Por lo que voy a hacer.
—¿De antemano?
—Sí —responde el hombre, y mira al techo—. Allí. A las alturas. A Él.
—Me parece que no funciona así.
—¿Por qué no iba a hacerlo? Si nos arrepentimos y pedimos perdón por nuestros pecados, somos perdonados. ¿Qué más da el orden en que se hagan las cosas? Si a mí me corresponde el pecado y a él la concesión del perdón, ¿quién soy yo para decirle lo que tiene que hacer?
No sé la respuesta, por lo que permanezco en silencio, a la espera. El corazón me golpea como un mazo contra la pared y está a punto de romperme las costillas.
—Gracias —dice el hombre de pronto.
Todavía tenemos mucho tiempo. Hago grandes esfuerzos por mantener la compostura.
—De nada —respondo.
—Ha sido una buena conversación. Siento que nos entendemos muy bien.
El hombre se levanta de la silla, poniendo especial cuidado en el brazo que lleva en cabestrillo. Con la otra mano, se coloca la correa detrás de la nuca.
—Me hice daño en el brazo —dice—. O, mejor dicho, me atacaron. Injustamente.
—Eso no es... nada agradable.
Una sonrisa leve, casi imperceptible, se perfila en los labios del hombre.
—El tipo tuvo suerte. Yo todavía no iba en serio.
«No ibas en serio, pero me perseguiste a voces por los campos con un cuchillo en la mano».
Espero a que dé varios pasos hacia la puerta y dejo que aumente la distancia entre nosotros. Entonces, me alejo de él. Cuando ya casi está a punto de salir, de pronto, se detiene y gira la cabeza en dirección al guardarropa. La puerta del armario ha quedado entreabierta.
¿Estará viendo lo mismo que yo? ¿La manga negra del abrigo y la bufanda roja asomando por ella?
Actúo con rapidez. El hombre sigue de espaldas. Caminando de lado, doy un par de pasos hacia la pared y cojo la cruz de cobre y acero que cuelga de ella. Es pesada y con bordes afilados. Cierro los dedos alrededor del pie de la cruz, que se adapta a la mano como un bate de béisbol. El hombre empieza a girarse; escondo la cruz detrás de la espalda.
Está de pie en la puerta, mirándome desde el otro extremo de la estancia. La luz queda a mis espaldas.
—Se me olvidaba una cosa.

Espero.
—Me llamo Leonid.

13

El día se va apagando gradualmente por detrás de los árboles, hasta desvanecerse por completo en el horizonte. Mi despacho, tan luminoso hace un momento, ha quedado en penumbra. Las cosas ya no se ven con tanta definición y exactitud como hace unas horas; la oscuridad se extiende de manera uniforme, suavizando las formas y acentuando las sombras.

El Salvador sigue en la pared, pero ya no resplandece y sus flancos han dejado de reflejar los rayos del sol. Da la impresión de estar extenuado, mirando hacia abajo con el rostro ensombrecido.

A lo largo del día he tenido dos sesiones de atención pastoral y una reunión de trabajo, esta última por teléfono. Desde Joensuu, mi superior me recordó que dentro de poco se celebrará la reunión de desarrollo del perfil profesional (son sus palabras, no las mías) y me sugirió que me plantease si en mi trabajo me he enfrentado a retos o factores específicos que me hayan sorprendido. Le prometí pensar en ello y él me sugirió que haga una lista para priorizar las estrategias principales de orientación desde el punto de vista de la dinámica de recursos. De momento, no he cogido el boli.

Las sesiones de atención pastoral transcurrieron como de costumbre. La gente tiene problemas parecidos; sorprendentemente, las variaciones son pocas: con frecuencia, la vida es dura y nos parece absurda. En cualquier caso, a lo largo de los años me he dado cuenta de que escuchar es un privilegio. Siempre aprendo algo nuevo de mí mismo y, durante las sesiones, no tengo tiempo de pensar en mis propios problemas. A cada cita que pasa, más agradecido me siento, bien por mi vida en general, bien por algún aspecto de la vida en concreto.

Todo esto lo digo de forma muy general.

Hoy las cosas me parecen completamente diferentes, y me siento muy diferente a esta mañana.

El edificio parroquial se ha quedado vacío; Pirkko se ha marchado y ha cerrado con llave la puerta exterior. Me siento en el sillón y recompongo las piezas del puzle.

No puedo dejar de mirar la cruz de la pared, a la que me aferré cuando me sentí amenazado, en peligro. No tenía miedo: estaba preparado, aunque no sé para qué. Puede que para cualquier cosa. Recuerdo lo que sentí al llegar a casa, de madrugada: esperanza mezclada con otra cosa, algo más evidente. Entonces, de repente, todo se volvió negro. Mientras trato de comprenderlo todo, irrumpe en mi

mente una voz que me sorprende. La voz de Leonid.
«Era mi padre, aunque no lo fuera».
Por un lado está Krista y por el otro está el meteorito.
No me puedo imaginar que Krista tenga algún tipo de relación con el pedrusco. Es sencillamente imposible. Krista está embarazada, nada más. Decir esto parece ser lo único que puedo hacer en este momento, lo que ya me parece un gran paso. Es un gran paso. Mi mujer lleva un niño en su interior y dice que soy el padre de su hijo. Por muy lúgubre o paranoica que sea mi perspectiva sobre el asunto, desde el punto de vista de Krista ella me está dando el mayor regalo posible. De nuevo, el concepto «conflicto interno» parece quedarse muy pequeño. Vuelvo a mirar el teléfono desde el que le envié a Krista el mensaje, pero no he recibido respuesta.
El sol desaparece definitivamente detrás de los árboles y eso hace que la estancia se ensombrezca aún más. Parece como si los abetos hubieran crecido varios metros en pocos minutos. Debajo de la cruz, la pared de ladrillo pierde sus junturas, se convierte en una superficie más llana y más clara.
Y después está el meteorito.
El meteorito permanecerá en el Museo Militar otras dos noches.
La lista de personas que codician la piedra parece crecer a medida que se agota el tiempo. Sobre Leonid no tengo ninguna duda: quiere el meteorito. Karoliina quiere el meteorito y, al parecer, está dispuesta a colaborar conmigo (con el vigilante del turno de noche) para conseguirlo. Leonid está enamorado de Karoliina, lo que suscita muchas más preguntas.
¿Cuenta Karoliina con la ayuda de Leonid para conseguir el meteorito? En caso afirmativo, ¿por qué Karoliina quiere hacerme partícipe de sus planes? En caso negativo, ¿por qué Karoliina mantiene una relación con un hombre por el que no siente atracción? Recuerdo bien cómo le rehuyó cuando intentó tocarla, cómo se limpió rápida y concienzudamente la cara con una toalla después de aquellos besos. En cualquier caso, hay algo entre ellos, y los dos están interesados en el cuerpo celeste del Museo Militar.
A la persona o personas que redactaron la carta de amenaza no puedo ponerles nombre. Pienso en el cuarteto formado por Jokinen, Turunmaa, Räystäinen y Himanka y puedo imaginarlos a todos en el museo por la noche. Sin embargo, no logro descifrar nada más; y, tras leer la carta varias veces, tampoco soy capaz de relacionar la caligrafía ni el asunto con ninguno de ellos en particular. Siento que los conozco demasiado bien como para considerarlos una amenaza y demasiado poco como para saber cuáles son sus intereses y motivaciones reales. Lo cierto es que podría decir lo mismo de absolutamente todas las personas que conozco, incluyendo a mi propia

esposa. Ni siquiera conozco a las personas que conozco.
Quedan dos noches.
Me han amenazado, me han conminado a mantenerme lejos del museo. En resumen, me han garantizado que van a venir a robar el meteorito, de un modo u otro. Todo va a suceder esta noche o la próxima. Al mismo tiempo, un pensamiento me viene a la cabeza por primera vez: voy a ser padre y es posible que esté en peligro. Son dos pensamientos, pero ahora se unen y se convierten en uno.
Siento algo que no había sentido nunca. Puede que sea compasión. Puede que sea el regalo que me va a hacer Krista, que nos va a hacer a los dos. Puede que ambas cosas sean la misma.
La habitación está casi a oscuras. Miro la cruz de la pared y me da la impresión de que el Salvador ha levantado un poco el rostro.
Me incorporo y sé lo que tengo que hacer.

Hurmevaara.
Una carretera principal, varias carreteras transversales un poco más grandes y decenas de carreteras secundarias y serpenteantes, que llevan a bosques interminables, cada vez más profundos, y que terminan de forma abrupta en un muro de abetos, o van languideciendo hasta convertirse en caminos, o estrechándose cada vez más hasta llegar al patio de una cabaña abandonada. El pueblo tiene poco más de mil habitantes. La nieve empieza a caer en noviembre y acaba de derretirse en mayo. El verano siempre llega por sorpresa, llenándote los ojos de destellos, quemándote la piel; abrasa durante un mes o dos y desaparece. Y de vuelta a la oscuridad. Durante las sombrías noches de invierno, a veces tienes la impresión de que el verano es una mera cuestión de fe, pues nada ahí fuera te sugiere que algo así pudiera llegar a aparecer o siquiera a existir.
Y aun así, seguimos adelante. En la oscuridad, con frecuencia lejos del lugar en el que comenzamos.
Voy caminando por una de esas estrechas carreteras y no sé por qué me he puesto a pensar en estas cosas. Puede que sea porque llevo un par de días con la idea (de forma subconsciente, sin mencionar el asunto) de que todo esto no habría sucedido en otro lugar. Pero no es cierto. Nos llevamos a nosotros mismos adonde quiera que vayamos y, acabemos donde acabemos, ponemos en práctica nuestras acciones; y nuestras acciones tienen sus consecuencias.

La televisión está encendida en el cuarto de estar; Krista está en la cocina. Los abogados de una serie estadounidense le hablan al sofá vacío. Cojo el mando que está en la mesita y apago la televisión. Al cabo de un momento, oigo la voz de Krista.
—¡Hola, cariño! —grita.

—Hola —saludo a mi imagen, reflejada en la ventana del cuarto de estar.

Krista ha puesto el pie lesionado en alto y está sentada en diagonal frente a la mesa de la cocina. Está preparando una tarta de arándanos rojos y sus dedos brillan como si estuvieran bañados en sangre. Sonríe mientras levanta la cabeza, como suele hacer, para darme un beso confiado, seguido de un beso más cálido. Sus labios son suaves y me resultan familiares.

—¿Qué tal el día? —pregunta mientras rodeo la mesa y cojo una silla.

—Entretenido —digo mientras me siento. Al otro lado de la mesa hay una caja de bombones belgas—. Pero sigo vivo. Y a ti, ¿qué tal te ha ido el día?

—He traducido diez páginas —responde Krista mientras nivela los arándanos sobre la base de la tarta—. Y he revisado los comentarios del editor sobre otro manuscrito. No envidio su trabajo. Cuesta imaginar algo más horrible que leer cuatro o cinco veces el mismo manuscrito, porque ni siquiera es aún un libro, sino un manuscrito, con todos sus errores. ¿Quién podría soportar algo así?

—No lo sé —admito—. Supongo que cada persona es un mundo.

—Cuando hablo con los editores, me dicen que llegan cientos, incluso miles de manuscritos, y que tienen que leerlos mientras están con otros veinte escritores diferentes, en la quinta fase de edición. Si yo fuera editora, acabaría odiando todo lo que está escrito, los libros y la literatura en general.

—Puede que todos odiemos alguna vez aquello que amamos.

Krista se queda parada con las manos en el aire; de sus dedos gotea jugo de arándanos, como si fuera sangre. Tal vez haya sido mi forma de hablar, o tal vez el tono de mi voz. Nos miramos a los ojos y pienso que he tardado siete años en llegar a este punto, en encontrarme aquí con mi mujer y hacer lo que tengo que hacer.

Porque no se trata de mí, tampoco en esta ocasión.

En contra de lo que la gente imagina, el mundo y la humanidad no están en deuda conmigo, sino al contrario: yo tengo la obligación de darles todo aquello de lo que soy capaz, lo mejor de mí.

—Krista, tengo que pedirte perdón.

No se trata de sentimientos, sino de hechos. Los sentimientos no siempre muestran las cosas tal y como son, lo que debería hacerse o, en general, lo más sensato. A eso tengo que añadir que todos sentimos algo en cada momento. Si Beethoven, Henry Ford y Josephine Cochrane se hubieran pasado el día reflexionando sobre sus sentimientos, no tendríamos sinfonías, coches particulares ni lavavajillas.

No importa lo celoso, ofendido, enfadado, ávido de venganza o desesperado que esté.

Así es como voy a ser juzgado.

Krista se queda en silencio cuando empiezo a contar mi historia desde el principio. Ya había oído una parte, pero la otra no; y ahora voy a contarle todo tal y como sucedió. Empiezo por el calor asfixiante de Afganistán. Mi ingreso en el hospital de campaña y mi repatriación. Cuando llego a casa, aún tengo que permanecer en el hospital. Continúan las operaciones, una tras otra, en parte salen bien y en parte no. Salen bien en el sentido de que conservo la vida y la movilidad. No salen bien en el sentido de que...

—Krista, no puedo tener hijos.

Los ojos verdes de cuyo brillo me enamoré me miran de un modo que no habría sido capaz de predecir. Por algún motivo, me había formado una imagen estereotipada en que Krista se quedaba boquiabierta y abría los ojos como platos, como suele decirse.

No sucede nada de eso.

Krista me mira de forma intensa y directa. En lugar de abrir los ojos como platos, los entrecierra, aparentemente para poder ver mejor. Mantiene la boca cerrada y la expresión de su cara se vuelve más tensa. Se inclina hacia delante, ladea ligeramente la cabeza y me mira con algo más de intensidad. No logro descifrar su expresión: creo que es la primera vez que la veo.

El momento es largo y breve al mismo tiempo.

Es largo teniendo en cuenta todos los pensamientos que pasan por mi cabeza, pero probablemente no dure más que unos segundos.

Me da tiempo a pensar que he contado lo que tenía que contar y que he quedado libre de mis secretos. Me da tiempo a reflexionar acerca del futuro, lo que, por supuesto, es completamente absurdo. No sé lo que va a suceder en el futuro, pero estoy seguro de que, de un modo u otro, lo superaré. Puede que Krista haga las maletas y se marche, o que me diga que soy yo el que tiene que hacer las maletas y marcharse; puede que se ponga furiosa, o que se quede sin habla, o que no me crea. Yo podría mostrar sin ningún problema un montón de partes médicos, que, más que informes sobre mi estado de salud, a mí me parecen sentencias.

También me pregunto qué haría si no sucediera nada: si Krista se limitara a continuar con su tarta de arándanos rojos y empezáramos a hablar de hacer la compra, de ver una película, de ir a esquiar o a visitar a la familia.

La expresión de Krista se vuelve aún más oscura; me mira de una forma tan intensa y exagerada que me veo obligado a apartar la mirada. Mueve un poco las manos, buscando con los dedos el borde del molde de la tarta, hasta sujetarlo sobre la mesa. O puede que sea el molde el que le sujeta las manos a ella. Los pequeños diamantes de la alianza de Krista resplandecen. Fuera hay veintitrés grados bajo

cero y una oscuridad total, lo sé incluso sin necesidad de mirar. La lámpara que cuelga sobre la mesa de la cocina se refleja en la ventana.

Parece que en nuestra vida los puntos de inflexión siempre se asocian con una extraña combinación entre lo extraño y lo cotidiano, como si una nave espacial aterrizara en un paisaje convencional. Igual que ahora: una tarde de enero, una tarta de arándanos, una conversación sobre cómo ha ido el día y, como colofón, una confesión que lo cambia todo.

Krista se inclina un poco más hacia delante. Me imagino que quiere hablar y me tomo su acercamiento como un mensaje, como una invitación.

Me agacho de modo que mi cara queda, como máximo, a un metro de la suya. Krista todavía no ha dicho nada. Hace solo unos segundos que le he dado una noticia que dará un giro permanente al rumbo de nuestras vidas. Puede que esté pensando en qué decir, preparando una pregunta. Seguro que tiene alguna.

Pero Krista no tiene una pregunta.

Tiene una respuesta.

Krista vomita sobre la tarta de arándanos. Vomita rápido y a borbotones, como si estuviera liberando a un animalillo de su jaula. Trata de levantarse, pero su pierna herida la hace caer; da un grito de dolor y vuelve a vomitar, esta vez sobre el suelo. Trata de apoyarse en la mesa. Yo ya me he puesto en pie. Rodeo la mesa, agarro a Krista por las axilas y le digo que voy a ayudarla a llegar al cuarto de baño.

—El embarazo... —balbucea entre resoplidos—. El embarazo...

«Por supuesto —pienso mientras hago esfuerzos por llevarla hasta el cuarto de baño—. Las náuseas del embarazo». Llegamos a la puerta del baño, logro abrirla y ayudo a Krista a colocarse a gatas delante de la taza del váter. Ahora está sola, y eso es justo lo que quiere. Me hace señas con la mano para que me aleje mientras exhala profundos rugidos. Retrocedo y compruebo que realmente está bien, a pesar de los vómitos.

Cierro la puerta del cuarto de baño y me quedo un rato de pie en el pasillo. Eso no es de ninguna ayuda, así que vuelvo a la cocina y me pongo a limpiar. En cuestión de minutos, la bolsa de la basura está llena y cerrada, lista para llevarla al contenedor. Oigo a Krista rugir en el cuarto de baño. El sonido me desgarra el corazón.

14

Después de varias noches iluminadas por las estrellas, se han apagado las luces del cielo. Los conos de luz de las farolas apenas me alumbran mientras camino por el borde de la carretera hacia el Museo Militar. Tiro del gorro para que me cubra mejor la cabeza. Cuando le pregunté a Krista, a través de la puerta del cuarto de baño, si quería que me quedara en casa, respondió con voz agotada que no, que no era necesario.

Creo que darle espacio era lo más sensato en esos momentos. No podía continuar con mi confesión, hablarle de los hombres muertos y de las persecuciones, de las cartas amenazantes y las explosiones. No sé si alguna vez se me presentará la oportunidad de hacerlo. He dado un paso hacia lo desconocido, ya no piso...

Terreno conocido.

Cuando mis pies vuelven a caer sobre la nieve, me concentro en escuchar. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no comprendía lo que oía. Mis siguientes pasos confirman lo que había oído sin llegar a registrarlo por completo: mis pasos tienen eco. Por supuesto, no se trata de eco. Continúo caminando.

La carretera está muy mal iluminada. Los postes eléctricos son escasos y entre los conos de luz hay largos espacios de oscuridad. Quedan unos cien metros hasta el próximo cruce, en el que tengo que girar a la derecha. Cuando aguzo el oído, percibo los pasos con claridad. Alguien está caminando al mismo ritmo que yo, estoy seguro de ello. Y, para asegurarme del todo, me quito un guante, saco el móvil del bolsillo, me detengo y me llevo el teléfono a la oreja. No estoy llamando a nadie. Tampoco oigo los pasos.

Al cabo de un momento, vuelvo a caminar y dos pares de pasos resuenan en la silenciosa noche helada: alguien me está siguiendo. El cruce cada vez está más cerca. Acelero y, durante varios segundos, puedo oír el eco desacompasado de mi perseguidor, que no tarda en adaptar su ritmo al mío, hasta que volvemos a avanzar en estéreo.

El cruce cada vez está más cerca. Mi plan es girar a la derecha y continuar por la carretera iluminada que lleva al Museo Militar; las otras tres carreteras están a oscuras. En cada esquina del cruce hay una vivienda. La casa que ahora estoy rodeando también se encuentra a oscuras y, bajo el resplandor amarillento de la farola, sus ventanas son como agujeros negros cubiertos por una fina capa de hielo brillante. Giro al llegar al cruce y llego a la parte trasera de la casa; allí me detengo, doy media vuelta y me asomo desde la esquina.

Y ahí, en la sombría oscuridad entre dos postes de luz, veo la figura de una persona. Mi perseguidor se ha detenido. En este momento, caigo en la cuenta de que puede oír mis pasos, al igual que yo puedo oír los suyos. Me resulta difícil distinguir nada en él, pues se encuentra demasiado lejos y la oscuridad camufla todos los detalles.

No obstante, tal vez pueda hacer alguna estimación. Si ubico la figura en el paisaje, a partir del chalé contiguo y del coche que da marcha atrás desde un ventisquero al otro lado de la carretera, me puedo hacer una idea de su tamaño y afirmar, al menos, una cosa: no se trata de Leonid. No es ningún gigante; mi perseguidor parece una persona de tamaño normal con ropa de invierno oscura. Empiezo a andar y no tardo en ver la luz exterior del Museo Militar entre los árboles. Vuelvo a oír los pasos, más alejados, detrás de mí, pero ya no tratan de acompasarse con los míos. Cruzo la carretera principal tras mirar en ambas direcciones. No se ve un solo coche. Después de cruzar, continúo por la carretera principal; aún puedo ver la vía secundaria por la que he venido. Mi perseguidor se ha quedado rezagado. Aún lo veo, aunque avanza escondido en las sombras.

Varios minutos después, abro la puerta del Museo Militar con mi llave y me encuentro con el conserje del turno de tarde en la sala de personal. Es un agricultor con espíritu de voluntario que ayuda de forma regular en el museo. Me cuenta que no ha observado nada extraordinario en todo el día y me pregunta lo mismo. Le respondo que yo tampoco he visto nada que se salga de lo habitual en los últimos días. Bosteza y recoge los táperes de la comida, puestos a secar en el aparador, los encaja unos dentro de otros según su tamaño, se pone el abrigo y se marcha. Cuando me quedo solo, vuelvo al vestíbulo, apago las luces y miro al exterior, pero no veo a nadie.

Está a punto de dar la medianoche cuando oigo un ruido procedente de la puerta principal del museo. Me encuentro en la sala del meteorito y, por la noche, en el museo el sonido se transmite tan rápido como en la superficie de un lago. El mínimo crujido o golpe hace temblar el edificio de un extremo a otro. «Ha llegado el momento», me digo mientras me dirijo rápidamente a la puerta principal. Cuando llego al umbral que separa el vestíbulo de la sala, me detengo.

Hay alguien en la puerta principal; oigo un ruido sordo, seguido de otro. Sin embargo, el visitante no se mueve como lo haría un intruso. Al menos, no como un ladrón avezado. Hace demasiado ruido. Entonces, oigo un golpeteo metálico y estoy seguro de reconocerlo. Entro en el vestíbulo y me dirijo a la puerta exterior. Veo las muletas que causaron el golpeteo metálico y reconozco con facilidad a Krista, aunque las sombras ocultan su rostro.

Ha venido en nuestro coche. Abro la puerta del museo. Krista me explica que ya se le ha pasado el malestar y ha comido un poco, y que el tobillo aguantó el trayecto en coche sorprendentemente bien. Percibo en su voz que ese no es el motivo real de su visita: no ha venido aquí en mitad de la noche para contarme que ya puede volver a conducir. Tampoco parece necesitar mi ayuda, o quizá, sencillamente, no la quiera. Maneja las muletas con habilidad; avanza balanceándose delante de mí y se detiene en mitad de la sala.

—¿Es un buen lugar para hablar?

—Si tienes fuerzas, podemos ir a esa otra sala —digo señalando el vano de la puerta—. Allí al fondo hay un sofá.

Krista no se lo piensa dos veces. El sofá se encuentra en la sala del meteorito; está colocado de tal forma que desde allí se puede controlar la vitrina. No enciendo la luz principal de la sala, solo la lámpara que está orientada hacia la piedra. Es también una medida de precaución: así es imposible ver toda la sala desde fuera. Krista se sienta en el sofá y yo me siento a su lado, aunque no demasiado cerca: de forma instintiva, dejo cierta distancia entre los dos.

—Ahí está —dice Krista, mientras señala el meteorito con la cabeza—. Un millón de euros.

—Sí, es posible que tenga ese valor.

—Muchos creen que lo tiene.

—Es verdad —respondo.

—La gente está dispuesta a creer cualquier cosa.

—Eso también es verdad.

Nos quedamos en silencio. Al final, Krista empieza a hablar.

—Te quiero, Joel.

—Yo...

—Espera —me interrumpe—. Déjame hablar. —Desvía la mirada hacia el centro de la sala y continúa—. Eres muy valiente. Eres la persona más valiente que conozco, Joel. No tienes miedo de nada ni de nadie.

—Pasé más de dos años con miedo.

Krista sacude la cabeza.

—No sé si eso es cierto. En cualquier caso, dejaste de tener miedo.

No digo nada.

—Yo no soy tan valiente —afirma Krista—. Al menos, no me siento así. Pero quiero intentarlo.

Krista habla con voz tranquila y grave. De noche, la sala del museo es el lugar más silencioso del mundo.

—Te he querido desde el primer día y te sigo queriendo. A decir verdad, cada día te quiero más.

Krista mira hacia el meteorito, pero no creo que lo esté observando con particular interés. Suspira y se seca el rabillo del ojo.

—He cometido un error y eso me está afectando. Me está afectando de un modo espantoso. Hice algo horrible. Actué contra mis propios principios. Te engañé. No sé por qué lo hice.

Me quedo esperando. Es casi media noche.

—En cualquier caso, tengo que intentarlo —dice Krista—. Intentar explicarlo. Era fin de semana y tú estabas en Helsinki, en un curso de formación. Yo me quedé aquí, trabajando todo el día. Al atardecer, dejé de trabajar. La casa estaba vacía, así que se me ocurrió ir andando hasta el bar y comer algo. Pero el bar no era como yo había imaginado. No me apetecía un perrito caliente ni nada de lo que tenían, así que pedí una copa de vino tinto. Como no había comido nada, es posible que se me subiera a la cabeza. Pedí otra copa y conocí a un grupo de gente muy simpática, hombres y mujeres, que habían pasado una semana de excursión en el bosque, con los esquís. El ambiente era muy agradable. Canté en el karaoke. Y me di cuenta de que estaba cada vez más borracha, así que decidí volver a casa...

Krista sacude la cabeza. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Sé que todo esto suena a excusa, pero tengo que contártelo. Estaba a punto de marcharme, a pie. Estaba oscuro y hacía frío; soplaba un gélido viento del norte. En ese momento, llegó un hombre y me dijo que iba en la misma dirección. Sí, ya lo sé. No tendría que haberme subido al coche, pero lo hice.

Krista sigue mirando al meteorito.

—Una vez dentro, parecía que el coche volaba. Nunca había sentido nada igual. Era como un avión. Cada vez que saltaba, parecía que despegábamos. Era como si estuviera en otro lugar, en otro mundo, en algún lugar entre las estrellas. Yo también me alejé de la tierra, ahora me doy cuenta. Todo pasó en cuestión de segundos. Me sentía avergonzada.

No tengo más remedio que apartar la mirada de Krista.

—El día siguiente fue el más horrible de mi vida —dice Krista—. Llegaste a casa por la noche y yo me limité... a quererte. No podía hablarte de lo que había pasado. Continuamos con nuestra vida, hasta que me di cuenta de que estaba embarazada, y pensé...

Oigo cómo Krista traga saliva. No puedo apartar la vista del meteorito.

—Pensé que había sido perdonada —musita Krista en voz baja—. Que el niño era una señal.

Pasa un minuto entero, durante el cual ninguno de los dos dice nada. Caigo en la cuenta de que yo hice un trayecto semejante, aunque a mí no me entraron ganas de reproducirme. Yo pensé en la muerte, en todas sus formas. Pienso en ello durante un momento; preferiría no preguntar, pero es necesario.

—¿Has dicho que el coche volaba?

Vuelvo a mirar a Krista. Ella se seca los ojos.
—Como una nave espacial.
—En el pueblo vive un expiloto de rally —digo.
Krista se seca los ojos con las mangas del jersey blanco de lana.
—¿Es él el padre del niño? —pregunto.
—Sí, puede, quizá —responde Krista, dejando caer las palabras lentamente, una a una, casi en un susurro.
—Krista, ¿qué quieres decir con «puede» y «quizá»? ¿Significa eso que hay otros candidatos?
—¿Qué? —pregunta, mientras se vuelve para mirarme, con cara de sorpresa. Entonces, sacude la cabeza—. No, no. Pero, si tú no...
—Yo no puedo tener hijos.
Los ojos de Krista vuelven a inundarse de lágrimas.
—Lo siento, Joel. Te quiero muchísimo. Quiero ser buena contigo.
«¿Cómo, concibiendo niños con otros habitantes del pueblo?». No lo digo en voz alta, pues podría quebrar el límite entre la luz y la oscuridad. Recuerdo lo que pensé hace tan solo un rato: no se trata de mí, no todo gira a mi alrededor. Respondo de un modo tan sincero como mi enfado.
—Eres buena conmigo.
Krista me mira. Las lágrimas han vuelto sus ojos brillantes, sus hermosos ojos gris verdoso. Tengo que continuar; tengo que contárselo todo.
—Hay algo más —prosigo—. Te he estado enviando mensajes. En su nombre.
Krista parece estar haciendo memoria, como si una cosa estuviera relacionada con otra. Se seca los ojos.
—Me resultaron muy extraños esos mensajes —afirma—. Eran tan... inesperados.
—No sabía lo poético que...
—No me refiero a eso —dice Krista en voz baja—. Quiero decir que no creo que él se acuerde de nada. En realidad, ni siquiera creo que lo registrara. Me dio la sensación de que solo el volante y la botella tenían sentido para él.
Nos quedamos un momento en silencio; puedo oír la respiración de Krista, puedo sentirla a mi lado.
—No me imaginé que sería así —dice entonces—. La vida. Mudarnos aquí. Todo esto.
—Tengo que reconocer que yo tampoco.
—Pero aquí estás —afirma Krista y se acerca a mí.
Me agarra la mano. Su mano es cálida.
—Gracias, Joel.
Krista se acurruca a mi lado y aprieta la cara contra mi cuello. Siento su cabeza en la mejilla, la rugosidad de su cabello, la calidez de su

piel. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir, y no puedo dejar de pensar lo mismo que durante mi primera noche en el museo. El meteorito ha viajado durante miles de millones de kilómetros y miles de millones de años para acabar aquí.

—Creo que va a ser niño —dice Krista al cabo de un rato.

15

El aire de la mañana siempre es diferente al de la noche. Por mucho que se parezcan las temperaturas bajo cero o la oscuridad, las mañanas son frescas y traen consigo esperanzas renovadas. El aire es más limpio, más liviano. Así es como me siento cuando, por fin, llegan los trabajadores del turno de día y puedo salir al exterior. Me quedo de pie delante del museo durante un momento, dejando que el aire frío y puro me llene los pulmones. Miro a mi alrededor.

No parece que nadie me esté esperando. Quien quiera que me siguiera ayer, o bien ha encontrado el escondite perfecto, o bien se ha hartado de mí y de seguirme. Espero que de las dos cosas. Echo a andar; me siento con bastante energía, a pesar de que solo he dormido tres horas y media en el sofá del museo, entre las dos y las seis.

Hurmevaara espera en silencio el nuevo día. Las carreteras se alargan, vacías, con los semáforos ya encendidos y un poco hastiados. Me doy cuenta de que mis pensamientos oscilan entre mis dos yo.

Mi mujer me quiere. Nadie ha intentado robar el meteorito.

Por otra parte...

Mi mujer está embarazada de un piloto de rally. El meteorito seguirá una noche más en el museo.

Siento que en mi vida todas las buenas noticias tienen una parte negativa, pero, de vez en cuando, soy capaz de dejar a un lado mi persona y mis necesidades. Ahora que el panorama se ha despejado, si lo miro por el lado bueno, me siento un poco agradecido. Puede que no vaya todo de maravilla, pero va lo mejor posible; sé por experiencia que las cosas podrían ir mucho peor.

A medida que me acerco a casa, voy recobrando los ánimos. Veo luz en las ventanas, a los vecinos del pueblo despertando por la mañana: uno cepilla la escalera, otro observa el termómetro exterior desde la ventana, un tercero sube a la motonieve.

A lo mejor todo acaba saliendo bien. Es muy posible.

En cualquier caso, el gran plan siempre es un desconocido para todos nosotros; lo único que sabemos es que existe. Puede que se base en el azar y que esté moldeado por él, como una especie de ruleta cósmica; o puede que existan un punto de inicio y un punto final, entre los cuales todo es movimiento, donde todo tiene su lugar y su propósito. Ya sea por azar o por designio, pasará lo que tenga que pasar.

Estoy agotado; eso es lo que me provoca este tipo de pensamientos. Pienso que quizá no tenga mayor importancia y respiro profundamente. Lo principal es que Krista y yo tenemos una nueva

oportunidad.

Quito con el cepillo la nieve de la escalera antes de entrar en casa; es una medida sobre todo decorativa, pero siento que estoy haciendo algo importante. Un comienzo limpio. Me quito la ropa de abrigo en el porche, cruzo la puerta interior hacia el pasillo, y allí me detengo.

Demasiadas cosas captan mi atención al mismo tiempo.

La luz de la cocina está encendida; Krista está en el despacho, en su rinconcito lleno de libros. La puerta del cuarto de baño está abierta, la luz está encendida y sale agua del grifo. Por un momento, me parece oír otros posibles sonidos, pero no percibo más que el murmullo silencioso del agua. Me dirijo al cuarto de baño.

El cepillo de dientes de Krista está en el fondo del lavabo. El agua baña el mango; sobre la cabeza todavía hay un poco de pasta de dientes azul claro. La visión del cepillo me provoca un escalofrío en el bajo vientre y se me empieza a encoger el estómago. Puedo sentir los latidos de mi corazón, que no tardan en retumbar en mis oídos.

—¡Krista! —digo en voz alta—. Estoy en casa.

Lo repito subiendo un poco la voz.

No me gusta cómo suena.

Pienso que quizá haya sufrido un nuevo ataque de náuseas, y hay algo aterrador en las esperanzas que me infunde este pensamiento. Subo a nuestro dormitorio dando zancadas. Nadie ha dormido en la cama: está perfectamente hecha. Miro en la habitación de invitados, pero está intacta. Vuelvo al piso inferior, al cuarto de baño; cierro el grifo y salgo de allí.

Atravieso el cuarto de estar hacia el despacho de Krista. En la pantalla del ordenador una espiral absorbe colores girando hacia el abismo: azul, verde, rojo, azul, verde...

Al lado del monitor, sobre un soporte de lectura, se encuentra el libro que está traduciendo. Junto al teclado está su taza de té a medio beber.

Conozco a Krista, conozco su rutina nocturna: después de cenar, se cepilla los dientes, se lava la cara, hace todo lo necesario en el cuarto de baño y vuelve al despacho para apagar el ordenador y las luces. Este orden tiene su motivo. Krista afirma que no es raro que algún problema de traducción en el que lleva rumiando todo el día se solucione por sí mismo mientras cena o se cepilla los dientes, justo antes de acostarse. Por eso deja el ordenador encendido.

Pero ahora lo ha dejado todo a medias.

Apago la luz del despacho y me dirijo a la cocina, al son de mis propios pasos. La lámpara se refleja en la mesa, sobre la que cuelga, y en la ventana. Ya de lejos veo que hay algo encima de la mesa: un folio con un texto. No hay nada más, lo que resalta la presencia del papel y hace que el texto escrito en mayúsculas parezca amenazante.

A medida que me acerco a la mesa, el frío que siento en el estómago se va extendiendo por todo el cuerpo; empiezan a temblarme las manos.

JOEL

NO HACES CASO. HAZ LO QUE TE DIGO O KRISTA NO VOLVERÁ A CASA. NOS LLEVAREMOS EL METEORITO ESTA NOCHE. SI LLAMAS A LA POLICÍA, JAMÁS VOLVERÁS A VER A KRISTA. SI SE LO CUENTAS A ALGUIEN, JAMÁS VOLVERÁS A VER A KRISTA. TE ESTAMOS VIGILANDO. MAÑANA RECIBIRÁS INSTRUCCIONES EN EL MÓVIL, CUANDO VEAMOS QUE HAS LLEGADO AL MUSEO. TÚ SOLO. CONTINÚA COMO SIEMPRE, ACTÚA CON NORMALIDAD. RECUERDA: TE ESTAMOS VIGILANDO. ESTAMOS EN TODAS PARTES.

TERCERA PARTE

DEBAJO DE TODOS LOS CIELOS

1

—¿Deberíamos rezar?

Tardo unos instantes en comprender que me han hecho una pregunta. Al otro lado de la ventana irrumpe el alba; el horizonte se torna rojizo entre los árboles. Mi primer parroquiano del día es un hombre con barba incipiente.

—Podríamos hacerlo, por supuesto —respondo.

Me mira como si estuviera esperando algo más, pero yo no tengo nada más que ofrecer.

—Yo creía que eso es lo que hay que hacer —explica—. Sobre todo en un trabajo y en un momento así, ¿no?

—¿Qué momento?

—El último —dice—. Es de lo que he estado hablando.

—Cierto —afirmo, pero, como no estoy del todo seguro, continúo preguntando—. ¿Y de qué estamos hablando, exactamente?

El hombre se rasca la barba de tres días.

—La cadena es muy sencilla. En Oriente Próximo se produce un ataque nuclear. No importa quién lo lleve a cabo, quién sea el primero en lanzar la pelota. Supongamos que Israel ataca a Irán. O al contrario. Resulta indiferente. Hay que responder al ataque. Como la víctima del ataque no es capaz de defenderse por sí sola, un aliado tiene que hacerlo por ella. Irán tiene a Rusia; Israel, a Estados Unidos. El contrataque tiene que causar estragos. Podría llevarse por delante la base de Estados Unidos en Alemania, además de a un puñado de alemanes. Después, una ciudad rusa de tamaño medio. Empieza a cundir el pánico entre la gente. Los ejércitos comprueban la ubicación real de las fronteras. Se adjudica el mar Báltico a alguno de ellos. Finlandia puede ceder y someterse o defender su territorio. Si decide defenderse, un ciberataque apagará todas las luces y cortará el suministro de agua y calefacción. Pasado un tiempo, nos ofrecerán un acuerdo que no será demasiado justo. En menos de un año estaremos así. Lo he calculado.

Nos quedamos los dos en silencio.

—Si no hay nada que podamos hacer —dice entonces el hombre—, me pregunto si rezar serviría de algo.

Desde esta mañana, solo puedo pensar en una cosa.

Krista.

He leído la carta varias veces, intentando encontrar algo a lo que aferrarme, pero no he visto nada. He sopesado mil y una formas diferentes de aclarar el caso.

—No me digas que no rezas.
La voz del hombre suena desesperada de verdad. Lo miro y me acuerdo de algo que me contó en una de sus numerosas visitas.
—Una vez me dijiste que perteneces al club de caza de alces del pueblo. ¿Sigues en el club?
—¿Qué tiene que ver eso con rezar? ¿Te refieres a si rezan los cazadores de alces? ¡Venga a nosotros tu astado! ¡No nos dejes errar el tiro!
La irritación del hombre va en aumento, lo cual me parece comprensible. Tengo que controlarme un poco. Además, antes de ir al grano, tengo que asegurarme de que no pertenece a ese «nosotros» que menciona la carta.
—Vamos a rezar —propongo.
Adopto una buena postura en la silla, me apoyo en el respaldo y cruzo los dedos. Cierro los ojos. Me doy cuenta de que hace mucho tiempo de la última vez. Después de unos treinta segundos de silencio, entreabro el ojo izquierdo: el hombre está sentado en la silla con los ojos cerrados y parece que está rezando. Vuelvo a cerrar los ojos y me doy cuenta de que no sé rezar, o al menos no por aquello de lo que soy culpable.
De no ser por mi obstinación y mi orgullo, ahora Krista estaría en casa, ignorando felizmente que podía ser víctima de un secuestro. Pero se me metió en la cabeza que nadie iba a robar el meteorito durante mi turno de vigilancia, y me mostré inflexible en todos los sentidos. Así que han dirigido el golpe hacia Krista.
Ellos.
Mis primeros pensamientos de rabia se dirigieron a ellos. A Turunmaa, Himanka, Jokinen y Räystäinen. A este último en particular. Ya no sé qué pensar de su corte en el brazo, ni de su extraño comportamiento; ni tampoco del ojo morado de Karoliina. Uno de los dos es la persona que vi yaciendo en la nieve. Y ya no sé cuál me resulta más sospechoso. Entonces, pensé en Leonid y en sus posibles colegas. Puede que Leonid conozca a más hombres del gremio, aparte de Grigori. Pensé también en otras personas que han mostrado algún interés en el meteorito. Incluso pensé en Tarvainen, pero eso me causa demasiados quebraderos de cabeza. Entonces, repasé distintas combinaciones posibles, aunque ninguna me convenció. Tampoco acabo de entender qué significa que están en todas partes.
Por otro lado, soy muy consciente de que, si dejo demasiado espacio a mis pensamientos, si dejo que los remordimientos cobren fuerza, si pierdo la concentración, me veré sumido de inmediato en la más profunda de las oscuridades. En un momento así, me parece que todo el pueblo se ha aliado contra mí; en un momento así, podrían estar en

todas partes.

Pero eso se llama paranoia, y por una buena razón.

Abro los ojos. El hombre está sentado con los ojos cerrados.

Me pregunto si será uno de ellos.

Durante los minutos en que he permanecido con los ojos cerrados, el despertar del día ha teñido la estancia de nuevos colores. La pared de ladrillo es un poco más blanca, y el cobre en el costado del Salvador tiene ahora un tono más pardo.

El hombre está rezando. Parece que podría continuar así hasta, literalmente, el fin del mundo. ¿Rezaría con esta intensidad un secuestrador? ¿Creería en el fin del mundo con la misma devoción?

No parece probable. Pero ¿cómo podría asegurarme? Al final, se me ocurre una manera fácil.

—Me han cancelado una cita para mañana por la mañana —comento.

El hombre abre los ojos de sopetón.

—Aquí estaré —dice con sinceridad y de forma claramente enérgica.

El hombre mira hacia fuera con fuerzas renovadas.

—Creo que esto ayudará —sigue.

Dejo que se familiarice con esta nueva versión de él, tan segura de sí misma. Él no es el secuestrador. Espero un poco más.

—Oye, respecto al club de caza de alces... —digo entonces.

—¿Rezamos por ellos?

Me inclino un poco hacia delante y clavo mis ojos en los suyos.

—Los cazadores de alces necesitan escopetas de caza, ¿verdad?

2

No tengo ningún plan. Todavía. Pero sé lo que voy a hacer: voy a llevarme a Krista a casa. Eso es lo único que importa. Antes, el dichoso meteorito me resultaba indiferente, pero ahora ya no. Ahora se ha convertido en algo imprescindible y lo necesito. Cuanto más pienso en ello, más importante se vuelve el meteorito.

He aquí la cuestión.

Escenario 1: los secuestradores llegan al museo con Krista y la intercambian por el meteorito. Desde el punto de vista de los secuestradores, no tiene mucho sentido. Porque ¿qué hago yo una vez Krista está libre y el coche se aleja a toda velocidad con el meteorito? Llamo a la policía, y los secuestradores no consiguen la distancia de ventaja que necesitan. No creo que lo hagan; no van a traer a Krista consigo.

Escenario 2: los secuestradores llegan al museo sin Krista con el propósito de llevarse el meteorito. Pero ¿por qué iba yo a entregarles el meteorito sin saber dónde está Krista o si son ellos los que la tienen?

Escenario 3: los secuestradores llegan al museo y me demuestran, de algún modo, que tienen a Krista y que la liberarán en algún otro lugar cuando yo me haga a un lado y deje que se lleven el meteorito. Sin embargo, esta opción presenta el mismo problema que todas las demás: lo más seguro es que Krista los haya reconocido. Por lo que es indiferente dónde la liberen pues, por corta o larga que sea la distancia de ventaja, los secuestradores acabarán siendo capturados.

Me levanto de la silla y me dirijo a la ventana.

Observo el resplandor que desprende la nieve.

He estado considerando un montón de posibilidades distintas, y todas tienen una cosa en común: para el secuestrador (o secuestradores), Krista es un problema que no se acaba con la obtención del meteorito. La certeza me resulta escalofriante. Al mismo tiempo, eso significa que, mientras el meteorito esté en mi poder, al menos en teoría, existe la posibilidad de que Krista esté...

Lo está.

Está viva.

No soy capaz de seguir pensando en ello.

Desde que llegué a primera hora de la mañana, no he salido de mi despacho. Mantengo mis rutinas de siempre, pero no lo hago solo porque él o ellos me lo hayan exigido: es también una manera de que la situación avance. Me han prometido un rifle de caza, que recogeré

al anochecer, antes de ir al museo. No puedo saber a ciencia cierta si el secuestrador o los secuestradores están armados, pero es muy probable que sí. En estas regiones, y por cuestiones prácticas, en cada casa hay al menos un rifle o una escopeta; con frecuencia, los dos.

Mientras pienso, desde mi despacho, qué más podría hacer, oigo los pasos de Pirkko en el pasillo. Se están acercando y no tardan en detenerse ante mi puerta. Me retiro de la ventana, vuelvo a mi escritorio y me siento. Pirkko llama a la puerta y entra sin esperar a que le dé permiso. Como de costumbre, lleva un montón de papeles en la mano. Papeles que podría poner en mi casillero, o encima de mi escritorio cuando no estoy. Camina hacia mí y se detiene a un par de metros de distancia.

—Buenos días —dice sonriendo—. ¿Cómo van hoy esos músculos?

Al principio, no logro comprender de qué me está hablando.

—Tengo un poco de agujetas. Hacía mucho que no entrenaba.

—Parece que dominas las sentadillas. Quería habértelo dicho antes.

—Gracias —digo—. Pirkko, mi...

—La clave de la sentadilla está en el movimiento final —se gira hacia la ventana y se pone en cuclillas. La miro de lado, observo su perfil. Se detiene en el momento en que las rodillas se encuentran en un ángulo exacto de noventa grados y gira la cabeza para mirarme—. Esto fue un gran descubrimiento para mí, sobre todo para trabajar los muslos y las nalgas.

—Lo es.

—Fuerza —sigue y empieza a rebotar de arriba abajo, un centímetro o dos cada vez—. Elasticidad. Nunca es demasiado tarde. Nunca es tarde para nada. Esa es mi opinión.

Pirkko me mira a los ojos, en cuclillas desde el centro de mi despacho. Tengo que hablar con ella, pero antes que nada tengo que lograr que se incorpore.

—Tiene buena pinta —digo. Quizá no sea la mejor manera de empezar.

—Sabía que te darías cuenta. —Pirkko está sonriendo. Sin embargo, al final se levanta—. Das buen rollo. Eso es importante, que seas capaz de conversar, de recibir a la gente, sobre todo a esas personas que...

—Me alegra oír eso —la interrumpo—. Pero...

No continúo. Comprendo perfectamente que tengo que hacer una elección: o aclaro ahora mismo el malentendido que hay entre nosotros o nos ponemos a repasar las cuestiones rutinarias del día. Según mi experiencia, aclarar un malentendido suele llevar mucho tiempo. Las dos partes dicen lo que tengan que decir; después, hay que llegar a un acuerdo y, finalmente, decidir cómo continuar. Eso no va a suceder hoy.

Nos ponemos con las cuestiones del día; empezamos con la elección

del material definitivo para la portada de los libros de salmos. Pirkko rodea el escritorio y se sienta a mi lado. Estamos inclinados sobre la mesa, examinando juntos el material. Tengo la impresión de que la decisión ya estaba tomada desde hace tiempo.

El cuero negro es el ganador.

Pirkko está a punto de salir del despacho, cuando se detiene y se gira.

—El primer parroquiano del día —empieza, pero entonces se queda callada, como si estuviera buscando las palabras.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

Pirkko está a punto de decir algo, pero se detiene y sonríe. Mira detrás de mí, con la sonrisa aún en su cara, como si no fuera dirigida a mí. El momento pasa muy rápido. Pirkko se vuelve y cierra la puerta al salir. Me dirijo al centro de la habitación, miro un momento el crucifijo y después, el reloj.

Es la hora feliz.

No puedo quedarme sentado esperando a que anochezca. Tengo que lograr alguna ventaja, por pequeña que sea, un ligero margen, algo que pueda utilizar cuando surja la necesidad. No tengo la menor idea de qué podría ser ni de cómo podría obtenerlo. Justo por eso estoy en marcha y me dirijo hacia donde me dirijo. Es mejor intentar hacer algo, lo que sea, que quedarse esperando sin hacer nada.

Creo que Krista haría lo mismo. Ella entendería que no me puedo quedar de brazos cruzados y poner todas mis esperanzas en las personas que se la han llevado. Por muchos motivos, me resulta difícil confiar en su benevolencia.

Golden Moon Night Club.

Iluminación sombría, paredes oscuras y música que hace olvidar hasta la madrugada. Me siento como si entrara en un sótano. Puede que esa sea la intención: que el tiempo desaparezca y que la cerveza sea lo único que tenga sentido. Hay varios clientes en el reservado y la diana parece abarrotada. Me dirijo a mi lugar de siempre, al final de la barra, y me siento en un taburete.

El espacio dentro de la barra está vacío, lo que no parece molestar a nadie. Supongo que el camarero habrá salido un momento.

Me entretengo escuchando la discusión de los hombres que juegan a los dardos. El tema de la disputa evoluciona rápidamente: de un dardo a varios, de los dardos a la cerveza, de la cerveza a quién le debe dinero a quién y, finalmente, acaban discutiendo de cómo hace años la frontera oriental de Finlandia fue modificada de forma injusta y de que alguien tiene que pagar por ello. Dejo de escuchar y me centro en algo más importante. Aún pasa un rato más antes de que pueda verla.

Karoliina llega a la sala con una caja de metal en las manos. Camina con rapidez, de forma apresurada, y se fija en mí.

Sonríe y parece contenta. Me da los buenos días y pasa por detrás de mí, casi tocándome; rodea la barra y se instala al otro lado. Deja la caja, aparentemente pesada, sobre la superficie de trabajo y abre las puertas del armario de los perritos calientes. Mientras abre la caja metálica y se incorpora para sacar las salchichas, mira en mi dirección.

—¿Te pongo un desayuno? Salchichas frescas locales, recién traídas.

—No, gracias, ya he desayunado.

—La verdad es que es bastante tarde —dice—. Estos caballeros de aquí solo se dan cuenta de que tienen hambre por casualidad.

Miro a mis espaldas: los tres hombres están lanzando dardos de nuevo. Karoliina coloca las salchichas en sus soportes, que empiezan a girar, y cierra las puertas del armario. Entonces, se acerca a mí.

—Te preguntaría si quieres algo de beber, pero ayer te dejaste una jarra llena en la barra cuando te marchaste.

—Puede que no me apeteciera la cerveza.

—¿Y hoy? ¿Te apetece una cerveza, o quizá otra cosa?

Sus ojos son inescrutables. El cabello oscuro le cae a ambos lados de la cara.

—La verdad es que no lo sé. ¿Qué me ofreces?

Tarda un poco en responder.

—Acabo de hacer café; puedo ponerte uno a ti también.

Le digo que el café suena bien. Saca la jarra de la cafetera, que está en mitad de la barra, sirve el café humeante en dos tazas y me pregunta sin mirarme si quiero leche o azúcar. No quiero. Echa un poco de leche en su taza y regresa con los dos cafés. No hay nada en sus movimientos ni en su forma de hablar que me haga sospechar que pudiera estar implicada ni en el secuestro ni en el robo planeado para esta noche. Echa un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Lo has pensado? —pregunta—. ¿Has pensado en lo que hablamos ayer?

Me tomo la pregunta como una buena señal. ¿Acaso un secuestrador seguiría queriendo que yo fuera su cómplice? Es posible, desde luego, pero no parece probable.

—Mucho —asiento—. La verdad es que todavía hay muchas cosas que no tengo claras.

—¿Cómo qué?

—Como el motivo por el que quieres el meteorito.

Karoliina me mira de una manera que parece combinar la sorpresa con un cierto grado de suspicacia.

—¿Así que hablamos sin rodeos?

—¿Por qué no? —digo—. Se está acabando el tiempo.

—¿Puedo confiar en ti?

—Soy pastor. Todo lo que me digas es confidencial.

Karoliina se queda pensando en mis palabras.
—¿Me preguntas en serio por qué quiero el meteorito? ¿Qué tiene que ver eso con lo demás?
—Por supuesto que hablo en serio. —Me acerco la taza de café a los labios—. Es importante para poder continuar.
—Solucionaría mis problemas —dice entonces. Su voz es imperturbable y tranquila.
—¿Solucionaría tus problemas? —pregunto—. ¿Un millón de euros solucionaría tus problemas?
Coge un cigarro de la cajetilla que está encima de la barra y lo hace girar entre el índice y el corazón.
—Muéstrame a una sola persona cuyos problemas no se solucionen con un millón de euros. ¿A qué te refieres con «poder continuar»?
—¿Qué pasará cuando tengas... cuando tengamos el meteorito?
—Lo venderemos —responde, como si hablara de servir la siguiente jarra de cerveza—. Sé lo que hay que hacer. No te preocupes por eso. Y tú...
—Yo ¿qué?
—¿Qué motivo tienes tú para meterte en esto?
—La necesidad —respondo.
—Exacto —dice Karoliina, y da un sorbo a su café.
Da la impresión de saber lo que quiere; lo cierto es que parece estar segura de todo. Sin embargo, todavía no le he planteado la cuestión principal. Pruebo el café, pero está demasiado caliente, así que dejo la taza sobre la barra y pregunto con voz despreocupada, como si hablara del tiempo.
—¿Y qué pasa con Leonid?
Karoliina disimula muy bien su sorpresa: apenas se intuye una sombra en su rostro. Sostiene el cigarro entre los dedos y me doy cuenta de que está deseando llevárselo a los labios.
—¿Conoces a Leonid?
—No puedo decir que lo conozca, pero hemos coincidido.
—Sabes su nombre.
—Él me lo dijo —explico—. Al final del encuentro.
Karoliina ha recobrado su serenidad.
—Leonid no es un problema —me asegura.
Los tres hombres de los dardos siguen gritando. Karoliina les dirige una mirada.
—Tengo que marcharme de este lugar —dice—. Llevo aquí treinta y un años.
—¿Y por qué no te marchas?
—¿Con los bolsillos vacíos? ¿A mendigar a Helsinki? ¿A engrosar la lista de espera para una vivienda, a la cola del pan, y ese tipo de cosas? No todos podemos ser pastores, ni tener un cargo público y una

vivienda lista para entrar a vivir cuando nos entren las ganas de cambiar de aires. No lo digo con mala intención. Me he marchado un par de veces, sí, pero siempre ha salido algo mal. Esta vez no va a ser así.

—¿No tienes familia aquí?

—Mi padre se largó cuando yo tenía tres años. Mi madre está muerta. No tengo hermanos. Ni marido, pues aquí no hay mucho donde elegir. Lo he intentado un par de veces, pero no pienso volver a cometer el mismo error.

—Lo comprendo.

—No lo creo —responde Karoliina—. Tú no eres de aquí. Pero tampoco importa mucho: tú lo único que tienes que hacer es abrir la puerta.

Sacudo la cabeza.

—Tiene que parecer un allanamiento —digo.

Karoliina sonríe, y en su sonrisa hay algo más que alegría.

—Para ser pastor, eres un buen tipo.

Podría contarle algunas cosas sobre mí y sobre el hecho de ser pastor (y una parte de las cosas que no digo me provocan sensaciones muy fuertes, entre las que la culpabilidad ni siquiera es la menor), pero no tengo intención de continuar con el tema. Me saco el móvil del bolsillo.

—¿Me das tu teléfono?

Karoliina me dice su número y me pide que la llame. Su móvil se ilumina junto a la caja registradora: ahora estamos en contacto. Quedamos que la llamaré en cuanto haya aclarado algunos asuntos. No le doy más detalles, pues, al menos de momento, no los conozco. Lo más importante es analizar la situación, hacerme una idea del estado de las cosas, buscar y encontrar algo que me pueda servir, lo que sea.

Mientras me doy la vuelta para levantarme del asiento, me fijo en la noria de salchichas en su armario de cristal. Recuerdo algo que acabo de oír hace un rato.

—Salchichas de producción local —digo.

Karoliina gira la cabeza y observa las barras de color marrón claro, goteando grasa. Puedo ver el moratón en su sien.

—¿Quieres una? —pregunta.

—Me comería una —respondo, manteniendo la calma, a pesar de la agitación que siento—, pero todavía estoy lleno. No te negaré que tienen buena pinta. ¿De dónde son?

—De Jokinen, por supuesto. Del tendero del pueblo. Las hace él mismo, de principio a fin, en su pequeña fábrica; incluso tiene su propio matadero.

¿«Su propio matadero»?

3

Todas las piezas encajan. Mantengo un ritmo ligero, a la par que uniforme y relajado. No sé si me están vigilando, pero prefiero ir sobre seguro. El cielo tiene un tono azul nostálgico; el sol ha iniciado su breve ronda vespertina. El tiempo se acaba. «Hago todo lo que puedo, Krista», me repito a mí mismo una y otra vez. Entonces, vuelvo a eso que he tenido delante todo el tiempo, aunque no haya sido capaz de verlo.

Jokinen.

Su visita, sus palabras. Lo que dijo sobre la vida del empresario, lo incómoda que era su presencia en la cocina, lo difícil que le resultaba mirarme a los ojos. Todo eso quedó oculto para mí bajo una oleada de celos.

«Sea como sea, vas a pasar apuros; estamos todo el tiempo pendiendo de un hilo».

La situación económica de Jokinen y de su negocio penden de un hilo, pero eso no es más que el principio. Tiene su propio matadero.

Jokinen, con sus manjares y sus entregas a domicilio. Un tendero bonachón que charla de forma amigable con sus clientes y recuerda los cumpleaños. Hace entregas a domicilio tanto los días laborables como los festivos. Conoce las casas de la gente, sabe dónde están las puertas, cómo están distribuidas las habitaciones, cuándo está la gente en casa y cuándo en el trabajo. En mi caso, obtener la información le resultó aún más sencillo. Jokinen sabía que estaba en el museo. Yo mismo se lo había dicho.

Jokinen. Así que se trata de él. Pienso que en parte es culpa mía porque, a pesar de las sugerencias de Krista, nunca me he molestado en conocerle más a fondo. Me habría enterado antes de que tiene un matadero y seguro que de otras muchas cosas. Sin embargo, había algo que me impedía trabar amistad con él: el instinto.

Llego al edificio parroquial y me dirijo a mi despacho. Cojo las llaves que están sobre mi escritorio, regreso al aparcamiento y entro de un salto en el coche. Arranco, doy la vuelta y estoy a punto de pisar el acelerador a fondo cuando veo a Pirkko en la puerta exterior del edificio, agitando la mano. Acelero con más suavidad de lo que tenía planeado, acerco el coche a la puerta y bajo la ventanilla del copiloto hasta la mitad. Pirkko se acerca al coche y se agacha ante la ventana abierta. En su expresión puede apreciarse el asombro, puede que también algo de preocupación.

—¿Va todo bien? —pregunta. Le sale vaho por la boca, cubriendo por

un momento sus ojos pardos.
—¿A qué te refieres?
—Te has marchado de forma tan... apresurada —dice—. Acabo de reservar la sesión de las tres y media.
Echo un vistazo al cuadro de mandos, aunque no me hace falta: sé qué hora es, sé que el tiempo corre.
—Tenía que habértelo dicho. Lo siento, pero tengo que... pasar por casa. Es una emergencia, algo inesperado.
—¿Le ha pasado algo? —pregunta Pirkko, y baja la mano hacia el borde de la puerta.
Se trata de un gesto habitual, pero hay algo en él que me llama la atención. Puede que se deba a la forma en que sus dedos aprietan el borde de la ventanilla, a su expresión ligeramente insistente. Pero no es eso lo que más me sorprende.
—¿A quién? —pregunto—. ¿Te refieres a mi mujer?
Por la expresión de Pirkko, parece que le estuviera hablando en otro idioma, pero no tarda en recuperarse.
—¿A tu mujer? No, quiero decir... Bueno, ¿es que le ha pasado algo a tu mujer?
—Espero que no —respondo.
—¿Y ya no vas a volver hoy?
Soy consciente de cómo pasan los segundos, de cómo se transforman en minutos y estos en horas. No tardará en caer la noche. Tengo que ponerme en marcha.
—Dejaré el teléfono encendido —digo, aunque no estoy muy seguro de poder cumplir esa promesa—. Por cierto, ¿quién iba a venir a las tres y media?
Ya estoy pisando el pedal del acelerador cuando oigo la voz de Pirkko.
—Timo Tarvainen. ¿Lo conoces? El piloto de rally. Bueno, expiloto. No ha vuelto a participar en un rally desde el accidente. Fue una tremenda desgracia, con la muerte del copiloto y todo eso.

Jokinen vive fuera del pueblo. Cojo la carretera de Joensuu y después giro hacia el norte. Los abetos a ambos lados de la carretera se van volviendo cada vez más oscuros a medida que se apaga el día. A unas pocas horas de luz siguen unas veinte horas de oscuridad. No puedo evitar pensar que, en este preciso momento, esta circunstancia tiene una importancia fundamental sobre todo lo demás.
La nieve cae a rachas por detrás de varios camiones de transporte de troncos; los adelanto completamente a ciegas, confiando en las señales intermitentes que me hacen los conductores.
Miro a la vez el retrovisor y la carretera frente a mí. Nadie me está siguiendo. No sé cuántas personas serían capaces de hacerlo. Exprimo

nuestro Škoda al máximo y giro hacia una carretera más estrecha de un solo carril. Acaban de despejarla de nieve. Conduzco por esa carretera durante unos cinco minutos.

He estado una vez en la finca de Jokinen (al igual que otros muchos idealistas del sur que se han mudado a estos parajes, Jokinen compró una antigua granja con todos sus edificios), pero nunca he llegado hasta la casa. Recuerdo que Krista y Minna, la mujer del tendero, quisieron recorrer andando el resto del camino para recoger arándanos. Detengo el coche en el mismo punto que el verano pasado.

Bajo del coche y me quedo escuchando. El bosque está en silencio; ni siquiera el viento susurra entre las cada vez más oscuras copas de los árboles. Por un momento, pienso en el rifle que no tengo; entonces, empiezo a andar.

Los edificios de la granja aparecen por sorpresa ante mí. Después de salir de la protección del bosque, son como una isla en mitad de un mar de nieve, entorpeciendo mi camino y dejándome en mitad de un extenso campo abierto. Un único camino lleva hasta los edificios; todo lo demás es un terreno amplio y llano, cubierto de nieve profunda.

Hay al menos cuatro edificios pintados de rojo: un chalé de dos pisos, un establo alargado y estrecho, una especie de cuadra y la construcción de cuya existencia me he enterado hoy, el matadero. Ahí está, con sus altos cimientos de piedra y sus ventanas anchas y bajas; el edificio irradia una majestuosidad y una frialdad fatales.

Permanezco al abrigo de los árboles mientras examino los edificios. Espero a que llegue la hora azul que, en esta época del año, no suele hacerse esperar mucho. Son las dos y media cuando empieza a cernerse la oscuridad. Espero un poco más antes de ponerme en marcha.

Cuando estoy en mitad del llano, veo una luz encenderse en una de las ventanas del piso inferior del chalé. Todavía me encuentro bastante lejos y no logro distinguir a nadie dentro del recuadro de luz de la ventana. Si alguien me hubiera visto y hubiera querido tomar medidas de precaución, dudo que hubiera encendido la luz. Corro hacia el patio y, cuando ya estoy llegando, acelero el ritmo hasta que veo abrirse la puerta del edificio. Me lanzo de cabeza al borde izquierdo de la carretera, detrás del banco de nieve, y rápidamente me incorporo lo suficiente para poder ver por encima del montículo. Jokinen.

Está apenas a veinte metros de mí y lleva algo en las dos manos. Parecen bidones de agua. Atraviesa el patio y parece dirigirse a la puerta más pequeña del matadero, de tamaño normal. La puerta más grande se encuentra en el otro extremo del edificio: es una puerta alta de dos piezas con una especie de señal de advertencia. Jokinen deja uno de los bidones en el suelo, abre la puerta, vuelve a coger el bidón

y entra en el edificio.

La puerta se queda abierta. Echo a correr de nuevo y, justo al llegar al edificio, me detengo.

Oigo una voz que viene del interior.

Percibo un martilleo metálico y gritos de horror amortiguados. Son como aullidos que no empiezan ni terminan, sino que se convierten en gritos sofocados; como ladridos sin fuerza ni vigor, sin el rugido final. Como alguien que se ha quedado sin fuerzas, alguien que está exhalando su último aliento. Entro en el edificio.

Es un espacio alto y estéril con el suelo y las paredes de hormigón. En el techo me parece ver tubos fluorescentes, pero no están encendidos. La única claridad procede de una luz roja de advertencia que brilla en la parte superior de la puerta trasera. Vuelvo a oír el martilleo metálico y los débiles aullidos: vienen del otro lado de la puerta. Después de la oscuridad suave y azulada del exterior, la intensa y brillante luz roja me resulta cegadora. Me da la impresión de que transcurre una eternidad hasta que mis ojos empiezan a acostumbrarse a la habitación roja. Camino por el suelo de hormigón en dirección a la puerta mientras miro a mi alrededor, tratando de encontrar algún objeto pesado, pero la estancia está abrumadoramente desnuda. Parece una celda o...

—¿Vas a denunciarme a la policía?

Giro sobre mis talones.

Jokinen está de pie junto a la puerta y da la impresión de que me estaba esperando. Lleva puestas unas gafas protectoras de plástico. En la mano derecha tiene un objeto de acero brillante que no logro reconocer; se trata de un objeto oblongo con un mango en la mitad, que se va haciendo más afilado a medida que avanza hacia sus extremos. Jokinen lo mueve, blandiéndolo despacio de un lado a otro.

—Si todo va bien...

—Todo iba bien hasta ahora.

—Todo sigue yendo bien, ¿o no? —pregunto.

—Tú también eres una autoridad —dice Jokinen, moviendo el objeto de acero en círculos cada vez más amplios. Sin embargo, eso no es lo más preocupante. Es la voz de Jokinen lo que llama mi atención. Ya no es el Jokinen jovial que habla con naturalidad en su tienda, desprendiendo buen rollo a su alrededor. Este Jokinen es una antítesis del antiguo: su última afirmación era una sentencia, no una frase para romper el hielo.

—Vamos a tomarnos las cosas con calma. Para empezar, vamos a ver qué hay al otro lado de la puerta.

Jokinen se mantiene en silencio durante un largo rato; mueve un poco la cabeza y la luz roja se refleja en sus gafas de plástico, de modo que parece que le salen rayos de los ojos.

—Tendría que haberlo comprendido ayer por la mañana —dice.
—¿Comprender el qué? —pregunto yo.
—Que tú sabes algo... Con esas preguntas que haces.
En la sala hace fresco y se siente un fuerte olor a desinfectante. Nuestras exhalaciones desprenden un halo de vaho, un destello rojizo. No se puede negar que la voz de Jokinen encaja bien en la estancia, pues también es fría y desinfectada. El tendero da un paso hacia el frente. No puedo regresar a la puerta exterior sin pasar por delante de él. Ignoro si la puerta que tengo a mi espalda está abierta; tampoco sé lo que me esperaría al otro lado.
—Podemos hablar de esto —digo.
—Ya te he preguntado si me vas a denunciar a la policía, pero no me has respondido. ¿De qué quieres hablar entonces?
—Pero tú no puedes hacer esto —insisto.
Él sacude la cabeza y sus gafas protectoras emiten destellos, como si estuvieran ardiendo. Jokinen agita varias veces el objeto de acero que tiene en la mano.
—Pastor tenías que ser —dice—. Siempre tienes razón. Siempre sabes cómo actuar. Siempre eres tan bueno, tan buena persona.
—No soy buena persona —afirmo—. Cometo muchos errores. Y lo cierto es que, la mayoría de las veces, tampoco sé cuál es la mejor forma de actuar ni qué sería bueno para quién. En esta situación...
—Me estás cabreando —interrumpe Jokinen—. Te lo digo directamente. Me estáis cabreando, tú y la sabelotodo de tu mujer. Los dos. Siempre por encima de todo, mejores que todos los demás. Siempre dando consejos.
Permanezco en silencio. No recuerdo haber dado un solo consejo en varios años. Todo me generaba una profunda incertidumbre, así que dar consejos a otras personas es lo último que se me pasaba por la cabeza. Observo que Jokinen se acerca a mí con pasos pequeños, casi imperceptibles. Amenazador, poderoso. Parece (trato de encontrar una expresión mejor, pero no se me ocurre ninguna) ávido de sangre.
—¿Cómo te has enterado de esto? —me pregunta.
—Lo he deducido —respondo de forma sincera—. He sumado dos más dos.
—¿A quién se lo has contado?
—A nadie.
Jokinen parece pensar en ello.
—No sé si dices la verdad.
Su chaqueta protectora blanca parece cada vez más roja a medida que nos acercamos el uno al otro. Tengo que continuar con la conversación y tratar de llevarla en una dirección en la que pueda mantener un diálogo más razonable con Jokinen.
—¿Sabe Minna lo que estás haciendo?

—A ella no le gusta esto —responde Jokinen, bajando la mirada—. No le gusta ni un ápice, pero lo acabará aceptando cuando mejore un poco nuestra situación. Si te soy sincero, la verdad es que no entiendo por qué esto la altera tanto.

—Puede que piense que no está bien.

—Cambiará de opinión cuando nos hayamos lavado las manos y lo peor haya pasado.

—No sé...

—Solo tenemos una tienda, pero de esos hay de sobra —dice Jokinen, y señala con la cabeza la puerta que hay a mis espaldas.

—¿Hay de sobra? —pregunto y empiezo a prepararme para pasar a la acción. Es evidente que Jokinen no se aviene a razones. Es muy distinto a como yo me lo había imaginado. Suena como un demente. Y, si suena como un demente...

—No empieces tú también —interrumpe Jokinen con impaciencia, y da otro paso hacia mí. Apenas nos separan unos metros de distancia y sus gafas protectoras son como espejos rojos—. ¿Cómo distinguirías tú a unos ejemplares de los otros? Hay miles por ahí, búscate a otro para ti.

Esto ya es demasiado. Me giro, doy dos pasos rápidos hacia la puerta, la abro y entro en una estancia aún más alta y más gélida; con esta fría luz azul, no estoy seguro de lo que estoy viendo. Al mismo tiempo, oigo un golpe contundente, seguido de los pasos de Jokinen detrás de mí.

Jokinen se abalanza sobre mi espalda y caemos hacia delante; me rodea fuertemente con los brazos, haciendo que nos estrellemos contra el suelo. Me hago daño en la frente, pues caigo de bruces y no logro poner las manos. Me encuentro bocabajo en el suelo y tengo a Jokinen encima de mí. Trato de girarme mientras él dice algo que no logro comprender. Consigo liberar parcialmente un brazo y moverme hacia delante. Recupero el brazo por completo, agarro a Jokinen por el cuello y lo aprieto, lo retuerzo, hasta que relaja los brazos que me rodean. Me pongo de rodillas y aprieto la cabeza de Jokinen contra mi axila con toda la fuerza posible. Jokinen acaba a gatas. Está furioso y me golpea con el puño en el costado, en los riñones. Le retuerzo el cuello con más fuerza hasta que, al final, consigo que pare. Y aquí estamos los dos: yo, de rodillas con la cabeza de Jokinen bajo la axila; Jokinen, a cuatro patas a mi lado.

Levanto la mirada y después miro hacia arriba. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor y oler el almizcle. Elevo los ojos de las piernas al pecho, desde allí al cuello y la zona de la boca y, finalmente, a los cuernos, que, desde este ángulo, parecen tener varios metros de ancho, como ramas desnudas. Me veo obligado a decirlo en voz alta.

—Un alce.

Jokinen está sentado en una silla en un extremo de la estancia. El alce macho brama en mitad de la sala; nos mira por turnos a Jokinen y a mí y no parece demasiado satisfecho con lo que ve. Tengo un arañazo en la frente de la caída, que me sangra. Jokinen está apoyado contra la pared, con su afilado instrumento de medio metro para cortar carne. He apagado la luz azul y he encendido los fluorescentes del techo.

Visto de cerca, el alce macho es mucho más grande de lo que me imaginaba. La cabeza se yergue un metro por encima de mí y los cuernos parecen las ramas desnudas de un gran árbol huesudo. Cuando sacude la cabeza, toda la sala parece tambalearse. Sus flancos marrón oscuro brillan como si fueran las dos mitades de un enorme barril de roble; las patas parecen nudosos postes de teléfono, aunque, al mismo tiempo, demasiado inestables. Según Jokinen, el animal pesa unos quinientos kilos. No me cuesta creerlo.

Jokinen tiene las gafas protectoras colgando de la mano. El pelo, que normalmente lleva bien engominado y peinado, está totalmente desgreñado. La chaqueta protectora blanca se ha torcido: ha resbalado por el hombro derecho hacia la espalda. A la camisa que lleva debajo le faltan los dos botones superiores. Parece un hombre después de un combate de lucha libre.

—Pero ¿por qué? —pregunto.

—Estamos en enero —responde Jokinen.

No sé de qué me está hablando, así que le dejo continuar. Él suspira y levanta la mirada hacia el alce.

—La época de caza del alce termina a finales de diciembre. Este ejemplar apareció en el patio hace un par de noches, en pleno mes de enero. La tienda está a punto de sucumbir a las deudas. A eso hay que añadir que las salchichas orgánicas tienen cada vez más demanda. Con los ingredientes adecuados, prácticamente me las quitan de las manos. Estuve observando al alce en el patio, incluso calculé los kilos de carne que me daría, y pensé que esto solucionaría mis problemas. Ahí estaba el alce, bramando en mi puerta, como un regalo caído del cielo.

El animal suelta un bramido que parece una mezcla entre ladrido y carraspeo.

—Conseguí atraerle hasta aquí —explica Jokinen— y meterlo en ese redil.

Comprendo que Jokinen sigue pensando que estoy aquí por el alce. Su preocupación es el alce, no mi mujer.

—Iba a empezar a hacer la matanza —continúa Jokinen—, pero se me ocurrió mirar por la ventana y ahí venía el pastor a toda velocidad. Me puse un poco nervioso. Perdón por lo de antes.

Jokinen sacude la mano y las gafas protectoras hacia el punto de la

sala en el que hemos estado midiendo nuestras fuerzas. Recuerdo algo que dijo antes de atacarme.

—Antes mencionaste a la sabelotodo de mi mujer y dijiste que siempre estoy dando consejos. Que yo recuerde, jamás te he dado ningún consejo.

Jokinen parece sentirse cada vez más incómodo, incluso más que antes.

—Me puse nervioso... Me quedé... un poco aturdido. El alce y las salchichas...

—Ahora volvemos a ellos. Lo que quiero saber es por qué dijiste esas cosas.

Jokinen me mira durante un buen rato. Entonces, se apoya hacia delante en la silla de plástico y apoya los codos sobre las rodillas.

—Minna y yo hemos tenido un invierno bastante complicado. Ella quería coger los bártulos y marcharse al sur. Estábamos pasando una mala racha en todos los sentidos. Minna y Krista son buenas amigas y Minna mencionó que Krista le había dado muy buenos consejos. Supongo que estaba tan agitado que pensé que Krista había provocado, de algún modo... esta situación. Así que ayer intenté ir a hablar con ella para ver si conseguía sacarle información, saber qué piensa Minna de todo esto, cómo están las cosas. Pero entonces tú...

—Volví del museo antes de tiempo —digo, terminando su frase.

Jokinen vuelve a mirar al suelo.

—Me echaste de allí.

—Lo siento, pero...

—Y ahora te presentas aquí para intentar rescatar al alce.

Me giro y miro al animal; me da la impresión de que estamos mirándonos a los ojos. Vuelvo a girarme hacia Jokinen.

—Acabas de decir que no es época de caza del alce.

—Él no distingue un mes de otro —responde Jokinen.

—No creo que nadie se lo haya consultado.

—Piensa que este alce ya no causará ningún accidente de tráfico.

—¿Está Minna en casa?

—Se ha ido a Helsinki, a casa de su hermana. —Jokinen sacude la cabeza—. Va allí continuamente. Yo creo que aquí se está mejor.

El alce emite un sonido, como una especie de ladrido. Miro el reloj que hay en la pared.

—Tengo que irme —digo—. Voy a pedirte algo.

—¿El qué?

—Que no le digas a nadie que he estado aquí. A nadie. Ni siquiera... A nadie.

Jokinen se levanta de la silla.

—No diré una palabra.

Le creo. Quinientos kilos de carne avalan sus palabras.

4

Entre el cielo y la tierra sigue habiendo una delgada franja de color azul claro, el último rastro que queda del día. Conduzco de vuelta al pueblo, cojo el teléfono y compruebo que no se me ha pasado por alto ningún mensaje ni ninguna llamada. No he recibido nada. Vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo del abrigo.

Me tiemblan las manos desde esta mañana. Se trata de un temblor muy leve, seguro que imperceptible para el resto de la gente, pero yo sí puedo sentirlo. Es una mezcla entre agotamiento y agitación, mala conciencia, culpabilidad y angustia. Le hablo a Krista en voz alta: le digo que estoy de camino, esté donde esté; le digo que puede confiar en mí. Estoy hablando totalmente en serio, aunque no sé cómo voy a hacerlo.

No viene nadie a mi encuentro; la carretera vacía murmura mientras la nieve sale despedida con fuerza por detrás del coche. Una vez más, me pongo a pensar en todas las personas que podrían tener prisionera a Krista, mientras me recuerdo a mí mismo que no debo tomar conclusiones precipitadas. Jokinen tenía un secreto, es cierto, pero no era un secreto que yo necesitara aclarar, ni tampoco conocer. Tengo que ser más minucioso, más cuidadoso. El meteorito se trasladará a Helsinki en menos de veinticuatro horas. El vehículo encargado de su transporte llegará al patio del museo a las diez de la mañana. Tengo que recuperar a Krista antes de que se lo lleven; no tengo alternativa.

Por algún motivo, me viene a la cabeza aquella tarde en Jerusalén en la que nos separamos y no lográbamos encontrarnos. Habíamos pasado todo el día caminando bajo el sol abrasador de julio; cayó la tarde mientras descansábamos las piernas en un restaurante, llenando los estómagos y compartiendo impresiones sobre lo que habíamos visto. Es posible que yo hablara de más aquel día. Había querido ir a ver los escritos del mar Muerto porque salían en mi tesina. Tal vez el hecho de elegir un tema relacionado con la arqueología, en lugar de algo meramente teológico, fuera algún tipo de señal de lo que estaba por venir.

Habíamos pasado la mañana paseando por el casco antiguo y visitando museos; después, nos dirigimos al nuevo centro de la ciudad y nos alejamos de la zona.

Cuando salimos del restaurante, la oscuridad era sobrecogedora: había algo físico en ella que te envolvía por completo. Apenas había algunas farolas, y las tiendas ya habían echado el cierre. Krista dijo que le apetecía una Coca-Cola, así que volvió al restaurante mientras

yo me quedaba esperando en la calle. Pero Krista no aparecía. Pensaba volver al hotel en taxi, pues estábamos cansados, agotados por el paseo y el calor. También se me ocurrió que, mientras la esperaba, habría aprovechado para ir al baño del restaurante. Así que yo también fui rápidamente al servicio y después volví a salir a la calle; seguí esperando, pero Krista no aparecía.

De nuevo volví al restaurante; Krista no estaba en la pequeña sala. Le pregunté a un camarero si había visto a mi mujer, con la que había estado allí cenando hacía un ratito. «Su mujer acaba de venir a comprar un refresco —dijo el camarero— y se ha marchado de forma apresurada». Volví a salir a la calle. No veía a Krista por ninguna parte. Me saqué el móvil del bolsillo, pero el teléfono y la cartera de Krista estaban también en mi mochila. Caminando habíamos comprobado que lo más práctico era que yo llevara todo a la espalda. Ahora ya no me parecía tan práctico.

La larga calle estaba oscura y desierta en ambas direcciones y, de pronto, ya no sabía por dónde habíamos llegado. Traté de recordar lo que había hecho Krista, qué dirección había elegido. Me decidí por una de las calles y eché a andar. Aminoré el paso y llegué a un cruce. Llamé a Krista a gritos. Oí risas al otro lado de la calle, debajo de los oscuros árboles. Las paredes de los edificios estaban llenas de eslóganes y grafitis. Continué caminando.

Las calles eran cada vez más estrechas. A cada momento pensaba que la encontraría al girar la siguiente esquina. Al final, decidí regresar deshaciendo el camino andado, y no tardé en darme cuenta de que esa no era la ruta. Me perdí por los estrechos callejones. Volví a sacar el móvil del bolsillo y vi que me había quedado sin batería: la aplicación que había usado con diligencia durante todo el día para orientarme la había agotado.

Hice todo lo posible por encontrar de nuevo el restaurante, pero no conseguí dar con él. Nos habían advertido sobre aquella zona de la ciudad; nos habían dicho que convenía mantenerse lejos de allí durante las horas de oscuridad. Pensé que quizá Krista había regresado al hotel, si es que no se había perdido. Entonces, caminando por una oscura y estrecha calle residencial, lo vi de casualidad.

Gólgota.

El vetusto rótulo luminoso del pequeño y cochambroso hotel.

Caminé hacia él y entré: Krista estaba sentada en la única silla del vestíbulo.

Más tarde, cuando pude enterrar la angustia y el pánico latente que la situación había provocado en lo más profundo de mi ser, tomamos por costumbre decir que nos habíamos reencontrado en el Gólgota, aunque no creo que ninguno de los dos lo considerara un recuerdo gracioso ni agradable. Creo que, ese día, los dos sentimos una angustia

real por el otro, y el lugar en que nos encontramos no fue casual.

El centro de Hurmevaara es ahora diferente. Sin embargo, nada ha cambiado: soy yo quien lo observa desde un punto de vista muy distinto a como lo hacía hace unos pocos días. Busco por todas partes señales de Krista. Mientras, intento adelantarme a los peligros, antes de que supongan una amenaza. Llego al edificio parroquial.

Giro y apago el motor, de modo que la parte delantera del coche apunta hacia el pueblo, y aparco en la plaza más cercana a los escalones de entrada. Aunque, ¿cómo se pueden delimitar las plazas de aparcamiento en invierno? ¿Alguien escarba en la nieve para comprobar que el vehículo está en su sitio, entre las líneas pintadas sobre el asfalto? Dejo escapar un suspiro. Parece que busco consuelo en cualquier pensamiento alternativo para no tener que pensar en mi mujer y en el hecho de que soy el culpable de la situación en la que se encuentra.

Bajo del coche, subo los escalones y abro la puerta. Diferentes cosas me recuerdan todo aquello que he dejado de lado al sumirme en mis propios pensamientos: un entorno conocido, un edificio silencioso, el eco de mis propios pasos, la estatua de escayola que representa a Jesucristo en el vestíbulo y, a su lado, una exeminencia de rally, con la cara del mismo color blanco. Me acuerdo de lo que me dijo Pirkko justo antes de marcharme.

Tarvainen.

La cita de las tres y media.

La situación es inesperada y sorprendente, aunque nunca descarté la posibilidad de que sucediera. Saludo a Tarvainen con sequedad y él responde a mi saludo. Oscuros torrentes recorren mi pecho, y una tormenta ruge en mis oídos. En el vestíbulo hay un silencio sepulcral.

—Pirkko dijo que podía venir a las tres y media —dice Tarvainen. No habla como cuando nos encontramos en el kiosco; no habla en absoluto como el borracho temerario que conducía a toda velocidad hasta hacer volar el coche que me llevó por las nevadas carreteras de Hurmevaara. No habla con voz áspera ni ronca, sino como un hombre que ha venido a una cita con un pastor de almas.

Lo que, por decirlo de un modo suave, parece un poco contradictorio.

5

Dos o tres minutos más tarde, Tarvainen está sentado en mi despacho con la chaqueta de patrocinio y las gafas de sol puestas. En mi opinión, las gafas de sol no son necesarias, pues la oscuridad de la habitación, que antes me parecía tenue, ahora se me antoja molesta y hasta un poco amenazante. Puede que esto último esté relacionado con mis propios pensamientos y con las preguntas que aún no he hecho, por ejemplo, cómo puede tener la caradura de estar ahí sentado después de haber dejado embarazada a mi mujer y haberla secuestrado, y dónde demonios la tiene ahora.

—No tengo ni idea de cómo va esto —dice Tarvainen.

«Eso depende de lo que vayamos a hacer», pienso.

Me pongo en modalidad de trabajo; eso me aporta seguridad.

—Tú hablas, yo escucho —digo.

Tarvainen no habla. Permanece callado durante un largo rato. Estoy casi seguro de que en el vestíbulo olía a alcohol: en efecto, dentro del despacho el olor se intensifica, flota en el aire, como un perfume con el que alguien hubiera rociado la habitación. Un perfume mezclado con aroma a ajo y a detergente para el váter. La narración de Krista sobre el vuelo desenfrenado, la euforia que le produjo y la pérdida momentánea de control me vienen a la mente al mismo tiempo. A no ser por su coche, dudo que Tarvainen se hubiera inmiscuido en nuestra familia como lo hizo. También percibo otra cosa: Tarvainen no se comporta como un hombre que se ha acostado con la mujer de otro. Entonces, recuerdo lo que dijo Krista: «Estaba extremadamente borracho, me llamaba Leena y seguramente ni siquiera llegó a comprender lo que pasó durante ese medio minuto».

Tarvainen no sabe lo que ha hecho.

Al menos, no en ese sentido.

—Ni siquiera creo en la existencia de Dios —dice entonces—. Y tú tienes una herida en la frente.

No sé cuál de las dos afirmaciones abordar primero.

—Me caí —explico—. Y las horas de conversación están abiertas a todas las personas, sin condiciones de admisión.

«También los secuestradores pueden purgar su alma, antes de que arregle cuentas con ellos». Lo que me hace preguntarme: ¿un secuestrador se comportaría así? ¿Titubearía de esta manera? ¿Se quedaría sentado en silencio, sin saber cómo plantear la cuestión?

—¿Y si te cuento sin rodeos lo que he venido a decir?

—Creo que es lo mejor. —Asiento con la cabeza—. Todo lo que digas

es confidencial: estoy sometido al secreto de confesión.
Tarvainen cambia de postura en la silla, una vez, otra, hasta que, al tercer intento, acaba en la misma postura que al principio.
—Yo era piloto de rally —empieza, pero enseguida duda—. Voy a tardar una eternidad si empiezo así.
—Empieza por lo que más te aflige —digo—. Puede que suene contradictorio, pero suele ser lo más sencillo.
—Sulevi.
Tarvainen deja escapar la palabra con tanta rapidez que suena al mismo tiempo como un gemido y un nombre de persona. Puede que nos haya sorprendido a los dos. Espero a que continúe, pero no lo hace.
—¿Sulevi? —pregunto.
Tarvainen suspira.
—Era un chico del pueblo, igual que yo. Su casa está por ahí, un poco más alejada.
Se vuelve hacia la ventana y supongo que puede ver los últimos restos de la luz del día, a menos que sus gafas de sol apaguen del todo la claridad. Vuelve a girar la cabeza y creo que me está mirando.
—Era piloto de rally —continúa—. Creo que tengo que empezar por ahí. Soy piloto de rally. Siempre he sido piloto de rally. Lo sigo siendo, aunque me hayan apartado de la competición... Por ahora.
Tarvainen enfatiza sus últimas palabras.
—Voy a volver a correr rallies. En cuanto se solucionen las cosas. En cuanto... Nuevo coche, nueva escudería. Nuevo... copiloto. Sulevi era mi copiloto, lo fue durante toda mi carrera.
No le digo que ya lo sé. Tampoco le digo que Sulevi Malmipuro yace bajo tierra y bajo nieve, a menos de ciento veinte metros de nosotros, lejos para siempre de los coches y de los compañeros de trabajo borrachos y poco fiables. También me doy cuenta de que mi comportamiento hacia Tarvainen está lejos de ser neutral. En la pared, a la derecha de Tarvainen, sus gafas de sol y la chaqueta de patrocinio, el Salvador parece querer darnos la espalda. Aunque puede que esto solo sea fruto de mi propia interpretación, de una ira y una sed de venganza latentes.
—Estábamos corriendo un rally en las montañas de Francia, en una etapa cronometrada. Sulevi había estado tomando notas. Cometió un error: la curva suave a la derecha era en realidad una curva cerrada, y la cogimos con demasiada velocidad. Casi me salgo de la curva. Habríamos caído unos quinientos metros y nos habríamos estrellado contra el pueblo de abajo y su mercado dominical. Empecé a gritarle a Sulevi. Él empezó a gritarme a mí. Los gritos acabaron en una... discusión. Me dijiste que estabas sometido a secreto profesional, ¿verdad?

—Lo sigo estando, sí —asiento.
Tarvainen se endereza la chaqueta y tira de ella para cubrirse la barriga, que le sobresale como un balón medicinal por encima del cinturón. La estancia huele a líquido limpiaparabrisas; la mitad de las empresas cuyos logos adornan su chaqueta han entrado en bancarrota o han desaparecido por una fusión.
—Gritábamos como locos —continúa Tarvainen—. Íbamos un segundo y medio por detrás del líder, así que lo único que podía hacer era pisar el acelerador. Bajamos la montaña y pensé que podría... Acabamos a puñetazos.
Tarvainen se queda en silencio.
—¿Detuviste el coche y os liasteis...?
Tarvainen sacude la cabeza y me interrumpe antes de que pueda terminar la pregunta.
—Yo nunca dejo de conducir —explica—. Yo conduzco mientras el cronómetro esté en marcha.
—Entiendo.
—Conducía con la mano izquierda —Tarvainen acompaña con gestos sus palabras— y lo golpeaba con la derecha.
Me muestra cómo lo hacía. Yo no digo nada. Tarvainen deja caer las manos y permanecemos un largo rato en silencio.
—Fue un accidente. Yo no quería que pasara, pero dejé inconsciente a Sulevi de un golpe. Y bueno, como no tenía copiloto, o mejor dicho, tenía un copiloto inconsciente, e iba conduciendo al máximo de velocidad que me permitía el coche, al final perdí el control en una puta curva y el coche salió volando hacia el río. Sulevi ya no despertó. A mí me hicieron soplar, me hicieron un análisis de sangre y me enviaron a casa.
Tarvainen deja caer las manos sobre el regazo. Por la inclinación de las gafas de sol, imagino que está mirando hacia la mesita o el suelo.
—Sulevi me daba indicaciones —dice Tarvainen—. Me mostraba el camino. Necesito decirlo. Eso es... lo que he venido a decir.
Me da la impresión de que el Salvador vuelve a girarse hacia nosotros desde la pared. Claro que solo son imaginaciones mías, pero aun así me parece verlo.
—¿De qué me sirve todo esto? —pregunta Tarvainen.
Antes de darme tiempo a responder, o a decir nada, Tarvainen continúa hablando. Su voz refleja ahora más agitación, puede que también enfado.
—¿De qué me sirve todo esto si lo he vuelto a hacer? Es cierto que esta vez no dejé a nadie inconsciente de un puñetazo, pero conduje a tal velocidad que el colega de al lado tuvo un ataque al corazón. Hay otras circunstancias atenuantes, pero aun así... Todo esto es una mierda. Yo solo quiero conducir.

Tarvainen agarra los reposabrazos y parece que quisiera arrancarse así mismo de la silla. Mientras Krista siga desaparecida, no puedo contarle a nadie nada que pudiera ponerla en peligro, ni a ella ni a mis intentos por recuperarla. No puedo contarle a Tarvainen que el hombre que iba en el coche ya estaba muerto cuando él se lanzó a una nueva etapa cronometrada. Y, aunque pudiera contárselo, no sabría cómo explicarle que lo sé porque yo también iba en el coche, en el espacio para los pies, y que estaba agarrando con una mano la bufanda de Grigori.

Mi mentor, un viejo pastor ya fallecido, a quien he echado de menos estos días, siempre me sugería que me saliera del cuadro para poder observar la situación de forma objetiva. Así que, dejando a un lado el rencor y la sed de venganza, trato de ver qué hay en el cuadro. ¿Es Tarvainen el secuestrador? ¿Es consciente de que ha dejado embarazada a una mujer del pueblo que, casualmente, resulta ser la mujer del pastor? ¿Sabe que acaba de revelarle su secreto (que golpeó a su copiloto hasta matarlo) al marido de esa mujer?

Las respuestas me llegan con claridad. Tarvainen no parece saber nada en absoluto de ninguna de las cosas sobre las que yo necesito obtener información ahora mismo.

—Rally o muerte —dice Tarvainen con rapidez.

—¿Disculpa?

—Esas son las opciones. Mis opciones. No hay otra: rally o muerte. Prefiero morir antes que dejar de conducir.

No digo nada.

—Tampoco creo en Dios —añade Tarvainen.

—Eso está claro.

—¿Acaso no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme?

—Que la gente no crea —dice.

—La gente cree, todos creemos en algo. Tú crees en el rally.

Tarvainen relaja las manos en los brazos de la silla; la posición de su cabeza y de las gafas de sol me indican que me mira fijamente. Por un momento. Entonces, sacude la cabeza.

—Tengo que conseguir un coche, un coche de carreras, respaldado por la mejor escudería. Necesito un millón de euros para la inversión inicial. No creo que merezca la pena rogar a Dios por un nuevo Toyota turbo.

La oscuridad en la habitación pide a gritos que encienda la luz general; la lámpara de pie apenas alumbra un metro más allá de nosotros. Miro las gafas de sol de Tarvainen, tras las cuales tiene que haber bastante penumbra; puede que la visión del metal noble caído del cielo le aporte algo de luz en medio de esa oscuridad.

—Seguro que has estado considerando tus opciones —digo.

—Por supuesto —asiente Tarvainen—. Lo que pasa es que... La idea se me acaba de ocurrir hace un momento, cuando lo dije en voz alta. Rally o muerte. Igual debería darte las gracias.

Tarvainen se queda un momento en silencio; entonces, se encoge de hombros.

—Gracias —dice.

—De nada.

Durante el breve momento siguiente, sucede algo. La verdad es que no sé si quiero perdonar a Tarvainen, y mucho menos si sería capaz, pero siento algo que se parece mucho a este sentimiento mientras observo a la antigua gloria del rally. Puede que este sea el motivo de las palabras que pronuncio a continuación.

—Sin embargo, eso no soluciona la falta de copiloto.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cómo se reparte el trabajo dentro de un coche de rally. Pero, en términos generales, me imagino que no es del todo indiferente a quién eliges para leer el mapa y dar indicaciones. A quién escuchas y en quién confías.

Tarvainen saca una petaca reluciente del bolsillo de la chaqueta de patrocinio, desenrosca el tapón y echa un trago. Resopla, se seca la boca, vuelve a colocar el tapón y deja caer la petaca en el bolsillo.

—¿Recuerdas el meteorito que cayó sobre mi coche? —me pregunta—. Cayó en el asiento del copiloto.

6

La puerta se cierra detrás de mí; oigo el suave chasquido del cerrojo. Por lo general, se trata de un sonido imperceptible, pero ahora parece resonar y expandirse en ondas desde las escaleras del edificio parroquial hacia el aparcamiento vacío, y continuar más allá en dirección al oscuro muro de abetos, al otro lado de la carretera. Me pongo en pie y observo a mi alrededor. Todo sigue igual: veintiún grados y medio bajo cero y una oscuridad creciente; no hay coches desconocidos ni persona alguna a la sombra de los árboles.

Bajo las escaleras y, poco después, me encuentro dentro del coche. Puede que haber dejado el vehículo listo para salir a toda prisa haya sido la consecuencia de un presentimiento paranoico, pero comprendo por qué lo he hecho. Sé que no he podido reparar en todo, sé que no estoy en mi mejor momento. Es inevitable que el agotamiento y la angustia se manifiesten: incluso yo puedo verlos. Además de la preocupación y el pánico, mis pensamientos acerca de Krista han adquirido matices que no me gustan en absoluto. Son matices oscuros, razonamientos en los que no veo una salida, conclusiones sobre lo que pasaría si... Ni siquiera sé cómo expresarlo. Si Krista no... vuelve a casa. Pero ¿qué significa todo eso? Cuando una persona queda atrapada bajo el hielo en el lago, o con la cabeza destrozada por un disparo sobre la nieve, o atada al fondo de un pozo, es lógico que no vuelva a casa. No vuelve a casa porque está muerta. La pregunta que debería hacerme es: ¿y si Krista muere?

Arranco el coche y voy a casa.

El vecino sigue leyendo delante de la mesa de la cocina; bajo la luz, enmarcado por la ventana, parece un cuadro colgado en mitad de un paisaje oscuro. Echo un vistazo a las ventanas de nuestra casa: todas están a oscuras.

Mientras entro en el vestíbulo, considero en qué orden abordar todo lo que tengo que hacer durante el turno de noche; sin detenerme, vuelvo a mirar el móvil y compruebo que no he recibido nuevas instrucciones ni amenazas. Eso me preocupa. Como si no tuviera ya bastante.

Me quito el abrigo rápidamente, abro la puerta que separa el vestíbulo del pasillo, entro en casa y me detengo de golpe. No puede ser. Pero lo es, no hay lugar para la confusión. Respiro hondamente por la nariz. Ni siquiera necesito oír la voz, pero la oigo, a pesar de todo, lo quiera o no.

La voz procede del oscuro cuarto de estar y se fusiona con el perfume; los dos son uno. El saludo no es estremecedor, pero todo lo demás lo es, y con eso es suficiente. Entro en el cuarto de estar.

A pesar de la oscuridad, reconozco a Karoliina.

Parece que ha tenido tiempo de familiarizarse con nuestro hogar, ya que hace un hábil movimiento con la mano para encender la lámpara de lectura que se encuentra encima de la estantería. Esta sentada en el sofá, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda; lleva los labios pintados de un tono granate tirando a negro y el pelo atado en una cola de caballo. Sus brazos blancos y desnudos contrastan con la negra blusa.

—No me has llamado —dice.

—He estado muy ocupado todo el día, en especial durante la tarde.

—Pero has pensado en mí.

—Eso es cierto —digo.

—Yo también he pensado en ti. Vine a verte y la puerta estaba abierta, así que decidí quedarme a esperar.

Estoy seguro de que dejé la puerta bien cerrada cuando me marché por la mañana, aunque puede que eso no sea lo más importante en este momento. Trato de escuchar para saber si Karoliina está sola en la casa. Doy pasos lo más pausados posibles y avanzo de modo que la pared quede a mis espaldas.

—¿Dónde está? —pregunto.

Karoliina me mira. Un ojo le brilla bajo la intensa luz; el otro permanece impenetrable. Escucho en el silencio. Conozco todos los sonidos de la casa de madera; sé cómo respira, cómo manifiesta los movimientos de las personas. Estamos los dos solos.

—¿Quién? —pregunta.

—Mi mujer.

—Y yo qué sé —dice—. No he venido a verla a ella; he venido a verte a ti. Ni siquiera esperaba que ella estuviera aquí. Tengo la impresión de que las cosas no van demasiado bien entre vosotros.

Las palabras de Karoliina me golpean con fuerza mientras me aseguro de haber oído bien.

—¿La impresión? —pregunto, y doy un paso hacia ella—. ¿De dónde has sacado la impresión de que las cosas entre nosotros no van... «demasiado bien»?

Estamos separados por la mesa del sofá. La Divina comedia de Dante sigue encima de la mesa, exactamente en el mismo lugar en el que la dejé.

—Pasas mucho tiempo en el bar —dice—. Por la mañana temprano, tú solo. Bebes whisky. Quieres el meteorito. Haces cierto tipo de movimientos.

—¿Cierto tipo de movimientos?

Karoliina se queda un momento en silencio antes de contestar.
—No seas tan... pastor. Lo he visto millones de veces: estás tratando de impresionarme.
Me parece intuir una sonrisa. Yo no digo nada.
—No pasa nada —continúa—. Lo has hecho. Como ya dije, para ser pastor eres bastante guay. Pero tenemos prisa; hay que cerrar algunas cosas.
—No antes de saber que Krista está bien.
Karoliina suspira.
—Es bastante preocupante —dice Karoliina, y mira hacia la estantería.
—¿El qué?
—Primero eres como un cowboy —dice Karoliina— que va cabalgando por la ciudad, aparece en la cantina y se pone a ligar con las mujeres y a planificar un robo. Pero, cuando llega la hora de actuar, resulta que echas de menos a tu mujer.
Tengo que admitir que, en cierto sentido, a Karoliina no le falta razón. No habla como lo haría un ladrón, sino que parece frustrada de verdad. Tampoco se comporta como si tuviera en su poder un poderoso artículo de intercambio. Por lo tanto, si ella no tiene a Krista, no voy a permitir bajo ningún concepto que se haga con el meteorito. Y, si está planeando hacerse con el meteorito, tengo que enterarme.
—Mi mujer no se ha encontrado muy bien últimamente. —Como es verdad, no me resulta complicado decirlo, al igual que la siguiente frase—. Pero es dura de pelar.
Karoliina sacude la cabeza.
—Cuando yo me separo —dice—, me aseguro de separarme de verdad y de forma definitiva.
Dejo que transcurran varios segundos.
—Es decir, que tienes un plan, ¿no? —pregunto.
Karoliina se levanta del sofá, rodea la mesa y viene hacia mí. Su proximidad siempre me produce un efecto físico: el corazón me late con más fuerza y siento un hormigueo en el pecho y en el estómago. Es algo inevitable, completamente independiente de la situación. Y ahora también ocurre. Quiero retroceder y avanzar al mismo tiempo, y ese deseo no tiene nada que ver con lo que sería razonable o, por así decirlo, correcto. No es más que eso: deseo.
—Sí, por supuesto que tengo un plan —dice, y percibo el olor de su perfume con toda la intensidad—. Pero... ¿puedo confiar en ti?
—Necesito el meteorito —respondo con sinceridad.
Karoliina parece estar pensando algo. Entonces, mueve la mano derecha, de modo que puedo sentir su tacto; no solo en el hombro en el que ha posado sus dedos, sino en todo mi cuerpo.

—Si te soy sincera, tengo un poco de miedo.
—¿De qué tienes miedo?
—¿Este es el tipo de cosas que te cuenta la gente? Como pastor, quiero decir.
La luz brilla detrás de Karoliina, que tiene los oscuros labios entreabiertos, de modo que puedo percibir su contorno, su humedad.
—Estoy sometido al secreto de confesión, sí.
Karoliina mueve la mano sobre mi hombro.
—Tengo miedo de él.
—¿De quién?
Karoliina abre la boca, pero no dice nada todavía.
—De Leonid —responde al cabo de un momento.
—De Leonid, por supuesto.
—Sí. Me obliga... Es un hombre peligroso.
—¿En qué sentido? —pregunto.
—Leonid es... —empieza Karoliina, y vuelve a mirarme a los ojos—. Es un delincuente.
—Quiere el meteorito, ¿verdad?
Puedo oír su respiración. Karoliina se acerca cada vez más.
—Sí.
—¿Actúa en solitario?
—Ahora sí, ahora que Grigori está muerto. Alguien le disparó.
No voy a corregir a Karoliina para decirle que Grigori se disparó a sí mismo: se sacó el arma del abrigo, apuntó con ella a una persona desarmada y apretó el gatillo.
—¿Sabe Leonid quién le disparó? —pregunto entonces.
—Él dice que sí, ahora sí. No para de hablar de ello, de cómo se va a vengar, a despellejarlo, a crucificarlo.
Siento una mano fría atenazándome por dentro; intento que no se note.
—Cuando dices que Leonid actúa solo...
—No del todo. Actúa conmigo.
—¿Tienes miedo de él y vas a robar el meteorito con él?
—Sí y no.
—¿Qué significa eso?
Karoliina está pegada a mí.
—Significa que, antes de nada, quiero asegurarme de que puedo contarte mis planes —dice.
Se aprieta contra mi cuerpo. Ha cerrado los ojos y sus labios están tan cerca de los míos que puedo sentirlos. Nuestras bocas no se tocan, pero entre ellas fluye la corriente y siento su aliento en mi cara. Mueve la otra mano, me la pone en la cadera y despierta en mí algo en lo que llevo varios días sin pensar. Cierro los ojos y retiro la cabeza hacia atrás.

—¿No debería ser al revés? —pregunto, y abro los ojos—. ¿No debería ser yo quien te preguntase si puedo confiar en ti? ¿No debería conocer antes tu plan y decidir entonces qué voy a hacer?

Karoliina abre los ojos y nuestras miradas se encuentran. Retira la mano de mi cadera, la desplaza hacia el bajo vientre y más allá; toca suavemente el bulto de mis pantalones. Miro hacia abajo: su brazo desnudo está un poco ladeado y una larga cicatriz le recorre el brazo. Es una cicatriz reciente.

—Los dos vamos a tener que actuar, pero eso también es una ventaja porque, al final, ambos seremos igual de culpables.

Karoliina habla de culpabilidad como si fuera algo digno de ambicionar y compartir. No puedo estar de acuerdo, pero no lo digo en voz alta.

—Tú estás de guardia en el museo —dice Karoliina con una voz apenas más fuerte que un susurro. Estamos tan cerca el uno del otro que sus palabras suenan como las olas del mar en la orilla—. De pronto, entran dos personas por la fuerza. Una de ellas te amenaza con un arma. Tú forcejeas con esa persona, consigues hacerte con el arma, disparas a uno de los ladrones...

—Yo no...

—El ladrón muere —continúa Karoliina, como si no me hubiera oído. Siento su mirada en el pecho—. A pesar de tu valentía ejemplar, no logras evitar el robo del meteorito. El otro ladrón huye con el meteorito en su poder. Más tarde, se revela que el ladrón muerto era un delincuente profesional ruso. Lo han visto por el pueblo con su colega en varias ocasiones, y se da a conocer que siempre actúan juntos. Pero el colega está tan desaparecido como el meteorito. Uno más uno. Dos ladrones rusos, un meteorito desaparecido. Nadie me investigará a mí, y mucho menos al valiente vigilante nocturno que trató de impedir el robo.

—¿Quién dispara al otro ladrón? —pregunto.

—Leonid es una mala persona. Él no dudaría en hacerlo. Si no lo haces tú, entonces...

No voy a empezar una conversación sobre ética; no tenemos tiempo para eso. Y tampoco es que yo haya alcanzado el cénit de la moral últimamente. Sigo sintiendo el mismo punzante e inexplicable deseo hacia esta mujer.

—¿Por qué el ladrón armado no mata también al vigilante? —pregunto.

—Porque lo necesita.

—¿Para qué? Él ya tiene el meteorito y otros han cargado con las culpas. ¿Para qué necesita al pastor?

—Lo necesita precisamente por eso, porque es pastor —responde Karoliina—. Para la coartada, por supuesto. Nadie sospechará que

estás mintiendo. Todos te creerán, y tú le darás a la policía detalles tan precisos que buscarán al hombre correcto desde el minuto uno.

—¿Al hombre correcto?

—A Grigori. Leonid me ha dicho que Grigori está escondido en algún lugar donde nadie puede encontrarlo. ¡No podría ser mejor! Es justo lo que necesitamos.

Siento la mano de Karoliina sobre mi pecho como si la tuviera sobre mi piel, como si no hubiera nada entre nosotros. La miro a los ojos.

«Sí —pienso—. No podría ser mejor».

En estos momentos, nada podría ser mejor.

7

Las indicaciones son cualquier cosa menos claras. La aplicación de mapas del móvil tampoco es de gran ayuda. Trato de combinar las confusas instrucciones escritas en el papel con las coordenadas aproximadas que me proporciona el teléfono. Me encuentro en la zona norte de Hurmevaara, aún más escasamente poblada; conduzco con exceso de velocidad en la oscuridad, por carreteras estrechas, mientras trato de orientarme con las indicaciones y el mapa.

Al fin, siguiendo las instrucciones, llego a una larga recta y reduzco la velocidad; aun así, me salto la abertura entre los árboles. Freno y espero a que el polvo de nieve que se ha creado detrás de mí se disperse un poco; entonces, doy marcha atrás y giro por el estrecho camino.

Matias Ihantola vive apartado de todo, supongo que a propósito. Seguro que piensa que, en tiempos de pandemia, migración masiva o destrucción nuclear, un emplazamiento tan remoto podría suponer una gran ventaja. No tengo muy claro si estoy de acuerdo, sobre todo si tomamos en consideración la cuestión del resultado final: ¿cómo sería la vida en un mundo que se ha convertido en un campo de batalla y en el que ya nada funciona?

Sacudo la cabeza. Mis pensamientos no rezuman optimismo, aunque tengo motivos para ello.

Los árboles se separan y dejan al descubierto la casa, que se encuentra en una parcela despejada en medio del bosque, rodeada única y exclusivamente de vegetación en todas direcciones. Es fácil advertir si se acerca un vehículo. Veo a Ihantola a la luz de los focos delanteros: me está esperando.

La casa es muy pequeña y por dentro está ordenada y equipada de una forma que no puedo evitar que me impresione. Ihantola se ha preparado para el fin del mundo con toda la escrupulosidad que requiere el asunto. Es evidente que tiene la intención de sobrevivir en este lugar cuando el resto del mundo sea pasto de las plagas y las inundaciones. Sin embargo, las visiones apocalípticas tienen sus fisuras.

La fisura es el propio Matias Ihantola. Nunca lo había visto sonreír; nunca había percibido en su voz esta esperanza, esta ligereza. Algo ha sucedido.

Pero el tiempo corre. Lo que he venido a buscar está...

—Cierto. —Ihantola levanta el dedo índice—. El rifle.

Entra en otra habitación, que supongo que es el dormitorio, y vuelve

con el arma en la mano. La reconozco: un rifle de cerrojo Sako para caza. Ihantola me tiende el arma; yo la cojo y compruebo si está cargada. No lo está, y el cargador está vacío. Miro a Ihantola.

—Sí —dice—. Igual habría tenido que mencionarlo.

—¿El qué? —pregunto, aunque, a grandes rasgos, presiento lo que me va a contar.

—He estado sumido en una gran oscuridad... a decir verdad, desde que Kaisa cogió a los niños y se largó —explica—. Incluso dejé de ir al bosque. Pero entonces...

Se rasca el grueso rastrojo que tiene por barba.

—La última vez que hablamos —aclara—. Me hiciste comprender algo, y quiero darte las gracias por ello. No me refiero a rezar. Esa era mi idea, pero tú no estabas tan entusiasmado con ella. Lo que me parece un poco extraño, pero no entremos en eso ahora. La cuestión es que, al final, comprendí que tu actitud... Me causó una gran impresión.

—¿Mi actitud? —pregunto. Mientras sostengo el rifle en mis manos, me doy cuenta de que el tiempo pasa y de que en este momento debería estar hablando de algo muy diferente.

—Sí —responde—. Sueles decir que no lo sabes y que solo puedes hablar en tu propio nombre. Eso me resulta muy esperanzador.

—¿Ah, sí?

—Claro —asegura Ihantola—. Después de nuestro último encuentro, debería haberme puesto a pensar muy en serio en los océanos contaminados de plástico, en la muerte de los ecosistemas marítimos, en la eutrofización de las aguas y en la muerte que les espera en un futuro cercano, en cómo eso implicará también nuestra propia muerte... Pero no lo hice. Hice lo que tú me enseñaste: me dije a mí mismo que yo solo puedo hacer lo que está en mi mano, y todo lo demás está fuera de mi alcance.

—No estoy seguro de haber...

—A eso me refiero. Eres una persona muy positiva. Me diste esperanza. Es justo lo que tú dices, y ahora yo también lo digo: ¿cómo voy yo a saberlo? Es bastante liberador.

—Yo no...

—Podría haberme puesto a pensar en la inteligencia artificial, porque ya sabemos que llegará un día en que las máquinas aprenderán a desarrollar otras máquinas más inteligentes que ellas, con capacidad de apropiarse de todo lo que está conectado a la red y volverlo contra las personas, y que, si las personas tratan de resistirse, nos destruirán con armas y por medios que ahora, como es natural, ni siquiera podemos imaginar... Pero entonces, decidí abordar el asunto del mismo modo que lo harías tú.

El cañón de acero del rifle apunta a la puerta a la que debería

dirigirme. Sin embargo, las palabras de Ihantola me hacen permanecer donde estoy.

—¿Cómo lo abordaría yo? —pregunto.

—Te quedarías tranquilamente sentado en tu silla, y puede que dijeras que no lo sabes.

Estoy a punto de decirle que, en realidad, no sé si es eso lo que haría, pero entiendo que así solo conseguiría excitarle más. El silencio de la casa es impresionante. Estamos tan lejos de cualquier rastro de vida humana, tan apartados de todo, que el silencio es como un caparazón estanco a nuestro alrededor; penetra desde el exterior y pesa más de lo que nadie sería capaz de soportar. Ihantola asiente de forma enérgica y continúa hablando.

—¿Sabes? Es una filosofía que podría tener su mercado en la actualidad. Es totalmente contraria a lo que defienden todos esos vendedores de baratijas: seguridad, autoconfianza, omnisciencia. En estos días en que todos creen saberlo todo y tienen una opinión acerca de todo y se interrumpen a gritos unos a otros porque tienen más razón que el que ha gritado antes, lo cierto es que sería revitalizante que alguien dijera con toda tranquilidad: «No lo sé».

—No sé...

—Justo a eso me refiero —afirma Ihantola. Es obvio que he echado más agua a su molino.

Tengo que pararlo. Hago girar el rifle en mis manos y se lo muestro.

—Los cartuchos —digo—. Supongo que tienes cartuchos para el rifle.

Ihantola titubea y su expresión denota una angustia que ya he visto antes.

—Sí —anuncia—. Ya te dije que he tenido una época de oscuridad...

Extiende hacia mí el brazo derecho, y ahora comprendo que ha tenido el puño apretado durante todo su monólogo. Ihantola coloca el puño entre nosotros y abre los dedos lentamente: en la mano tiene un cartucho cargado con balas de chaqueta completa de calibre .308.

Un solo cartucho.

Miro el cartucho, después miro a Ihantola.

—Siento que debería pedirte perdón —declara Ihantola, con la voz un poco ronca—. Pero prefiero darte las gracias. Este cartucho era para mí, una especie de garantía para el fin de los días. Ya no lo necesito.

Me mira a los ojos mientras deposita el cartucho en mi mano. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Me has dado esperanza —dice—. Gracias.

8

«La compasión —puedo oír las palabras de mi antiguo mentor— reside en el hecho de que podemos ayudar a los demás por medio de nuestras imperfecciones y de nuestros errores. O, si no por medio de ellos, al menos sí a pesar de ellos. Somos útiles a pesar de nosotros mismos».

Las palabras me vienen a la mente en mitad de la carretera desierta, mientras me dirijo, una vez más, hacia Hurmevaara. Ihantola parece un hombre nuevo. Tengo la impresión de que, a medida que yo me he ido sumiendo en la desesperación, él ha empezado a ver su propia existencia de un modo cada vez más positivo.

Estoy bastante decepcionado con el rifle de un solo cartucho. No tengo tiempo de conseguir más, ni mucho menos de ponerme a buscar otra arma. Si me veo obligado a usar el rifle, tendré literalmente una sola oportunidad. Por el momento, lo he dejado en el suelo del coche, detrás de los asientos delanteros. Llevo el móvil en el regazo por si recibo un mensaje relativo a Krista.

Llego al museo un minuto antes de que empiece mi turno de vigilancia. Decido dejar el rifle en el coche por ahora: no quiero tener que responder a las preguntas de los empleados del museo. Libero a los trabajadores del turno de tarde, que se entretienen en la puerta durante más tiempo del que me gustaría. Hablando sobre la última noche.

Y esta es la última noche.

Por la mañana, delante de las puertas del museo estará el vehículo que va a transportar el meteorito hacia Helsinki y, de allí, hasta Londres. Estas son las últimas horas del meteorito en el Museo Militar de Hurmevaara.

El conserje del turno de día no para de repetir lo emocionante que ha sido todo esto, cómo el meteorito ha sacado a Hurmevaara de su ensueño. Yo podría contarle cosas que mejorarían notablemente su relato de suspense. Sin embargo, no digo nada: me limito a dar pasitos, espero que imperceptibles, tratando de empujarlos a él y al encargado de mantenimiento a tiempo parcial hacia la puerta principal y hacia el patio exterior. Al fin están fuera, en la noche helada, echando vaho al respirar. Por fin puedo trancar la puerta mientras los veo caminar hacia sus coches. Todavía los oigo hablar durante un rato; no parece que se les agote el tema de conversación.

Claro que la última noche también me daría a mí de qué hablar durante horas, aunque de un modo muy diferente. Me doy cuenta de

que no sospecho de ninguno de los dos. Ni siquiera parecen ver el caso desde esa perspectiva. Lo percibo en su forma de hablar, en las cosas que dicen y en el modo en que se comportan, tanto en mi presencia como delante del meteorito. Pienso que, en los últimos tiempos, son una excepción entre mis círculos. A mi alrededor parece que el comportamiento de todo el mundo ha cambiado por completo.

No tardo en oír los motores. Arrancan casi al mismo tiempo; el segundo acelera con un poco más de entusiasmo que el primero. Entonces, los coches y sus ruidos se pierden en la noche. Espero un poco más antes de abrir la puerta.

Va a ser una noche estrellada.

Los astros resplandecen y brillan como si quisieran llegar hasta la tierra. Me dirijo hacia mi coche y observo a mi alrededor. Esta acción conlleva un riesgo. En la carta ponía que recibiría un mensaje de texto cuando vieran que me encontraba solo en el museo, aunque no sé si creérmelo. No me han seguido durante las últimas horas, estoy seguro de ello. Nadie habría podido seguirme hasta la casa de Ihantola sin darme cuenta. Más bien, doy por hecho que el secuestrador sabe cuándo empieza mi turno de noche y esperará a esa hora para comprobar cómo está la situación. La cuestión principal es cuánto tardará eso en suceder. No veo a nadie. Cojo una bocanada de aire fresco y espero varios segundos; abro la puerta del coche, cojo el rifle de detrás del asiento delantero y vuelvo al museo con el arma en la mano.

Se dice que el momento más oscuro del día es justo antes del amanecer. Es posible. Pero también hay momentos en los que el amanecer es pura teoría, algo a lo que es inútil esperar, puesto que la auténtica batalla se libra en la oscuridad.

Hago algunos preparativos de última hora en el museo. Al final, escondo el rifle entre la sala del meteorito y la salida: lo coloco como parte de una exhibición de uniformes. Cuando me encuentro ocultando el brillante cañón inoxidable del rifle bajo la manga de una vieja chaqueta militar, suena el móvil indicando la llegada de un mensaje.

¿Dónde estás? El vestíbulo está vacío.

Me aseguro de que el rifle esté bien colocado, fácilmente accesible pero al abrigo de las miradas. Tengo el móvil en la mano; hago una búsqueda rápida y obtengo una respuesta inmediata: «El número solicitado no corresponde a ningún cliente». Eso significa, casi con total seguridad, que se trata de una tarjeta prepago. No sé si con este dato puedo sacar conclusiones más allá de que, al parecer, no estoy

tratando con completos aficionados.
Con el teléfono en la mano, respiro profundamente y me dirijo hacia el vestíbulo. Me acerco con precaución, pues no quiero caer en una emboscada. Como las luces están encendidas, no veo el exterior tan bien como me gustaría. Sin embargo, puedo ver algo.
Aparte de mi coche, el aparcamiento frente al museo está vacío. Me giro para mirar hacia el bosque. Las grandes ventanas reflejan el vestíbulo y a mí, pero puedo ver la capa de nieve virgen que se extiende hasta el lindero del bosque. Doy algunos pasos hacia delante y me quedo de pie en medio del vestíbulo. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que soy un tipo con suerte: he metido el rifle en el museo justo a tiempo. Me quedo de pie otros treinta segundos; entonces, suena el móvil.

El intercambio es a las 2:30.
No intentes hacer nada, no te hagas el listo.
Compórtate con total normalidad.
Las siguientes instrucciones llegarán a las 2:15.
Te estamos vigilando.
Confirma que lo has entendido.

Respondo de inmediato.

Entendido. ¿Krista está bien?

Vuelvo a mirar en ambas direcciones; no veo movimiento ni figura humana alguna, ni en el lado que da al pueblo y al aparcamiento, ni en el lado que da al bosque. Me muevo con tranquilidad. Alguien sabe dónde estoy y es posible que alguien me esté viendo. Son las nueve y pico de la noche. Hago el tipo de cosas que haría normalmente a estas horas: enciendo la cafetera de la sala de personal, camino de un lado a otro del museo, compruebo que las ventanas y las puertas estén bien cerradas. Vuelvo a la sala de personal y me aseguro de tener el móvil al alcance de la mano. El teléfono suena cuando regreso al vestíbulo con una taza de café humeante en la mano.

Joel, soy Krista.
Estoy bien. Me dejan mandar un mensaje.
La prueba de que soy yo: Dubrovnik.

Sé a qué se refiere Krista. Hemos estado planeando irnos de viaje a Croacia el verano que viene. Esto significa que Krista está... en alguna parte. No soy capaz ni me atrevo a pensar que está a salvo. El mensaje procede del mismo número desconocido que antes. Apenas unos

segundos más tarde, recibo el primer mensaje de nuevo.

El intercambio es a las 2:30.
No intentes hacer nada, no te hagas el listo.
Compórtate con total normalidad.
Las siguientes instrucciones llegarán a las 2:29.
Te estamos vigilando.
Confirma que lo has entendido.

Me siento ante la mesa del conserje y vuelvo a confirmar que lo he entendido. Coloco la taza de café sobre la mesa y saco mis libros de la cajonera: la Biblia y el último de James Ellroy. Coloco ambos sobre la mesa, aunque sé que no seré capaz de abrir ninguno de los dos. El café también se va enfriando en la esquina de la mesa. No tengo hambre ni sed, ni me siento cansado.
Estoy esperando a mi mujer.
Y espero hasta las 2:19, momento en el que una de las ventanas estalla en pedazos.

9

El estrépito de la ventana procede de la parte oeste del museo, el lado que da al bosque. Me levanto mientras miles de pensamientos se agolpan en mi mente. Los primeros son baterías de preguntas acompañadas de blasfemias. Poco después, cuando empiezo a correr, repaso posibles alternativas a lo que ha podido salir mal.

No puede tratarse de Karoliina. Estoy convencido de que hemos llegado a un acuerdo, a un entendimiento mutuo. Se me ocurrió de pasada un plan que no tengo ninguna intención de llevar a cabo. Hablé durante mucho tiempo mientras estábamos de pie uno frente al otro, pegados el uno al otro. Le dije que le enviaría un mensaje desde el museo cuando el camino estuviera despejado, y que, antes de eso, no debíamos salirnos del guion. Karoliina iba acercando la cara cada vez más hacia mí, hasta que pude sentir sus labios contra mi piel. Me susurró al oído que nunca había esperado nada tanto como esto y que yo era exactamente el tipo de socio que había estado buscando. Entonces, se separó de mí, se puso el jersey de lana y el abrigo y se marchó. Yo me quedé en silencio durante varios minutos, sentado en la mecedora, en la semioscuridad del cuarto de estar, tratando de controlar la respiración.

Estoy en una situación complicada. Tengo un rifle, sí, pero solo tiene un cartucho. Si lo uso, se convertirá en un mero elemento de atrezo a la hora de enfrentarme al secuestrador. Eso no va a funcionar. Necesito tener algo en la mano, algo pesado. Recuerdo que en la primera sala hay una reproducción de un refugio de guerra a tamaño natural. En la mesa del refugio hay una vieja olla de hierro; la cojo y vuelvo a correr.

No es casualidad que los ladrones hayan escogido el ala oeste. Es cierto que la ventana que han tenido que romper es más grande (es lo que se llama una ventana paisajística), pero el trayecto hacia el meteorito es más directo y más corto. Me acerco a la sala del meteorito, avanzando sin hacer ruido; paso por detrás del cañón antiaéreo y me encuentro ante una de las puertas de la sala del meteorito. Oigo pasos.

Voy a tener que improvisar, de eso no me cabe duda, pero ¿hasta qué punto?

El meteorito está custodiado en una vitrina mucho más sólida que la anterior, que alguien está golpeando con fuerza. Me deslizo a hurtadillas por detrás del cañón hacia una pared llena de lanzagranadas, y por detrás de esta hacia la pared de mapas que hay

frente a la sala del meteorito. Avanzo junto a los mapas en dirección a la puerta, apoyo una rodilla en el suelo y echo un vistazo al interior de la sala.

El hombre grande es inconfundible. Está golpeando la vitrina con un martillo. Sus golpes tienen mucha fuerza. El cristal se resquebraja y no tardará en hacerse añicos. No veo a nadie más en la sala; me quedo esperando y escuchando, pero no oigo más que los golpes de Leonid y sus pies moviéndose por el suelo. Se mire por donde se mire, su acción no tiene ningún sentido, y mucho menos si está actuando en solitario. Eso parece; no hay nadie más en la sala.

El cristal se rompe y cae al suelo con un repiqueteo. Leonid toma un macuto como si de una mochila escolar se tratase y hace palanca para sacar el meteorito de su soporte. En sus manos, no parece pesar cuatro kilos. Mete el meteorito en el macuto, cierra las correas y las hebillas y se echa la mochila a la espalda.

No logro comprender la escena. Leonid da unos pasos hacia la ventana; le dejo un poco de ventaja y aprieto la olla de hierro con la mano derecha. Cuando estoy seguro de que camina a velocidad suficiente para no oír mis pasos, coloco las piernas de modo que pueda ponerme de una zancada detrás de él y...

Puedo reconocerlo al instante. Tiene el tamaño y el peso correctos y no necesito más que una voz familiar para confirmarlo. Alguien presiona con fuerza el cañón de un arma contra mi nuca.

—Parece que han cambiado los planes —dice—. No te muevas.

Sigo estando medio agazapado, con la rodilla izquierda en el suelo; me inclino ligeramente hacia delante. Leonid se detiene y se gira de tal forma que entiendo que estaba esperando este momento. Me he metido de cabeza en una emboscada, a pesar de que eso era justo lo que estaba tratando de evitar. Tengo experiencia en emboscadas; aun así, he cometido un error, y no tardo en comprender el motivo. No percibo el olor del perfume. Ni siquiera había pensado en ello, sino que lo había interiorizado: el perfume debía servirme de advertencia.

—Levántate, despacio. No hagas nada a menos que yo te lo indique. Y no sueltes esa cacerola que llevas en la mano.

—Es una olla.

—No sueltes la olla. Ponte en pie.

Apoyo mi peso sobre la pierna derecha y me pongo en pie de un salto. El cañón se separa de mi nuca.

—Camina hacia esa sala, donde estaba el meteorito.

Trato de girarme y mirar detrás de mí.

—No te des la vuelta. Camina. Con tranquilidad.

Leonid observa mis pasos; me resulta complicado interpretar su expresión. La vitrina se encuentra en el suelo, hecha añicos. Me detengo antes de pisar el montón de fragmentos de cristal.

—Más adelante —ordena Karoliina—. Hasta la vitrina.
—No hay vitrina —digo.
—Claro que no, porque la has destrozado. La has hecho pedazos con esa olla.
Miro detrás de mí. Reconozco la pistola que Karoliina lleva en la mano: es la misma arma que llevaba Grigori y con la que él también me apuntó. Karoliina lleva puesto un gorro en la cabeza; húmedos mechones de pelo le sobresalen por los lados. Eso explica la ausencia de perfume.
—Golpea —dice Karoliina.
Miro a Leonid. Me da la impresión de que está sonriendo. No estoy seguro de si yo sonreiría si me encontrara en su lugar; en cualquier caso, no confiaría en lo que quiera que hubiera acordado con Karoliina. Pero una persona enamorada ve lo que quiere ver, aunque sea algo que la pueda acabar matando. Sopeso la olla en la mano y calculo la distancia que me separa de Karoliina: entre seis y siete metros. De ningún modo me daría tiempo a llegar hasta ella antes de que cargara la pistola. Tampoco estoy seguro de acertar, en caso de que decidiera lanzarle la olla.
Decido ganar tiempo. A grandes rasgos, me imagino lo que Karoliina está tratando de hacer: quiere que parezca que yo he decidido robar el meteorito, pero luego mi cómplice me disparó y desapareció con la piedra. Me giro y golpeo el pedestal con la olla un par de veces.
—¿Qué mierda de golpecitos son esos? —grita Karoliina—. ¡Por el amor de Dios! Parece que estás fregando los platos. ¡Golpea fuerte!
Golpeo el pedestal varias veces; golpeo muchas veces, con tanta fuerza que me duelen las manos. Golpeo porque cada golpe significa varios segundos más, segundos que necesito para pensar. El ruido me daña los oídos, me ensordece; la sala resuena y retumba. Me detengo; me pitan los oídos. Creo que nos pasa lo mismo a los tres.
Ninguno de nosotros ha podido oír la llegada de la cuarta persona.

10

Karoliina y Leonid no pueden ver al hombre enmascarado que se encuentra de pie detrás de ellos. Me están mirando a mí. El hombre ha entrado por la ventana rota, que ahora está justo a sus espaldas. Los cuatro formamos parte de algún tipo de cadena diabólica en la que cada uno de los eslabones está, de algún modo, ligado a todos los demás. El hombre enmascarado está apuntando con el rifle: me apunta a mí, o a Karoliina, o a Leonid, o puede que a todos nosotros. Lo más probable es que a todos nosotros.

—No os mováis —dice con voz muy fuerte—. O disparo.

Sin dejar de apuntarme con el arma, Karoliina gira un poco la cabeza. Su expresión es una mezcla entre furia e incredulidad.

—Tira el arma —ordena el hombre.

Karoliina vuelve la cabeza hacia el recién llegado. Tiene que haber visto el rifle. Me está apuntando con la pistola. Transcurren unos segundos interminables hasta que, al fin, abre la mano y la pistola golpea contra el suelo.

—Aparta la pistola de una patada —dice el hombre.

Karoliina se queda de pie en el sitio. Vuelven a transcurrir unos segundos. El cañón del rifle se eleva un poco, resuena un tiro y la pared detrás de mí cae descascarillada en el suelo. El rifle vuelve a apuntarnos a los tres.

—Dale una patada.

Karoliina le da una patada a la pistola, que se desliza por el suelo a unos metros de ella.

—La mochila —le indica el hombre a Leonid.

Leonid se queda de pie en el sitio, igual que hiciera Karoliina hace un momento. Me da la impresión de que el hombre del rifle está empezando a perder la paciencia.

—¿Qué cojones os pasa? —pregunta el hombre detrás de su rifle—. Son instrucciones muy claras, joder. La mochila. Ahora.

Entonces, el hombre parece comprender algo.

—La bolsa —dice en inglés—. Tú. Espalda. La bolsa. A mí.

Sé quién se oculta bajo el pasamontañas, empuñando el rifle: Tarvainen, el piloto de rally. La rotundidad de su voz me despistó un poco, pero reconozco su inglés del programa de deportes, y de hecho puedo visualizar a Tarvainen comentando la competición: con el gorro ajustado a la cabeza, las palabras en lengua extranjera salen de su boca de forma extraña, como piezas de metal. Leonid se quita la mochila y la sostiene en la mano.

—Lanza —dice Tarvainen en inglés—. La bolsa. A mí. Ahora.
Leonid lanza el macuto como si se tratase de un calcetín o una toalla. Con un ruido sordo, la mochila cae sobre el suelo de hormigón delante de Tarvainen. El piloto sigue apuntándonos con el rifle mientras se agacha con cuidado; separa la mano izquierda del arma y agarra las correas de la mochila. Consigue mantener el rifle apuntando hacia nosotros con una sola mano.
—Pastor. Ve hacia la pistola, cógela por la punta y déjala caer dentro del cañón.
Al fondo hay un gran cañón de campaña que está apuntando hacia el borde del techo del otro extremo de la sala. Camino hacia la pistola, deseando que Tarvainen no repare en una cosa: la olla que llevo en la mano. Llego junto a la pistola y vuelvo a oír la voz de Tarvainen.
—Despacio. Coge la pistola apuntándote a ti mismo.
Me agacho y cojo la pistola por el cañón de modo que me apunta a la zona del vientre. Entonces, me incorporo y miro a Tarvainen.
—Camina con tranquilidad hacia el cañón —ordena.
Me dirijo hacia el cañón de campaña con la olla en la otra mano. La punta de acero verde del cañón es bastante gruesa y el agujero del extremo es como un negro abismo. El cañón está colocado en un ángulo bastante abrupto, de unos cuarenta y cinco grados.
—Levanta la pistola despacio y déjala caer dentro del cañón —dice Tarvainen.
Muevo el brazo con lentitud hasta levantarlo casi por completo. La boca del cañón está bastante elevada. Ahora la pistola está en la boca del cañón: la empujo hacia dentro y la suelto. Al deslizarse, emite un eco metálico que se apaga en seguida. Mantengo la olla protegida con mi cuerpo; no la escondo, pero tampoco quiero mostrarla.
Tarvainen empieza a retroceder hacia la ventana, sin dejar de apuntarnos con el rifle. Los fragmentos de cristal crujen bajo sus botas de invierno. Poco después, se encuentra ya en el exterior; manteniendo tan solo el cañón del rifle dentro del museo.
—Si veo que alguien me sigue, disparo —anuncia, y puedo percibir la embriaguez en su voz; la había mantenido oculta hasta ahora—. Si venís, disparo —repite con un rugido.
Entonces, desaparece.
No puede decirse que tenga un plan muy definido.
Lo único que tengo es la olla de hierro y el impulso inicial.
Leonid está girado hacia Karoliina, así que no puedo ver lo que hace ella cuando me acerco corriendo. En ese momento, él se vuelve y me ve. Es rápido: mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un cuchillo. Sin embargo, yo tengo la velocidad a favor y también algo en la mano. Hago oscilar la olla de hierro, que golpea con fuerza y precisión la barbilla de Leonid emitiendo un ruido sordo. Leonid cae

de rodillas y el cuchillo sale volando de su mano, retiembla y brilla al deslizarse por el suelo del museo. Continúo corriendo hacia la ventana y vuelvo la mirada hacia atrás. Karoliina ha conseguido llegar hasta el cañón de campaña y mete el brazo en su interior. Me asomo por la ventana, oigo arrancar un motor y me lanzo hacia fuera.

Tarvainen está sentado a lomos de una motonieve, pisando el acelerador. Lleva el macuto a la espalda y el rifle sujeto al pecho, y no mira hacia atrás a medida que se aleja. Doy un rodeo hasta alcanzar el otro extremo del museo y corro hacia mi coche, mientras me saco las llaves del bolsillo. Consigo poner el motor en marcha, retrocedo, giro y avanzo.

Me dirijo hacia la carretera principal, hasta que consigo ver los destellos de la luz trasera de la motonieve. El vehículo avanza por el bosque, paralelo a la carretera. Por suerte, las estrellas me conceden la noche más brillante de todo el invierno y, además, hay luna llena. Si estuviera nevando, aunque fueran cuatro copos, o si el cielo estuviera cubierto de nubes, no podría ver nada.

Necesito el meteorito. Me quedo horrorizado al mirar el reloj. Saco el teléfono del bolsillo y, mientras trato de ver lo que sucede en el bosque, por dónde va la motonieve, intento también escribir un mensaje. No es tarea fácil. Tarvainen avanza a una velocidad espantosa; tengo que pisar el acelerador como un loco para no perderlo de vista. Este tipo sabe conducir. Apenas he logrado teclear dos palabras cuando el teléfono suena indicando la llegada de un mensaje de texto.

Saca el meteorito del museo.

Estamos en el aparcamiento.

Grito con furia.

—¡No, no, no, no, no!

No puedo dar media vuelta; no tengo el meteorito. Borro lo que he conseguido escribir y miro hacia un lado: la luz trasera ha desaparecido. Doy un frenazo y el teléfono se me cae de las manos. Doy marcha atrás; el motor brama. El muro de abetos se abre como si le hubieran dado un hachazo y, a lo lejos, al otro borde del sembrado, veo la motonieve, que se dirige hacia...

El lago Hurmejärvi.

La casa de Tarvainen está a orillas del lago.

¿Quién roba un millón de euros y se lleva el botín en su vehículo directamente hacia su casa?

Respuesta: un piloto de rally borracho, quizá.

La luz trasera desaparece en el bosque después de cruzar el campo de cultivo. Busco el móvil en el suelo del coche; por fin, lo encuentro

bajo el asiento del copiloto, envío un mensaje de texto y luego intento hacer una llamada. Vuelvo a ponerme en marcha con el teléfono en la oreja. El móvil suena, pero nadie contesta.

En el cruce, giro a la derecha, conduzco por la carretera durante diez minutos y llego al cruce de Hurmejärvi más rápido que nunca. Giro por la carretera de Hurmejärvi, que caracolea y serpentea en dirección al lago. La carretera no tiene una sola recta y es necesario concentrarse de pleno en la conducción. A pesar de las curvas, miro el teléfono e intento llamar de nuevo, pero es inútil.

Cuando llego al punto en que la carretera gira por la zona oeste del lago, busco en internet la dirección de Tarvainen. No es difícil de encontrar. Ni su número de teléfono ni su dirección son ningún secreto, lo que indica que el piloto de rally no había planeado convertirse en ladrón de meteoritos.

El último kilómetro hasta la casa de Tarvainen es el más rápido de la noche. La casa me resulta conocida porque he oído hablar de ella. Está construida con el dinero de los rallies, dinero que, al parecer, ya se ha agotado. Es una casa grande que no encaja en el entorno. Se encuentra casi al borde del agua, o del hielo, como correspondería decir en esta época del año. Bajo el brillo de la luna y las estrellas, la angulosidad, la claridad y los grandes ventanales de la casa la convierten en un pequeño aeropuerto al que solo le falta la pista de aterrizaje. Paso la casa de largo, pero no puedo ver la motonieve. El edificio está a oscuras.

Pasados varios cientos de metros, hago un cambio de sentido y conduzco de vuelta hacia la casa. Desde este ángulo, puedo ver mejor la franja entre la casa y la orilla del lago: la motonieve se encuentra en una empinada colina, casi pegada a la casa, delante de una ventana que tiene las luces encendidas. Me figuro que Tarvainen se encuentra en un extremo de la casa, por lo que puedo seguir por el camino de la parcela que se acerca al edificio por la esquina contraria.

El camino de la parcela parece llevar directamente hacia la casa y hacia la orilla. Apago las luces del coche; justo cuando giro hacia el camino de la parcela, pongo el coche en punto muerto y apago el motor. Abro la ventana. El coche se desliza en silencio por el estrecho y nevado camino del patio. Llego casi hasta la entrada sin oír nada.

Cuando, al final, oigo algo, veo también cómo el parabrisas se resquebraja alrededor del agujero de una bala.

11

El primer disparo hace un agujero en el parabrisas, el segundo atraviesa la parrilla y se cuela en el vano del motor, y el tercero hace estallar el neumático delantero izquierdo. Me quito el cinturón de seguridad, abro la puerta del coche y me hundo en la nieve. Logro guarecerme entre los árboles y ya no oigo más disparos. Oigo a alguien blasfemar. Me incorporo un poco y miro hacia la casa, oculto tras un grueso pino.

Tarvainen está de pie en el balcón del piso superior, golpeando el rifle contra el suelo. He visto el mismo tipo de pánico otras veces, cuando un arma falla. Una tenue luz brilla detrás de Tarvainen y hace que sus movimientos parezcan un violento teatro de sombras. Me mantengo al amparo de los árboles mientras me abro paso por la nieve, que me llega hasta la mitad del muslo. Llego a la zona del patio y rodeo la casa por uno de sus lados. Tarvainen sigue en el balcón; parece estar mirando en dirección al coche y al camino que lleva al patio, pero puede que no alcance a ver que la puerta del conductor está abierta.

Avanzo por el lateral de la casa, doy la vuelta a la esquina y llego a la parte posterior del edificio, donde se encuentra la motonieve, casi pegada a la pared. El motor caliente sigue chirriando en la gélida noche; la llave de contacto está bloqueada. Saco la llave del contacto.

Tarvainen bien puede llevarme a casa después de haber destrozado mi coche a balazos. En caso de que siga necesitando que me lleven, claro, si es que el piloto no me mata antes a tiros.

Al lado de la motonieve hay una puerta que no está cerrada con llave.

Las luces de la sala de estar están encendidas. El salón tiene amplias ventanas que dan al lago, una gran chimenea que no parece haber sido utilizada en mucho tiempo, y tal cantidad de accesorios de rally que sospecho que acabo de entrar en un museo de deportes de motor. Los trofeos se cuentan por decenas, al igual que las medallas. Y lo mismo con las fotos, en las que un coche se desliza de lado por una curva o vuela por los aires, o en las que Tarvainen levanta un trofeo o se baña en champán o se abraza a personas sonrientes. Tarvainen nunca sonríe.

Algo en la habitación hace que me detenga. No es que me quede paralizado en el sitio pensando en ello, pero la verdad es que este hombre me acaba de salvar la vida hace un momento. Karoliina y Leonid no me habrían dejado con vida, para que no pudiera hablar del robo y de los ladrones.

Subo la escalera lo más rápida y silenciosamente que puedo, aunque

mis botas de invierno emiten un pequeño crujido al pisar los tablones. Cuando llego a la mitad de las escaleras, me asomo al piso superior con la cabeza al nivel del suelo.

El cuarto de estar es grande y diáfano y, aunque solo hay una lámpara de pie encendida en un rincón de la estancia, la habitación está iluminada. También está vacía. Termino de subir la escalera y me paro a escuchar, para tratar de averiguar dónde se encuentra Tarvainen. Logro ubicar a grandes rasgos dónde está el balcón desde el que disparó y avanzo con pasos cautelosos en esa dirección. Supongo que, si el rifle funcionara, Tarvainen ya habría disparado de nuevo, ya fuera al coche o a otro sitio. Entonces, se oye un estruendo que procede justo de la dirección opuesta.

Tarvainen está en la cocina. Me acerco a la puerta y me asomo hacia el interior. La estancia es grande y rectangular y Tarvainen se encuentra en el otro extremo, delante de las ventanas. Lleva el macuto bien sujeto a la espalda y tiene algo en la mano. Cuando Tarvainen se coloca en el ángulo adecuado respecto a las luces del fregadero, identifico el objeto: se trata de un cuchillo de cocina chino. La superficie de la hoja es descomunal; tiene forma de una mezcla de pala, cuchillo y hacha. Respiro profundamente, suelto el aire y doy un paso al frente.

—Tenemos que hablar —le digo.

Tarvainen se da la vuelta: no parece sorprendido, sino enfurecido, extremadamente irritado.

—¿De qué? —pregunta Tarvainen, y parece notablemente más ebrio que hace un rato, en el museo. Puede que de camino haya hecho varios brindis por la victoria. Lleva abierto el abrigo negro, bajo el que luce la misma chaqueta de patrocinio de siempre.

—De muchas cosas. Quiero...

—Quieres el meteorito.

No respondo. Es obvio que Tarvainen está en lo cierto.

—Quiero darte las gracias —digo y doy un paso cauteloso hacia él—. Me acabas de salvar la vida. En el museo.

Tarvainen se balancea: está completamente borracho. No comprendo cómo ha sido capaz de robar nada ni de conducir la motonieve con tanta habilidad. Aunque, por otra parte, sí lo entiendo: nuestra pequeña familia al completo ha sido testigo de su destreza al volante.

—De nada. Fuera de mi casa.

—Una cosa más —indico—. Dos, en realidad. Primero, necesito ese macuto que llevas en la espalda.

—Me lo imaginaba, joder.

—¿Qué te imaginabas?

—Que eres igual que todos los demás.

—Por supuesto que lo soy, pero...

—Quieres el meteorito. Todo el mundo lo quiere, pero es mío. Me pertenece.
—Lo necesito —aseguro con sinceridad—. Lo necesito por mi mujer, Krista.
La expresión de Tarvainen permanece inmutable.
—Y otra cosa —continúo. Me resulta muy difícil tanto encontrar las palabras como obligarme a pronunciarlas—. Quiero perdonarte.
Es obvio que Tarvainen no tiene ni idea de lo que le estoy hablando.
—Quiero perdonarte —repito—. Todos cometemos errores. Aparta ese cuchillo.
Tarvainen hace lo contrario: levanta el cuchillo y lo blande en el aire. La gran superficie de la cuchilla parece reflejar toda la luz de la habitación, y brilla como si la lámpara estuviera dirigida hacia ella.
—Fuera de mi casa —grita.
Sacudo la cabeza.
—No puedo irme sin el meteorito.
Tarvainen ruge, grita algo ininteligible y baja la mano que sujeta el cuchillo. Se encuentra a tan solo tres o cuatro metros de mí y ya puedo oler su aroma característico, a alcohol puro, fresco y añejo a la vez. La hoja del cuchillo de cocina vuelve a brillar; me preparo para la lucha cuerpo a cuerpo, pero Tarvainen me sorprende por completo al lanzar el cuchillo por abajo. El cuchillo sale volando hacia mí; apenas me da tiempo a dejar caer las llaves de la motonieve y empezar a levantar las manos.
Me golpea en el pecho, atraviesa el abrigo y la ropa y se me hunde en mitad del esternón. Se queda ahí clavado, no sé a cuánta profundidad. El dolor se propaga por mi cuerpo: siento como si me hubieran desgarrado el tórax y me resulta imposible respirar. Sé por qué se me corta la respiración: tengo un cuchillo de cocina chino clavado en el pecho. Sin embargo, comprenderlo no me hace sentir mejor ni mitiga un dolor tan paralizante.
Tarvainen corre por alguna parte; parece como si se dirigiera escaleras abajo.
Agarro el cuchillo por el mango y experimento la peor sensación de mi vida. Cierro los ojos y me lo arranco de un tirón. El cuchillo sale del esternón con un sonido de succión, como si una persona muy hambrienta bebiera a sorbos una sopa espesa por el borde del plato. Dejo caer el cuchillo en el suelo. Está manchado de sangre; siento el líquido caliente en el pecho y logro respirar por primera vez. Respirar me resulta dificultoso, pues me duele como si alguien me estuviera desgarrando el tórax en dos. Me giro y voy detrás de Tarvainen.
¿Qué debería pensar de él? En una misma noche me ha salvado la vida y ha tratado de asesinarme dos veces.
Llego al piso de abajo y salgo de la casa. En el patio, hay huellas en la

nieve, y cuando levanto la mirada veo a Tarvainen bajo la luz de la luna y las estrellas. Está corriendo por el lago helado. Miro hacia la motonieve: por supuesto, ha tratado de arrancarla, pero caigo en la cuenta de que la llave de contacto está en el piso de arriba.

Trato de perseguir a Tarvainen, aunque no soy capaz de correr tan rápido como me gustaría. Gritar es aún peor. Veo las banderas y la dirección hacia la que corre el piloto.

Las banderas de los pescadores que señalan los agujeros en el hielo.

Los famosos corégonos del lago Hurmejärvi.

Al principio, pienso que Tarvainen no ve las banderas, pero eso no puede ser cierto, en absoluto. Entonces, comprendo lo que sucede. Tarvainen corrige el rumbo: ahora corre directo hacia una de las banderas. Se acerca cada vez más, mientras yo trato de gritar.

Tarvainen está tan cerca de la bandera que casi podría tocarla, pero no le da tiempo: el hielo cede y Tarvainen cae en el agujero. Puedo ver la parte superior de su cuerpo, que parece un barril flotando en mitad del lago; el macuto le hace tener más volumen y ser más pesado y, por supuesto, hundirse con más lentitud. Pero, al final, se acaba hundiendo, y Tarvainen desaparece de mi vista. Me detengo y hago esfuerzos por respirar. No soy capaz de correr; solo puedo caminar despacio.

Una mano asoma todavía por encima del hielo; al poco tiempo, desaparece, y ya solo queda la noche iluminada por la luna y las estrellas, y la superficie infinita del lago, lisa y resplandeciente.

Recuerdo las palabras de Tarvainen.

Rally o muerte.

12

Estoy sangrando y la motonieve vibra debajo de mí. La luz del faro se refleja en la superficie de la nieve. No puedo conducir a toda velocidad, pues solo tengo una mano operativa: con la otra, me aprieto el pecho. En la sala de la chimenea encontré útiles para hacerme un vendaje de emergencia. Me coloqué en el pecho un almohadón para la sauna, lo sujeté a mi cuerpo dando varias vueltas con cinta adhesiva y subí a la motonieve.

Con la mano, trato de protegerme el esternón o, al menos, de mantenerlo en su sitio. Ni que decir tiene que no está funcionando. La parte delantera de la motonieve sube y baja, amoldándose al terreno en la estrecha ruta del bosque, y oscila hacia los lados cada vez que tomo una curva. No tengo más remedio que detener el vehículo, pues el dolor me corta la respiración. Saco el móvil de las profundidades del abrigo y llamo al número del secuestrador; nadie responde, y tampoco he recibido más mensajes de texto. Vuelvo a pisar el acelerador.

Preferiría no tener que pensar en la situación en la que me encuentro, pero no puedo evitar que se me plantee con toda su crudeza: no tengo el meteorito y tampoco sé dónde se encuentra Krista, ni si está bien, tengo una herida abierta en el pecho y voy desarmado.

Me acerco al museo por la carretera principal. Lo hago pensando que el tráfico en la carretera principal del pueblo no llama tanto la atención como una motonieve saliendo del bosque, en el caso de que alguien siga esperando en el museo. Sea como fuere, ese es el lugar al que tengo que volver. Es mi única esperanza.

Trato de limitarme a pensar en lo que tengo que hacer a continuación, pero supongo que sigo estando un poco en shock. Un torbellino de pensamientos sacude mi mente y un torrente de sensaciones me recorre el cuerpo. Estoy conduciendo la motonieve de un hombre muerto por el borde de la carretera, de madrugada, en un pueblo remoto de la Finlandia profunda, no paro de sangrar y mi mujer está secuestrada. Nunca se me habría pasado por la cabeza un plan semejante. Reduzco la velocidad hasta que, al fin, detengo la motonieve y apago el motor.

Lo primero que veo, antes que el propio museo, es que el aparcamiento está vacío. En cierto sentido, todo parece igual que siempre: el vestíbulo está totalmente iluminado, la oficina está a oscuras y la sala del meteorito parece arrojar su claridad hacia el lado del bosque. Bajo de la motonieve. Me muevo con suma lentitud, pues

me duele el tórax como si alguien me estuviera estrujando el esternón con el puño. Echo a andar y no me detengo hasta ver el interior del museo a través de la ventana rota de la sala del meteorito. Me quedo esperando y aguzo el oído: al menos, el ruido no ha hecho venir a la gente del pueblo. Espero un momento, abandono la protección de los árboles y me acerco a la ventana.

La sala parece vacía. Después de asegurarme de que lo está de verdad, lo primero que se me ocurre es dirigirme a la puerta del museo y entrar por allí, pero entonces comprendo que no es necesario. Karoliina y Leonid querían el meteorito; sin embargo, el meteorito ya no está en el museo. Entro por la ventana, tratando de tener cuidado con los trozos de vidrio, pero resulta imposible, porque el suelo está lleno de cristales de la ventana rota y de la vitrina de exposición. Veo mi olla de hierro. Parece como si un grupo de vándalos hubiera hecho un ataque militar en la sala. La siguiente sala está intacta; nada ha cambiado. Me acerco a la fila de uniformes, retiro la manga del abrigo gris y cojo mi rifle. Me paro a escuchar hasta que estoy seguro de que me encuentro solo en el Museo Militar.

Mi estado no para de empeorar; lo sé y puedo sentirlo, el pecho me duele cada vez más. Sé que tengo que ir al hospital cuanto antes, pero también sé que el hospital más cercano está a una hora en coche, y que no sé dónde está Krista. En la zona de personal encuentro una caja de paracetamol de dosis baja. Me trago medio paquete con agua fría y me lavo las manos. Todo lo que he tocado está manchado de sangre. Yo mismo estoy cubierto de sangre de la cabeza a los pies; tengo el mismo aspecto que tenía en Afganistán después de la experiencia con aquella bomba de la carretera. Limpio la sangre de la pantalla del móvil y compruebo si ha llegado algún mensaje. Nada.

Me siento tan débil que necesito sentarme. Sentarme también es doloroso, como si me clavaran otro cuchillo en el pecho. Abro el abrigo y miro hacia abajo.

Esto no tiene buena pinta. Esto parece...

Un montón de papeles en el bolsillo interior. Los miro sin tocarlos: tienen manchas de sangre, pero aún están en buenas condiciones. Me limpio las manos en la pernera del pantalón, saco del bolsillo el delgado fajo de papeles y lo dejo sobre la mesa del café. Se han conservado lo suficientemente limpios. Los miro con una mezcla de profunda consternación y de esperanza frágil e incipiente.

El papel de la izquierda es la carta de amenaza que estaba pegada en la puerta del edificio parroquial. En el borde inferior, una línea fina de trazos negros, dejada por la impresora, recorre el borde inferior, de manera apenas perceptible. El siguiente papel es la carta que nos dejaron en la mesa de la cocina; en el borde se ve la misma línea de trazos. En el papel de la derecha también hay una línea de trazos, pero

su contenido es notablemente distinto.

Se trata del programa personal de entrenamiento que me hizo Räystäinen.

Son casi las cuatro de la mañana. Conducir la motonieve me produce un dolor que no puedo expresar con palabras, pero no tengo otro medio de transporte y tampoco me importa demasiado. No sé si tiene alguna relevancia cómo me sienta en este momento; incluso puede ser que me lo merezca. No lo sé. En cualquier caso, sé exactamente lo que tengo que hacer. «Krista, aguanta un poco más —me digo a mí mismo—. Estoy de camino».

Las luces del Hurme Gym están encendidas. No creo que haya nadie a estas horas haciendo sentadillas, ni ajustándose el cinturón lumbar y preparándose para el peso muerto. Me bajo de la motonieve, cojo el rifle y desciendo colina abajo por la nieve profunda, a través de la densa arboleda. Me acerco al Hurme Gym en diagonal: el gimnasio se encuentra en el extremo este de un edificio industrial y yo me aproximo por el oeste. Voy avanzando paralelamente a la pared, con el rifle preparado.

En la mitad del edificio hay una abertura, tal vez algún tipo de zona de carga. Miro hacia el interior por el agujero y me llevo un sobresalto. Un Volkswagen Jetta está hábilmente estacionado junto a la zona de carga. Es el mismo Jetta que vi en el aparcamiento del edificio parroquial antes de encontrar la primera carta, pero no se trata del coche de Räystäinen: sé que él tiene un todoterreno. Sin embargo, su vehículo no se ve por ninguna parte. Puedo distinguir diversas huellas de neumáticos en la nieve. ¿Es que ahí dentro hay alguien que no es Räystäinen?

Me saco el móvil del bolsillo y compruebo el número de la matrícula. Me tiemblan las manos y sé que no se debe solo al frío. El coche pertenece a la mujer de Räystäinen quien, según la dirección registrada, vive en Kajaani. Tardo un rato en comprender que hace ya tiempo que no veo a Tarja por el pueblo, ni por ninguna otra parte, y que oí a Räystäinen mencionar de pasada que a Tarja le gustaría quedarse con su todoterreno, pero nada más. Es decir, esto significa que Tarvainen ha estado utilizando el coche de su mujer. Me meto el móvil en el bolsillo y veo que la puerta de la zona de carga está entreabierta.

Oigo ruidos sordos a intervalos regulares, con una precisión de metrónomo. Cuando abro un poco más la puerta, oigo también un zumbido y comprendo al instante que ambos sonidos están relacionados.

Räystäinen está corriendo.

Está corriendo en la cinta, que se encuentra en la parte delantera del gimnasio. La puerta está en la parte trasera, por lo que Räystäinen está

de espaldas a mí. Lleva un ritmo a medio camino entre el trote y la carrera. Me coloco el rifle en el hombro y entro en el gimnasio. Voy avanzando entre las máquinas con el rifle preparado, girándome de vez en cuando para mirar atrás. Por el rabillo del ojo veo mi reflejo en el espejo del gimnasio: un hombre ensangrentado con un rifle en la mano y una mujer desaparecida.

Avanzo hacia Räystäinen por uno de los lados y empiezo a acercarme a él. Le brilla la piel a causa del sudor; sus pasos son uniformes, pero algo pesado en el pecho lo ralentiza de manera evidente. Y eso no es lo único que le hace inclinarse hacia delante: tiene las manos atadas a las barras de la cinta de correr, bien pegadas con cinta adhesiva a la altura de las muñecas, de modo que le resulta imposible soltarse. Me acerco a él, paso a paso; entonces, me detengo.

También tiene el tronco envuelto con cinta aislante, un poco a mi estilo. La cinta sujeta algo a la altura del abdomen. De debajo de la cinta aislante salen una serie de cuerdas que están fijas a las barras laterales de la cinta de correr.

Dando la vuelta a una bicicleta estática, me acerco a Räystäinen con el rifle preparado. No tarda en verme, de frente y a la izquierda. Algo se enciende en sus ojos.

—¡Ayúdame! —grita sin dejar de correr.

Lo apunto con el rifle y recorro el gimnasio con la mirada.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunto cuando me encuentro delante de él.

Räystäinen sacude la cabeza con un movimiento mínimo. Parece que trata de reservar al máximo sus fuerzas. Gotas de sudor corren por su piel; tiene la cara llena de manchas rojas y blancas.

—Ayúdame —repite.

Lo cierto es que, más que hablar, deja salir un hilo de voz mientras respira violentamente, o esa es la impresión que me da.

—¿Dónde está Krista? —pregunto.

Räystäinen sigue corriendo. Le cuesta pronunciar las palabras.

—Se la... llevaron...

—¿Quiénes?

—Karel...

—¿Karoliina y el hombre grande? ¿Ellos se han llevado a Krista?

Räystäinen asiente con la cabeza.

—Tú te llevaste a Krista primero. ¿O no? ¿Por qué?

—Ayúdame —grita.

Lo apunto con el rifle.

—¿Te la llevaste?

Räystäinen asiente con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué te llevaste a Krista?

—Dinero... Quiebra... Gimnasio...

Tengo el dedo sobre el gatillo. La rabia me domina; una rabia que se hermana con los celos. Es una fuerza oscura, es pura frialdad y falta de escrúpulos.

—Te llevaste a mi mujer porque tu gimnasio está a punto de quebrar, ¿verdad?

Tarvainen asiente con un movimiento leve, casi imperceptible, sin dejar de correr. Bajo la mirada hasta la altura de su pecho y examino con más detenimiento lo que sujeta la cinta. Las cuerdas atadas a las barras laterales se unen a la altura del vientre a una argolla de metal que reconozco de inmediato. En la parte inferior de la argolla hay un chisme que también puedo identificar, a pesar de la cinta adhesiva que lo cubre. Reconozco una granada cuando la veo. También puedo afirmar que esta no es la granada que robaron en el Museo Militar.

En el fondo, la situación es bastante sencilla: si Räystäinen aumenta la velocidad, la cuerda que tiene detrás se tensará fatalmente, la clavija se soltará, la manija subirá y hará estallar la granada; por el contrario, si Räystäinen reduce la velocidad, se tensará la cuerda de delante, con el mismo resultado. Además, Räystäinen está atado a la máquina por las muñecas, por lo que no puede escapar ni soltarse. Tiene que seguir corriendo.

Bajo el rifle.

—¿Krista está bien?

—Sí... Hace... un momento...

—¿Estaba bien hace un momento?

Asiente con la cabeza.

—Se la... llevaron... y mis llaves... Me... ayudas...

Comprendo que se trata de una pregunta. Me quedo pensando durante un momento. Me dirijo al mostrador de recepción con el rifle en la mano, lo rodeo, abro la nevera, saco una bebida energética y vuelvo junto a Räystäinen. Abro la botella, se la llevo a los labios, y él bebe como un perro o un caballo sediento. El líquido azul brillante salpica también a su alrededor; sin embargo, la mayor parte acaba en su boca y la botella se vacía.

Miro a Räystäinen, el secuestrador, el autor de las amenazas.

—¿A qué hora llega el primer cliente?

—¿Qué?

—¿A qué hora llega el primer cliente?

—A las seis...

Miro el reloj de la pared: son algo más de las cuatro. Me dirijo hacia la puerta de la calle.

13

El zumbido de la cinta de correr; el ritmo de los pasos, pesados y regulares; la fuerte respiración, áspera y sibilante. Tardo un momento en comprender que se trata de mi propio corazón y de mi propia respiración. Ya no me encuentro cerca de Räystäinen, sino en el otro extremo del pueblo. Siento como si la herida del pecho se hubiera extendido por todo mi cuerpo y lanzara descargas de dolor con cada latido del corazón. Mi respiración es un resuello; estoy, literalmente, dando bocanadas de aire.

Me quedo un momento sentado sobre la motonieve antes de echarme la bolsa al hombro, coger el rifle y empezar a andar. No es un trayecto largo. La franja de bosque entre las dos carreteras no tiene más que doscientos o trescientos metros de anchura; sin embargo, supone todo un reto en mi condición actual. Además, tengo dos objetos que cargar: el rifle y la bolsa de deporte, en la que he introducido una mancuerna de cuatro kilos. Cuando veo la casa aparecer, me detengo para repasar mi plan. Es un plan muy sencillo que, en realidad, se sustenta por completo en mi capacidad de sorprender a la pareja. Las luces están encendidas; hay gente en la casa, lo que quiera que signifique eso en una noche como esta. Los últimos diez metros hasta la casa están conformados por bosque de abedules de tronco fino. Se encuentran medio secos y desramados por las heladas, y apenas ofrecen protección. Espero que no miren hacia fuera y que no haya nadie en los alrededores.

Me acerco por el patio trasero a la casa, un edificio bajo de ladrillo de la década de los setenta. Cruzo la frontera entre la noche estrellada y la luz artificial. La claridad que se cuela por las cortinas cerradas le da a la nieve un tono amarillento. Camino a través de la nieve dorada y sigo adelante; cuando llego a la fachada de ladrillos y me apoyo, estoy temblando por el frío y el agotamiento.

Por un momento, trato de respirar lo más silenciosamente posible, pero el resultado es que empiezo a jadear de un modo aún más espantoso que antes. No me queda otra que seguir resollando y confiar en que nadie me oiga. Me dirijo hacia la puerta trasera.

La terraza del patio posterior todavía está amueblada para el verano, o lo estaría, si fuera verano. Ahora, sin embargo, un metro de nieve cubre la mesa, las sillas y la barbacoa. Cuando paso junto a la mesa, me doy cuenta de tres cosas: a un lado hay un estrecho camino que lleva hasta la puerta trasera; al otro lado, una ligera nube de humo se eleva desde una enorme lata; y el aire huele a tabaco.

Es la zona de fumadores.
Y, si la zona de fumadores se usa con asiduidad, puede que lo mismo suceda con la puerta trasera. En ese caso, dudo que la puerta esté cerrada con...
Me agacho todo lo que puedo detrás de la mesa. La puerta se abre y se cierra; la luz se dispersa por el patio como si la hubieran lanzado con un cubo. Los pasos crujen en la nieve. Oigo el sonido de un mechero. Después, ya no oigo nada, nada en absoluto. ¿Cuánto ruido hace una persona que está fumando un cigarro? Mi dilema es muy sencillo. En este momento, no me atrevo a respirar, pero pronto no me quedará otro remedio.
El fumador cambia de postura y hace que la nieve cruja bajo sus pies. Solo podré aguantar sin respirar dos o tres segundos más. Han tomado la decisión por mí.
Me levanto sin saber muy bien qué es lo que me espera; con el mismo movimiento, levanto el rifle, me lo apoyo en el hombro y apunto con él...
A Leonid, en mitad de la frente, al parecer.
Está justo delante de mí, al otro lado de la mesa. Leonid mira el agujero negro del cañón del rifle por un momento; después, levanta la mirada, como si estuviera ampliando la perspectiva, y me mira a los ojos. Teniendo en cuenta que la situación nos pilla por sorpresa a los dos, nos mantenemos bastante tranquilos.
—Silencio —susurro en inglés.
Leonid no dice nada. El humo sale del cigarro que tiene en la mano. La luz detrás de las cortinas tiene que ser muy fuerte para llegar así hasta la terraza.
—Vamos dentro —digo, y muevo el rifle un centímetro o dos.
Leonid no se mueve. Apunto con más precisión.
—¿O entro yo solo? —pregunto.
Leonid me mira un momento más; puede que vea la sangre en mi ropa y en mi cara, pero, al final, se gira. La nieve cruje. Rodeo la mesa y sigo a Leonid con el rifle preparado. Está agarrando la manija de la puerta.
—Detente —ordeno.
Leonid mantiene la mano en el picaporte. De nuevo, me veo obligado a improvisar. También tengo que darme prisa, porque mi estado no para de empeorar. Sé que es cuestión de tiempo que se me acaben las fuerzas, o que cometa un error que ya no voy a ser capaz de solventar.
—Vamos a entrar despacio y con tranquilidad —digo—. Mantente todo el tiempo delante de mí. Quiero que permanezcas entre Karoliina y yo en todo momento. ¿Lo entiendes?
Leonid no responde. Presiono el cañón del rifle contra su espalda; pienso en Krista y es posible que eso me haga empujar con demasiada

fuerza.
—Sí —responde Leonid—. Delante.
—Muy bien. Abre la puerta.
Leonid abre la puerta lentamente. Dentro hay mucha luz. Leonid entra primero, y yo lo sigo.
Estamos de pie en mitad del cuarto de estar y puedo ver tanto a Karoliina como a Krista. Ver a Krista despierta en mi interior un torbellino de emociones que trato de controlar. Ella también me ve, pues está sentada en el largo sofá, mirando hacia la puerta, donde nos encontramos Leonid y yo. Tiene un ojo hinchado y rojo, como si hubiera estado boxeando sin protección. Verla así se me clava en el corazón y me desgarra el pecho del mismo modo que hiciera antes el cuchillo. Me obligo a concentrarme.
Karoliina está de espaldas a Leonid y a mí y tiene una pistola en la mano. Le doy un empujón a Leonid en la espalda; él comprende mi gesto y se detiene. Me desplazo un poco hacia un lado, pero solo lo suficiente para poder apuntar también a Karoliina. En ese momento, ella se gira.
—Cierra la puerta, joder...
Karoliina nos ve y su expresión pasa de la irritación a la sorpresa, de la sorpresa al interés.
—Reverendo —dice en finés.
—Tengo la bolsa —le digo, giro un poco el cuerpo y le muestro la bolsa de deporte por detrás de Leonid.
Karoliina mira la bolsa y después a mí.
—Yo tengo a tu mujer. Deberías darme las gracias. Seguí a Räystäinen y la rescaté.
—Krista, levántate y ven hacia aquí. Ponte detrás de mí.
—Krista —dice Karoliina, y levanta la pistola con asombrosa rapidez hacia ella—, quédate en el sofá.
Krista se queda sentada en el sofá. No dice nada, pero reconozco su expresión: está cansada e irritada. Puede que tenga miedo, pero, sobre todo, está furiosa. La comprendo muy bien. Puedo sentir que los reposanalgas y la cinta aislante han perdido su eficacia. La sangre parece salirme a borbotones por el pecho y el vientre a cada latido del corazón, y lo cierto es que me siento como si me estuviera bañando en mi propia sangre cálida. Los temblores van a más por momentos; las manos me tiemblan de tal forma que necesitaría al menos seis cartuchos en lugar de uno.
—Quiero el meteorito —dice Karoliina.
—Te lo daré a cambio de mi mujer. Te cambio a Leonid y al meteorito por Krista.
—¿A Leonid? —pregunta Karoliina. Parece sorprendida de verdad.
Por supuesto, Leonid nos oye y entiende que estamos hablando de él.

Me imagino que Leonid y Karoliina se están mirando a los ojos; al menos, eso es lo que parece. Entonces, todo sucede a gran velocidad. Karoliina se mueve con mucha más rapidez de la que yo soy capaz en estos momentos y hace oscilar la mano con la que sujeta la pistola.

—Cariño... —logra decir Leonid antes de que la parte trasera de su cabeza se separe del resto.

El disparo suena como una explosión en el silencio invernal de la casa. Leonid cae hacia atrás y es como si una torre se desplomara. Estoy a punto de quedar aplastado bajo su peso, pero no puedo disparar, así que tengo que bajar el rifle y ponerme a salvo de la torre. Me muevo con mucha lentitud y con gran dificultad; soy dolorosamente consciente de ello. Karoliina vuelve a disparar. Leonid recibe dos impactos que ya poco daño pueden hacerle; al mismo tiempo, me salva la vida.

He cometido un error de cálculo, es evidente, y ahora voy a tratar de arreglarlo.

Haciendo un gran esfuerzo, me lanzo hacia un lado; aterrizo sobre el estómago detrás de la pared. No es precisamente la mejor postura. El dolor vibrante de mi pecho se vuelve fuego cuando caigo de golpe al suelo. La bolsa que llevo al hombro hace que la caída sea más fuerte. No puedo respirar, pero sigo teniendo el rifle en la mano.

Estoy en el suelo del comedor; giro sobre mí mismo y acabo tumbado de espaldas entre la mesa del comedor y la pared. Me obligo a levantarme: primero, me pongo de rodillas; después me pongo en pie por completo. Me apresuro a buscar apoyo en la pared y levanto el rifle. Sé que solo me quedan unos momentos antes de perder la conciencia. Presiono la espalda contra la pared, buscando todo el apoyo posible. Karoliina está detrás de la esquina, pero ya no dispara. Justo cuando me estoy preguntando por el motivo, oigo su voz.

—El meteorito —requiere con voz audible.

—Te daré la bolsa —digo con fuerzas recobradas— si tú me das a Krista.

Me acerco más a la esquina. Echo un vistazo al otro lado, con toda la rapidez de la que soy capaz. Veo a Krista y a Karoliina en el otro extremo del cuarto de estar. Karoliina se ha situado detrás de Krista. Leonid yace en el suelo y el charco de sangre alrededor de su cabeza es casi negro. Aunque también es posible que sea yo quien lo vea negro, igual que voy a verlo todo en breves momentos Echo un vistazo a mi alrededor. La cocina está en el extremo del comedor; desde allí se puede acceder al vestíbulo. Bajo el rifle y dejo caer la bolsa que llevo al hombro.

—Aquí va la bolsa. —La dejo caer al suelo y la lanzo de una patada hacia el cuarto de estar. Tengo que utilizar toda la fuerza que me queda en las piernas para poder mover la bolsa de cuatro kilos, que se

desliza hasta quedar cerca del abdomen de Leonid—. Si bajas el arma y dejas ir a Krista, te permitiré que la cojas.

Karoliina permanece un buen rato en silencio.

—Tengo una propuesta mejor —responde—. Krista y yo recogeremos la bolsa. Después, las dos nos marcharemos juntas de aquí y yo liberaré a Krista a cierta distancia.

Desde luego, eso no entra en mis planes. Y seguro que tampoco en los de Karoliina, pues acaba de disparar a Leonid.

Vuelvo a echar un vistazo a la cocina y a la puerta que se encuentra al fondo. Si me da tiempo a llegar hasta allí... Si mi único cartucho resulta ser suficiente... Logro sacarme las botas de invierno de los pies y empujo con el pie la punta de la bota derecha para que se vea desde el salón.

—Muy bien —digo—. Aquí estoy esperando.

—Joel, no.

Es la voz de Krista. Por supuesto, ha visto lo que les sucede a las personas que están cerca de Karoliina.

—Krista —grito tan fuerte como soy capaz—. Pronto estaremos en casa.

—Ahora vamos a coger la bolsa —dice Karoliina—. Después, podréis iros a casa.

Cuando oigo que se mueven, me muevo yo también. Ya al primer contacto del calcetín comprendo que no voy a dar muchos más pasos. Me muevo con inseguridad y no siento las piernas. Siento que la mayor parte del tronco superior está paralizada; el dolor es ardiente, punzante. Doy unos pasos junto a la pared hasta llegar a la cocina. Puedo oír los pasos de las botas de invierno en el cuarto de estar. Al suelo no le gusta eso: el parqué cruje de forma audible, lo que es bueno para mí. Mis pasos son silenciosos, pero cojeantes. Tropiezo un poco antes de llegar a la puerta. Reúno todas mis fuerzas para alcanzarla y me concentro en moverme con la mayor fluidez posible.

Cuando llego a la puerta, giro hacia el vestíbulo, que continúa en forma de pasillo recto hacia el cuarto de estar. La alfombra del vestíbulo es gruesa, suave y silenciosa. Me coloco de pie sobre ella con toda la firmeza posible, apunto con el rifle y espero unas décimas de segundo. Entonces, veo el perfil de Krista. Vuelvo a esperar otras décimas de segundo, hasta que...

Karoliina entra en mi campo de visión; está casi pegada a Krista. Primero, la mano que lleva el arma; después, el resto del brazo, y, por último, el hombro. Trato de dominar el temblor de mi cuerpo. No necesito más que una milésima de segundo. Me fuerzo a mantenerme firme y, por fin, logro estabilizar el rifle. El hombro está en el otro extremo del vestíbulo. El rifle retumba.

Karoliina se tambalea por la fuerza del impacto. Según tengo

entendido, la potencia del rifle de caza debería derribar a la presa. Karoliina no cae al suelo. En lugar de eso, da un giro de noventa grados, sin bajar la pistola en ningún momento, y dispara. Dispara y acierta. La bala impacta contra la parte superior de mi cuerpo. Caigo de espaldas hacia la puerta exterior y el rifle inservible se me cae de las manos. La pistola me sigue apuntando. Pienso que he hecho todo lo posible, pero he perdido y ahora voy a morir. Aunque eso no es lo peor. Lo peor es que no he sido capaz de ayudar a Krista.

En el extremo del vestíbulo hay una luz que se hace cada vez más intensa. Me parece que está saliendo el sol en el cuarto de estar. Lo observo desde el otro extremo del oscuro pasillo y me da la impresión de que es, al mismo tiempo, primavera y verano, como si una inmensidad se abriera al final del pasillo detrás de las figuras, como si me llegaran a raudales, desde algún lugar lejano, tan solo claridad y calor.

Antes de que la claridad y el calor me rodeen y me engullan, logro ver algo más: Karoliina se está girando en dirección a Krista, pero no logra completar el movimiento. Krista mueve la mano, su puño avanza con rapidez y golpea a Karoliina en la barbilla con un derechazo sorprendentemente limpio. El puñetazo tiene un fuerte sabor a venganza. Al final, Karoliina cae al suelo como si hubiera decidido de pronto ir a dormir.

Krista viene corriendo hacia mí. Le da tiempo a tocarme y su tacto es la misma luz y claridad, a las que ahora puedo poner nombre. Es amor. Me gustaría decírselo a Krista, pero no puedo hablar. Tampoco es necesario. Aquí estamos los dos.

Un ratito más.

Entonces, la luz nos engulle y, por fin, vuelvo a sentir calor.

DIEZ MESES DESPUÉS

Octubre resplandece. La luz del sol otoñal está en sus máximas cotas de melancolía y de belleza. Confiere una agradable luminosidad a las ventanas, da calor a las oscuras filas de bancos de madera y hace que el espacio sea cada vez más alto, como si el blanco techo de madera se fuera elevando de forma lenta pero segura, hasta que, al final, estuviera tan cerca del cielo que pudiera tocarlo.

La antigua iglesia de madera de Hurmevaara ha vuelto a llenarse. Me ha costado un poco acostumbrarme, pero he tenido que hacerlo: la iglesia empezó a abarrotarse justo cuando volví después de la baja médica. Comprendí que la feligresía había venido por mí.

Me encaramo al púlpito. La escalinata cruje; el suelo de tablones es irregular y está liso por el desgaste. Miro hacia la nave de la iglesia; conozco a mucha gente de vista, aunque cada domingo hay caras nuevas entre la gente. No sé qué pensar sobre el hecho de que todos sepan lo que me pasó, pero, como ya lo saben, empiezo a hablar.

Suelo hablar de lo difícil que es hacer el bien, de cuántos errores cometemos cuando tratamos de actuar correctamente, de lo complicada que es la vida en realidad, pues nunca ofrece soluciones fáciles a las denominadas grandes preguntas. Hablo de mi propia experiencia.

De eso hablo hoy también, de que no sabemos lo que nos va a pasar en la vida, y de por qué eso es bueno. Tengo que admitir que posiblemente muchas de mis experiencias suenen a historias de suspense, y que, precisamente, ese es uno de los grandes motivos del éxito de mis sermones. Pero lo cierto es que son parte de mi vida, del mismo modo que mis historias no son más que una parte de lo que sucedió en realidad. En mi discurso, enfatizo que cada persona puede darle a lo que oye la importancia que desee, del mismo modo que cada uno puede ver en su vida casualidades o acciones de Dios. O ninguna de las dos. Eso es lo que yo hago. El universo y Dios podrán soportarlo.

Pero ¿cómo voy yo a saberlo?

Eso también lo digo.

Hoy finalizo mi sermón con una idea que me ronda mucho por la cabeza últimamente.

«No os preocupéis, no os aflijáis».

Me resulta casi incomprensible el hecho de que haya vuelto a preocuparme por el futuro. He sobrevivido a pisar una mina, a un ataque con un cuchillo, a un disparo, a sorprendentes giros en mi vida,

pero aun así... Aunque lo cierto es que esta vez no me preocupo ni por mí ni por mi propio futuro.

Cuando termina el servicio, estrecho la mano a la gente, me cuentan sus alegrías y sus preocupaciones, su vida. Entonces, ayudo a Pirkko y a Matias Ihantola a cerrar la iglesia. Vuelvo a pensar que fue una malinterpretación egocéntrica por mi parte. Creí que Pirkko estaba interesada en mí, cuando, en realidad, estaba tratando de acercarse a Ihantola. Les doy las gracias por los preparativos del servicio dominical, que han sido, una vez más, excelentes.

Entonces, vuelvo andando a casa.

Krista y Samuel están sentados en la mesa de la cocina. Samuel está comiendo. O por lo menos lo intenta, y Krista hace todo lo posible para que consiga su objetivo. Beso a Krista en la mejilla y en los labios; a Samuel, solo en la coronilla, pues no me apetece llenarme la cara de puré de boniato masticado. Me siento en la mesa con una taza de café.

—Puedes echarte una siesta, si quieres —le digo a Krista.

—¿Y qué vais a hacer vosotros mientras tanto?

—No lo sé —respondo, aunque tengo un presentimiento.

Krista me mira de ese modo en que lo hace algunas veces. Algunas veces también me llama hombre puzle, cuando estamos tumbados en la cama, desnudos, el uno junto al otro. En mi caso, es un apodo muy acertado y fiel a la verdad, pues mi cuerpo está lleno de cicatrices de la cabeza a los pies. Cuando voy a una sauna pública, me preguntan en qué estado quedó el oso.

—¿Qué tal la misa? —pregunta Krista.

—La iglesia estaba hasta arriba.

—¿De qué hablaste esta vez?

—De lo difícil que es hacer lo correcto, y de que justamente por eso tenemos que intentarlo.

—Te quiero, Joel —me dice.

La miro.

—Yo también te quiero.

Krista se levanta, nos rodea a Samuel y a mí con los brazos y nos besa a los dos. Después, sube al piso de arriba. Samuel agita los brazos y se balancea en la silla. Samuel es un milagro, nuestro milagro, y, por supuesto, lo ignora felizmente. Sigo dándole de comer mientras trato de beberme el café. El café se enfría; Samuel come su comida. Lo limpio a él y a todo lo que hay a su alrededor: no sé dónde hay más comida, si en mi hijo o en el suelo de madera.

Levanto a Samuel de la silla, lo cojo en brazos y voy a por una manta al cuarto de estar. Entonces, salimos al patio.

El mediodía está en todo su apogeo, soleado y tranquilo; puede que este sea el último día cálido del año. Para mañana han anunciado

lluvia y viento, y tormenta por la noche. En el aire ya se puede presentir la tormenta. Reina una quietud similar a cuando estás en la base de una enorme ola: de momento no hay ningún peligro, pero la destrucción de la cresta blanca es inminente.

No sé por qué tengo este tipo de pensamientos. Quizá sea por la noticia que oí esta mañana: tal vez admitan la apelación que Karoliina ha presentado ante el tribunal. Si son capaces de demostrar que actuó en defensa propia, podría ser liberada dentro de un año. Es muy posible. Ha convencido a todo el mundo de que actuó bajo la presión de Leonid, que ignoraba sus planes, y que sigue sin saber absolutamente nada de lo que pasó con el meteorito, ni en qué consistía el robo. Incluso ha conseguido que la gente crea que no se enteró de que el meteorito tenía tanto valor hasta que llegó al hospital. Y, durante todo este tiempo, se ha dedicado a contar que la amenazaron de muerte, que estaba en peligro y que hizo todo lo que hizo porque temía por su propia vida. De este modo, la muerte de Leonid se convierte en un homicidio involuntario y mis disparos, en una agresión. Puedo vivir con ello.

Bastante más difícil resulta digerir lo que me susurró Karoliina cuando nos encontramos en el juicio. Pasaba de largo por el pasillo, acompañada de un policía. Giró la cabeza de forma apenas perceptible y pude oler su perfume. Dudo que nadie más reparase en el susurro, y mucho menos lo oyese. Karoliina dijo que iba a volver a buscar el meteorito.

Que sigue en el fondo del lago Hurmejärvi.

Samuel está retozando sobre la manta. Sacude las manos, se gira, trata de arrastrarse. La manta está caliente por el sol, como un salvamanteles del que acabaran de levantar la cazuela.

Karoliina sabe que yo sé dónde está el meteorito. Nadie más lo sabe. Cuando encontraron los restos de Tarvainen en la otra orilla del lago, al llegar la primavera, no llevaba la mochila en la espalda. Por supuesto, había mucho más que lamentar, pero a la gente le resultaba más interesante dónde estaba la mochila que la pérdida de un expiloto de rally que ya había pasado sus días de gloria.

¿Por qué no detallé en qué agujero de pesca se había hundido Tarvainen, dónde podría estar la mochila? Creo que, en gran medida, lo hice por todo lo que provocó ese pedrusco: codicia y muerte. Pero tampoco va a quedarse en el fondo del lago para siempre. Algún día volverá a volar, puede que cuando el sol se apague y la fuerza de la gravedad deje de actuar y la tierra impacte contra otros planetas y estalle en innumerables pedazos o sea absorbida por un agujero negro y se convierta en un punto del tamaño de una cabeza de cerilla, limitándose a dormir durante miles de millones de años hasta que suceda algo inesperado.

Porque siempre sucede algo.

Como ahora.

Samuel vuelve a hacerlo. Nunca lo hace cuando Krista está presente. Está tumbado bocabajo sobre la manta, levanta la cabeza y, de pronto, parece estar totalmente concentrado. Dirige la mirada hacia delante y...

Acelera.

Emite sonidos asombrosamente reconocibles: la salida, el chirrido de los neumáticos. Después, el acelerón, el cambio de marchas. El motor (mi hijo Samuel) acelera al límite. El coche alcanza su velocidad máxima. Samuel conduce por una recta a toda velocidad.

Parece tan feliz como solo puede serlo un bebé de apenas seis meses de edad.

Mientras conduce un coche de carreras.

A todo gas.